

UAM

UNIVERSIDAD DE NUEVA

CENTRAL DE BIBLIOTECA

CCI

FEVAL

LAS HIJAS
DE
LA LUNA

PC2244
.F2
H558
v.1



1020026441



UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. ^N F4281.4
Núm. Autor 30124
Núm. Adg. -8-
Procedencia
Precio
Fecha 6/17
Lugar
Observaciones





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEJICO.

IMPRESA DE JUAN R. NAVARRO,

calle de Chiquis número 6.

1855.

098900

Hijas de la Luna.



Mr. Paul Fénel.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Edición de EL HERALDO

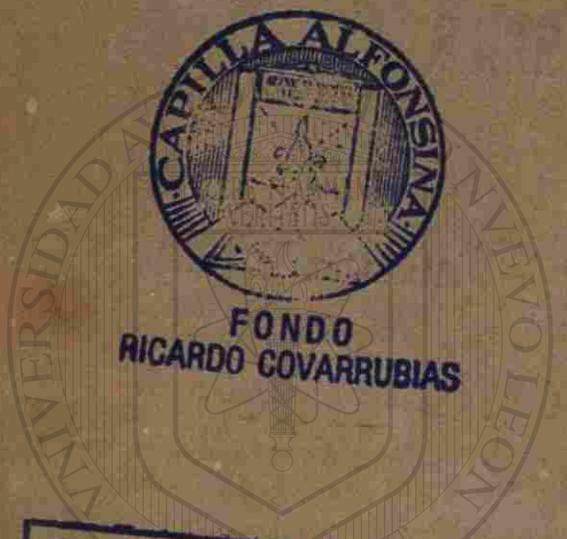


30124



843.
9.

P02244
.F2
H558
N.1



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS ELIAS DE LA LUNA.

EL CARNERO CORONADO.

En 1817 estaba situada junto al puerto la mejor posada de Redon, teniendo por muestra un carnero negro adornado con una aureola.

El Carnero Coronado era conocido en Rennes y Vannes y hasta en Nantes; era una posada excelente para toda clase de viajeros, gobernada por su propietario, maese Geraud, cocinero de muchos años de carrera.

Redon es una villa de tres mil almas situada en los confines del Loira inferior y del Ile-et-Vilaine,

a la margen misma del río que da su nombre á este departamento.

A pesar de su nombre romano, encierra pocos monumentos notables, rivalizando la casa del posadero con sus seis ventanas de fachada, con los edificios pertenecientes á las mas ilustres corporaciones; estaba fabricada con buenas piedras como la subprefectura y era grande como la gendarmería.

Delante de la casa y mas allá del estrecho pretil, seguian su curso las salobres y nada limpias aguas del Vilaine; durante las altas mareas llegaban bajo las ventanas de la posada los barcos caboteros.

Los sábados por la tarde ó los dias de mercado os hubiera costado no poco trabajo encontrar un sitio donde descansar en el establecimiento de maese Geraud.

Tenia la triple clientela de los marinos, granjeros y caballeros. Generalmente cuando estaban ocupadas todas las habitaciones servia de dormitorio la vasta cocina á un batallon de marineros y tratantes en ganado.

Tambien maese Geraud hacia excelentes negocios. Sin embargo de ser ya viejo, no dejaban por eso las muchachas del comercio de Redon de calcular á veces en sueños la suma á que podrian ascender sus economías; pero maese Geraud aparentaba ser enemigo del matrimonio, y como no tenia parientes, daba motivo á que todos se preguntasen

quién se aprovecharía el dia de su muerte de sus ahorros.

Era un día de otoño sin serlo de feria ni víspera de domingo, ó lo que es lo mismo, sábado. El Carnero Coronado carecia de concurrencia ó poco menos. La ceniza estaba fria en las hornillas de la cocina, los asadores pendian de los clavos y ninguna olla hervia al fuego.

Maese Geraud podia fumar su pipa tranquilamente á la puerta de la posada. En toda ésta solo una habitacion estaba ocupada; sin embargo, eran huéspedes hijos de la casualidad á quien maese Geraud, cortés para con todo el mundo, pero sabiendo graduar su conducta, no debía la respetuosa visita que acostumbraba hacer á sus antiguos y fieles marchantes.

No se sabia de dónde habia llegado; eran dos hombres y una dama. Sus vestidos y su apariencia de cansancio parecian indicar una larga caminata á pié; pero el dueño del Carnero Coronado no tenia la menor desconfianza, creyéndolos bajo su palabra cuando le dijeron que acababan de apearse de la diligencia de Rennes.

Naturalmente su equipaje habia quedado en la administracion.

La dama, jóven por demás, llevaba un traje escusivamente modesto. A pesar del frio y humedad que se suele sentir en los dias de noviembre, llevaba un vestido de indiana que dejaba ver los finos y delicados contornos de su figura.

Un chal de tela sumamente fina y un sombrero de paja adornado de un velo, completaban su traje.

En todo éste se advertía algo que indicaba desgracia é indigencia; pero á decir verdad, la belleza de la jóven lo realzaba.

A pesar de no poder ver su rostro, se adivinaban su gracia y su belleza tras los espesos pliegues de su velo. Sin embargo de tan distinguido porte, no hubiera podido menos de sacar alguna desdenosa deducción del sombrero de paja y del vestido de indiana un posadero de las cercanías de Paris; pero nuestro huésped estaba habituado á las económicas costumbres de las damas de las cercanías.

Sabia que en los largos caminos de Bretaña se encontraban no pocas veces condesas y marquesas vestidas de una manera muy impropia de su clase.

Uno de los hombres llevaba blusa y el otro pantalón y levita de elegante corte, pero que conservaba innumerables huellas de barro ya medio quitado.

En una palabra, esos tres viajeros no eran seguramente elegantes.

Pero el Carnero Coronado, posada principal de la villa de Redon, recibía con mucha frecuencia otros peor vestidos, aunque tenían buenos escudos de seis libras en sus bolsillos.

En Bretaña sobre todo es peligroso juzgar á las personas por las apariencias.

Eran cerca de las dos de la tarde. Nuestros via-

jeros habían sido instalados en una habitación con dos camas que daba sobre el puerto. Una lumbre de madera verde ardía en la chimenea, y mientras que una criada peinada al uso del país cubría la mesa con un mantel nada fino, el hombre de la blusa y su compañero calentaban sus piés frios y húmedos en las cenizas de la chimenea.

—No se veía á la jóven, cuyo chal y sombrero estaban colgados en la madera de una ventana; pero en los momentos de silencio oíase una respiración igual y suave detrás de las cortinas de sarga de uno de los lechos.

—¿Pongo tres cubiertos? preguntó la criada.

El hombre de la blusa abrió la boca para contestar afirmativamente; pero su compañero le cortó la palabra.

—No, dos, contestó con acento desagradable.

Luego añadió entre dientes:

—El que duerme come.

La criada salió después de haber recibido la orden de que avivara la comida.

Nuestros dos viajeros, á pesar de la diferencia de sus trajes, parecían estar bajo el pié de la mas perfecta igualdad. Considerándolos detenidamente hubiera podido conocerse en el que llevaba el traje de obrero una especie de deferencia combatida.

Ambos eran jóvenes y bastante buenos mozos.

El de la levita, que se llamaba Blas, era un hombre de mediano aspecto, provisto de anchas espal-

das, y enseñaba cuando reía dos filas de dientes blancos como el marfil.

Tenia la fisonomía abultada, de cabellos rubios pero excesivamente rizados. El carácter de su fisonomía era una jovialidad un poco brutal que revelaba en aquel momento bajo una nube de mal humor no equívoco.

Los buenos amigos de Blas ignoraban al parecer su apellido, porque para distinguirlo del comun de los Blases le habían puesto el sobrenombre de *Zalamero*.

El otro podría contar veinticinco años, lo que no le impedía tener en su posada cinco ó seis novelas de algun interés. Los que le conocían íntimamente le sabían varios nombres; entonces se llamaba Roberto, conocido por el *Americano*.

Era algo mas pequeño de estatura que su compañero y sus miembros no tenían la misma apariencia de vigor; pero su figura era bastante elegante y la soltura de sus movimientos no excluía la fuerza.

Era de facciones muy marcadas, de frente ancha y cubierta de un bosque de cabellos negros respirando la voluntad; advertíase cierto poder en el atrevido dibujo de su carnoso labio, que resaltaba rojo como la sangre.

Al verle cuando tenía caídos los párpados, se le hubiera tomado por uno de esos espíritus robustos, audaces é infatigables que buscan la lucha y se lanzan en medio de los mayores peligros. Hubiérase admirado la forma ovalada de su rostro y esa ar-

diente palidez de sus mejillas bajo la cual se escondían músculos de acero. Pero si abría los ojos cambiaba el carácter de su fisonomía como por encanto. Había en su mirada, que no sabia fijarse, una agitacion nerviosa é inquieta. Era algo de extraño y penoso; grandes pupilas negras incesantemente en movimiento, dirigian á todas partes agudas ojeadas, maniobrando como la punta de una espada que procura buscar la parada.

Esto sucedia cuando Roberto estaba fuera de guardia y se creía al abrigo de toda investigacion curiosa, porque Roberto aprovechaba el axioma de la fisonomía antigua; conociase á sí mismo sin ignorar el mas pequeño de sus defectos. Repetidas veces habia hecho sus pruebas durante su vida, pudiendo desfigurarse en caso de necesidad tan bien como un cómico de mérito.

Estaban uno en frente de otro á los lados de la chimenea mirando humear la leña verde y abismados en reflexiones que no parecian muy alegres.

—Maldito viaje, dijo de pronto Blas dando una patada en la chimenea; tú, Roberto, has tenido la original idea de venir á este país de lobos.

Roberto tomó las macizas tenazas, restableciendo la simetría del fuego.

—La idea puede ser mala, replicó, lo mismo que puede ser buena. Esa no es una razon para quemar nuestro único par de botas.

En efecto, en el calzado de nuestros dos viajeros habia la misma diferencia que en el resto de su tra-

je. Roberto llevaba gruesos y claveteados zapatos, mientras que Blas, llamado el *Zalamero*, llevaba unas botas en bastante buen estado.

Este último dió con el tacon en el suelo.

—Me haces mucha gracia, murmuró arqueando sus espesas cejas rubias, cuando te oigo hablar así, Roberto.... Decir que hace mas de un mes que corremos á tontas y á locas buscando siempre el país en que llueven los doblones del cielo! En París al menos se ganaba uno la vida con Bibandier.

—Mala sociedad, interrumpió Roberto, que permanecía con los ojos bajos en actitud de sentimiento y reflexion; Bibandier está ahora á la sombra.

—Pero allí se come, contestó Blas.

El Americano levantó sus ojos hácia él, dirigiéndole una mirada penetrante; encontráronse las de ambos y Blas volvió la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Sí, sí, añadió en voz alta; tienes el aire de un endemoniado, y por eso te he seguido; pero ya veo que sabes tanto como todos! ¡Henos aquí al fin de nuestro viaje!... ¿Qué has hecho durante seis semanas?

—¡He procurado!... comenzó Roberto.

—¡Bahl dijo el hombre rubio; mientras vivas estarás siempre procurando.... Pues yo no gusto de las personas que carecen de ideas; con ellas no se saca mas que una cosa, que le aprieten á uno el pescuezo.

Roberto dirigió sus miradas á la chimenea, don-

de comenzaba á alumbrar una llama rojiza que se destacaba del humo.

—Sin embargo, dijo, tengo una idea.

El *Zalamero* hizo como que no habia entendido.

—Voy á decirte todo lo que has hecho, replicó; impedirme que trabajara siempre que quería.

—¡Miserias! dijo el Americano con desprecio.

—Siempre me has impelido hácia adelante, prosiguió Blas, mostrándome al término del viaje no sé qué quimera que yo hice la tontería de creer.

—¡Paciencia!

—Paciencia! pero henos ahora á mas de cien leguas de París, con un solo traje para dos y algunos francos por todo capital.

—Siete francos sesenta céntimos, interrumpió el Americano, que contó en el hueco de la mano lo que contenia su bolsillo.

—Y para complemento, prosiguió Blas, cuya cólera iba dejando paso á la tristeza... una muchacha que nos sigue á todas partes... y que come.

Roberto depositó otra vez el dinero en el bolsillo y agitáronse con rapidez sus párpados.

—¡Es muy bella!

—¿Y para qué nos va á servir?

El Americano dirigió una mirada hácia el lecho cuyas cortinas de sarga ocultaban á su compañera de viaje.

Luego, tomando un ademán de misteriosa importancia, contestó:

—Para todo.

Blas colocó los codos sobre las rodillas, respondiendo solo con un gesto de enojosa fatiga.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Roberto, atento y entregado á sus reflexiones, parecía acariciar un pensamiento querido.

Al cabo de dos ó tres minutos un buen olor de cocina subió del piso bajo, y filtrándose por las rendijas de la puerta fué á embalsamar la atmósfera de la estancia.

El Zalamero se irguió, aspirando una buena parte de aquel aire, lleno de promesas. Hincháronse sus narices y asóñó á sus labios una risa por demás satisfactoria.

—¡Al diablo! exclamó casi con alegría; ya tendremos tiempo de batirnos despues de habernos comido los siete francos.... Ayúdame á acercar la mesa, Roberto. Vamos á trincar otra vez, aquí, á lo caliente y como buenos camaradas.

El Americano hizo el mismo caso de esa alegría repentina que antes de la cetera de Blas. Prestó su ayuda sin decir palabra, y la mesa fué acercada hasta casi tocar con la chimenea.

La criada entraba en aquel momento con una magnífica fuente y una pierna de carnero asada.

Nuestros dos compañeros se sentaron uno enfrente de otro, y durante un largo cuarto de hora dió su boca paso á muy escasas palabras. Eran dos soberbios gastrónomos. Blas sobre todo, engullia con un entusiasmo digno de todo elogio.

La fuente quedó bien pronto sin la menor señal de haber contenido carne alguna, y las botellas de vino nantés, que se bebían como sidra, corrieron la misma suerte.

Solo quedaba sobre la mesa un soberbio hueso mas limpio de lo regular, con un trozo de queso muy pequeño por cierto.

Blas alargó el brazo para coger esta última presa; pero encontró la mano de Roberto, que parecía querer defender el plato.

—Partiremos, dijo riendo.

—No es para mí, dijo el Americano. Lola no ha comido desde ayer.

El rostro de Blas se oscureció.

—¡Lola, Lola! murmuró entre dientes.

Luego añadió alto:

—Roberto, eres como esos imbéciles mendigos que no almuerzan para guardar un pedazo de pan á su lazarillo; pero esta vez te has retardado mucho en hacerlo; debías haber economizado tu parte.

El Americano dirigió una mirada terrible, pero retiró su mano.

—No tienes corazon, murmuró.

—Tengo hambre.

Vació en el vaso de su compañero el resto de la última botella y golpeó la mesa con estrépito.

—¡Mas vino! gritó á la criada, que acudió.... ¡tabaco y pipas!

Algunos segundos despues solo se podia ver á través de una nube de humo. Blas estaba en un

estado de beatitud incomparable; no pensaba ni en el pasado ni en el porvenir. El mismo Roberto había sufrido evidentemente la influencia feliz de la abundante cena que acababa de tomar después de una prolongada abstinencia; su rostro espresaba el bienestar y el reposo, pero aparentaba continuar reflexionando.

—¿Me guardas todavía rencor? preguntó el Zalamero.

—¿Por qué?

—Por Lola.

—No.

—¡En buen hora!... Mira, Roberto; si supiera que estabas enamorado te habría de hacer algunas malas pasadas. Pero conozco que eres incapaz de enamorarte!

Roberto, que acababa de dejar su pipa, miraba maquinalmente las líneas impresas en el papel que contenía el tabaco.

De pronto brillaron sus ojos y al mismo tiempo aparecieron algunas arrugas en su frente.

—¡Este va á ser nuestro negocio!... murmuró.

En lugar de responder á la muda pregunta que le dirigía la mirada de Blas, añadió:

—¡Cinco mil francos de contribuciones directas!... ¡Esto representa cuarenta mil libras de renta! ¿No es así, Zalamero?

—Con corta diferencia.

—Cuarenta mil libras de renta en bienes inmue-

bles.... Tú, que has sido empleado, Blas, dime qué capital puede formar esto.

—Segun el país.

—En Bretaña.... aquí.... en las cercanías de Redon.

Blas contó por los dedos; estaba de humor de prestarse á cuanto de él se quisiese exigir.

—Aquí, replicó, no se puede calcular bien porque se necesitan muchas fanegas de tierra para producir mil francos de renta.... Deben ser unos quinientos mil francos.

Roberto se agitó en la silla y sus ojos brillaron mas.

Vertió el tabaco sobre el mantel y desdobló el cucurucho con objeto de poder leer mejor.

Hubiérase dicho que los líneas trazadas en aquel papel tenían algun misterio; tan visible era la emoción del Americano!

Sin embargo, el Americano leía lentamente y á media voz:

“René Carlos Julian Le Tixier, vizconde de Penhoel, propietario, por su casa de Penhoel y renta trescientos cincuenta francos, por su vacada de la Lande-Triste setenta y cuatro francos, por su posesion de Pont-Corbeau ciento cincuenta francos, por los ganados de Pre-Neuf, junto con los bosques de Fontaine, cien francos.”

—¿Te diviertes? interrumpió el Zalamero.

“Por la casa llamada del primogénito, prosiguió

Roberto, cada vez más absorto en su lectura, y los molinos de las Houssayes, ciento veinticinco francos, por el pequeño Penhoel con el arbolado de Quintana...."

Blas bostezó; luego se puso á silbar una canción báquica.

Roberto interrumpió su lectura, poniéndose á contemplar el papel con el más profundo éxtasis.

—Decir que yo tenía la idea, murmuró apoyando un dedo sobre su frente, ¡y que me viene esto á las manos!....

—¡El hecho es que es como llovido del cielo! replicó Blas; tenemos siete francos y no sé cuántos céntimos; si compramos el castillo de Penhoel, los molinos de los Houssayes, la cerca de no sé cuántos y la arboleda de la Pindonga....

Roberto le miró fijamente, moviendo la cabeza con aire sério.

—No me río yo, dijo.

—¡Pardiez, lo creo!

—¡Tengo una idea!

Blas hizo un gesto.

—Escucha, replicó el Americano acercando su silla y con tono tan formal, que hizo perder la risa burlona al rubio.... No tenemos dinero con que continuar nuestro viaje ni con que volvernos atrás, por lo que nos vemos obligados á establecernos aquí!

—No desearia yo otra cosa, dijo Blas.

—No me interrumpas.... Paris es bueno para las locuras, y los viajes son convenientes á la gente jóven. Pero he aquí, amigo Blas, que tú no lo eres ya, y que yo soy más viejo de lo que real y efectivamente soy.

—De lo que se debe deducir, murmuró el Zalameiro, que será preciso que nos hagamos para bien nuestro honrados y pacíficos provincianos, que paguemos grandes contribuciones.... Soy de tu opinión.

—Te digo que me dejes proseguir. Hemos venido á Bretaña confiando en su reputación de buena fe antigua y leal hospitalidad. Antes confieso que miraba este país como la verdadera tierra prometida.... luego perdí algunas de mis ilusiones..... pero en suma, si nada hemos ganado es porque tampoco hemos arriesgado nada.... Yo esperaba una ocasión, buscaba.... éramos sumamente ricos.... Hoy nos encontramos en esa excelente situación que gana todas las batallas; es preciso vencer ó morir.

Y levantó el trozo del recibo de las contribuciones por cima de su cabeza.

—¡He aquí el precio de la victoria! exclamó con verdadero entusiasmo. El total es de cinco mil francos, lo que segun tu propio cálculo da cuarenta mil libras de renta, ó sean quinientos mil escudos de capital.... ¡Pues bien!.... por muy mal que salga no puede quedar reducido á la mitad.

El vinillo antes no abunda en principios alco-

hólicos; pero nuestros dos viajeros habían bebido una cantidad mas que considerable. Blas estaba encarnado como una cereza y parecía que el rostro del mismo Roberto quería dar paso á la sangre.

Blas se puso á reír á la conclusion del discurso de su hermano de aventuras; pero bajo aquella risa, que ya no era de burla ni mofa, dejábase ver una vaga y secreta esperanza.

Ya lo hemos dicho; Roberto aunque joven tenía hechas sus pruebas.

—Me contento con la mitad, dijo Blas.

—¡El azar es el mas poderoso de todos los dioses! replicó Roberto... y veo un buen augurio en este papel que me acaba de llover del cielo.... ¿Quieres partir las ganancias?

El Zalamero dudó un instante porque conservaba aún una buena dosis de incredulidad.

—Decidete, prosiguió Roberto; en caso de necesidad puedo pasarme sin tu compañía... y francamente, si no fuera duro y peligroso.... abandonar así á un buen compañero como tú, me agradaría probar fortuna solo.

Blas acercó á su vez la silla.

—¡Veamos cuál es tu ideal! dijo deponiendo de una vez su burlona é incrédula sonrisa.

—¿Aceptas?

—¡Cuando me expliques!

—¡Sí ó no! ¿Aceptas?

—Acepto.

—¡Toca esos cinco! dijo el Americano, cuya in-

quieta mirada recobró de pronto una fijeza resuelta... y desgraciado del que renuncié!

Se levantó y fué á abrir la puerta de la habitación para ver si por casualidad estaba algun oido indiscreto y curioso escuchándole.

Nadie habia en el corredor.

Al volver hácia la chimenea se detuvo delante del lecho donde reposaba su compañera de viaje y separó suavemente la colgadura.

El dia, penetrando por aquel hueco, iluminó un rostro de mujer encantador.

Era su fisonomía de una regularidad perfecta, pero sus facciones, fatigadas y pálidas, tenían como un velo de silenciosa frialdad.

Quizá fuera efecto del sufrimiento ó del sueño.

Lola dormia profundamente. Su frente y mejillas estaban cubiertas de los pródigos bucles de una cabellera negra y desordenada.

Lola se habia echado en la cama vestida. Conservaba la posición que su estremada fatiga le habia aconsejado en el momento de llegar. Apoyábase su cabeza sobre el brazo: todo su cuerpo estaba en un abandono ávido de reposo. La desgastada tela de su traje dibujaba sus perfectas y jóvenes formas como esos indiscretos paños que el estatuario coloca sobre una figura desnuda.

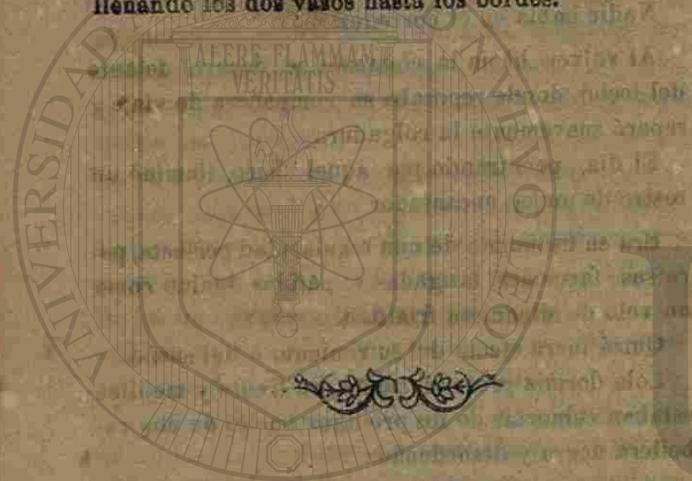
Roberto tenía razon: era muy bella.

Contemplóla un momento en medio de su profundo sueño; luego dejó caer la colgadura de sarga.

Una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios.

El Zalamero esperaba; sus ojos manifestaban una curiosidad impaciente.

Roberto volvió á ocupar su sitio cerca del fuego, llenando los dos vasos hasta los bordes.



II.

UNA BLUSA COMUN.

ROBERTO calló por un momento.

—Escucha bien lo que digo, exclamó con tono frío y saboreando el vino de Nantes á pequeños tragos. Aquí hay un jóven rico y de buena casa que viaja con su criado.

—¿Dónde? preguntó Blas, cuya mirada recorrió ingenuamente toda la estancia.

—No te molestes en buscarlo, replicó el Americano. El jóven rico y su criado somos tú y yo.

—Ah! exclamó el Zalamero, cuya boca permaneció entreabierta.

—No tenemos mas que un traje, prosiguió Rober-

Una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios.

El Zalamero esperaba; sus ojos manifestaban una curiosidad impaciente.

Roberto volvió á ocupar su sitio cerca del fuego, llenando los dos vasos hasta los bordes.



II.

UNA BLUSA COMUN.

ROBERTO calló por un momento.

—Escucha bien lo que digo, exclamó con tono frío y saboreando el vino de Nantes á pequeños tragos. Aquí hay un jóven rico y de buena casa que viaja con su criado.

—¿Dónde? preguntó Blas, cuya mirada recorrió ingenuamente toda la estancia.

—No te molestes en buscarlo, replicó el Americano. El jóven rico y su criado somos tú y yo.

—Ah! exclamó el Zalamero, cuya boca permaneció entreabierta.

—No tenemos mas que un traje, prosiguió Rober-

to en forma de explicacion, y si se quiere hacer algo, es preciso presentarse.

—Es cierto, dijo el Zalámero, que entreveía vagamente la idea de su camarada; pero es el caso que eso puede durar mucho tiempo, y comenzada una vez la comedia, no podremos cambiar de papel como antiguamente.

Blas hacia alusion á las reglas fraternales y equitativas que regian en la asociacion. Habian dejado los dos á Paris, donde su industria sufría tal vez en aquellos momentos una de esas crisis que lanzan periódicamente sobre las provincias una nube de buenos muchachos de su especie. Habíanles hablado de Bretaña, ese paraíso de la buena fe antigua donde no tenía entrada la desconfianza. Habian llegado allí con la imaginacion llena de ideas de conquista, como Pizarro ó Cortés la víspera de vencer á Moctezuma ó á los Incas. Pero el camino de Paris á Redon es largo y habian hecho mas de una parada en el viaje. Todo lo habian reducido á metálico. Despues que se hubo vendido el último vestido para subvenir á los gastos de viaje, se repartian lealmente los dos compañeros los beneficios de la blusa. Cada uno llevaba un día las botas casi nuevas, el sombrero negro y el resto del traje elegante. Despues le tocaba llevar la blusa, los zapatos claveteados y la gorra.

Roberto dejó el vaso vacío en la mesa.

—Se trata de una fortuna, dijo sin levantar la voz, pero con énfasis.... ya hace algunos meses

que estoy madurando este proyecto.... Mucho me gusta arreglarlo todo, y si no estuviéramos al borde del precipicio quizá esperara con gusto.

—En cuanto á eso, interrumpió Blas, mas me gusta á mí hacer las cosas en dos tiempos; pero ahora falta saber cuál será el amo y cuál el criado.

El Americano deslizó la mano en el bolsillo de la blusa y sacó una baraja cuyo color anunciaba su mucho uso.

—Podemos jugarlo, dijo.

El Zalámero miraba con cierta desconfianza los dedos de su compañero, que ponía la mayor agilidad en barajar.

—¡Hum!.... dijo moviendo la cabeza.... el caso es que tú juegas de una manera, Roberto....

Este cesó de barajar.

—Hay otro medio, murmuró; partamos y separémonos.

Blas frunció el entrecejo sin responder.

—Pero ante todo resolvamos pronto lo que hemos de hacer, replicó el Americano con tono decidido. Tú podrás serme sin duda muy útil; pero á decir verdad, no sé aún para qué.... ¡A un lado la sorpresa! Si no te agrada el negocio te devuelvo tu palabra.

—Muchas gracias, murmuró Blas, prefiero jugar.

—¡Reflexiónalo bien! No se trata de un día ni de una semana; puede durar mucho tiempo, como

has dicho, y una vez comenzada la comedia repito que ay del que retroceda!

—Pero, objetó el Zalamero, ¿el que pierda no será criado mas que para los extraños?

—¡Justamente! Cuando estemos solos seremos tan buenos amigos como siempre; pero en todo lo que tiene relacion con el negocio será preciso que el amo pueda mandar al criado y que éste obedezca.

—Diablol dijo Blas rascándose la oreja.

—En cuanto á la conducta que se debe observar delante de los extraños, no tengo que decir nada.

—Sin duda.

—Mientras dure el negocio, desde el primero al último dia respeto y obediencia.

—¿Pero, dijo Blas, definitivamente, cuánto tiempo podrá durar?

—¡No lo sé!

—¿Un mes?

Los hombros del Americano hicieron un movimiento significativo.

—¿Seis meses? replicó Blas: ¡imposible!

—Seis meses... uno, dos años, contestó Roberto: no se puede fijar tiempo.

—¡Ah! exclamó Blas, fijando en él sus grandes ojos azules; ¿estás seguro de ganar la partida?

Una sonrisa imperceptible agitó los labios del Americano, que detuvo la respuesta durante dos ó tres segundos.

—Así lo espero, dijo al fin con tono de persuasi-

va franqueza. ¿Por qué lo he de ocultar? Aun cuando debiera perder diez, veces no dudaria en emplearla. ¿Qué son un año ó dos de trabajo y de penas? Además, ¿el amo no sufrirá muchos mas perjuicios que el criado? Mira; veo que no estoy en mi centro en esta vida aventurera; tengo gustos tranquilos y pacíficos; miro el objeto antes de medir las pruebas. ¡Qué diablos! Chiquillo, es preciso tener alguna filosofíal Cuando se tiene la perspectiva de morir de hambre si no un dia otro, no se reflexiona como un millonario. Nada tengo y me pregunto qué seria lo que yo no hiciera por poseer algo.

El Zalamero hizo un movimiento de aprobacion.

—No soy un ladron, prosiguió Roberto, que se animaba conforme iba hablando. Tengo la ambicion de ser un hombre de talento y de recurso; eso es todo. Con eso y con valor se encuentra siempre algun agujerillo por donde meterse: se buaca por mucho tiempo; los necios te acusarán de ser visionario; pero luego llega la ocasion y navegas viento en popa.

—Eso puede tener un lado bueno, dijo Blas.

—¡Qué importa un año ó dos! prosiguió el Americano. Ambos somos jóvenes, y en cuanto á mí, cuando háyamos conseguido el objeto no tendré ni aun la edad de ser elector.

—¡Elector! replicó Blas.

—Sí, tambien pienso un poco en política; pero esa es otra cuestion; ¿estamos?

—Dame las cartas, contestó el Zalamero, no sin un resto de repugnancia, y pon cuidado, porque no juegas con ningún novato.

El Americano le tiró la baraja con cierto aire de indiferencia.

—Da tú mismo si tienes miedo, dijo.

Y mientras Blas barajaba, añadió:

—¿Estás enterado, eh? Ya sabemos lo que jugamos.

—No del todo, contestó Blas; muy perdido debe estar uno para jugar así uno ó dos años de vida sin estar seguro.

—Dos años ó mas, rectificó Roberto; quiero que comprendas bien nuestra partida.

—¿A qué jugamos? preguntó el Zalamero.

—A lo que quieras.

—¿Sabes todos los juegos?

—Puedes inventar uno.

Blas reflexionó un instante.

—Pues bien, replicó; voy á dar siete cartas, y el que haga menos bazas pierde.

—Convenido.

El Americano cortó con tal cuidado, que parecía que no tocaba las cartas.

Blas dió.

Las catorce cartas fueron cayendo en la mesa una tras otra. Roberto tenía cuatro bazas y el Zalamero tres.

—¡Has hecho trampa! esclamó este último dando un puñetazo.

Roberto rechazó los naipes.

—He jugado lealmente, respondió, y voy á decirte por qué. Me era indiferente perder ó ganar, porque en nuestro negocio el papel de amo será el mas difícil. A los tres dias me hubieras suplicado que hubiésemos cambiado de papel. Vamos, hijo mio, desnúdate.

Blas no se daba prisa alguna por hacerlo.

—Tengo frio, dijo Roberto, desnudado ya, y seria una necedad indisponernos siendo buenos amigos.

El Zalamero era de una fuerza muscular evidentemente superior. Sin embargo, esta amenaza le causó algun efecto, porque comenzó á despojarse lentamente de su fashionable traje.

Roberto se puso las botas con el mayor placer.

—Y vaya: bien que te vas á ver, decía activando su operacion; estarás bien alojado, bien comido, bien vestido; te irá á las manos la fortuna durmiendo, porque eso sí, partiremos como buenos hermanos.

¿—Y si todo se vuelve agua de borrajas? suspiró Blas.

Roberto se ponía la levita.

—Escucha, dijo dirigiendo á hurtadillas una mirada al espejo que estaba colgado sobre la chimenea; esto no comienza mal, y tengo tanta confianza que casi prometo servirte á mi vez si no estás contento despues que consigamos nuestro objeto.

- Promételo, dijo Blas.
 —Lo prometó.
 —El mismo tiempo que yo te haya servido.
 —El mismo.
 —Os prevengo, caballero Roberto, que no lo olvidaré nunca! ¡Ahora esplicamelo todo detenidamente, y mas bien dos veces que una, porque maldito si adivino el desenlace de la farsa!

El cambio de trajes se habia terminado, y en honor de la verdad estaban las prendas mejor acomodadas que antes. Cada uno de los dos compañeros ocupaba su puesto; el Americano tenia la apariencia de un caballero en toda la fuerza de la expresion, y la blusa le sentaba á Blas como un guante.

—Eso se explicará por sí mismo, respondió Roberto, y dentro de un cuarto de hora estarás tan enterado como yo mismo; pero antes nos queda que arreglar algunos detalles. Además, tú tienes mucho talento para interpretar mal tu papel, y me agradaría ver que deponias esa costumbre que tienes de tutearme.

—¡Ah! dijo Blas.

—Medida de prudencia, ¿comprendes? Se te podría escapar delante de cualquiera....

—No os tutearé, Mr. Roberto.

—Perfectamente; ahora tampoco me conviene ese nombre. Cuando uno es noble no se llama simplemente Roberto; es preciso ocupar su posición en la sociedad. Veamos si entre mis antiguos amigos....

En Londres me llamaba Roberto Wolf.

- ¡Ese es muy áspero! dijo Blas.
 —En Italia Gaetano.
 —Nombre de tenor.
 —En Viena Belowski.
 —Es muy feo, ¡qué diablos! Al menos quiero ser criado de un hombre de importancia. Llámate el baron de alguna cosa.
 —¡Bah! dijo el Americano; me tomarian por un sub-prefecto del imperio.... ¡Y luego.... están tan usados los titulos!.... Me llamaré simplemente Roberto de Blois. Es un nombre sencillo y tiene alguna relacion con la nobleza histórica. Ya no falta mas que una cosa, amigo Blas, y luego vamos á empezar.

Llenó los vasos y levantó el suyo como si fuera á brindar.

Sus ojos se fijaban á través de los cristales de la vidriera en el puerto de San Nicolás y en los campos del Loira inferior, que se estendian hasta perderlos de vista mas allá del Vitaine. El sol de otoño al llegar á su ocaso tendia por el paisaje una luz rojiza.

Parecia que una súbita reflexion se habia apoderado de Roberto.

—El país es bastante malo para esos pobres diablos, murmuró; pero hay aquí buenas tierras y casas muy lindas. Un hombre juicioso podría vivir aquí tan feliz como el pez en el agua. ¿Quién sabe si alguna de ellas pertenecerá á Mr. de Penhoel? Blas no pudo menos de sonreirse.

—Ignoro completamente lo que vas á hacer, dijo; pero eres el único para entablar un buen embrollo, y tengo alguna esperanza. ¡Ese buen caballero campesino!... ¡me parece verlo!....

—¡Y á mi también!

—¡Cincuenta y cinco á sesenta años!

—Muchos más.

—Frente calva.

—¡Dos rizos de cabellos grises en las sienes!

—¡Anteojos de oro!

—¡Caja para tabaco de ídem!

—Levito oscuro....

—¡Zapatos de oreja!

—¡Una mujer respetable!....

—Que antes de la constitucion tuvo una gran reputacion de belleza.

—¡Seca y ridícula como un retrato de familia!

—Y que le ha hecho padre de ocho ó diez hijos nacidos de cierto en cierto tiempo!

Blas tendió el vaso.

—Por sus cuarenta mil libras de renta, dijo.

Roberto hizo chocar los vasos y bebió con emociion.

Luego se irguió repentinamente, sacudiendo su espesa cabellera negra.

—¡Manos á la obra! esclamo; tendremos algunas buenas noches siempre que nos lo permitan las circunstancias.... A contar desde este momento, Blas, entras á llenar tus funciones.

—Espero vuestras órdenes, señor, dijo el Zala-

mero, á cuyos lábios asomaba un resto de sonrisa escéptica, pero cuya mirada indicaba una singular curiosidad.

—Vas á bajar, replicó al Zalameiro con tono de mando y sin aparentar intencion, saldrás á la calle y verás la muestra de la posada.

—Hasta ahora, murmuró Blas, me parece que no es gran cosa lo que hay que hacer.

—De ahora para siempre, respondió Roberto recobrando su acostumbrada familiaridad, es preciso que comprendas que estoy planteando un plan razonable, y que las comisiones que pueda darte tienen todas importancia.... Ríete cuanto quieras, pero ejecuta mis órdenes al pié de la letra, ó no respondo de nada. Vas á leer el nombre de la posada y á averiguarme el del posadero.... Al volver encargarás al dueño que suba á verme..... Vé....

¡ Blas salió.

En cuanto se quedó solo el jóven Mr. de Blois, se puso á pasear por la estancia en todas direcciones.

Su imaginacion trabajaba enérgicamente y palabras incoherentes salian de sus lábios.

Era verdaderamente un caballero bastante notable. La levita, que ocultaba el cuerpo de Blas, dibujaba la gracia de su talle. En las morenas y regulares facciones de su rostro se veia inteligencia y voluntad; pero en aquel momento, en que sabia se hallaba al abrigo de toda mirada, tenian sus ojos

aquella estraña expresion de inquietud que tomaba su fisonomía. En su pupila movable y como temerosa se leia una especie de agitacion.

Aquel hombre debia intentar mucho, pero temblaba al hacerlo.

En sus paseos se detuvo dos ó tres veces delante del lecho donde reposaba su compañera de viaje. La bella Lola continuaba durmiendo, sufriendo los efectos de un terrible cansancio. El de aquella mañana habia sido muy cruel, puesto que Roberto y Blas, ambos jóvenes y fuertes, habian llegado hambrientos y estenuados de fatiga.

Hacia mucho tiempo que la pobre Lola andaba diariamente algunas leguas, y que los guijarros y piedras de los caminos de Bretaña ensangrentaban sus diminutos y encantadores piés.

Cada vez que Roberto se detenía delante del lecho, permanecía tres ó cuatro segundos contemplando la belleza de la jóven. Su mirada parecia contar los negros risos de la lujosa cabellera que se estendia sobre la almohada de Lola. Admiraba con inteligentes ojos el óvalo puro y gracioso de su rostro, la línea de sus cejas y aquel brillo abandonado que el sueño guardaba en su postura.

Pero en la contemplacion de Roberto no habia un átomo de amor. Sus pupilas continuaban frias, indiferentes, y hubiérais dicho que era algun comerciante de esclavos detallando las supremas bellezas de una querida en venta sobre la cubierta de un corsario turco.

Cuando dejaba caer la colgadura vagaba por sus labios una sonrisa de satisfaccion, pero fugitiva.

Despues se reanudaban sus reflexiones, temerosas y agitadas, temblaban sus párpados, agitábase su mirada cautelosa é inquieta.

La puerta se abrió, dando paso al posadero y á Blas.

Al ruido que al entrar hicieron cambió la fisonomía de Roberto repentina y bruscamente como por efecto de un misterioso resorte. Su mirada volvió á ser tranquila y alegre; hubiérase dicho que era uno de esos hombres felices que pasan la vida sin preocupacion y sin disgustos.

El posadero, que se habia detenido cerca de la puerta con la gorra en la mano, debió encontrarle seguramente muy agradable y simpático, porque hizo el mas profundo de sus saludos.

Roberto le hizo sentarse junto al fuego con un saludo afable y gracioso.

—Entrad, amigo mio, dijo.

Blas, que se habia adelantado al posadero, pasó junto á Roberto, deslizándole al oido estas palabras:

—Mr. Geraud.

El Americano le dió las gracias con un movimiento de cabeza.

—Acercaos pues, añadió. Os suplico me dispenséis haberos molestado tan repentinamente; pero tengo que haceros una multitud de preguntas.

Las gentes de la alta Bretaña son tan desconfia-

das como los normandos; es una operacion mas que peligrosa hacerlos pronunciar la primera palabra. En cambio conseguido esto se obtiene de ellas cuanto se desea.

El posadero era ya hombre de alguna edad, recordete y de muy buena apariencia. Sus ojos pardos tenian esa especie de burla que en los campesinos no es por cierto irreconciliable con la franqueza.

Estaba de pié entre Roberto y Blas. Sin aparentar hacer cosa alguna, su mirada escudriñaba hasta el menor movimiento para hacer algunas averiguaciones. Su gorra, que volvia y revolvia entre las manos, le servia de entretenimiento, y la negra boquilla de la pipa que salia de uno de los bolsillos del chaleco, arrojaba aun alguna que otra nubecilla de humo.

—¡Ah, ah! dijo á manera de respuesta al exordio de Roberto.

Y saludó.

—Multitud de preguntas, repitió el Americano. Apuesto cualquier cosa á que no sospechais que os encontráis delante de un antiguo conocido.

—¡Oh, oh! repuso el buen hombre.

—¿Os admira eso? replicó Roberto, que aumentaba cada vez su condescendiente alegría. ¿No recordais haberme visto alguna vez? Tampoco es la primera que me sucede lo mismo. Blas, muchacho, puedes sentarte. Cuando se viaja es preciso prescindir de la etiqueta. Pero antes acerca una silla

para nuestro huésped. Amigo mio, nada de cumplimientos; aquí hay trecho para los tres.

El posadero y Blas se sentaron.

—¡Cuando os digo que sois un antiguo conocido miol replicó Roberto; porque yo he oido hablar muchas veces de vos.

—¡Eh, eh! hizo el breton.

—Maese Geraud, ¡pardiez! propietario del Carnerc Coronado.

—Todo eso lo dice mi muestra, murmuró el posadero.

Blas, que nada tenia que hacer mas que juzgar los ataques y las tentativas, se volvió para reir.

El Americano hizo como que no lo habia visto.

—La posada mejor de Redon, prosiguió, y el hombre mas honrado y complaciente de todo el departamento de Ile-et-Vilaine.

El pasadero medio se sonrió; lisonjeábale mucho el cumplimiento, pero su antigua prudencia le aconsejaba la reserva.

—Y no creais que está muy cerca de aquí donde me decian todo eso, maese Geraud, prosiguió Roberto.

No ha sido en Vannes, ni en Nantes, ni aun en Rennes.

—¿Quizá en Saint-Boienne? murmuró el buen hombre.

—Tampoco; mucho mas lejos aún. Maese Geraud, sois conocido hasta en Paris.

¡Paris! el punto mágico que las provincias detentan y adoran.

El dueño del Carnero Coronado levantó sus ojos pardos, en que brillaba un orgullo modesto mezclado de curiosidad.

—¡Ah! ¡ah! dijo; ¡en Paris, en la gran ciudad!... ¿y quién habla de maese Geraud por aquellos sitios?

—¡El diablo! pensó el Zalamero.

Roberto se sonrió de manera que aparentaba una reprobación.

—¡Oh, maese Geraud! maese Geraud! dijo. Mucho sufriría el buen muchacho si os oyera hacer esa pregunta. ¿Teneis amigos en Paris?

—¡No tal! replicó el huésped... á nadie conozco allí.

—Pues ya hemos acabado, pensó Blas.

—Pues bien, prosiguió Roberto; al oírle hablar de vos nunca me hubiera figurado que pudiéseris olvidarle!

—¿Pero á quién?

—¿Con que vais á hacer que diga yo su nombre? preguntó con lentitud como si hubiese querido dar lugar al ingrato amigo para que recordase.

No había en su rostro la menor sombra de turbación. Blas al contrario, que veía próxima á ser descubierta la audaz mentira y silbada la comedia en su primera escena, ocultaba mal su desconcierto.

Mientras que renegaba contra la imprudencia de su compañero, continuaba ésto mirando al posadero,

que recorría su memoria con la mejor buena fe del mundo.

—Que me llevé *Gripi* (1)... murmuró el huésped.

Roberto le interrumpió repitiendo:

—¡Ah!... ¡maese Geraud!... ¡maese Geraud!...

Luego añadió con tono casi severo:

—Vaya; si no habeis recordado su nombre os lo diré yo.... y os avergonzareis de haberle olvidado.

Había tan profunda sinceridad en el acento de Roberto, que el mismo Blas no sabía qué pensar.

En cuanto al posadero, evocaba sus recuerdos de todo corazón.

—¡Soy un torpe! exclamó repentinamente, dándose en la frente una fuerte palmada.

Únicamente en aquel momento hubiera podido adivinar un observador cuál había sido la gran ansiedad de Roberto. Respiró con fuerza.... Esto fué obra de un momento y su fisonomía no dió á conocer la menor sorpresa.

—¡Un torpe! decía sin embargo el buen hombre... verdad es que siempre me sucede lo mismo.... Sin José Gautier no hubiera tenido mas remedio que pasar muy malos ratos en la rada de Brest.... Apostaría á que es José Gautier.

(1) Nombre que en los campos de Ile-et-Villaine se da á Satanás.

—¡Pardiez! exclamó Roberto.

Blas experimentaba ese sentimiento de un diletante esperto que escucha un talento de primer orden.

—En fin, maese Geraud, continuó el Americano, mas vale tarde que nunca.... Ese buen José Gautier me ha hablado muchas veces de vos.... Geraud, antiguo marinero!....

—Artillero de marina y luego cocinero por muchos años, rectificó el huésped.

—¿A quién se lo decís? exclamó Roberto.... ha sido una equivocación, porque debéis comprender que sé mejor que vos mismo vuestra propia historia.

—Es indiferente, dijo el posadero; debiera haber recordado al momento á Gautier!.... ¿Y cómo está ahora?

—Perfectamente.... lo mismo que su mujer.

—Su mujer.... ¿pues cuándo se ha casado?

—Hace tres meses.... Blas, mi criado, fué su padrino.

—Sí, dijo el Zalamero.

La fisonomía del posadero expresó alguna desconfianza.

—¡Calla, calla! murmuró; pues en otra época era José Gautier todo un caballero.

—¿Y os sorprende que haya escogido un criado? repuso Roberto.

—¡Oh! ¡oh!.... hizo maese Gerand.... no creíais que he querido ofenderos, señor Blas.

—¡Comprendo!.... pero tal cual lo veis, Blas no es un criado como la mayor parte de los de su clase.... Ha sido educado por mi familia y es casi mi amigo.

Maese Geraud saludó á Blas.

—De una ú otra manera, dijo, no tengo necesidad de hablar mas.... Puesto que venis de parte de mi antiguo amigo Gautier, podéis disponer de mi casa y mi persona. Apretémonos la mano si creéis que no hay ofensa en ello.

Roberto se apresuró á presentar la suya, que fué cordialmente estrechada por el honrado huésped.

—¿Y venis para pasar mucho tiempo en mi casa? preguntó.

—Vengo de Paris, como ya os he dicho, replicó Roberto, y aun de mucho mas lejos.... El objeto de mi viaje es visitar á un caballero de estas cercanías á quien no conozco personalmente, y del que me alegraría tener algunas noticias.

Esta frase, á pesar de su sencillez aparente, era de las que siempre suenan mal á los oídos bretones. En aquel tiempo, como antes y despues habia grandes disidencias políticas en las provincias: además, por donde ha pasado la guerra civil el curioso parece que tiene cara de espía.

Los ojillos de maese Geraud reflexionaron mientras murmuraba su prudente lengua.

—Los detalles que pido, prosiguió el Americano, son ciertamente de poca importancia, porque

30124

ya sé yo que la familia Penhoel es muy rica y respetable.

—¡Oh, oh! dijo el buen hombre con cierto énfasis, ¡se trata de los Penhoel!

—Un encargo que traigo para el vizconde, y que me ha obligado á pasar por Redon en vez de dirigirme directamente á Nantes. ¿Dista de aquí mucho Penhoel?

—Una cosa regular, contestó maese Geraud.

—¿Y el vizconde es tan amable como se dice?

El dueño del Carnero Colonado guardó silencio cortos momentos antes de contestar.

—En cuanto á eso, replicó al fin, Penhoel ha sido siempre la honra del país desde que el mundo es mundo. Pero hay algunos que dicen que el nombre de Penhoel gozaria de mas consideración si el primogénito no hubiese abandonado el país para ir donde solo Dios sabe.

—¡Ah! dijo el Americano, como si ya estuviese iniciado en una parte de los secretos de una familia cuya existencia le habia revelado por casualidad un pedazo de papel, ¿se habla aún del primogénito?

—Se hablará siempre, replicó el pesadero con lentitud, y con acento de tristeza.

—Y sin embargo, replicó Roberto, ya hace mucho tiempo que ha partido.

—¡Muy cerca de quince años! ¿Pero qué importan el tiempo ni la distancia cuando se deja un buen recuerdo en el fondo de todos los corazones?

Roberto cruzó las manos sobre las rodillas é inclinó la cabeza con aire enternecido.

—¡Pobre amigo! murmuró.

El honrado Geraud, que se habia inclinado pensativo, se irguió vivamente, dirigiendo á Roberto una mirada de asombro.

Su sorpresa no era mayor que la de Blas, que presenciaba aquella escena con la curiosidad de un amante de la escuela dramática saboreando las peripecias inesperadas de una primera representacion. Conocia la intencion de Roberto y desde la llegada del huésped iba adivinando poco á poco el camino que su compañero queria seguir; pero como fuese incapaz de hacerlo sin caer en aquella senda difícil y peligrosa, sentia á cada momento mayor admiracion.

Roberto crecia á sus ojos, adquiriendo para él desde hacia algunos minutos proporciones gigantescas.

Esperaba, disimulando lo mejor que le era posible, su sorpresa y conservando la aparente indiferencia que á su carácter de criado convenia.

—Las palabras que acabais de pronunciar, maese Geraud, son muy buenas, prosiguió Roberto; no puedo expresaros la satisfaccion que producen en mi alma. ¡Ah, si el pobre Penhoel pudiera oírlas!

La fisonomía del huésped expresaba cada vez mas emocion.

—¿De qué Penhoel hablais, caballero? murmuró con voz trémula.

—Del que en estos momentos está muy lejos de Bretaña.

—¿Del primogénito? replicó maese Gerand, cuya voz temblaba cada vez mas; ¡de Mr. Luis!... ¡No ha muerto?

El Americano se sonrió.

—Que yo sepa no, dijo.

—¿Lo conocéis?

—Mi digno maese Gerand, replicó Roberto guiñando un ojo, ¿a qué vienen esas preguntas? ¿No habéis adivinado ya que voy al castillo de parte de mi querido amigo Luis de Penboel?

Blas se puso á atizar el fuego que ardía en la chimenea para disimular su entusiasmo.

Una lágrima surcó la mejilla de maese Gerand.

III.

EL AUSENTE.

Mr. Roberto de Blois, conocido con el nombre del *Americano*, era uno de esos hijos de la casualidad que no se sabe dónde nacen, y que tampoco poseen nada en la tierra. ¿Era de origen francés ó extranjero? Nadie hubiera podido decirlo. Su acento era el de los parisienses; pero París por grande que sea no puede aceptar la paternidad de los innumerables aventureros que se llaman sus hijos. Acuden allí de todos puntos atraídos por un

—Del que en estos momentos está muy lejos de Bretaña.

—¿Del primogénito? replicó maese Gerand, cuya voz temblaba cada vez mas; ¡de Mr. Luis!... ¡No ha muerto?

El Americano se sonrió.

—Que yo sepa no, dijo.

—¿Lo conocéis?

—Mi digno maese Gerand, replicó Roberto guiñando un ojo, ¿á qué vienen esas preguntas? ¿No habéis adivinado ya que voy al castillo de parte de mi querido amigo Luis de Penboel?

Blas se puso á atizar el fuego que ardía en la chimenea para disimular su entusiasmo.

Una lágrima surcó la mejilla de maese Gerand.

III.

EL AUSENTE.

Mr. Roberto de Blois, conocido con el nombre del *Americano*, era uno de esos hijos de la casualidad que no se sabe dónde nacen, y que tampoco poseen nada en la tierra. ¿Era de origen francés ó extranjero? Nadie hubiera podido decirlo. Su acento era el de los parisienses; pero París por grande que sea no puede aceptar la paternidad de los innumerables aventureros que se llaman sus hijos. Acuden allí de todos puntos atraídos por un

instinto irresistible. Luego se lanzan armados de todas armas á la conquista de las sencillas provincias desde aquel centro heroico donde el talento y la audacia están en la atmósfera, donde cada uno puede hacerse criado de comedia con solo dejar á sus poros absorber el viento de la intriga.

Para brillar en Paris es preciso ser de los mas espertos.

Roberto de Blois tenia tambien su mérito, pero no era de esos hombres que en ocasiones llaman la atencion de la capital y que llevan á presidio grandes méritos y títulos de duque.

En la profesion hay sus grados. Roberto no podia aspirar mas que á figurar en la jerarquía de los que estafaban en las provincias.

No era porque careciese de eminentes cualidades, sino porque no era completo.

Para hacer en pocas palabras su apología, diremos que tenia gran talento y mucha de esa destreza que se necesita para arrancar del fondo del alma un secreto, por muy dispuesta y empeñada que esta esté en ocultarlo.

Además, era hombre de sangre fria, imaginacion y elegancia. Tambien es preciso colocar en primera línea una irresolucion nativa que únicamente cesaba ante las grandes situaciones extremas. Roberto era excelente para empeñar una guerra desesperada en el momento en que fuera forzoso escoger entre la vida y la muerte.

El hambre le daba génio.

Pero desde el momento en que tenia algo que perder, cambiaba su audacia en morosidad. Deteníase á la mitad del camino por el temor de ver perdido su trabajo.

Volvia á ser otra vez pobre y volvia entonces á ser hombre.

Despertaba su sutil imaginacion, bullian de nuevo las ideas en su cabeza, y ¡ay de los escudos que no estuviesen muy bien guardados!

En suma, era un aventurero de orden secundario, pero escesivamente peligroso y capaz de llegar en momentos felices á la suprema habilidad del género.

Contaba ya diez años de carrera, habiéndola comenzado desde los quince.

Desde entonces solo Dios sabe cuánto habia trabajado, ya como soldado ó capitán, ya pobre ó rico, ya explotando á veces la intriga de la alta comedia, ya descendiendo á las supercherías del mas vulgar ratero y arriesgando su libertad por algunos francos.

Sin embargo, se iba formando así y adquiriendo ideas fijas. Su objeto era robar mucho para representar el papel de hombre honrado en un buen castillo de su propiedad con una mujer amable y de noble cuna.

Roberto detestaba la sociedad.

Blas y él se habían hecho amigos en Paris por consecuencia de las relaciones que tenian con un encubridor llamado Bibandier que poco tiempo an-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, N.M.

tes había ido al presidio de Brest á expiar sus crímenes. Blas era un tunante adocenado, tal vez menos desalmado que Roberto, pero menos desidiado, y que carecía de ese valor ficticio y de las pruebas que el Americano había hecho por la fuerza sola de su voluntad.

Ambos habían ganado sus sobrenombres de guerra como Escipion el Africano y el gran Fabio.

Ambos habían perfeccionado notablemente, si no inventado, los géneros de robo que en el dia están al alcance de todo el mundo. Para comprender el sentido especial de estos dos apodos, el *Americano* y el *Zalamero*, basta haber leído la *Gaceta de los Tribunales*.

En cuanto á Lola, la había cogido Roberto de una cuadrilla de volatineros donde para libertarse de los golpes bailaba en la cuerda floja. Tenía diez y ocho años.

Nadie se había cuidado nunca de decirle: Esto está bien ó mal.

Difícil hubiera sido saber lo que había en el fondo del corazón de aquella pobre niña.

Aquel dia estaba Roberto en uno de los mas felices de su vida. El hambre y los bolsillos vacíos le animaban. Pero la noche se anunciaba cruda y Roberto no recordaba haber afrontado nunca tantas dificultades. En aquel momento ocultaban el esfuerzo mas enérgico de su vida sus maneras francas y su tranquila fisonomía.

Era un trabajo continuo, un combate sordo y sin

tregua ni descanso. A favor de su sonrisa estaba acechando cada palabra del posadero, interpretando cada gesto y prodigando su consumada destreza para poder formarse una palanca de la menor circunstancia. Es imposible decir lo que había trabajado desde comenzar la lucha sin reflexion. Cuanto había intentado era el resultado de un cálculo; pero es cierto que su posición extrema le había precipitado bruscamente en aquella peligrosa prueba.

Había empezado la lucha sin armas y con el valor que da la desesperacion. Era una partida que en todo rigor se podía ganar, pero que considerada á sangre fria presentaba mil probabilidades de mal éxito.

Estas partidas se ganan á veces en las manos de un jugador hábil; una maniobra prudente puede forzar la suerte. A medida que avanzaba la entrevista sentía Roberto que su valor aumentaba. Su tentativa absurda é imposible se hacia casi razonable; de tal manera había vencido las primeras dificultades.

No era ya un loco que lee el nombre de una persona y grita desaforadamente: ¡para mí esa presa! La puerta de la casa de Penhoel iba abriéndose poco á poco.

Poseía ya la mitad de su secreto.

Muchas cosas podían aún destruir su frágil plan, reduciendo á polvo el edificio de sus mentiras; pero hasta entonces había caminado impávido por las

tinieblas y su prudente planta había logrado engañar los obstáculos del desconocido camino.

Al ver este inesperado prólogo creíase ya Blas fuera del negocio, pudiendo apenas contener su alegría.

El Americano no tenía tiempo para regocijarse. Estaba dedicado completamente al negocio, y su vista de lince interrogaba constantemente la fisonomía de maese Geraud, que era su única brújula.

¡Le quedaban tantas cosas por adivinar! ¡Era tan misteriosa aún aquella senda por la cual había dado algunos pasos!

Forzoso era saberlo todo. ¿Qué quería decir por ejemplo aquella lágrima que silenciosamente surcaba la mejilla del honrado breton?

Roberto esperó algunos minutos, y luego adelantó su silla y sin decir palabra tomó la mano del posadero, estrechándola entre las suyas:

—¿Le amais? dijo con voz conmovida.

Maese Geraud volvió la cabeza para ocultar sus ojos humedecidos.

—¡Traenos de Brest! murmuró; ¡yo no soy un llorón! ¡Pero como Mr. Luis era casi mi hijo!.....

¡Le he hecho subir tantas veces á mis rodillas cuando el comandante venia con licencia al castillo!.....

¡He servido veinte años á las órdenes del padre de los Penhoel, caballero!..... y cuando como yo se

ha visto al comandante en el banco de guardia treinta ó cuarenta veces, desarbolando y echando á

pique los barcos ingleses con su uniforme de capi-

tan de navío, no se hubiera podido menos de dar por él el cuerpo y el alma.... ¡Y luego tan bueno!....

—He oído hablar del comandante de Penhoel, interrumpió Roberto.

—Ya lo creo.... ¿quién no habrá oído hablar de él? ¡Ah! ¡aquellos eran buenos tiempos!.... Pero ha muerto y aquel de sus hijos que le sobrevivió y mas se le parecia, abandonó un día nuestra Bretaña para no volver mas.... El otro....

—¿El otro no es digno de su padre? preguntó el Americano.

—¡Sí tall! exclamó vivamente maese Geraud.... Dios me libre de haber dicho nada que pueda hacer pensar eso, caballero.... El segundon de la familia es un hombre digno.... Pero nuestro Luis....

El posadero se interrumpió dando un suspiro.

Blas se decia, removiendo la ceniza:

—Parece que el buen vizconde tiene cuarenta mil libras de renta y no cuenta aún sesenta años como habíamos creído.

—¡Nuestro Luis! prosiguió el huésped.... difícil seria hallar un corazón como el suyo.... ¡Pero vos, que venis de su parte, podeis decirme dónde está y qué hace?

—Está en los Estados-Unidos, respondió el Americano sin vacilar, y es teniente coronel del ejército de la república.

—¡Ah! exclamó el posadero.... ¡hijo mío!.... ¿y es feliz?

—No, replicó Roberto.

Maese Geraud levantó los ojos al cielo.

—A nadie ha dicho su secreto, murmuró.... ¡pero nadie se destierra sin sufrir! ¡Dios le proteja!

Hubo un momento de silencio que Roberto aprovechó para poner en orden sus baterías.

—Vamos, replicó de pronto, fingiendo abandonar su supuesta melancolía; no se trata ahora de conmoverse.... Por mi parte pasaría todo el día hablando del pobre Luis; pero creo que es preferible que cada uno termine sus negocios.

—Si hay que llevar alguna carta suya al castillo, dijo el posadero, monto en mi mulo y parto al momento.

Roberto meneó la cabeza.

—¿Ha escrito después de su partida? preguntó.

Esta pregunta, tan importante para él, fué hecha con ese tono grave que plantea las premisas de un argumento.

—Una sola vez, respondió el huésped, un año después de su viaje.

—Pues bien, maese Geraud, es forzoso creer que tendrá alguna razón para guardar silencio tanto tiempo.... ¿Por qué escribir después de tanto tiempo de no hacerlo?

—¡Es verdad! ¡es verdad! murmuró el honrado hombre. ¡Sin embargo, amaba tan tiernamente a

su hermano!.... ¡Ah! hay en su conducta cosas que no comprendo.

Se detuvo; pasóse la mano por la frente cual hombre que quiere recoger involuntariamente sus recuerdos.

—Nunca se han visto dos hermanos que se amaran como ellos! replicó.

El Americano cuidó bien de no interrumpirle esta vez.

—Desde el día de su nacimiento hasta la edad de veinte años no se vió nunca al uno sin el otro. Hubiérase dicho que no tenían más que un corazón. Luego, de pronto, y aun en vida del comandante y de la anciana señora, que son ahora un santo y una santa en el cielo, pasó por el castillo un viento misterioso de desgracia. Había allí una niña bella como los ángeles del cielo.

El posadero se interrumpió otra vez, dando un hondo suspiro.

El Americano era todo oídos.

—Ignoro lo que sucedió, prosiguió maese Geraud. Hacia aquel tiempo fueron los Pontalés al castillo, y cuando Pontalés estrecha la mano de Penhoel se ríe el diablo en lo más profundo de los infiernos.

Una pregunta llegó a los labios de Roberto, que pudo detenerla y siguió guardando silencio.

El breton siguió:

—¡Son el agua y el fuego! Los Pontalés tenían en otra época una casita en medio de un campo in-

culto.... Mis padres los han conocido con albarcas en los piés. Ahora es suyo el bosque.... el bosque y el castillo grande.... ¿Pero qué digo?... Mlle. Marta era la niña mas bella de todo el país. Se creía que amaba á Luis.... ¡Ah! ¡esto llamó la atención de todo el mundo! Mr. Luis partió, y los que lo encontraron en el camino pudieron ver las lágrimas que se desprendían de sus ojos. René, su hermano menor, fué el que se casó con Mlle. Marta, y desde entonces no se pronuncia en el castillo el nombre de Mr. Luis.... ese nombre que en diez leguas á la redonda conservan todos en el corazón.

Si el Americano hubiese tenido bien repletos sus bolsillos, hubiera pagado muy pródigamente esta corta y vaga historia.

—Luis me ha hablado de los Pontalés, dijo; estaba yo muy lejos de creerlos tan ricos.

—Tres veces mas que los Penhoel, exclamé maese Geraud con cólera.... y tambien cuatro..... ¡Ah! Pontalés el viejo es un soberbio normando con su fisonomía de hombre honrado. Encierra mas astucia bajo sus blancos cabellos que cincuenta cabezas bretonas.... Felizmente el amo lo ha echado para siempre del castillo, porque habia muchos malos presagios como este en torno de Penhoel.

Y calló.

Roberto esperó un momento, aguardando otros detalles sobre Luis de Penhoel; pero el posadero

guardaba silencio, conociéndose claramente que no sabia mas.

Roberto replicó:

—Maese Geraud, os suplico que no me volvais á hablar mas de Luis.... Os estaria escuchando un siglo; pero el tiempo vuela y no puedo perder un momento.... Decidme mas bien lo que ahora sucede en el castillo.... Si Penhoel no escribe quiere que se le escriba, y hasta el menor detalle será muy precioso para él.

El posadero no tenia ya desconfianza. Hubiera puesto lo que mas hubiese querido bajo la salvaguardia del hombre que le daba noticias del hijo mayor de su amo.

—En el castillo, prosiguió, creo que son felices ahora. En quince años se pueden olvidar muchas cosas cuando no se tiene voluntad de recordarlas! Su hermano ha recobrado una buena parte de los bienes de su familia, vendidos durante la revolucion. Si no es la casa mas rica del país, por los Pontalés, que en el año 95 compraron el antiguo castillo, el bosque de Cosquer y muchas otras tierras de la familia, es todavia á pesar de lo que ha podido suceder, la casa mas respetada.... Cuando le escribais, caballero, le direis que la hija de su hermano, la niña Blanca de Penhoel, es tan buena y tan cariñosa, que desde Carentoir hasta la salida de Redon la llama todo el mundo el Angel.... La señora no ha perdido su belleza á pesar de la palidez que desde hace muchos años cubre su ro-

tro. No asiste nunca á las fiestas de los castillos vecinos, pero los pobres la conocen y ruegan á Dios por ella, porque es la Providencia de los desgraciados.... Mr. René es buen marido y buen padre á pesar de que algunos han dicho que á veces dirige siniestras miradas á la cuna de su hija, la niña Blanca. Sirve á la Iglesia, ama al rey y su puerta está constantemente abierta; en una palabra, es un Penhoel.... Además, hay otros huéspedes en el castillo, y lo que estoy seguro que alborozaría el corazón de Mr. Luis sería ver á las dos niñas del tío Juan!....

—¡Buen hombre! interrumpió Roberto, que buscaba la ocasión de continuar su papel, aparentando estar enterado de todo.

—¡El tío con albarca! exclamó Geraud; apostaría á que os ha hablado algunas veces de él.

—Mas de ciento.

—¡Lo quería tanto! ¡Oh! ¡y éste no le ha olvidado! ¡Cuántas veces al oír hablar de Mr. Luis he visto inclinarse su cabeza y surcar una lágrima su mejilla! Si escribis á nuestro amo es preciso que le digais todo eso, y además que el tío tiene dos hijas, dos niñas mas bellas aún, si es posible, que Blanca de Penhoel.... Habitan el castillo como génius del bien; su alegre sonrisa reanima el alma; parece que mientras ellas lo habiten no puede entrar allí la desgracia, y sin embargo....

Se interrumpió, añadiendo en voz baja involuntariamente:

—¿Os ha hablado alguna vez Mr. Luis de Benito Haligan?

Roberto aparentaba recordar.

—Benito el barquero.... añadió el huésped.

—¡Esperad! ¿Benito?

—Benito el Brujo.

—¡Ah! ¡sí!

—Algunos hay que se burlan de él, pero conozco que lo sabe todo.

Maese Geraud movió la cabeza, y bajando aun mas la voz dijo:

—No es necesario que habéis de él cuando le escribais: pero Benito dice que el castillo no tardará en perder sus dulces alegrías.... que volarán á los brazos del señor juntas el Angel y las dos hijas del tío.... ¡Elena, la niña vivaracha, y Diana, la hermosa santa!

—¡Qué locura!

—Sí, sí; Benito las ve en sueños vestidas con largos trajes blancos vagar á la orilla del río como las hijas de la luna. Pero tal vez se engañe Benito una vez en su vida.... Dios lo quiera, y ojalá se cierren mis pobres ojos antes que ver eso.

El posadero inclinó la cabeza sobre el pecho. Parecía que reflexionaba.

Al cabo de algunos segundos acudió á sus labios una sonrisa triste.

—¡Queridas niñas! replicó con voz conmovida. Pero ya vereis al Angel, caballero.... Ya vereis á Diana y Elena, las perlas del país, con sus jubones

de lana rayada y toquillas de aldeana cubriendo sus cabellos.... Porque aunque pertenecen á la rama legítima de los Penhoel, no poseen nada en el mundo y el tío Juan, su padre, quiere que vistan como las pobres muchachas de la aldea.... pero aun cuando las cubrierais de harapos no podriais prescindir de saludarlas al pasar.... Diríase que son dos reinas niñas. ¿Y cómo no habia de sobresalir su belleza entre todas las demás? añadió el buen posadero sonriendo tristemente, cuando se parecen tanto....

—¿A quien?

—Al primo génito de Penhoel.... como dos gotas de agua pueden parecerse á tras dos.

—¡Oh! ¡oh! dijo Roberto.... ese pobre tío con albarcas....

La voz de maeae Geraud tomó un acento severo....

—Es una familia santa, caballero, dijo, y nuestro Luis respetaba á la madre de las dos niñas como si lo fuera suya propia.

El Americano habia depuesto su sonrisa burlesca.

—En fin, prosiguió el huésped, cuando le háyais dicho todo eso si os queda aún algun trazo de papel que llenar, y os dignais pronunciar el nombre de un pobre hombre, añadidle que hay en el puerto de Redon un antiguo servidor de la familia que daría por él hasta la última gota de sangre.

—Para eso habrá siempre un buen lugar, mi

buen maeae Geraud, replicó Roberto de Blois: ¿pero me habéis nombrado ya á todos los huéspedes del castillo?

—¡Todavía no! El anciano tiene un hijo de mas edad que Diana y Elena.... se llama Vicente: hasta el día es el único heredero del nombre de Penhoel: un buen muchacho, aunque algo brusco y salvaje, pero con el corazón en la mano. En fin, está tambien el hijo adoptivo del amo y de la señora, que se llama Roger de Launoy.... una cabeza viva, aturdida, capaz de cualquier locura.... pero yo lo quiero por el gran cariño que profesa á la señora.

—¿Y cuánto dista esto del castillo?

—Dos leguas largas.

—¿De buen camino?

—Al contrario, pero muy seguido hasta la barca de Port-Corbeau.

Roberto miró por la ventana, aparentando medir la altura del sol, que alumbraba con sus dorados rayos las casas del puente de San Nicolás.

—Es preciso que partamos al momento.

—¿Ahora? exclamó el posadero.... Ya no queda mas que una hora de día.... Es posible....

—Sin embargo, puesto que el camino es recto....

—Recto, sí, pero muy desigual á causa de las últimas lluvias y lleno de barrancos en mas de treinta sitios.

—Con buenos caballos, dijo Roberto, se pueden pasar sin riesgo.

—No siempre, replicó el posadero, puesto que los caballos nada pueden contra los bandidos.

—¿Los bandidos?

—Una partida de pícaros que no se sabe de dónde han venido, y que se burlan de la gendarmería: hay tantas malditas cuevas en nuestros campos....

—Sería un contratiempo, dijo el Americano, que nos impidieran el paso los bandidos.

—Otros muchos han dicho lo mismo que vos, objetó el huésped, y se han arrepentido! ¡Pero estoy diciendo tonterías! Vos llegaréis de noche á la barca de Port-Corbeau y las gentes del país dicen que el Oust se ha salido de madre.

—¿Qué peligro puede ofrecer sabiéndolo?

—Venís de parte del primogénito de Penhoel, dijo maese Geraud, y me intereso por vos como un verdadero amigo.... No partais á estas horas, señor; os lo suplico, porque si os llega á sorprender la inundación cerca de Penhoel, no os queda otro recurso que encomendar el alma á Dios.

El Americano reflexionó algunos momentos y se levantó.

—Tal vez permanezcamos mucho tiempo en Penhoel, dijo; pero en tales circunstancias es preciso que emprendamos nuestro viaje mañana al ser de día. Además, mi comisión es de tal naturaleza, que no se puede confiar á nadie. ¡Debeis comprender esto, maese Geraud! No se trata únicamente de hablar con el señor de Penhoel....

—¿Teneis quizá que hablar á la señora? murmu-

ró el posadero con aire tímido y como si temiese espresarse demasiado su pensamiento.

Roberto hizo un gesto afirmativo.

El huésped levantó los ojos al cielo y cesó de interrogar.

Su última pregunta habia sido como el complemento de los detalles suministrados antes. Abrió á Roberto un horizonte nuevo, y en aquel momento casi puede asegurarse que sabia mas que el mismo posadero.

—Cualquiera que sea el resultado de nuestra excursion, dijo, nos volveréis á ver mañana, maese Geraud, á menos que vuestros bandidos no nos coman ó maten en el camino. En efecto, es preciso que vuelva á pasar por Redon, ya para tomar los equipajes que he dejado en la administracion, ya para continuar mi viaje en el caso de que tenga alguna razon para no abusar de la hospitalidad de Penhoel. Por ahora me resta únicamente pedir os un par de buenos caballos.

—¿Estais decidido á partir?

—Decidido. El tiempo vuela, y os agradeceré infinito que estén los caballos cuanto antes.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono que no admitia réplica.

El dueño del Carnero Coronado salió murmurando su letanía de objeciones.

En cuanto hubo cerrado tras sí la puerta, rechazó Blas su silla é hizo una cabriola.

—¡Engañado!... ¡esclamó!... ¡Ah! famoso, ¡famoso! Roberto... Sabes mucho mas de lo que yo creía. Ahora sí que no daría la parte que en el negocio me corresponde ni por mil escudos.

—Todavía, todavía, dijo el Americano, cuya frente permanecía pensativa; tenemos que vencer aún un obstáculo.

—¿Los bandidos?

Roberto se encogió de hombros.

—Al contrario, replicó, justamente son ellos los que me hacen partir esta noche. Los bandidos están situados perfectamente, y gracias á ellos podremos justificar la falta de nuestros equipajes. Seremos robados en el camino, y el triste estado en que nos presentamos no podrá menos de inspirar simpatías.

—Tienes mucha razon, contestó el Zalamero. Imposible es que haya otro con tanto ingenio en el ámbito de la tierra.

Un movimiento que Loia hizo tras las colgaduras pareció cambiar bruscamente el curso de las ideas del Americano.

—Corre á buscar á maese Gerand, esclamó... ¿en qué diablos estaba yo pensando? No hemos perdido mas que dos caballos y necesitamos tres.

Oscurecióse la frente de Blas.

—¡He aquí el obstáculo!... Sin esa mujer serias mas grande que Napoleón... Pero, hombre, por Dios, ¿qué demonios quieres que hagamos con ese espantajo en el castillo?

—Vé á pedir otro caballo.

Blas bajó la cabeza con aire de mal humor, dirigiéndose sin embargo hácia la puerta para obedecer.

Pero antes de que hubiese traspuesto el dintel, pareció volverse atrás el Americano.

—¡Espera! dijo... Es verdad; podemos esperar hasta mañana: de ese modo nos libraremos de arreglar la cuenta con ese viejo inocente de maese Gerand.

—Mi opinion, replicó el Zalamero, es que decididamente podríamos dejarla aquí en pago del vino de Nantes y de la cena.

Roberto estaba cerca del lecho, cuya colgadura levantó; los rayos del sol poniente enviaron un pálido reflejo de oro al rostro de la dormida joven.

Parecía sonreír.

El Americano estendió hácia ella su mano, y su pronunciado lábio esperiméntó un movimiento de sarcástica alegría.

—¡Qué loco eres! pronunció con voz sorda y breve... en el castillo hay un hombre joven aún, un

Al Oriente de los dobles desfiladeros es montañoso el país, presentando un aspecto salvaje.

Hacia el Nor-Oeste al contrario, se ensancha el valle repentinamente á la misma salida del tajo formado por la corriente del Oust, formando una llanura bastante ancha. Esta se pierde en el horizonte entre dos cordilleras de montañas paralelamente situadas.

En estío es un tapiz inmenso de verdor donde la vista sigue á lo lejos la corriente del Oust, y de dos ó tres riachuelos que se acercan, se alejan y se confunden, semejantes á otros tantos hilos de plata.

En invierno es un lago inmenso que cual el mar tiene sus olas, y donde el pescador de anguilas persigue su presa.

En el verano se ve pasando por el verde césped en todo el terreno que la vista puede abarcar, multitud de caballos de escasísima alzada y yeguas y carneros enanos, cuya carne es muy apreciada por los gastrónomos de Ille-et-Vilaine.

Todas las aldeas y quintas de las cercanías mandan sus ganados á aquellos pastos comunes. El país es pobre; cada uno se aprovecha de ellos y hay meses en el año en que los innumerables ganados se estienden sin interrupción desde el tajo del Oust, que se llama Port-Corbeau, hasta las cercanías de Vilaine.

Los pantanos de Glenac y San Vicente, trasformados en risueñas praderas, presentan entonces el aspecto de una Arcadia afortunada. No se ven

mas que pastores acostados sobre la yerba y pastoras con la rueca en la mano. Hay zamponas que suenan casi mejor que clarinetes, y de una orilla á otra alternan las estrofas de alguna rústica canción ejecutada por aquellas felices criaturas.

En invierno cubren las aguas los terrenos en que pacian los ganados. Apenas algunas isletas de verdor intentan alterar la superficie uniforme del gran lago, donde las aves acuáticas, reunidas en innumerables bandadas, reemplazan á los habrientos animales.

En lugar de aquella vida serena que animaba al valle, es una soledad silenciosa, y triste en cuyo centro se eleva en las montañas, de un frío escesivo, la colosal fantasma de la *Dama blanca*.

La misma configuración de los lugares hace que este cambio se produzca casi siempre con sorprendente rapidez. A veces bastan algunas horas para trasformar completamente el paisaje, y siempre una noche.

Hacia el tajo de Port-Corbeau es donde se unen las principales corrientes de aquel mar, el Oust y el Varne.

El Oust es un rio tranquilo cuya corriente se desliza formando anillos de serpiente y parece copiar las subidas del Sena; pero el Varne, que baja de la parte mas alta del país, se aumenta con la lluvia mas insignificante y cambia todos los otoños su inútil hilo de plata en un torrente temible.

Desde el estanque donde nace á algunas leguas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

mas allá hasta Port-Corbeau, la aspereza del terreno desafía la inundación; pero pasada una vez la doble colina cesa toda defensa y la corriente victoriosa no encuentra un solo obstáculo. El Oust y el Varne pasan el estrecho tajo y se lanzan en la llanura, donde los ganados huyen ante ellos.

A la hora de estas periódicas y rápidas crecidas parte un mensajero de las fuentes de Varne y al escape adelanta la inundación.

Corre á lo largo de las márgenes del río y llega á la entrada de los pantanos, donde su lúgubre trompa anuncia desde lejos la proximidad de la invasora agua.

Media hora despues de haberse esparcido por el aire aquellos temibles sonidos, óyese un ruido espantoso en el tajo y una ola de blanca espuma se lanza por el camino de Redon, que desaparece bajo ella.

Desde lo alto de la colina, dividida en dos partes por Port-Corbeau, es siempre admirable el país, bien porque el Oust y el Varne corren dormidos en sus sinuosos lechos, bien porque la inundación estiende hasta perderse en el horizonte su azulada superficie.

De la parte de los pantanos es un conjunto de colinas escarpadas, sobre cuya plataforma descuellan á lo lejos las casas de algunos aldeanos dominadas por el campanario de la iglesia.

En la dirección de Vannes se divisa la línea negra del antiguo bosque de Penhoel, delante de la

cual se eleva el soberbio castillo que llevaba en otra época este nombre, y que en la en que pasa nuestra historia pertenece á Mr. de Pontalés.

Al otro lado de las dos colinas, hácia el Norte y el Oriente, hay una pradera inmensa sin ningun plantío, y que va á unirse á las tres leguas con las aldeas de Rennes y de San Juan; se llama la Pradera triste. Tan lejos como puede alcanzar la vista, se ve un molino de viento cuyas aspas hienden el aire simétricamente.

A la misma mérgen del Oust y sobre la orilla opuesta al camino de Redon, se encuentra una cabaña cubierta de bálago y medio oculta por grandes castaños que adornan el terreno.

Esa cabaña era del barquero de Port-Corbeau, cuya barca estaba amarrada á la salida del tajo. Por cima de esa cabaña y á lo largo del mismo tajo se estiende una maciza muralla de mampostería, tan antigua como las tradiciones del país. A su estremidad oriental se elevaba un torreoncillo medio arruinado que los aldeanos conocian con el nombre de la Torre del Primogénito.

Es cuanto resta de un soberbio castillo perteneciente á los señores de Penhoel, y que sin dada servía para guardar el paso del Oust.

La maciza muralla sostenia en otro tiempo una línea de fortificaciones de que formaba parte, y dominaba la comarca la Torre del Primogénito.

En 1817 esos formidables cimientos no sostenian sus torres aspilleradas y solo soportaban un peque-

ño castillo construido hácia fines del reinado de Luis XV.

Allí era donde hasta la revolucion habian habitado los segundones de la familia de Penhoel, mientras los primogénitos vivían en el castillo principal, perteneciente ahora á la familia de Pontalés.

Este castillo estaba en un perfecto estado de conservacion y era de una arquitectura bastante elegante; pero colocado como se ballaba sobre un verdadero precipicio y sobre una verdadera plataforma desnuda, tenia un aspecto de tristeza y abandono.

A pesar de la distancia, podíase distinguir aún la arrogante arquitectura del castillo, que se elevaba orgulloso en el pico de la colina mas alta de las cercanías, rodeado de una magnífica cadena de rocas.....

Hacia ya algunos minutos que la noche habia estendido su negro manto. Hacia muy cerca de dos horas que Mr. Roberto de Blois y su criado habian abandonado la posada del Carnero Coronado.

El Oust corria silencioso entre los dos tajos, y á pesar de la creciente oscuridad veíanse los diversos arroyuelos diseminados por las praderas como serpientes de plata.

La parte del camino de Redon que baja á Port-Corbeau estaba completamente seca y las insignificantes olas que solian chocar en las márgenes del río ó contra las piedras, alejaban toda idea de peligro.

Sin embargo, una persona del país enterada de las costumbres de sus habitantes, hubiera sentido por instinto la proximidad de una crisis.

En efecto, el pantano estaba mas silencioso que de costumbre á aquellas horas. Los ganados habian entrado en sus establos, y Dios sabe que generalmente los caballitos bretones no temen pasar las noches de otoño á la luz de la luna.

Aquella noche era el pantano un desierto.

Otro síntoma de alarma no menos significativo, se presentaba bajo la especie de una Incecilla brillando entre los castaños delante de la cabaña del barquero.

No hubiera sido Benito Haligan, barquero de Port-Corbeau, el que á menos de necesidad hubiera encendido una linterna á su puerta.

A escepcion de esa luz, nada absolutamente se veía en el campo, y para encontrar otra era preciso que la vista se elevase á lo alto de la colina, donde débilmente brillaban las ventanas del castillo.

La familia de Penhoel estaba reunida en un salon bastante grande, cuyos modestos adornos demostraban sin embargo el estilo florido del siglo XVIII. En el fondo de la chimenea de mármol negro ardía una buena lumbre de leña seca, cuya viva llama alumbraba la estancia casi tanto como la ténue luz de las bujías.

Hubiéramos encontrado reunidos allí y matando las lentas horas que preceden á la comida, á todas

las personas nombradas por maese Geraud en el capítulo precedente.

A uno de los ángulos de la chimenea y alrededor de una mesa cuadrada, se hallaban el señor de Penhoel, el tío Juan y dos huéspedes del castillo entretenidos con una partida de juego.

René de Penhoel era un hombre como de 35 años, robusto y pudiendo aspirar al título de caballero. Sus facciones regulares estaban cargadas de un poco de color, y los bucles de sus cabellos castaños caían sobre su frente, donde se advertía la falta de energía. El aspecto general de su rostro pintaba un carácter desidioso.

El tío Juan era un anciano. Imposible sería ver una fisonomía mas venerable ni digna; la bondad sin límites se reflejaba en sus grandes ojos azules, bajos casi siempre tímidamente. Su frente, ancha y un poco elevada, tenía una corona de blancos cabellos ligeros y finos. Su sonrisa era triste y bella como la de una mujer.

Hablaba poco; cuando lo hacia admirábase todos de oír la voz suave y musical que salía de su sexagenaria boca.

Llevaba el traje propio de los aldeanos de Morbihan y su calzado consistía en grandes albarcas forradas de piel de cordero.

Los otros dos huéspedes eran nada menos que el padre Chauvett, maestro de escuela de la aldea de Glenac, y Protasio Le Hivain, jurisconsulto rústi-

co encargado de cultivar el gusto á los pleitos en cinco á seis leguas á la redonda.

La Bretaña gusta de los pleitos tanto ó mas que la baja Normandía. Hay aldeas que no tienen para sostener un médico, pero que disfrutan del beneficio de un abogado.

El padre Chauvette era un hombrecillo grueso, corto de imaginacion, de costumbres pacíficas y contento de todo el mundo excepto de Mr. Le-Hivain, su enemigo mortal.

El abogado tenía una fisonomía delgada, seca y biliosa y procuraba siempre comer. A pesar de su alegría humilde y gesticulosa, se adivinaba en él un espíritu envidioso y pérfido. Su larga cabeza huesosa, coronada de cabellos negros, le había hecho dar por el padre Chauvette el sobrenombre científico de Macrocéfalo, y cada vez que el buen maestro de escuela se entregaba á esta broma, añadía á manera de nota: "especie de insecto coleóptero cuyo nombre se deriva del griego, y que tiene la cabeza larga como Mr. Le-Hivain."

La mesa, situada entre los cuatro jugadores, soportaba además de las cartas y las bujias, cinco cestitas de mimbre llenas de fichas, y un carton impreso en que estaban las reglas del juego [el boston de Fontainebleau].

El otro ángulo de la chimenea estaba ocupado por un grupo mas numeroso en que dominaba el elemento femenino.

Junto al fuego una mujer jóven aún, y cuyo ros-

tro, singularmente hermoso, tenía un carácter de dulce dignidad, estaba sentada en una inmensa y cómoda butaca. Tenía en sus brazos una niña de doce años, cuya rubia cabeza se apoyaba en su seno.

Eran la vizcondesa Marta de Penhoel y su hija Blanca, que las buenas gentes del país desde Co-reatin hasta Redon llamaban el *Angel*.

Los hombres del campo son poetas. Decíase que el ángel de Penhoel era demasiado bueno y hermoso para la tierra, y que Dios deseaba llevárselo al paraíso.

Como para confirmar esta creencia había casi siempre una enfermiza palidez en el rostro de Blanca, y en su ideal belleza se adivinaban la debilidad y la melancolía.

En aquel momento aparentaba reposar. No se veía el azul celeste de sus grandes ojos, y sus largas pestañas caíanle sobre los mejillas.

Las formas infantiles pero sumamente graciosas de su cuerpo, descansaban sobre las rodillas de su madre, que la tenía entre sus brazos, y cuya mirada, fija en el suelo, estaba llena de ternura apasionada.

La madre y la hija formaban así un cuadro encantador lleno de abandono y amor.

De cuando en cuando el señor de Penhoel separaba la vista del juego, dirigiéndoles una mirada rápida. Contemplábalas así como á hurtadillas, y difícilmente se hubiera podido definir el vago sen-

timiento de malestar que entonces oscurecía su rostro.

Su sonrisa cambiaba de pronto, haciéndose triste. Dejaba las cartas sobre la mesa y llenaba de aguardiente un vasito de plata colocado cerca de él sobre un velador.

Había además en la sala otra persona que miraba al Angel con la mayor atención, y era un joven de diez y ocho años vestido con una especie de co-lete grosero y calzones de paño burdo.

Inmensos cabellos de color oscuro se dividían sobre su frente, cayendo en melenas hasta sus espaldas. Sus facciones eran regulares y su tez, abrasada por el sol, anunciaba un vigor precoz.

A pesar del fuego sombrío y casi salvaje que ardía en el fondo de su mirada, era hermoso.

Era Vicente, hijo del pobre tío Juan y único heredero del nombre de Penhoel.

Su pupila grande y ardiente parecía fija sobre su prima por una fuerza que no dependía de él. Blanca á pesar de ser tan niña le había inspirado ya un amor ardiente llevado hasta el entusiasmo.

En ese amor había admiración, respeto y éstais. Era un culto.

También había en él dolor, porque la robusta naturaleza del joven parecía plegarse á veces bajo terribles pensamientos.

Estaba un poco separado, entre los dos grupos, con la cabeza apoyada en la mano, que se perdía en las masas incultas de su gran cabellera.

Guardaba silencio.

Detrás de la vizcondesa, que desde ahora llama-
remos la Señora para conformarnos con las costum-
bres del castillo, cuchicheaba y reía una pequeña
sociedad compuesta de un joven y dos niñas.

El hombre se llamaba Roger de Launoy y era
con corta diferencia de la edad de Vicente, un be-
llo caballero de elegante apostura y risueño rostro,
un verdadero paje como nos pintan á éstos la vis-
pera del día fatal en que el amor comienza á hacer-
los lánguidos.

Sus compañeras, que podían tener catorce ó quin-
co años, eran las dos criaturas mas graciosas y lin-
das que puede haber soñado la imaginacion de un
pintor.

Las dos estaban vestidas con el traje de alde-
nas conforme á la voluntad del tío Juan, su padre;
pero había en sus trajes tan deliciosa coquetería
que mas de una hermosa dama las hubiera envidia-
do. Sus largos cabellos, de igual color, siendo en-
tre castaño oscuro y negro, se escapaban en abun-
dantes bucles bajo los bordes estrechamente oprimidos
de sus gorritas. A cada movimiento que ha-
cían veíase ondear aquellas ricas cabelleras y caer
en torno de su blanco cuello, donde lucía una cin-
ta de gasa negra sosteniendo una cruz de oro. Sus
cuerpos, esbeltos y delicados, estaban sujetos en
corpíños de lana oscura, en derredor de los cuales
caían los pliegues de sus jubones rayados.

No les faltaban ni el pañuelo azul ni los zapatos
con lazo de las aldeanas.

Ambas tenían con corta diferencia la misma es-
tatura; eran altas.

Aquí concluía la semejanza.

Habreis visto con frecuencia dos jóvenes cuyas
facciones difieren esencialmente y que se parecen
sin embargo por un parecido misterio; tienen como
generalmente se dice, el aire de familia; se pare-
cen las dos á su madre comun sin parecerse en-
tre sí.

Así eran Diana y Elena de Penhoel. Unicamen-
te faltaba el término comun con que se pudieran
comparar sus graciosas fisonomías; su madre había
muerto muchos años antes y nada en ellas recorda-
ba la grave y dulce fisonomía del tío Juan, su pa-
dre.

Los que se acordaban del primogénito de Pen-
hoel, ausente del país hacia mas de quince años,
pretendían que sus sonrisas recordaban las de aquel;
pero la memoria de Luis de Penhoel era adorada
en el departamento, y cuando se piensa en los au-
sentes se forman como éstos risueñas ilusiones.

Elena y Diana habían venido al mundo antes que
Luis de Penhoel abandonase el castillo de sus pa-
dres.

Elena tenía grandes ojos negros y facciones de
una delicadeza estremada, cuyo conjunto indicaba
una alegría inocente. Los ojos de Diana eran de
un hermoso azul oscuro. Había en su joven rostro

algo que indicaba á la vez tristeza é intrepidez. Cuando su fisonomía, mas séria que la de su hermana, le iluminaba con la sonrisa, era como el cielo abierto.

Nunca se veía á una de ellas sin que la acompañase la otra. El amor de las buenas gentes de la comarca no las separaba, y parecia á todos que el encuentro de las dos jóvenes auguraba felicidad. Sus caracteres se diferenciaban y parecian como sus rostros; pero entre las dos no tenian mas que un solo corazón.

Eran la alegría de la casa de Penhoel; sus inocentes y vivos placeres combatian la monótona tristeza del castillo.

Lo que como su padre el buen tío Juan amaban mas en el mundo, era la señora; únicamente para ésta sola dominaban la petulancia de su naturaleza. Hubieran pasado felices la vida sirviendo y adorando á la señora.

Marta de Penhoel, tan buena para todo el mundo, era [¡cosa estraña!] severa é indiferente para con las dos hermanas cuando éstas se arrodillaban ante ella. Hubiérase dicho que su acariciante ternura la impacientaba. Otras veces, pero muy raras, se enternecía al contemplarlas tan bellas, y parecia que sabia de su corazón á su rostro una misteriosa emoción. Diana y Elena contaban siempre con cariño las horas en que los labios de la señora se apoyaban sobre sus frentes con un afecto casi maternal.

¡Ay! aquellas horas tardaban mucho en volver! Parecia que aquella sentia las caricias que les prodigaba como si por sorpresa le hubiesen robado el apasionado cariño que profesaba á su hija.

Diana y Elena lejos de estar celosas estendian á Blanca el tierno y profundo cariño que profesaban á la señora.

Sin embargo de reir y hablar, el pequeño grupo compuesto de las dos hermanas y de Roger de Launoy, tenia gran cuidado de no hacer ruido, respetando el sueño del Angel. De tiempo en tiempo se inclinaba Roger para besar la mano de la señora, de la que era favorito. Un poco de melancolía sombreaba entonces la sonrisa de las dos jóvenes, que conocian que eran menos amadas y no se atrevian á pedir igual favor.

En torno del tapiz verde seguia su curso pacífico el boston de Fontainebleau sin perjudicar en nada á la conversacion.

—¡Prusianos! ¡prusianos! decia el abogado Le-Hivain. ¿Por qué serian prusianos?...

—¡Su nombre de bandidos! comenzó el padre Chauvette.

—¡Su nombre de bandidos no prueba nada! Yo he visto á los prusianos en Redon, y á pesar de su acento desagradable eran muy buenos soldados.

—Aun existen antiguos soldados de Bonaparte.

—Prusianos ó soldados de Bonaparte, interrumpió el maestro de escuela, han quemado la hermosa granja de Pontalés al otro lado de Glenac,

—Bien hecho, dijo bruscamente René de Penhoel, y si el diablo quemara á los Pontalés como los bandidos han quemado su granja, estaría mejor hecho aún. . . . Pido seis bazas.

El tío Juan no hablaba; seguía el juego con distracción y parecía que estaba combatido por un pensamiento siniestro.

El tío Juan era muy pobre y nadie hacía gran caso de él.

—¡Miseria! dijo el padre Chauvette.

—Ocho bazas, replicó Mr. de Penhoel; ¿están en el castillo esos tunantes de Pontalés, Le-Hivain?

—Han vuelto á él por causa del fuego de la granja, y el viejo Pontalés ha dicho que él mismo con su escopeta sería el guarda de las cuadras y los establos puesto que de nada sirven los gendarmes.

Penhoel se sonrió con aire desdenoso.

—Si los bandidos no tienen que temer mas que á él, dijo, mucho van á engordar este invierno. Pontalés es un cobarde como su padre, como su abuelo y como todos los que tienen sangre de su nombre.

El maestro de escuela bajó los ojos y el abogado hizo con la cabeza un signo de aprobacion.

El tío no había oído nada.

Penhoel bebió un vaso de aguardiente.

—Allá abajo, hacia la parte de Rennes, murmuró Le-Hivain con tono burlon, pretenden que el jóven Alain de Pontalés es un completo caballero. Me debéis cuatro fichas, M. de Penhoel.

Este tenía los ojos inyectados en sangre. Desde que se había pronunciado el nombre de Pontalés había hecho contraer su lábio y palidecer sus mejillas una cólera sorda.

El buen maestro de escuela atormentaba su cabeza para encontrar un medio de cambiar la conversacion, pero era en vano.

El abogado al contrario, experimentaba un péfido placer en escitar la cólera de su huésped.

El tío Juan continuaba guardando silencio. Sus ojos azules, de una dulzura casi femenil, miraban apenas las cartas, perdiéndose á cada momento en el vacío.

Cuando por azar se fijaban sus miradas en las dos niñas, se cubria su rostro de una tristeza misteriosa.

—Teneis juego para hacernos boston ahora mismo, Mr. Juan, replicó Le-Hivain; pero maldito si pensais en lo que estais haciendo. En cuanto á Pontalés, se dice que ha ido á Paris y que se ha traído la condecoracion del Lirio. Añádese tambien que el año próximo tendrá la cruz de San Luis.

—Eso no es verdad, murmuró Penhoel, cuya mejilla se había puesto escarlata; el rey no puede dar la cruz de San Luis á un ladrón.

—Repito lo que se dice por la aldea: lo que sí es cierto os que es noble ahora.

Penhoel dejó las cartas sobre la mesa y sus cejas se fruncieron violentamente.

—¡Bribon de Macrocéfalo! pensó el maestro de escuela.

Hizo al abogado una seña para que se callara; pero éste no quiso entenderla y prosiguió:

—Noble como Rieux ó Rohan. Ahora preciso será que le llamemos el señor marqués de Pontalés.

—Tomará por escudo, murmuró René entre dientes, una botella de sidra y un tapon de corcho en recuerdo de que era tabernero de Carantoir. Me llevo vuestro piccolo, padre Chauvettel

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono que cerró perentoriamente la boca á Protasio Le-Hivain.

El juego prosiguió en silencio por algunos minutos.

Pero René bebía á cada instante aguardiente, lo que es un mal medio de recobrar la calma perdida. La impresion producida por las palabras del abogado no se perdía, y había siempre una sombría nube sobre la frente del señor de Penhoel.

Sin embargo, la distraccion del tío Juan era un hecho muy notable. Desde hacia mas de una hora no había pronunciado una palabra y seguía jugando como Dios quería.

Penhoel estaba en esa situacion de espiritu en que se busca instintivamente una víctima sobre quien descargar la cólera. Había acogido las faltas del tío murmurando sordamente.

Mr. Le-Hivain, llamado Macrocéfalo, se encargó como siempre de dar fuego á la mina.

—Ya va de tres veces que cometeis faltas, Mr. Juan, dijo con su voz secamente burlona, signo de tempestad.

René de Penhoel tiró las cartas sobre la mesa, cruzándose de brazos.

—Parece que mi tío es un gran señor que se desdén de hacer la partida á pobres gentes como nosotros, pronunció con amargura.

El sarcasmo era tanto mas duro cuanto que el pobre anciano, menor de la familia, sin herencia y sin patrimonio, vivía casi á espensas de su sobrino.

Estremecióse y dirigió á este último una mirada llena de tristeza en que se pintaba la dulce paciencia de su alma.

—Os ruego que me escuseis, Penhoel, dijo.

René se encogió de hombros. Hubiera deseado tener con quien disputar.

—¿Teneis pensamientos muy interesantes? replicó sin abandonar su mal humor.

El tío Juan no respondió: bajáronse sus párpados.

—¿Nos hareis la gracia de decirnos, prosiguió René de Penhoel, cuál es el asunto de vuestras constantes meditaciones?

El tío levantó los ojos con lentitud; sus párpados estaban húmedos.

—Es que me acuerdo... dijo con voz baja y casi solemne.

—¿De quién?

El tío Juan cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hoy hace quince años, sobrino mio, murmuró, que Luis de Penhoel abandonó la casa paterna para no volver á ella jamás.

Este nombre fué pronunciado en medio del mas profundo silencio.

El señor de Penhoel se estremeció y sus mejillas se cubrieron de palidez.

Todos los huéspedes del castillo guardaban silencio.

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

CANCION BRETONA.

HUBIÉBASE dicho que el nombre del primogenito de la familia lanzado de improviso habia evocado un fantasma. En todos los rostros se advertia como un velo de tristeza y durante un minuto reinó en el salon de Penhoel un silencio casi lúgubre.

Aquel recinto tan tranquilo, y en cuya felicidad no se podia suponer otro enemigo que el enojo monótono de la vida campestre, se mostraba entonces bajo otro aspecto.

En aquella casa habia un secreto. Sin embargo; antes de que hubiese sido pronunciado el nombre

—Es que me acuerdo... dijo con voz baja y casi solemne.

—¿De quién?

El tío Juan cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hoy hace quince años, sobrino mio, murmuró, que Luis de Penhoel abandonó la casa paterna para no volver á ella jamás.

Este nombre fué pronunciado en medio del mas profundo silencio.

El señor de Penhoel se estremeció y sus mejillas se cubrieron de palidez.

Todos los huéspedes del castillo guardaban silencio.

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...
... el nombre de la luna...

CANCION BRETONA.

HUBIÉBASE dicho que el nombre del primogenito de la familia lanzado de improvisó habia evocado un fantasma. En todos los rostros se advertia como un velo de tristeza y durante un minuto reinó en el salon de Penhoel un silencio casi lúgubre.

Aquel recinto tan tranquilo, y en cuya felicidad no se podia suponer otro enemigo que el enojo monótono de la vida campestre, se mostraba entonces bajo otro aspecto.

En aquella casa habia un secreto. Sin embargo; antes de que hubiese sido pronunciado el nombre

del primogénito nada explicaba en la fisonomía del castillo las medias palabras y las melancólicas reticencias de maese Geraud, el honrado posadero de Redon.

Era una familia pacífica, dos esposos jóvenes todavía que se amaban con el cariño un poco tranquilo del matrimonio.

Ahora las palabras del posadero tenían un sentido.

Bajo aquella paz se descubría un sordo sufrimiento, y el misterio de un drama de familia se mostraba tras el telon medio levantado.

La señora estaba pálida como una estatua de alabastro y sus ojos bajos no miraban ya el Angel, que proseguía durmiendo.

El señor de Penhoel, que había dirigido al tío Juan una mirada de reprensión, examinaba entonces á su mujer con una atención sospechosa. Fruncíanse sus cejas y mostrábanse en su frente algunas arrugas.

El tío Juan apoyaba su cabeza en la mano. Absorbíale el pasado y parecía perderse en algunos recuerdos en que encontraba placer y lágrimas.

Elena y Diana, vagamente asustadas, habían perdido su bella sonrisa. Miraban a hurtadillas el sombrío rostro de René y la pálida fisonomía de la señora, y al verlos oprimíaseles el corazón.

Los demás individuos de la asamblea permanecían inmóviles y mudos. Ninguno se atrevía á romper aquel silencio glacial.

En el campo reinaba la tempestad. El viento sonaba en los huecos de las ventanas, y la nieve y la lluvia azotaban las vidrieras.

Solo dos personas había en el salon que permaneciesen al abrigo del disgusto general; Blanca, que estaba guardada por su sueño, y Vicente de Penhoel, que perdido en la contemplación de Blanca, no oía ni veía nada.

Mientras sus dos hermanas y de Launoy sufrían mas y mas el efecto de aquel triste silencio que oprimía á los huéspedes del castillo, se puso Vicente á sonreír porque el Angel en sus sueños sonreía también.

Durante algunos momentos se iluminó con un rayo de alegría la pura belleza del Angel. Una tinta rosada fué á colorear sus mejillas y se entreabrió u boca como para murmurar cariñosas palabras.

Vicente tenía las manos juntas y contenía su respiración.

Luego se veló poco á poco la sonrisa de Blanca; una dolorosa nube cubrió su frente; agitóse débilmente contra el seno de su madre.

Después, despertada por el silencio tal vez tanto como por su sueño, se incorporó asustada, lanzando un débil grito.

Al ver abrirse sus azules ojos, dulces como el amor de un niño, se hubiera comprendido por qué la poesía de las buenas jentes de Bretaña le había puesto por sobrenombre el Angel.

Dirigió en torno suyo una mirada que respiraba

temor; luego estendió sus lindos brazos medio desnudos para colgarse del cuello de su madre.

—¡Oh! dijo en voz baja; cuanto miedo me da; le he visto, le he visto!

Gracias al profundo silencio que reinaba en el salon pudo llegar su voz á los oídos de todos.

—¿Sabes de quien hablo? replicó viendo que su madre no le hacia ninguna pregunta. Me has dicho muchas veces que era muy hermoso y muy bueno... ¡oh! al momento lo he reconocido.

La palidez de la Señora fué aun mayor. No se atrevia á levantar la vista.

En las miradas del señor de Penhoel se advertia un fuego sombrío.

El abogado continuaba, aunque en voz muy baja, diciendo todas las ideas de pérfida ironía que atravesaban su imaginación.

Las jóvenes escuchaban curiosas. Elena y Diana se habian acercado á la Señora para acariciar las pequeñas manos de Blanca.

—¿No quieres decirme lo que te figuras? replicó esta última con un tono infantil de queja; y sin embargo, ya sabes de quien hablo, por quien todas las noches pedimos juntas á Dios: por él... mi tío Luis.

La respiración del señor de Penhoel apenas pudo salir del pecho. Pasó el dorso de su mano por la frente, que mojaban algunas gotas de sudor.

La Señora permanecía inmóvil y fría en apariencia.

—Lo he visto, replicó Blanca, y he sido muy feliz porque me ha tomado en brazos, diciéndome: Conduceme hácia tu madre. ¡Oh, mamá! se interrumpió; ¡me parece que nos debe querer mucho á las dos!

René de Penhoel se levantó con un movimiento violento, poniéndose á recorrer la estancia á grandes pasos.

Al ruido de sus pasos se abrieron los ojos de la Señora, cargados de una tristeza profunda, pero serenos y arrogantes.

El Angel no observaba esto y continuó:

—Cuando iba á traerle aquí, mamá, se ha ocultado el hermoso sol que brillaba tras la montaña. De pronto anocheció... Mi tío Luis se puso pálido y fué dilatándose su estatura... tenia largos y delgados brazos... Luego se acostó en tierra y he visto que cubrió su cuerpo con un sudario.

Penhoel acababa de detenerse delante de su mujer, contraídas las cejas y cruzados los brazos sobre el pecho. Temblaban sus labios como si estuvieran deteniendo palabras prontas á salir de ellos.

Blanca callaba, oprimiéndose contra su madre. Oyóse la voz del tío Juan, que ahogada y lenta decia:

—¿Qué mas has visto, hija mia? A veces habla Dios en los sueños de los niños.

Blanca se estremeció.

—¡Oh! ¡no quisiera volver á ver eso! murmuró. Despues que se habia acostado sobre la tierra me

inclinó hacia él... ¿A dónde había ido su hermosa sonrisa? Sus ojos estaban inanimados... lo toqué, y estaba frío como el mármol.

La voz del tío Juan rompió de nuevo el silencio.

—En las oraciones que al acostarte dices, hija mía, pronunció lentamente, dirás desde hoy: ¡Dios mío, tened piedad del alma de mi pobre tío Luis!

Desde que se había terminado el juego del boston, no había pronunciado una palabra el señor de Penhoel. Sus facciones, cuya regularidad no se presaba ordinariamente más que la apatía y la pereza de la inteligencia, reflejaban entonces energícas emociones.

Veíase en su fisonomía, violentamente agitada, las huellas sucesivas de la cólera, los celos, tal vez los remordimientos.

Había bebido la mitad del frasco de aguardiente. El alcohol se unía á la pasión para avivar la pesadez de su sangre.

Su brillante mirada se fijó por un momento en su mujer y su hija, respirando una amenaza muda, pero terrible.

Esto no fué más que por un instante. A la voz del tío Juan varió su fisonomía, bajándose sus párpados como para contener una lágrima.

Durante dos ó tres segundos luchó contra sí mismo; luego ocultó el rostro entre las manos.

—¡Mentira, mentira! murmuró... Yo soy aquí el amo y prohíbo á todo el mundo que diga que mi hermano Luis ha muerto.

Nadie replicó. Un sollozo agitó el pecho de Penhoel.

—¡Luis! ¡mi hermano Luis! replicó en voz baja; todos saben cuánto le amo. ¡No, no, no ha muerto! ¡También Dios me hubiera entonces dado sueños... ¡Soy su hermano! ¿Quién tiene el derecho de amarle más que yo?

A estas últimas palabras brilló en sus ojos un rayo de furor y su mirada recorrió toda la estancia como para buscar una persona que le contradijese. No encontró más que fisonomías silenciosas y graves, y cesó su cólera.

Acercóse á su mujer y le besó la mano con aire que pedía perdón; luego tomó á Blanca entre sus brazos y la estrechó apasionadamente contra su corazón, mientras las miradas de Vicente seguían todos sus movimientos.

En los ojos de la Señora se hubiera podido descubrir un sentimiento análogo al de Vicente, También ella parecía inquieta como si la niña no hubiera estado segura en los brazos de su padre.

Todo esto hubiera parecido un poco extraño al que por primera vez hubiera entrado en la casa de Penhoel. En la conducta de René había un enigma inesplicable. La ternura que entonces le arastraba se dirigía tanto á su mujer como á su hija y contradecía energícamente aquella sombría mirada que antes les había dirigido.

Una cosa no menos extraña era la frialdad con

que su mujer acogía la cólera como el arrepentimiento del marido.

Sin embargo, había en la noble y hermosa fisonomía de la Señora todos los indicios de un corazón apasionado.

No obstante, todos permanecían silenciosos. Roger de Launoy, Elena y Diana, volvían sus miradas con una especie de respetuoso pudor. El tío seguía meditando. El buen maestro de escuela bajaba maquinalmente las cartas por hacer algo y el abogado, mirando de lejos el traseco de aguardiente medio vacío, encontraba en él la explicación de la incoherente conducta de Penhoel. Uno solo entre todos los huéspedes del castillo hubiera podido explicarla de otro modo y mejor aún; pero era un alma discreta y leal en que morían los secretos que se le habían confiado.

Penhoel se había sentado cerca de su mujer y acariciaba los rubios cabellos del Angel, que sonreía dulcemente.

—Marta, decía en voz baja y temblando de emoción; soy un loco... soy demasiado feliz, y Dios me castigará porque soy ingrato á su misericordia.

Oprimía la mano de la Señora contra sus labios y su mirada, velada por un resto de estravío, la contemplaba con adoración.

—¿Sé yo acaso por qué sufro tanto? replicó... ¡Oh, Marta, Marta!... te lo ruego; dime que me amas.

—¡Os amo!... murmuró ella con tranquila docilidad.

El caritativo Le-Hivain, llamado Macrocéfalo, se decía, cada vez mas convencido:

—Está borracho como el caballo del diablo.

La fisonomía de Penhoel se había transformado otra vez mientras proseguía con acento triste y desanimado:

—¡Cómo me decís eso Marta!... ¡Oh, teneis un buen corazón... y no quereis desesperarme!

Blanca perdía su sonrisa al ver la sombría nube que velaba de nuevo la frente de su padre.

La voz de éste se hizo bronca y sus cejas, formando una sola línea, cubrían el ardiente fuego de sus miradas.

—Señora... Señora, replicó; me complazco en decirme que soy un loco, y que vos sois prudente; el pasado me responde... ¡Lo recuerdo y creo que vos lo recordareis mejor aún que yo!...

Y rechazando con brutal gesto á la pobre Blanca, asustada, volvió á acercarse á la mesa de juego, donde echó sin sentarse algun líquido en el vaso.

Blanca temblaba pálida y débil contra el seno de su madre.

Nadie se atrevía á hacer el menor movimiento.

René levantó el vaso, apurándolo de un trago.

Irguióse; un color vivo acudió á sus mejillas.

—¿Qué tenemos? exclamó interrogando con la mirada á cada uno de sus huéspedes; díriase que esta-

mos en un duelo. ¡Pardiez! ¿No se rie ya nadie en el castillo de Penhoel?

—¡Tengo miedo! murmuró el Angel temblando.

Los delicados colores de su mejilla habian cedido á la palidez.

Su madre la rodeaba con los brazos como para protegerla y desde lejos Vicente la contemplaba todavía con mas inquietud y tanto amor como su madre.

La voz de René gritó en medio del silencio:

—Niñas, tomad vuestras arpas y cantadnos una cancion bretona.... ¡Da horror!... Aún no ha sonado la campana que nos llama á comer y ya se están durmiendo todos.

Elena y Diana se levantaron obedientes. En un rincon de la sala habia dos pequeñas arpas colocadas en sus pedestales de madera dorada.

Elena y Diana, gracias á la ayuda de Roger, las acercaron á la chimenea.

—¿Qué quereis que cantemos? preguntó Diana.

—Una cancion báquica.... Pero no la sabreis, añadió Penhoel.... Cantad lo que querais.

—Mi cancion, murmuró el Angel.

Las dos hijas del tio Juan no habian rehusado nunca nada á Blanca de Penhoel.

Vibraron algunas notas tristes y melancólicas. El Angel cerró los ojos y se vió vagar por sus labios el reflejo de una dulce sonrisa.

Las arpas proseguian el sencillo y melodioso preludio de la cancion bretona.

Luego dos voces frescas y puras se confundieron con los acordes de las arpas.

Cantaron uno de esos aires de los bandos bretones; lágrimas cantadas que conocian muy bien el camino del corazon.

El helado viento que pesaba sobre todos los pechos fué perdiendo su frialdad. Por el encantador rostro de Blanca se estendió una espresion de reposo. La Señora y Vicente de Penhoel que la miraban, sintieron un momento de alegría al considerar su bienestar. El tio Juan habia hechado sus blancos cabellos á la espalda; sus ojos se perdian en el cielo; parecia hablar á Dios.

El señor del castillo sentia tambien el efecto bienhechor de aquella melodía. Dilatáronse sus cejas, y su cabeza, apoyada en la mano, no espresaba ya ninguna cólera.

En cuanto á Roger de Launoy contemplaba simultáneamente á las dos cantantes, buscando la mas bella y admirándose al contar los latidos de su corazon.

Embelesábanse la vista y el oido. Scheffer no soñó nada mas encantador cuando trasladó al lienzo sus favoritas; Cumberworth no tuvo nunca vision tan deliciosa cuando esculpió en mármol las infantiles lágrimas de su Lesbia ó la cándida sonrisa de su Virginia.

Eran bellas como la poesía sencilla y suave del pueblo mas poeta que ecsiste en el universo, y el

canto de Bretaña adquiría una armonía santa al pasar por sus bocas de niñas.

Las arpas unieron sus acordes y las dos jóvenes cantaron la primera estrofa.

La cabeza del Angel se ocultó entre las rubias masas de sus cabellos sobre el seno de su madre.

Las dos jóvenes seguían cantando.

—¿Cuál de las dos me querrá? se preguntaba Roger de Launoy.

Penhoel había rechazado su frasco de aguardiente.

El maestro de escuela y hasta el mismo abogado escuchaban. Verdad es que éste último bostezaba al esenchar.

La canción que las dos jóvenes cantaban era la de *Las Hijas de la Luna*. (1)

Las notas del ritornelo vibraron, muriendo después.

Luego reinó el silencio.

Blanca entreabrió entonces su linda boca. El canto había mecido su fatiga; dormía. La Señora bajaba los ojos como si aquel canto hubiese despertado en el fondo de su corazón nuevas emociones.

—Muy bien, muy bien, hijas mías, dijo Penhoel; cantadnos una cosa más alegre.

Las arpas resonaron de nuevo; mientras Elena y

(1) *Los poetas bretones llaman así á las jóvenes que mueren antes de casarse, y que luego frecuentan las orillas de los ríos vestidas con trajes blancos.*

Diana preludivan. René de Penhoel, sobre quien la música había producido el verdadero efecto de un calmante, tendió la mano al tío Juan.

—¿No estareis enfadado conmigo? dijo alegremente.

El anciano pareció despertar de un sueño profundo.

—¿En qué diablos pensais? añadió aquel.

—Pensaba, respondió el tío Juan con voz penetrante y dulce, en la primera vez que oímos esa canción... ¿Os acordais, René? Fué nuestro Luis el que la trajo del país de Vannes.

Una furtiva lágrima se ocultaba bajo el caído párpado de la Señora.

—Qué familia tan feliz era en aquel tiempo la nuestra, ¡René! replicó el tío.... ¡Cuán tiernamente os amaba Luis... y qué placer causaba veros á los dos siempre juntos, alegres, arrogantes!

El puño cerrado de Mr. de Penhoel hirió la mesa con violencia, haciendo vacilar las cartas y fichas.

—¿Todavía... exclamó... se complacen en atormentarme? Callaos, niñas.... me hace daño vuestra música.

Elena y Diana obedecieron al momento. No se oyó más en el salón que el ruido de la tempestad, que resonaba por fuera.

Abrióse la puerta y un criado en traje de aldeano apareció en el dintel.

Mr. Le-Hivain tuvo un instante la esperanza de ver terminar las tribulaciones de aquella tarde con el anuncio de estar servida la comida.

—Señor, dijo el criado, ahí está el molinero de los Houssayes, que en cuanto ha visto desbordarse el río ha venido corriendo.

—¿Qué quiere?, preguntó Penhoel.

—Dice que el agua baja del alto país. Nunca se ha visto semejante inundación. . . . Las pilas-tras del puente tiemblan y allá abajo temen mucho que la avenida se lleve la casa.

Penhoel rechazó su sillón precipitadamente. El mas torpe observador hubiese descubierto que le agradaba aquella diversion.

—Que se vuelva, dijo; allá voy yo. . . .

—¿Con el tiempo que hace? murmuró Marta.

Penhoel se encogió de hombros.

—Con el tiempo que hace, repitió con dureza; lo peor que pudiera sucederme sería que me llevase el agua, y como sé, señora, que pocas ó ninguna persona sentirán mi muerte. . . .

—¡Ah, René! ¡René! murmuró con tono de queja.

—¡Nadie me ama! . . . prosiguió Penhoel. . . . nadie.

Marta hizo un signo á Roger y á Vicente.

—Vamos á acompañaros al molino de los Houssayes, dijeron éstos al mismo tiempo.

—Vais á quedaros aquí, contestó Penhoel, os prohibo que me sigais.

Colocó encima de su traje un gaban con capucha de piel de lobo que estaba colgado junto á la puerta, y salió sin pronunciar una palabra mas.

—¡Es bueno! murmuró el tio Juan como hablando consigo mismo, y su corazón escucha las voces de los desgraciados.

—Tambien es cierto que no hay en todo el país una muchacha tan bella como Juana de los Houssayes, murmuró el escéptico Macrocéfalo.

La lluvia azotaba los cristales.

El viento y el trueno resonaban.

René de Penhoel acababa de traspasar solo la puerta del castillo. El muchachuelo del molino, que habia ido á avisar, corria por la pendiente de la montaña.

René bajaba á pasos lentos la escarpada cuesta. Habíase echado atrás el capuchon de piel de lobo y experimentaba una especie de bienestar entregando su cabeza desnuda á los torrentes de lluvia que arrojaba la tempestad. Sin embargo de aquel diluvio permanecía su frente abrasada.

Caminaba con la cabeza baja, levantando á grandes intervalos y con un movimiento maquinal las mechas de sus empapados cabellos, que le cegaban.

Murmuraba sin saberlo:

—¡Luis! ¡Luis! ¡hermano mio!

La noche era sombría; únicamente la aclaraba el relámpago que á largos intervalos rasgaba el cielo.

Veíase entonces durante un segundo la inmensa llanura, donde serpeaban los delicados hilos de agua y las lejanas colinas, que surgían para volver á quedar confundidas en medio de las tinieblas.

Penhoel dejó en pos de sí la habitación de Benito Haligan, el barquero, en cuya puerta ardía una pequeña linterna. A su derecha estaba Port-Corbeau y á su izquierda aquella antigua muralla feudal que terminaba con la torre del primogénito.

El molino de los Houssayes estaba situado á un cuarto de legua.

Por aquel sitio corría aún lento y tranquilo entre sus dos orillas el Oust.

Antes de doblar el ángulo de la muralla dirigió Penhoel una mirada hácia la cima de la colina, donde débilmente brillaban las ventanas del castillo.

Sus manos oprimieron sus sienes.

—Mi mujer y mi hija... murmuró con voz desalentada... ¿Sé acaso si soy feliz ó desgraciado?

Permaneció un momento inmóvil y replicó:

—¡Las amo!... Solo á ellas amo en el mundo y Marta no olvida nunca al ausente!... ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!... ¡A veces me pregunto si Blanca...

Se interrumpió.

La noche ocultaba la lívida palidez de su rostro. Una idea terrible atravesó su imaginación.

—¡Luis! ¡Luis! ¡hermano mío!... pronunció recobrando su marcha hácia el alto país.

No se hubiera podido decir si la emoción que hacía temblar su voz era la angustia de la ternura ó un amargo movimiento de celos.

Durante algunos segundos marchó con paso rápido; luego se detuvo.

El lejano sonido de una trompa se dejaba oír delante de él en la dirección de la corriente del Varné. Llegaban á espirar en su oído gritos cuya significación conocía.

Decían:

—¡El agua! ¡el agua! ¡el agua!

Cuando cesó de mugir el viento oía un ruido sordo semejante á un trueno lejano.

Era la inundación que se acercaba.

Penhoel despertó de su éxtasis, acordándose del motivo que le había hecho abandonar el castillo.

Iba á proseguir su marcha hácia el molino de los Houssayes cuando oyó á su espalda al otro lado del Oust algunas voces.

—¡Hola, barquero! decían... ¡la barca!... ¡la barca!...

Aquellas voces eran alegres. Sonaron en los oídos del señor de Penhoel como un grito de agonía. Su corazón latió con fuerza.

El sonido de la trompa se acercaba, así como un ruido semejante al trueno.

Oyóse mas próxima la voz que gritaba:

—El agnal ¡el agnal ¡el agnal!



—El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

El agnal ¡el agnal ¡el agnal!



El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

El sonido de la trompa se acercaba, así como un ruido semejante al trueno. Oyóse mas próxima la voz que gritaba: —El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

VI

DOS PROPIETARIOS.

El sonido de la trompa se acercaba, así como un ruido semejante al trueno. Oyóse mas próxima la voz que gritaba: —El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

Lo que hacia latir el corazon de René de Penhoel no era ni la lúgubre trompa lanzando roncas notas en medio de las tinieblas, ni los gritos anunciando desde lejos la inundacion, ni la tonante amenaza del agua luchando contra sus márgenes; eran aquellas voces alegres y contentas que pedian la barca desde el otro lado del rio.

Allí habia hombres que nada sospachaban y que dentro de algunos segundos desaparecerian bajo la inundacion de la tierra en que apoyaban sus piés.

El sonido de la trompa se acercaba, así como un ruido semejante al trueno.

Oyóse mas próxima la voz que gritaba:

—El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

No se hubiera podido decir que el ruido que se oía temblar en voz de la naturaleza de la tierra un amargo movimiento de espanto y de dolor. Durante algunos segundos estuvo con paso rápido, luego se detuvo.

El lejano sonido de una trompa se hacía oír de la parte de la izquierda de la orilla del río. El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

¡El agnal ¡el agnal!

¡El agnal!



Cuando caso de un río en un tiempo se veía semejante a un trueno lejano. Era la inundación que se acercaba.

Penhoel después de un instante, recordándose del motivo que lo había hecho abandonar el castillo.

Los hijos de la naturaleza en medio de los ríos y de los montes que a su vez se elevaban en el otro lado del río.

—Hola, ¿dónde está Penhoel?

Aquellas voces eran alegres. Sonaban en los oídos del señor de Penhoel como un canto de alegría. En momentos tales con fuerza.

La música iba a espantarse de ellos de impro-

visamente.

El sonido se acercaba, así como un ruido seme-

jante al trueno.

Oyóse mas próxima la voz que gritaba:

—El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

No se hubiera podido decir que el ruido que se oía temblar en voz de la naturaleza de la tierra un amargo movimiento de espanto y de dolor.

Durante algunos segundos estuvo con paso rápido, luego se detuvo.

El lejano sonido de una trompa se hacía oír de la parte de la izquierda de la orilla del río.

El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

¡El agnal!

Cuando caso de un río en un tiempo se veía semejante a un trueno lejano. Era la inundación que se acercaba.

Penhoel después de un instante, recordándose del motivo que lo había hecho abandonar el castillo.

Los hijos de la naturaleza en medio de los ríos y de los montes que a su vez se elevaban en el otro lado del río.

—Hola, ¿dónde está Penhoel?

Aquellas voces eran alegres. Sonaban en los oídos del señor de Penhoel como un canto de alegría. En momentos tales con fuerza.

VI.

DOS PROPIETARIOS.

El ruido de la trompa se acercaba, así como un ruido semejante al trueno.

Oyóse mas próxima la voz que gritaba:

—El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

No se hubiera podido decir que el ruido que se oía temblar en voz de la naturaleza de la tierra un amargo movimiento de espanto y de dolor.

Durante algunos segundos estuvo con paso rápido, luego se detuvo.

El lejano sonido de una trompa se hacía oír de la parte de la izquierda de la orilla del río.

El agnal ¡el agnal ¡el agnal!

¡El agnal!

Cuando caso de un río en un tiempo se veía semejante a un trueno lejano. Era la inundación que se acercaba.

Penhoel después de un instante, recordándose del motivo que lo había hecho abandonar el castillo.

Los hijos de la naturaleza en medio de los ríos y de los montes que a su vez se elevaban en el otro lado del río.

—Hola, ¿dónde está Penhoel?

Aquellas voces eran alegres. Sonaban en los oídos del señor de Penhoel como un canto de alegría. En momentos tales con fuerza.

En momentos tales con fuerza.

En momentos tales con fuerza.

La muerte iba á apoderarse de ellos de improviso.

Penhoel esperiméntó esa angustia que naturalmente se sentiria al ver marchar un desgraciado sonriendo y sin temor mientras que detrás de él en la cumbre se elevara la mano armada de un asesino.

Su primera idea fué advertirles el peligro; formó con las manos una especie de bocina y pronunció algunas palabras; pero el viento, que violentamente azotaba su rostro, no le dejó dudar de la inutilidad de aquel recurso.

Ese mismo viento que llevaba tan completas las palabras pronunciadas en la otra orilla, oponia á la voz del señor de Penhoel una barrera insuperable.

Dudó.

El ruido de la tempestad redoblaba y ya no se oian ni el eco de la trompa ni el ruido del agua.

—¡Tendré tiempo! pensó; el mensajero está aún lejos.

Volviendo en seguida pié atrás, costeó de nuevo la muralla y se dirigió corriendo hácia la cabaña de Benito Haligan, cuya pequeña linterna arrojaba una débil luz á través de las despojadas ramas de los castaños.

Los desconocidos viajeros detenidos en el camino de Redon parecian impacientarse y gritaban:

—¡Hola, barquero! ¡la barca, la barca!...

El camino era bastante malo y la lluvia, que caía

á torrentes, empapaba la tierra, haciéndola resbaladiza.

Penhoel no estaba aún á la mitad del camino cuando durante un segundo de calma en que la tempestad parecia recobrar fuerzas, creyó oír tras si el veloz galope de un caballo del pais.

Casi al mismo tiempo sonó la trompa á veinte pasos de él.

Vió deslizarse por la sombra un ginete.

—¡Mensajero! gritó.

—¿Sois vos, señor? respondió éste deteniéndose; Dios os bendiga. En este momento vais á ver parar las ruedas de vuestro molino de los Houssayes.

—¿Cuánto tiempo llevas de delantera á la inundacion?

—Corre mas que mi caballo, y si no me adelanto á ella para llegar á la aldea de Glenac, se abrirá mas de una fosa en el cementerio.

El caballo volvió á emprender la carrera mientras el ginete lanzaba al aire con toda la fuerza de sus pulmones el siniestro clamor:

—¡El agua! ¡el agua! ¡el agua!

Penhoel llegó á la casa del barquero, que estaba encerrado dentro.

—¡Benito! dijo, Benito Haligan, levántate.

Desde el interior respondió una voz cavernosa:

—He echado las dos amarras nuevas á la barca y una cadena al bote. Nada teneis que temer por lo que os pertenece, Penhoel.

—Abridme, replicó este; al otro lado del río en el camino de Redon hay personas.

—¡Sí, sí! murmuró tranquilamente el barquero; aun no estoy sordo y los oigo gritar como desesperados; pero también he oído la trompa del mensajero. Preciso sería tener los demonios en el cuerpo, señor, para desatar la barca en este momento.

El tío Juan tenía razón: René de Penhoel era bueno en el fondo del alma y la voz de los desgraciados encontraba aún el camino de su corazón.

Sacudió con cólera la puerta de la cabaña.

—¡Abrel! repitió con tono imperioso; si tienes miedo, dame la llave del batel y yo en persona iré á salvarlos.

—En cuanto á eso, replicó el barquero, cuya voz se confundió con un murmullo, preferiría antes oír el *Pater* y el *Ave!* Vamos, sed prudente, Penhoel; reparad bien que son extraños, puesto que sin embargo de haber oído la trompa se quedan en la opuesta orilla como si allí estuviesen clavados en lugar de huir á todo correr. Los extraños son la ruina del país.

—¡La barca! ¡la barca! gritaban impacientes los viajeros desde el camino de Redon.

Penhoel oyó la cavernosa voz que murmuraba desde dentro:

—¡Paciencia, paciencia! Además, para vosotros no será la noche muy larga. Pero, Jesús María, qué tempestad! ¡qué tempestad!

Lo que en efecto oía Benito era el ruido de la

tempestad que iba en aumento, pero también era el agua que llegaba del alto país, mugiendo furiosa.

El relámpago que acababa de arrancar al bateletero su última exclamación había petrificado en parte á Penhoel.

Habíale mostrado por una parte á los dos desconocidos en la opuesta orilla sin desconfianza todavía, mientras que sus caballos con las narices al viento parecían conocer de lejos el peligro, y por otra una ola espumosa y más blanca que la nieve precipitándose impetuosamente por el tajo.

Un momento después lanzaron los dos viajeros un grito de terror y espanto.

Penhoel hizo un esfuerzo terrible, consiguiendo derribar la puerta del barquero.

El interior de la habitación estaba alumbrado débilmente por la luz de un hachón pequeño que ardía encajado entre las piedras del muro. No había otros muebles que una mala cama con un pequeño Crucifijo de hueso encima, y un cofre sobre el cual se secaban algunas redes.

Benito Haligan estaba de pie en medio de la habitación.

Era un anciano, extremadamente delgado y cuyas toscas miradas tenían como una especie de inspiración.

Las largas mechadas de sus cabellos canos estaban esparcidas por su frente.

Benito Haligan ejercía la triple profesión de bar-

quero, cirujano y brujo. Según la tradición, existía de padres en hijos el don de la segunda vista desde tiempo inmemorial. Ignorábase si era buen cristiano ó adepto del demonio; pero inspiraba gran confianza y un temor mas grande aún.

En tiempo de la guerra había sido chuan.

Cuando volvian de Redon las buenas gentes y tenían que pasar en la barca, sobreogianse de terror media légua antes y por prudencia iban recitando todo el camino las oraciones que les parecian mas propias.

Pero á decir verdad, era un verdadero breton que había dado su sangre por sus reyes y por sus señores.

Al ver caer su puerta contentóse Benito con cruzar los brazos sobre su pecho.

—¡La llavel.... ¡la llavel.... exclamó Penhoel dirigiéndose hácia el anciano.

—La puerta de la casa de vuestro padre fué como esta rota una vez en tiempo de los azules, dijo el barquero con tono de severa reconvencion; pero estaba yo detrás para defenderla.

—¡La llavel.... repitió Penhoel conmovido; ¿no oyes sus gritos de desesperacion, de agonía?..... Dejar morir á los cristianos así sin socorro, es ser un asesino.

—Oigo sus gritos, replicó Benito, y pido á Dios que reciba sus almas.

A pesar del estremado ruido que producía la tem-

pestad oíase á grandes intervalos la voz de los desgraciados.

Decian:

—¡Socorro!... ¡socorro!...

El señor de Penhoel asió al anciano, que permanecía inmóvil.

—¡Te prometo diez escudos si me das la llavel. ¿repetia con agitada voz... ¡veinte!... ¡treinta!...

Benito Haligan movió la cabeza con lentitud.

—No tengo mujer ni hijos, replicó; ¿qué me importa vuestro dinero?... Dios no quiere que esos extranjeros vengán á devorar el pobre pan de la Bretaña.

René hacía girar sus ojos con furor y sus crispados dedos amenazaban la garganta del anciano.

—Penhoel, replicó este último con voz algo mas suave.... podeis matarme.... sabeis que contra vos no me defenderé.... pero tampoco dejaré que el hijo de vuestro padre camine á su ruina.... ¿No hay bastantes amenazas en el aire que nos rodea? ¿Desde vuestras ventanas no podeis ver el castillo de vuestro nombre habitado por un enemigo mortal?.. Sois jóven y vuestros dedos se esconden con fuerza en las débiles carnes de un pobre anciano.... Romperéis este brazo que os ha servido durante sesenta años, Penhoel, pero no impedireis á Benito Haligan que hable!

—¡Pero, miserable! exclamó ¿René, no tienes entrañas?....

—Penhoel, vuestra hija estaba muy pálida esta

mañana....hace mucho tiempo que lo dije por primera vez.... Antes de morir las vereis á las tres deslizarse durante el imperio de la luna por bajo los sauces....tres pobres santas, señor....Blanca, Elena y Dianal....¡Oh! serán tres hijas de la luna mas á la orilla del riol....

—¿No quieres darme la llave? exclamó Penhoel amenazándole.

—¿Y quién sabe, replicó el barquero con su tranquila tristeza, quién sabe si lo que viene de la otra parte del rio no es la muerte?..... Escuchadme, Penhoel, exclamó con tono sentencioso y lleno de énfasis: tened cuidado cuando la mano de Dios se posa sobre un extranjero!.... dejad morir á este ó él os privará de la salvacion vuestra y de la vida de vuestro cuerpo.

Continuábase oyendo los gritos, pero cada vez mas débiles.

—¡Por última vez!.... dijo René, cuyas palabras apenas podian salir de los labios....la llave ó ay de tí!....

Y como no obedeciese el barquero, lo agarró Penhoel del cuello, derribándolo á tierra.

Un momento despues se levantaba teniendo en la mano la conquistada llave, y se lanzó precipitadamente fuera.

Benito Haligan se levantó á su vez, saliendo tambien de la cabaña.

Las aguas tenian una violencia terrible. Precisa le fué toda su habilidad de hombre robusto y jó

ven para saltar á la barca, arrastrada por la corriente.

Y sin embargo, cuando se volvió para coger el gancho estaba á su lado el anciano Benito Haligan.

—Durante sesenta años he comido el pan de Penhoel, murmuró con sombría resignacion..... que Dios cuide únicamente de la salvacion de mi alma.... Puedo dar al hijo de mi señor la vida de mi decrepito cuerpo.....

Poco mas de una hora de dia quedaba cuando el jóven Mr. Roberto de Blois y su criado Blas abandonaron la posada del Carnero Coronado. Maese Geraud los acompañó hasta mas de cincuenta pasos de su establecimiento con el sombrero en la mano y la pipa en el bolsillo.

—Mañana arreglaremos cuentas, dijo Roberto.

—No hay que pensar en eso, contestó el posadero; mañana ó dentro de un año, cuando gustéis. En cuanto á la señora, será cuidada como la hija de un rey.

—Gracias, mi buen Geraud, y hasta la vista.

—Buen viaje.

El posadero hizo un saludo, y mientras Roberto y Blas seguian la carretera, les gritaba el buen posadero desde lejos:

—Sobre todo cuidado con los barrancos, los bandidos y la inundacion.

Levantó el librito á la altura de los ojos y se puso á leer.

“Luis de Penhoel [el primogénito] separado de su familia hace quince años y le coronel al servicio de los Estados Unidos de America.”

—¿Ves? dijo interrumpiéndose; he anotado mis propias palabras tan exactamente como las del posadero.

Olvidar lo que dicen los demás es una desgracia; pero olvidar lo que uno propio dice es un crimen.

Bias escuchaba con la atencion respetuosa de un escolar que se alimenta con la palabra de su maestro.

—Este Luis de Penhoel, prosiguió Roberto, es evidentemente el águila de la familia, una especie de héroe de novela! Se pueden apostar diez contra uno á que ha muerto; ese personaje me parece un verdadero hallazgo. No he apuntado la relacion que tiene con la esposa del señor de Penhoel. No se olvidan mas que los detalles, y este es el fondo de nuestro negocio.

Volvió la página del librito y replicó, mezclando á la lectura las observaciones que él mismo se dirigia: “Familia de Pontalés, odio hereditario.” Esto puede servirnos de mucho; cuando se quieren armas contra el cardenal se hace uno amigo de los príncipes.

—¿Quiénes son esos señores? preguntó el Zalamero.

—Los Penhoel y los Pontalés de los antiguos

tiempos, respondió Roberto; ahora.... “El tío con albarcas....” Algun fósil de poca importancia.

“Mr. y Mad. de Penhoel....” Conocidos!.... “La niña Blanca, el Angel....” No sé.... una niña rubia.... en fin, ya veremos!.... “Las dos hijas del tío con albarcas y su hermano Vicente el salvaje, Roger de Launoy, el hijo adoptivo!.... Maldita la gracia que me hace todo esta chiquillería!.... No servirán mas que para incomodar, y además son otras tantas bocas indiscretas!

—¿Te chanceas? interrumpió Blas; ¿guardaremos todo eso?

La imaginacion del Zalamero habia trabajado mucho; creíase sinceramente y con la mayor buena fe uno de los señores de Penhoel.

—Lo cierto es, dijo Roberto, que éstos nos harán arruinar.... Sin los cuatro jóvenes podria decirse que habian hecho para nosotros el castillo.... Pero ahora que recuerdo, me falta aquí un nombre.... Maese Geraud me volverá á hablar de aquel valiente que le salvó la vida en la rada de Brest.

—Y á quien servi de padrino, añadió Blas.

—Precisamente!.... no recuerdo!....

El Zalamero se golpeó la frente como para recordar.

—¿Es muy importante? preguntó.

—Muchísimo.

—Pues bien, amiguito, exclamó Blas frotándose las manos.... me alegro mucho!.... En ese caso

voy á salvar la patria, porque ahora lo recuerdo... Nuestro recién casado se llama Gautier.

Roberto escribió este nombre en el librito, que volvió á guardar en el bolsillo.

La noche avanzaba con rapidez, y á medida que se iba extendiendo la oscuridad, cubrían el firmamento las grandes nubes que el sol había traspuesto al declinar.

Por la parte de Occidente cubrían ya la tercera parte del cielo, mientras que por el Oriente y por el Norte comenzaban á brillar las estrellas.

Las ráfagas se iban haciendo cada vez más raras, y parecía la atmósfera más pesada y cargada de electricidad.

El camino, que hasta entonces seguía las cimas de una pequeña cordillera de colinas, se internaba en un valle sombrío.

Nuestros dos viajeros bajaron la cuesta al trote de sus caballos. Ambos guardaban entonces silencio, dejando vagar con libertad su imaginación.

Después de tantos contratiempos les sonreía al fin la fortuna.

Adios los días de miseria! Ya no más inquietudes por el pan cotidiano! Iban á ser gentes pacíficas y honradas.... propietarios!

Cada uno de ellos siguiendo sus inclinaciones formaba castillos en el aire. Blas dudaba mucho entre la tranquila vida del campo y los placeres de las ciudades.... Roberto pensaba en utilizar su influencia; hacía circular sus capitales. Después

del éxito de especulaciones hábilmente combinadas la popularidad no podía fallarle, y para que le negasen la diputación hubiera sido preciso suponer una ingratitud que seguramente no existe en los corazones de los bretones.

Una vez diputado, con destreza y prudencia se tiene siempre delante un brillante porvenir. Roberto no profesaba esas opiniones políticas que son un embarazo y un obstáculo. Era un hombre des preocupado. En conciencia le pertenecía el porvenir, y él mismo no sabía señalar el límite donde se detendría el carro de su fortuna.

Pensaba así. Proseguía su camino sin enojo y sin fatiga. Distráidos como iban, no habían observado que todo en torno de ellos había cambiado de aspecto.

El camino, estrecho y fangoso, seguía por el valle; las grandes nubes se habían extendido por el firmamento como un tupido velo negro. A los lados del camino detenían las miradas unas hileras de malezas.

—Lo que me affige mucho, dijo Blas respondiendo á sus propias preguntas y dando un gran suspiro, son esos impuestos tan escesivos....

—En eso iba pensando, añadió Roberto; cinco mil francos por nuestras cuarenta mil libras de renta!

—¡Es un absurdo!

—Los gobiernos no comprenden nunca que su apoyo natural son los labradores.

—¡Tanto dinerol ¡nos arruina!

—Nos arruina! Entre las contribuciones y los gastos que naturalmente habrá que hacer todos los años, apenas llegaremos á recaudar unos treinta mil francos.

Roberto pronunciaba estas palabras con una convicción triste y profunda.

Antes que Blas hubiese contestado se elevó del centro de la oscuridad una voz.

—¡Altol dijo.

Luego añadió con acento imperioso, dirigiéndose á personas invisibles:

—¡Vosotros, atención!

A esta órden de mando oyóse un ruido sordo entre las malezas.

Roberto y Blas, despertados brúscamente de su sueño, miraron en turno suyo con espanto.

A través de las espesas tinieblas distinguieron un hombre en medio del camino. A derecha ó izquierda estaban estacionados otros cuantos; el ruido de las hojas secas continuaba entre las malezas.

Roberto y Blas no procuraron disimular su terror. La amenaza de maese Geraud se cumplía. Estaban rodeados por todas partes por los terribles bandidos.



VII.

LOS RECURSOS DE BIBANDIER.

La sorpresa de nuestros viajeros fué tanto mas ruda cuanto que su sueño habia sido muy seductor. Este golpe caía sobre ellos de improviso. Sin embargo no se abatieron gran cosa.

A pesar del número imponente de los bandidos, Blas tuvo idea de resistirse.

—Si probásemos las pistolas de maese Geraud, murmuró.

El jefe de los bandidos debió oírle, porque exclamó precipitadamente:

—¡Tanto dinero! ¡nos arruina!

—Nos arruina! Entre las contribuciones y los gastos que naturalmente habrá que hacer todos los años, apenas llegaremos á recaudar unos treinta mil francos.

Roberto pronunciaba estas palabras con una convicción triste y profunda.

Antes que Blas hubiese contestado se elevó del centro de la oscuridad una voz.

—¡Alto! dijo.

Luego añadió con acento imperioso, dirigiéndose á personas invisibles:

—¡Vosotros, atención!

A esta órden de mando oyóse un ruido sordo entre las malezas.

Roberto y Blas, despertados brúscamente de su sueño, miraron en turno suyo con espanto.

A través de las espesas tinieblas distinguieron un hombre en medio del camino. A derecha ó izquierda estaban estacionados otros cuantos; el ruido de las hojas secas continuaba entre las malezas.

Roberto y Blas no procuraron disimular su terror. La amenaza de maese Geraud se cumplía. Estaban rodeados por todas partes por los terribles bandidos.



VII.

LOS RECURSOS DE BIBANDIER.

La sorpresa de nuestros viajeros fué tanto mas ruda cuanto que su sueño habia sido muy seductor. Este golpe caía sobre ellos de improviso. Sin embargo no se abatieron gran cosa.

A pesar del número imponente de los bandidos, Blas tuvo idea de resistirse.

—Si probásemos las pistolas de maese Geraud, murmuró.

El jefe de los bandidos debió oírle, porque exclamó precipitadamente:

—Martín, Miguel, Pedro, Juan, todos, todos, no os movais! Pero si alguno de estos señores intenta montar una pistola, fusiladle como á una liebre.

Nadie respondia; únicamente aumentó el ruido de las hojas secas entre las malezas.

—Rian, hijos míos, replicó el jefe, ni una palabra; así es la consigna. Cuando se habla se reconocen las voces y luego suele haber que entenderse las cosas con los tribunales.

Mientras el charlatan jefe de los bandidos taciturnos daba á sus subordinados esta lección de moral, avanzaba Roberto la cabeza sobre el cuello de su montura, procurando distinguir sus facciones; pero la oscuridad de la noche era inmensa.

El bandido añadió, dirigiéndose á los dos viajeros:

—¡Ah! ah! mis pobres señores! no teneis mas que cuarenta mil francos de renta, y el gobierno no se avergüenza de cobraros los impuestos!... ¿Sabeis que es una cosa abominable?

Y se interrumpió para gritar á su tropa, siempre inmóvil:

—Muchachos, no os movais.

Roberto prestaba atención, mirando con el mayor cuidado.

Hubiera pagado diez luises por un rayo de luna, por supuesto contando con un futuro capital.

—Vamos, mis buenos amigos, prosiguió el bandido; yo no seré tan cruel como el gobierno. No os pido mas que lo que llevais en los bolsillos.

Montó su carabina, que llevaba en la mano, y añadió:

—Vosotros, muchachos, no os movais; pero estad dispuestos para hacer fuego.

Sus soldados, modelo de disciplina militar, no hicieron el menor movimiento.

Roberto y Blas no respondian.

—Y bien, exclamó el bandido con aterradora voz, ¿será preciso quitaros la vida para tomar vuestra bolsa?

Una franca y sonora carcajada acogió esta amenaza.

Blas no comprendia.

Por lo que hace á los bandidos subalternos, conservaban imperturbables su grave inmovilidad.

—¡Ah Bibandier! ¡mi pobre Bibandier! exclamó Roberto, qué chasco te has llevado!

A este nombre se estremeció el general en jefe de los bandidos.

—Me parece que conozco esa voz, murmuró. ¡Ah maldito país!... hasta se encuentra á los amigos!

Cuanto mas hablaba mas se reía Roberto.

El bandido tiró su carabina y sacó un eslabon del bolsillo.

—¡Ah, mi buen amigo! dijo Roberto; dí á tus gentes que somos buenos y antiguos compañeros.

—No os movais, muchachos, repitió Bibandier, encendiendo una linterna de bolsillo.

Susivamente iluminó los rostros de los viajeros.

—¡El Zalamerol! exclamó, y este diablo de Americano... ¡Ah! podeis creer que me alegro mucho de veros.

—Toca esos cinco, dijo Roberto.

—Cuando pienso que hace diez minutos os seguía, murmuró Bibandier, y que os oía hablar de rentas....

—Y de esos terribles impuestos, añadió Blas.

—¡Ah! luego estais haciendo alguna farsa para vosotros solos? exclamó Bibandier.

—A decir verdad, amigo mio, contestó Roberto, no habiamos contado contigo, porque te creiamos en Brest.

—De allí vengo.

—Haz que te dé la luz para que te veamos.

Bibandier volvió complacientemente el ojo de la pequeña linterna y nuestros dos viajeros pudieron ver un rostro que expresaba en aquel momento la tristeza mas dolorosa.

Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años delgado y alto como una caña. Enormes patillas procuraban en vano darle una fisonomía feroz. Habia tenido la ocurrencia de mezclar su barba y cabellos de una manera salvaje; pero sin embargo, estaba muy lejos de tener ese aire especial y propio de los ladrones y bandidos.

—Mi pobre Bibandier, dijo Roberto, qué triste estás! Me parece sin embargo que cuando es uno el dueño del campo y se cuenta con una buena cuadrilla....

Bibandier suspiró.

—Como pan negro y bebó agua, replicó con tono plañidero; desde hace un mes que estoy en estos malditos campos no he visto siquiera una moneda de plata en mi mano. ¡Cuánto echo de menos el presidio!

—¿Qué dices?

—¡Ah Paris! ¡Paris! exclamó Bibandier enternecido. Una hora de espera en el hueco de una puerta de cualquier calle despues de dadas las doce, da con que pasar alegremente mas de quince dias. Solo trabajo para poder volverme á Paris. Y si vieras qué poco producto saco! Esta tarde al veros subir me puse ébrio de alegría.... Me dije: Al menos estos no son patanes de la aldea de Baines, de la de Glenac ó de la de San Vicente con sus gruesos garrotes para defender la media docena de cuartos con que llenan sus bolsillos. Cuando os oí hablar de vuestras rentas se me saltaba el corazon. He soñado con Paris y con mi cuartito de la Chappelle. Sentí el olor de la cocina donde comiamos juntos cuando estábamos liquidando. ¡Pero no! todo fué una ilusion y ya comienzo á creer que moriré de hambre en mi cueva!

—¿Hay aún aguardiente en el frasco? preguntó Roberto.

Lo llenó maese Geraud, contestó Blas.

—Entonces apéate. Aun es temprano y podremos fumar una pipa con este antiguo camarada.

Nuestros dos viajeros echaron pié á tierra, atando sus caballos á las malezas.

Sin embargo, las hojas secas no se movían ya. El ejército de Bibandier guardaba su inmovilidad modelo y parecía esperar una orden del jefe para romper filas.

Un perrazo delgado como su amo había salido de entre la espesura y daba vueltas alrededor de los caballos con el rabo entre piernas y como buscando algo que comer.

—¡Hola, valientel dijo Roberto presentando el frasco á Bibandier!... ¿no te comprendo?... no hay país en el mundo donde una docena de buenos muchachos no puedan conseguir algunos recursos! ¿Qué has hecho entonces de esas gentes?

El pobre bandido bebió un enorme trago de aguardiente. Esto pareció darle algún ánimo y contestó, procurando sonreír:

—Producen efecto, ¿no es verdad?

Roberto y Blas miraron á los silenciosos bandidos.

—Un efecto soberbio, contestó Blas.

—Con ellos, añadió Roberto, hasta se podría detener á una caravana.

La sonrisa de Bibandier se trocó en una risa estentórea.

—¡Oh! ¡oh! exclamó, y sin embargo, no me encuentro en estado de poder robar á nadie. Muchachos, no os mováis!... ¡Ah! ¡diablol son tan obedientes! y luego como no cuesta nada darles de comer!

Y volvió á acercar el frasco á su boca: luego añadió moviendo la cabeza:

—Martin, Juan, Miguel, Buenaventura y los demás son unos palos que visto lo mejor que puedo.

—¡Bahl exclamaron al mismo tiempo Blas y Roberto. Los hemos oido moverse en las malezas.

—Aquí, Medoro, gritó Bibandier.

El perro flaco se acercó arrastrando.

—¡Medoro es el que está encargado de ese papel replicó el desgraciado bandido: mueve las hojas secas con las patas.... Está enseñado á moverse como un endemoniado cuando grito: Vosotros, atención.

Roberto tomó la linterna y fué á reconocer los bandidos subalternos, que en efecto eran unos palos clavados á lo largo del camino y cubiertos con harapos.

—No se puede ganar la vida con mas talento, murmuró Blas; hay gentes que no tienen precio.

—Y bien, dijo Roberto; hubiera creído que el país era el mas á propósito para este género de comercio: me han hablado tanto de bandidos....

—Yo solo soy todos esos bandidos, respondió Bibandier; yo y Medoro.... es decir, hay otros muchos allá abajo, mas allá de los pantanos de Glenac; pero son unos gallinas que maldito lo que saben hacer.... Yo he querido reunirme á ellos, pero no he encontrado medio alguno para conseguirlo y ahora me buscan de todas partes para apretarme el pescuezo bajo pretesto de que les estoy dando muy ma-

la reputación. No mato á nadie porque hasta mi carabina no es otra cosa que una rama de castaño.

—Llena tu pipa, mi pobre Bibandier, dijo Roberto, y sentémonos un momento.

—Esperad, dijo el jefe de los bandidos; la yerba está mojada y voy á desnudar á mis compañeros para que podamos sentarnos mejor.

Estendió en efecto los harapos de sus pretendidos soldados sobre el césped, colocó su pretendida carabina contra un árbol y tomó asiento al lado de nuestros dos viajeros.

Por las cosas que se dijeron en aquella reunion hubiera sido fácil comprender que Blas y el mismo Roberto de Blois habían observado recientemente una vida ejemplar. Recordáronse en comunidad los buenos tiempos y no pocas travesurillas. Nuestros dos viajeros y Bibandier formaban un terceto de excelentes compañeros.

El frasco pasaba de mano en mano. Bibandier no cesaba de contar las desgracias que habia experimentado despues de su evasión del presidio de Brest.

—Ya veis que he hecho cuanto he podido, decía con melancolía, y que no anhelo otra cosa que trabajar honradamente... pero creo que un día ú otro me veré obligado á comerme á mi pobre Medoro para acallar el hambre.

—Mala comidal observó Blas.

Medoro dió un aullido.

—Con mis hombres y mi industria, prosiguió el

infortunado bandido, no gano cinco cuartos por día. A veces me suele traer Medoro un pollo ético que me sirve para comer... Esos son para mí dias festivos! Lo comemos en familia y el tiempo restante nos contentamos con ayunar.

—¿Dónde vives? preguntó Roberto.

—En cuanto á eso no estoy muy mal alojado. Hay suficiente terreno para los tres si quereis asociaros á mi comercio... Tengo para mí solo un antiguo molino de viento donde estoy perfectamente, escepto cuando llueve.

—¿Carece de techumbre?

—Completamente. Pero á vuestra vez habládme algo de vosotros. ¿Qué venis á hacer por aquí?

Roberto se levantó en lugar de responder, sacudiendo las cenizas de su pipa.

—Me parece que me han caido algunas gotas, dijo.

—No será nada, hijo mio. ¿No quieres decirme?...

—Espero que nos volveremos á ver. ¡Pero los diablos me lleven si no es una tempestad! Vamos, Blas; en marcha.

—¿En marcha? ¿para qué país? preguntó Bibandier: ¿quereis llevarme?

Roberto montó al momento á caballo.

—Vamos á hacer otra cosa mejor, replicó: por mi parte no me conformo con la idea de dejarte en la miseria y los siete francos que llevamos, mas los cincuenta....

—¿Vas á partirlos? exclamó [Bibandier enternecido.

—Te los dejo.

Bibandier no tuvo mas que la fuerza precisa para tender la mano; tan absorto se quedó al considerar aquella maguanimidad!

—Pero... quiso decir Blas.

—Cállate, replicó Roberto; entra en mi plan ser robado.

—He aquí un verdadero amigo, exclamaba entre tanto el famélico bandido: mucho tiempo hacia que mis manos no habian tocado monedas de plata... Americano, eres un buen compañero; dime dónde vas á parar, y aunque sea al fin del mundo iré á verte.

Roberto dió un latigazo con las riendas al caballo de Blas y ambos partieron al trote largo.

Bibandier hizo un paquete con sus camaradas, llevándose los debajo del brazo. Gracias á la largueza de Roberto, tenia con que alimentar á toda su tropa durante una semana.

—He ahí á lo que se espone uno, decia el jóven Mr. de Blois á su criado, cuando no observaba buena conducta... Ese muchacho hubiera podido hacer alguna cosa buena; ¡pero qué maneras!... Si ganamos la partida le daré con que volver á Paris, á menos que no haya que hacer algun negocio desagradable, en cuyo caso le prometo la preferencia.

Blas estaba ocupado en levantarse el cuello de la blusa para defenderse del viento, que le enviaba gruesas gotas de lluvia á la cara.

—Se anuncia bien la noche, murmuró; mucho vamos á pasar.

La tempestad en efecto habia estallado con repentina violencia. Apenas estaban á trescientos ó cuatrocientos pasos del sitio en que habian hecho alto, cuando ya sus trajes estaban empapados de agua: el viento mugia furiosamente entre las malezas. A largos intervalos rasgaba la profunda oscuridad un relámpago mostrándoles el fangoso camino, que se prolongaba hasta perderse de vista.

Blas temblaba de frio y se quejaba; Roberto al contrario, conservaba su imperturbable buen humor.

—¡Bravo! decia; aunque hubiera mandado á la tempestad que estallase no lo hubiera podido hacer mas á tiempo. Al menos llegaremos á Penhoel en un estado conveniente á las circunstancias.

Trascurrió media hora. La tempestad parecia acrecentar su furor. De pronto se detuvieron los dos caballos al mismo tiempo.

Roberto quiso hacer seguir al suyo, pero el animal no se movió.

—Delante de nosotros hay agua, dijo el Zalameño.

Un relámpago se encargó de confirmar aquella asercion. Durante la cuarta parte de un segundo vieron el curso tranquilo del Oust, la doble colina y el castillo de Penhoel.

—Estamos al fin de nuestras penas, dijo Roberto... Bah!... he ahí un arroyo que se podría

saltar á piés juntos. Esa famosa inundacion de que tanto nos han hablado se asemeja algo á los terribles bandidos resumidos en la persona de nuestro amigo Bibandier.

—Es el país de los bastones flotantes, añadió Blas reanimado con la esperanza de un próximo y cómodo albergue.

—¿Llamaremos al barquero?

—¡La barca!... ¡la barca! gritó Roberto.

Nadie respondió en la otra orilla.

Repitieron las voces y durante dos ó tres minutos estuvieron gritando á la vez.

—Definitivamente, dijo Roberto, al cual nada podía arredrar, no sería del todo malo pasar este arroyo á nado. Bandidos, tempestad y por remate de fiesta un baño... hasta podemos presentarnos desnudos.

Blas gritaba:

—¡La barca!... ¡Ah del barquero!... la barca!...

Ambos habian echado pié á tierra.

Desde hacia algunos minutos oian detrás de las colinas el ronco sonido de una trompa y lejanos clamores, cuyo sentido no podian comprender.

Blas estaba algo asustado.

—Escucha, murmuró... la trompa se acerca.

—Es un hombre á caballo, replicó Roberto.

—¿Qué diablos significa todo eso?

En aquel momento el mensajero á caballo pasó por la orilla opuesta gritando:

—¡El agua! ¡el agua! ¡el agua!

Blas se estremeció.

—Volvámonos atrás, dijo, medio asustado ya.

Roberto se encogió de hombros.

—Aun cuando el arroyo creciera un pié no nos llegará el agua mas que á la rodilla....

Un ruido sordo se dejó oír detrás de las colinas.

No tardó en precipitarse en el tajo con un mugido terrible una masa blanca y fosforescente.

Los dos caballos se pararon de manos, relinchando; luego dieron al mismo tiempo un salto hácia atrás, huyendo al galope.

—¡Estamos perdidos! balbuceó Blas, procurando á su vez huir.

Pero sintió un frío súbito en los piés y luego en todo su cuerpo y le faltó la tierra.

Habia mas de seis piés de agua en el sitio en que Roberto y él estaban de pié antes, y la inundacion furiosa los arrastraba con inesperada violencia.

Nada veian en medio de las profundas tinieblas sino esa débil fosforescencia que se advierte en la superficie del agua hirviente.

Pedían socorro con todas sus fuerzas, pero parecia que sus imponentes gritos debian perderse entre los mil ruidos que los rodeaban.

Luchaban, pero sin esperanza.

Habia llegado la hora de la muerte.



Desde que René de Penhoel se encontraba en medio de la inundación, el trabajo desesperado á que se entregaba y los mil ruidos que le rodeaban le impedían reconocer la dirección de los gritos de agonía. Oíalos aún, pero muy débilmente, y aquellos gritos lejos de acercarse parecían alejarse cada vez más.

El señor de Penhoel hacía esfuerzos increíbles por detener ó cambiar la marcha del barco; pero estaba en el lecho del Oust y no llegaba al fondo.

El primer relámpago que rasgó las nubes le mostró á Penhoel la doble colina ya en lontananza. En torno suyo la inundación estendía su vasta sábana de agua.

Cesó de maniobrar con el gancho y prestó oído. Los gritos de agonía no llegaban hasta él.

Entonces arrojó el gancho en el fondo de la barca y se sentó desalentado en una de las bandas. El sudor inundaba su frente; mezclábase confusos sus pensamientos y faltábanle las fuerzas.

—Señor, dijo cerca de él la voz tranquila del barquero de Port-Corbeau, vamos directamente á la barra de la Dama Blanca.

Penhoel levantó la cabeza y esperó como un supersticioso movimiento de terror al ver á su lado la elevada y sombría estatura de Benito Haligan. No creía en los brujos, pero no en vano se es hijo de las campiñas bretonas. Llega una hora en que el hombre recuerda las terribles historias que mecieron su infancia. La fibra de lo maravilloso, esa



La barca en que René de Penhoel acababa de entrar acompañado de Benito Haligan el Brujo, era un grosero y pesado barco que había servido mucho tiempo, y cuyos maderos, mal cuidados, daban paso al agua.

La corriente lo arrastraba rápidamente en dirección de los pantanos de Glenac. El gancho de René, demasiado corto, tocaba apenas el fondo del lecho del Oust. El barco bogaba á la ventura.

Benito Haligan permanecía de pié é inmóvil en el centro como si hubiera bastado para la tranquilidad de su conciencia compartir el peligro con su señor.

misteriosa cuerda que existe en el fondo del corazón de todos los bretones y que no se agita más que al pensamiento de las cosas del otro mundo, puede permanecer muda mucho tiempo y vibrar repentinamente en la conciencia asombrada.

El barquero adquiría en aquel momento á los ojos de Penhoel una estatura sobrehumana. Penhoel tenía ante los ojos un velo á través del cual podía percibir el enorme fantasma de la Dama Blanca mecándose sobre el abismo vacío.

—¡Tal vez hayan llegado antes que nosotros esos pobres desgraciados! murmuró estremeciéndose.

El barquero no respondió.

Su voz, que la vejez entrecortaba ordinariamente, parecía firme y grave en aquel momento.

Un sentimiento de que Penhoel no hubiera sabido darse cuenta le impedía implorar el auxilio de su lúgubre compañero.

—¿Sabeis dónde están? preguntó al fin.

—Sí, contestó Benito.

—Y bien, ¿por qué no tomáis el gancho?

—Porque no me lo habeis mandado..

—¿Qué necesidad hay?

El barquero le interrumpió.

—Penhoel, dijo con tono triste, no me restan muchos días de vida... mi cuerpo es vuestro, pero quiero salvar mi alma: os he dado un buen consejo... es cuanto puede hacer un buen servidor... ¿Persistís en salvar á esos extranjeros á riesgo de vuestra propia vida en la tierra y de vuestra salvación en el otro mundo?

—¡Lo quiero! pronunció René en voz baja.

Pues bien: dadme vuestras órdenes en alta voz para que Dios y el demonio las oigan. Estoy convencido de que no salvaré mi cuerpo... me matarán esas gentes... así lo dice la ley misteriosa... ¡pero la Virgen tendrá piedad de mi pobre alma!

—¿Y yo? murmuró involuntariamente Penhoel.

—Antes de mataros os condenarán.

Hubo algunos momentos de silencio en el barco, que proseguía deslizándose por las aguas arrastrado por su furor.

René de Penhoel se avergonzó.

—¡Todo eso es una locura! exclamó: toma el gancho y trabaja.

—¿Me mandais que los salve? dijo el anciano Benito con voz lenta y enfática.

—Te lo mando.

—¿Una vez?

—Sí.

—¿Dos?

—Sí.

—¿Tres?

Penhoel hirió con el pié las abiertas planchas del barco.

—¡Ciento! exclamó: dejando morir sin socorro á los cristianos es como se entrega el alma á Satanás! ¡anda!...

El barquero tomó de un rincón del barco la pala

para echar el agua fuera, sirviéndose de ella como de un remo para abandonar el lecho del río, donde el gancho no hubiera hallado fondo. La pesada barca cedió lentamente á este esfuerzo, giró por última vez sobre sí misma y entró en una corriente mas tranquila.

Haligan cogió entonces el gancho, encontrando fácilmente el fondo. El barco bogaba sobre las grandes praderas que antes hemos visto cubiertas de ganados.

—Ten cuidado de no equivocarte en el rumbo dijo Penhoel, porque debemos estar muy lejos.

—Estamos enfrente de la aldea de Glenac, en la mitad del camino de la Dama Blanca y de Port-Corbeau. Si llego á caer en una contracorriente tardaremos mas tiempo en subir que hemos tardado en bajar.

Hablando así maniobraba con celo. La noche era tan profunda que no se percibía absolutamente nada en torno del barco, y sin embargo, ninguna duda se advertía en la maniobra de Benito el brujo. Iba siguiendo en las tinieblas un rumbo directo é invisible. Ninguno otro que él hubiera podido reconocer los indicios vagos y misteriosos que le servían de brújula.

Penhoel de pie, en medio del barco temblaba de frío, devorando su impaciencia.

—Desde el tiempo que hace que bogamos, dijo, ya debiéramos haber oído sus voces.

—No se tardará mucho, replicó el barquero; sé

dónde voy como si estuviéramos alumbrados por el sol...sé dónde están como si los viese.... Escuchad.

Penhoel prestó atención con avidez, pero no pudo oír otro ruido que el espantoso de la tempestad.

—Hay tres cosas posibles, dijo el barquero: han sido arrastrados por la corriente, han ganado á nado la orilla opuesta ó se han acogido á los grandes árboles que costean la pradera en el camino de Redon. Si están en los árboles los vamos á oír ahora mismo.... Escuchad otra vez.

Aquella vez en efecto un grito débil y apenas perceptible llegó á los oídos de Penhoel.

—Adelante, exclamó, despertado repentinamente por aquella voz de agonía.

Sus manos tentaban el fondo de la barca para buscar otro gancho.

—Tened paciencia por algunos minutos, murmuró el anciano, porque tendreis toda vuestra vida para llorar la accion de esta noche.

—¡Adelantel ¡adelantel!

El barquero no trabajaba ni menos ni mas. Iba tan pronto á la derecha como á la izquierda, inclinandose sobre su flexible gancho, navegando con una destreza increíble en medio de las mil corrientes que se atravesaban sobre la estension de los pantanos.

El viento empujaba la barca. Oíase ya distintos y fatigados los gritos de los desgraciados que se ahogaban. Penhoel formó con los manos una especie de bocina para responderles.

Dos ó tres minutos mas y el barco tocaba las ramas de los árboles.

Roberto y Blas estaban con el agua hasta los hombros.

Colgábanse con las manos á los vacilantes troncos de dos grandes árboles y sentian el nivel de la inundacion subirles hasta la barba.

Desde que la primera irrupcion de la inundacion los habia arrastrado violentamente, ninguna voz habia respondido á sus gritos de agonía y desesperacion.

En medio de aquellas terribles tinieblas que los rodeaban, no distinguian el menor rayo de esperanza.

Nada mas veian que la espuma que los rodeaba, y la espuma subía, subía á los troncos de los árboles, que se desgajaban bajo el peso del agua como las flores al impulso del viento.

Sus manos se crispaban en torno de sus débiles apoyos. No se hablaban. Gritaban.

Cuando la voz de René llegó hasta ellos por primera vez, hacia mucho tiempo [que duraba su agonía. Sus estendidos brazos iban debilitándose y sentian con desesperacion llegar el cercano momento en que les seria forzoso soltar sus áncoras de salvacion.

Ambos callaron á la vez.

—¿Has oido? preguntó Roberto, que no se atrevia á creer lo que sus oidos habian escuchado.

—¿Sí, respondió Blas; pero nos encontrarán?

—Aun están muy lejos y yo no tengo fuerzas.

—Me parece que tengo muertos los dedos.

Recobraron ánimo y lanzaron á la par un grito sonoro.

Aquel llamamiento tuvo como un eco, débil todavía, pero distinto.

—¡Vienen! dijo Roberto con vehemente alegría. Si Dios nos salva, Blas, no será preciso hacer penitencia viviendo como cristianos.

—Por mi parte lo prometo, dijo Blas con la mayor sinceridad.

—Y yo lo juro.

La voz del invisible salvador se acercaba.

—¡Hola, decia! valor! sosteneos!

—¡Socorro! ¡Socorro! gritaron á la vez Blas y Roberto.

Comenzaban á oir el ruido del gancho apoyándose contra la barca.

—¡Oh sí, replicó Roberto; quiero cambiar de vida! ¡basta de mentiras!....

—Nada de robos, añadió el Zalamero, arrepentido y penetrado.

—¡Vida honrada!

—¿Qué importa la pobreza cuando se tiene buena conciencia?

El agua proseguia subiendo y ya les llegaba casi á la boca. Hablaban de buena fe.

Trascurrieron algunos segundos. Roberto distinguió el primero en la sombra la forma de la barca. Aquella bienhadada vision llevó una notable reforma á su espíritu de penitencia.

—¡Atención! murmuró; quizá esto sea lo mejor y podamos entrar en Penhoel por buena puerta.

—¿Piensas todavía en eso? dijo Blas, que conservaba su acento contrito.

—Mira, contestó Roberto.

El Zalamero á su vez vió la barca.

—¡Ah! ¡diablo! dijo... eso es diferente.

Benito Haligan lanzó la barca hasta los árboles donde estaban nuestros dos viajeros, luego plantó el gaicho en la popa, manteniéndose á la mayor distancia posible de los extranjeros. El señor de Penhoel fué el que únicamente verificó la salvación.

Sin embargo, Roberto y Blas no veían á su salvador, tomándolo por algun grangero del país.

Roberto al tocar con el pié el barco habia comenzado á representar su papel con una sangre fria heróica.

—¡Que Dios os recompense, mi buen amigo! dijo sentándose en uno de los bancos, estenuado de fatiga. Salvais la vida á un hombre que esta mañana hubiera podido aún recompensaros espléndidamente haciéndoos el granjero mas rico del país. Pero en estos momentos estoy mas pobre que un mendigo.

—¡Desgraciado señor! suspiró Blas cual doméstico fiel.

—No murmuremos, replicó Roberto; el cielo podia habernos quitado la vida.

—¿Habeis perdido algo? preguntó el señor de Penhoel mientras Benito Haligan bogaba en silencio con direccion á Port-Corbeau.

—He perdido cuantiosas sumas, buen amigo, respondió Roberto tristemente, y para reemplazarlas tengo que esperar mucho tiempo, porque soy de los países que se encuentran mas allá de los mares. Pero por lo que os corresponde á vos, creo que no perderéis nada, pues el señor vizconde de Penhoel me ayudará á pagar esta deuda tan sagrada.

—¿Conoceis al vizconde de Penhoel? preguntó René con admiración.

Benito Haligan se puso á escuchar con la mayor atención.

Un paso en falso podia perder allí para siempre al jóven Mr. Roberto de Blois y á su fiel escudero.

Pero su buena estrella no lo abandonó.

—Soy extranjero, replicó, y nunca he visto al vizconde de Penhoel. Pero vengo hácia esta parte de la Bretaña para un negocio que le interesa á él tanto como á su familia, y he creido que no podria menos de agradecerme. Ahora se han cambiado los papeles y veo me precisado á pedirle hospitalidad, pues es mi único recurso.

Una multitud de preguntas acudían á los labios de René; pero las detuvo para responder únicamente:

—La hospitalidad de Penhoel no se niega á nadie, caballero; vamos á conduciros al castillo.

La barca tocaba el embarcadero de Port-Corbeau; René de Penhoel ayudó sucesivamente á desembarcar á los viajeros.

—Tomad mi brazo, dijo René; la cuesta es incómoda; Benito, sostén al otro extranjero.

—Ni por todo el oro del mundo, respondió el barquero, que se alejó de Blas como hubiera podido hacerlo de un apestado.

Llegó á su cabaña, situada á unos cien pasos de aquel sitio, y descolgó la pequeña linterna pendiente de la puerta.

Luego se volvió hácia Penhoel y sus dos huéspedes, que subían lentamente la colina.

Alumbró con la luz de la linterna el rostro de Roberto, y despues el de Blas, examinándolos durante algunos minutos en silencio.

—¡Penhoel, Penhoel! dijo luego con voz cavernosa y llena de énfasis; lo habeis querido.... Dios os perdone.

Una de sus manos tocaba el hombro de su señor y la otra señalaba á Roberto y á Blas.

—¡El escl... añadió mas bajo; la ruina y el crimen están aquí. Soy muy viejo, pero veré tres hijas de la Luna mas bajo los sauces antes de morir! ¡Tres nobles niñas! ¡Penhoel! ¡Penhoel!.... La desgracia bate sus alas sobre vuestra casa; ¡ay de vos!....

Roberto no habia podido menos de estremecerse al saber así de improviso el nombre de su salvador. René, á quien la sorpresa habia dejado en la mas completa inmovilidad, se volvió hácia el barquero con cólera; pero éste se dirigia ya á pasos precipitados hácia su cabaña.

Al marchar murmuraba:

—La desgracia está sobre él.... y tambien so-

bre mí.... Pero tendrá piedad de mi alma la Santa Virgen.

Entró en su casa, colocando lo mejor que pudo la puerta en los goznes.

Cuando Penhoel y sus huéspedes pasaron por delante de ella, estaba ya sólidamente barricada.

La Señora había dicho ya el Bendito; los platos, estaban servidos y se comía con excelente apetito.

Roberto de Blois estaba sentado á la derecha del señor de Penhoel; á su izquierda tenía á la Señora, que en los frios días de invierno abandonaba con gusto su puesto de preferencia en el centro de la mesa para acercarse á la chimenea.

Detrás de Roberto permanecía Blas, á quien como á su señor, se le había dado un traje seco.

El Zalamero hacía su aprendizaje de criado. A pesar de sus escrúpulos se encontraba mucho mejor que entre las ramas de los árboles. Sin embargo, sus ojos contaban con melancolía los excelentes bocados devorados por Roberto.

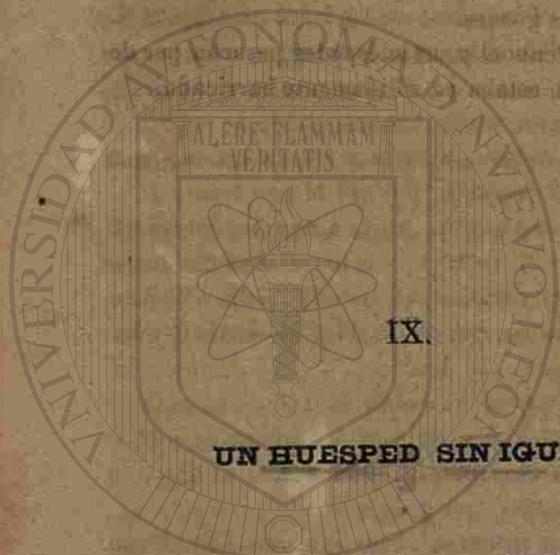
Preguntábase tal vez si aquello era un presagio y si en todas las cosas se vería él precisado á vivir con las sobras de Roberto por razon de la posición que había aceptado.

Roberto por su parte al comer con maravilloso apetito empleaba el tiempo lo mejor que podía.

Gracias á las noticias de maese Gerand, había dado su nombre á la primera ojeada á cada una de aquellas fisonomías desconocidas.

La descripción del posadero, exacta y completa, era una garantía de la exactitud de los demás detalles suministrados por el mismo.

Sin embargo, si pasaba de las personas al conjunto de aquella asamblea campesina, le parecían algo exageradas las notas dadas por maese Gerand. Roberto, que trabajaba con la vista tanto ó mas que



Hacia cerca de media hora que Roberto de Blois y su criado Blas habían franqueado el dintel de la puerta del castillo de Penhoel.

La familia y los huéspedes estaban reunidos en el comedor, sentados á una mesa grande de nogal, que un mantel cubría escasamente á medias.

En aquella parte estaba todo dispuesto para comer; la otra estremidad permanecía desnuda y desierta.

Sobre el mantel, de una blancura deslumbradora, había abundantes manjares.

con las mandíbulas, buscaba en vano en torno suyo los anunciados síntomas del drama íntimo y palpitante: ellos le hubiesen dado mas facilidad para sacar partido.

Pero todas las fisonomias le parecían de una calma desesperante; solo veía allí una jóven madre feliz entre su marido y su hija.

El resto de la asamblea, el tío Juan, sus hijas, Vicente y Roger, completaban para él una de esas buenas familias cuya felicidad uniforme y ligeramente enojosa causaría horror á numerosas personas de nuestras poblaciones.

El lector, que conservará la impresion de la escena del salon de Penhoel, habrá experimentado tambien la sorpresa de Roberto. El aspecto habia cambiado. No reinaba ya aquel sombrío silencio que antes pesaba sobre todos los huéspedes del castillo interrumpido á raros intervalos por palabras de triste agüero.

La llegada de un extranjero, que en cualquier retirado rincon de la Bretaña es siempre un acontecimiento, escitó allí por las circunstancias que la acompañaron una emoción de interés y curiosidad.

Además, preciso es decirlo, en el momento en que hemos penetrado en el castillo de Penhoel tenía René á su lado vacía una botella de aguardiente. Penhoel en ayunas era un marido confiado y amable; pero embriagado era feroz, y el alcohol cambiaba en negras visiones los dolorosos recuerdos que habitaban el fondo de su alma.

La expedicion á los pantanos habia disipado completamente los efectos del aguardiente. Tenia libre la imaginacion, y el placer que experimenta por haber salvado á dos hombres, hacia rebosar de contento su corazon.

Solo el tío Juan entre los convidados que se sentaban á la mesa conservaba aquella melancolía que antes hemos visto en su venerable rostro. Solo pensaba en aquel cuyo nombre pronunciado de pronto habia producido una sensacion tan penosa momentos antes en todos los huéspedes de Penhoel. El corazon del tío Juan no olvidaba nunca al ausente y festejaba silenciosamente en el fondo de su alma, amante y buena, aquel dia, aniversario de la marcha del primogénito de Penhoel.

Todo el resto de la asamblea se ocupaba extraordinariamente del extranjero. El abogado y el buen maestro de escuela le consideraban con esa atencion curiosa que nuestros pilluelos de Paris ponen en observar un etiope ó un o-jib-be-wav. Las niñas admiraban su cabeza espresiva y hermosa. Roger veía en él un héroe de novela. Vicente al contrario, experimentaba al contemplarle un sentimiento hostil, procurando en vano esplicarse á sí mismo aquella instintiva aversion.

Sus ojos vagaban incesantemente del extranjero á Blanca de Penhoel como si hubiera temido por la niña un peligro desconocido.

—A vuestra salud, mi querido huésped, dijo Roberto llevándose el vaso á los labios, y recibid por

centésima vez la expresión sincera de mi gratitud... Sin vos Dios sabe dónde estaría yo ahora.

—No he hecho más que cumplir con un deber, contestó el señor de Penhoel.

—No lo entendía de la misma manera nuestro sombrío piloto, replicó Roberto riendo.

—Benito Haligan es un corazón honrado, dijo la Señora; ha salvado muchos desgraciados en peligro de muerte.... pero su cabeza está algo débil y nuestros campesinos tienen preocupaciones algo salvajes.

Roberto se inclinó respetuosamente y murmuró:

—El país en que Dios ha puesto en la mano de los poderosos el remedio a la ignorancia del pobre, es feliz y bendito, señora.

A pesar de que hemos visto a Roberto en perfecta armonía con Blas y Bibandier, probablemente no habría estado sin frecuentar mejor sociedad, porque en ocasiones sabía tener maneras elegantes y corteses. En los salones-modelos que constituyen las glorias de nuestras aristocracias, tal vez hubiesen descubierto los espertos algunas faltas notables: decimos tal vez; pero en Penhoel parecía su trato esquisito y cada una de sus palabras elevaba hasta cierto punto el pedestal de su superioridad.

Si alguno experimentaba turbación no era seguramente él, sino el señor de Penhoel.

En cuanto a la Señora, sus gracias sencillas y nobles valían por lo menos ese conjunto de convenciones útiles que son la ciencia del mundo.

—Me habían dicho, replicó Roberto, lo que encontraría en Penhoel... Pero ciertas gentes tienen la felicidad de ser hechas de tal manera, que para ellas el renombre está siempre por debajo de la verdad. Tal vez permanezca en Francia muy poco tiempo; pero cualquiera que sea, habré visto en él cosas que otros emplean vanamente su vida en conseguir... la casa de un verdadero caballero.

Penhoel se ruborizó de orgullo.

—¡Cómo! exclamó con encantadora bondad. ¿Eres tú el que estás ahí, mi buen muchacho?

—He querido servirlos, contestó Blas.

—Vete pronto, interrumpió Roberto. Señora, perdonadme; pero Blas es un criado de lo poco bueno que se encuentra, y me atrevo a reclamar para él una parte de las bondades con que me habeis colmado.

Todo el mundo, comenzando por el señor de Penhoel y la señora, aplaudió a Roberto aquella buena acción. No solamente era un hombre de distinción poco común, sino un corazón generoso.

Al descubrir cualidades tan recomendables en un hombre que ha sabido agradar al primer aspecto, se experimenta un verdadero placer.

Veinte minutos hacía que duraba la comida y hacía más de una hora que Roberto había entrado en Penhoel; sin embargo, y a pesar de la circunstancia de que Roberto había hablado en el barco de una misión de que estaba encargado para el señor de Penhoel, no le habían dirigido ninguna pregunta.

—Era seguramente la mas delicada hospitalidad, pero Roberto no la apreciaba. Hubiera preferido un interés indiscreto y curioso, porque ya tenia preparada su historia.

Sin embargo, viendo que no le dirigian ninguna pregunta se resignó á tomar la palabra.

—Vizconde, dijo tendiendo la mano al señor de Penhoel con la mayor amabilidad, no me conviene prevalerme de vuestra reserva, y quiero al menos que sepais el nombre del huésped que la casualidad os depara. Me llamo Roberto de Blois.

Penhoel se inclinó.

—Es un antiguo nombre breton, dijo, que debeis conocer, tio.

—El tio Juan, como casi todos los antiguos caballeros de provincia, era un verdadero catálogo vivo.

—Ciertamente, replicó; tenemos muchas familias, y sin hablar de la casa ducal, de la que un miembro llevó el nombre, hay un Blois de Quimper y los Blois de Moncontour.

—Mi familia era en efecto originaria de la baja Bretaña, replicó Roberto; pero no puedo aspirar mas que á un parentesco muy lejano con las nobles razas de que me hablais, caballero, porque mis padres habitan la América desde hace muchos años.

El tio Juan murmuró reuniendo sus recuerdos:

—Comprendo... ¡asi debe ser! Un caballero de Blois llamado Emery, se vió obligado á emigrar cuando el edicto de Nantes.

Roberto miró al tio con admiracion.

—¡Esactamente! dijo; recuerdo que mi bisabuelo se llamaba Emery. Pero en fin, he abandonado á Boston, residencia de mi padre, para venir á Francia á negocios muy interesantes. Uno de ellos me llamaba á este país. Desde mi llegada á Francia no he tenido mas que aventuras; Paris y sus rateros me habian dejado el bolsillo... mi silla de posta rodaba lo mismo de noche que de dia sin ser detenida nunca por esos bandidos clásicos que se van haciendo raros; pero hoy me he desquitado. He aquí en dos palabras mi historia. Llegué á Redon esta mañana trayendo cuantiosas sumas; tenia que llenar una mision en el interior del país. El buen posadero de Redon, maese Geraud, no me habia dejado ignorar los peligros del camino; pero no he querido creerle, y además tenia la mas apremiante necesidad de terminar mi mision.

Salí, y á una legua de Redon encontré unos ladrones que me robaron.

—Los bandidos, murmuraron todos.

—Ignoro qué nombre prodigarles; pero lo que sí sé es que eran una gavilla de tunantes con las caras mas horribles...

—¿Y os han robado? preguntó la Señora.

—¡Todo el dinero, señora! Pero me parece que esos bandidos no han llegado á un grado muy elevado de civilizacion, porque dejaron en la maleta mi cartera llena de billetes de banco.

—¡Ahl exclamaron con alegría los convidados,

—Permitid; no por eso soy mas rico.... Mi maleta y todos los papeles que contenia están ahora mucho mas lejos si vuestro infernal rio continúa corriendo con la misma velocidad.

—¡Es verdad! la inundacion, murmuró la asamblea, que se interesaba cada vez mas en la narracion del jóven.

Las dos encantadoras hijas del tio Juan se olvidaban de comer por mirar.

Escuchaban con la mayor atencion y no separaban del extranjero sus miradas llenas de candor. Al mismo tiempo experimentaban las dos un sentimiento extraño y desconocido. Una fibra que hasta entonces habia permanecido muda, vibraba energicamente en el fondo de su alma. Estendiase á su vista un horizonte desconocido.

Hubiérase dicho que entreveían el mundo.

Al nombre de Paris habian cambiado una rápida mirada, encendiéndose en sus pupilas un rayo de fulgor.

Blanca, niña tímida, se ocultaba á medias detrás de su madre, y miraba á hurtadillas.

Roger admirábase tambien á su vez de todo con razon; nunca habia visto nada comparable á ese caballero tan brillante manifestando su fina elegancia en medio de los campos bretones.

En cuanto á Vicente, proseguia conservando su fisonomia ruda y sombría.

El maestro de escuela y el abogado, colocados juntos á un extremo de la mesa, tenian vehemente

deseos de saber cuánto dinero contenia aquella famosa maleta.

—Mas de una vez se han encontrado en los pantanos, dijo el padre Chautte con modestia, objetos perdidos en el trayecto de Port-Corbeau.

—Con mucho gusto prometeria mil luises, exclamó Roberto con viveza, al que me trajese mi maleta.

El abogado tomó nota de este ofrecimiento, prometiéndose ir á la mañana siguiente á buscarla.

Roberto prosiguió riendo:

—Pero es preciso no contar con los milagros, y haria muy mal en quejarme de la suerte. No puedo decir que no siento las sumas perdidas, porque estoy lejos de mi familia y la posicion de un extranjero sin metálico me parece poco agradable. Dejar-se abatir por tan poco seria indigno de un gentleman. Mi querido huésped, á vuestra salud.

Todo hablaba en favor de Roberto. Sus últimas palabras habian sido pronunciadas con un franco buen humor. Esto indicaba una gran fortuna, lo que á decir verdad, nadie desprecia; además, lo que causaba mas impresion todavía sobre la mayor parte de los convidados, era que denotaba una verdadera grandeza de alma.

No se encuentra diariamente un hombre que hable de una pérdida considerable con semejante alegría. Roberto ganaba cada vez mas la estimacion de los huéspedes de Penhoel.

—De lo que no me consuelo tan fácilmente, replicó, es de no tener entre las manos cierta correspondencia que me había sido escesivamente recomendada de... En la tal maleta, Mr. de Penhoel, había con que pagar la vida que me habeis salvado; era para vos una felicidad.

Un rayo de curiosidad despidieron todas las miradas.

No comprendían.

Roberto guardaba silencio, aparentando esperar una pregunta.

El señor de Penhoel al contrario, parecía temer interrogar.

—Sin embargo, en la barca creo haber os oído hablar de un encargo que se os había hecho para el vizconde de Penhoel.

—Es verdad.

—¿Me será permitido preguntaros....

—Un encargo que viene de muy lejos.

—¿De dónde?

—De Nueva-York.

Penhoel hizo un gesto de sorpresa. La hermosa y tranquila fisonomía de la Señora espresó al fin un movimiento de curiosidad.

—¡Nueva-York!... repitió Penhoel; á nadie conozco allí.

Los párpados de Mr. de Blois se bajaron. Su mirada furtiva y rápida dió en un momento vuelta á la mesa.

—¿Estais seguro? murmuró.

A la vez examinaba á la Señora, que conservaba su sonrisa dulce y cortés, al señor de Penhoel y al anciano tío Juan, cuya meditacion inclinaba de nuevo su pensativa cabeza.

Antes que Penhoel hubiese respondido, prosiguió Roberto con voz baja y lenta:

—¿El primogénito de los Penhoel habrá sido olvidado en la casa de su padre?

Si Roberto había querido escitar un golpe violento, debió quedar satisfecho del efecto que produjo.

Una nube veló todas las frentes á la vez.

Sus ojos miraron al suelo.

Penhoel, que en aquel momento llevaba el vaso á sus labios, lo dejó escapar y el vaso se rompió.

La Señora temblaba inmóvil y pálida.

El tío Juan parecía un hombre que no cree en el testimonio de sus oídos.

Habiase levantado á medias, apoyándose con las manos en la mesa. Sus ojos azules, tímidos y dulces ordinariamente, se fijaban entonces sobre el extranjero con ávida inquietud.

Roberto ponía el mayor cuidado en contener la espresion de triunfo que queria invadir sus mejillas.

Al ver la feliz tranquilidad de la familia, había dudado un momento del arma que tenia entre sus manos.

Desde entonces cesaron las dudas; el arma era

buena y sabia el lado vulnerable de todos los corazones.

Levantó la cabeza.

Su mirada era severa y fria como la de un juez.

Oíanse á favor del silencio las respiraciones entrecortadas y oprimidas.

—¿He oído bien? dijo al fin el tío Juan, cuya emoción ahogaba su voz; ¿se ha hablado de Luis de Penhoel?

—He hablado del primogénito de los Penhoel, respondió Roberto.

—¿Y habeis pronunciado la palabra olvido? replicó el anciano, cuyos ojos se humedecieron por las lágrimas. ¡Oh! aquí hay mas de un corazón que conserva su memoria.

René le interrumpió; el esfuerzo que para hablar hacia era visible.

—Caballero, dijo dirigiéndose á Roberto, todo aman aquí [al jefe de los Penhoel..... Yo soy su hermano segundo, y el día que Luis quiera volver, le entregaré con júbilo el sitio de mi padre.

El tío Juan había abandonado su puesto, dando con vacilante paso vuelta á la mesa para acercarse al extranjero. Oíase resonar en la madera sus albarcas, y los largos cabellos blancos que coronaban su venerable frente caían sobre la grosera tela de su chaqueton de aldeano.

—Muy bien dicho, sobrino mío, dijo tocando con la mano á René, que volvió la vista.... Dios te bendecirá, porque eres un hijo digno de los Penhoel....

Pero yo no soy ya mas que un pobre anciano, prosiguió volviéndose hácia el jóven Mr. Roberto, y amo á mi sobrino Luis como se ama al mas querido de nuestros hijos.... Hablad, caballero.... ¿Vos traeis buenas noticias ó tengo que vestirme de luto hasta el último de mis días?

Roberto oyó levantar el pecho de la Señora un suspiro ahogado.

Penhoel lo oyó tambien quizá, porque se inclinó hácia adelante y luego hácia atrás para interrogar la fisonomía de su mujer.

Pero el jóven Mr. de Blois, fuese por casualidad, fuese buena voluntad, hizo dos movimientos semejantes, y el señor de Penhoel no pudo ver nada.

Los que rodeaban la mesa pensaban en el sueño del Angel, que había visto al primogénito acostado en la yerba y pálido como un muerto.

Por lo que hace á Roberto de Blois, volvió á tomar la palabra y todos tuvieron hasta la respiración para oír mejor.

—Traigo buenas noticias, dijo, y afortunadamente nada pueden alterarlas mis contratiempos. Luis de Penhoel, que es mi amigo, me encargó que abrazase á su hermano, suplicándome le diera hasta los detalles mas insignificantes acerca de su familia.

El mas esperto observador no hubiera podido definir los contrarios sentimientos que hasta cierto punto alteraron la fisonomía del señor de Penhoel: fueron una mezcla de afecto tierno, un movimiento

vivo y sincero de fraternal ternura, luego una especie de indiferencia, de desconfianza y sentimiento.

El buen tío Juan había tomado la mano de Roberto y la estrechaba entre las suyas, llorando por que había dicho:

"Soy su amigo."

El fué el que le dirigió estas preguntas de interés, que hubiera querido oír de los labios del señor de Penhoel.

—¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Va á volver? ¿Piensa en nosotros? ¿Sigue hermoso, noble y fuerte? ¿Es feliz?

En torno de la mesa se recordaban los convidados en voz baja cuanto en el país se decía acerca del ausente.

Hablábase de él en las veladas y su nombre se rodeaba de ese respeto misterioso que los bretones conceden á los héroes de sus leyendas.

—¡Era tan generoso!...

El cariño que le profesaban los ancianos llegaba á los jóvenes á través de maravillosas narraciones hechas en el hogar.

Eran poetas, rústicos narradores sentados al hogar de las cabañas bretonas: su sentimiento formaba un pedestal al ausente, y los que no lo habían conocido se lo figuraban bajo colores sobrenaturales.

—Yo he sido su primer maestro, murmuró enternecido el padre Chauvette.

—¡Qué demonio! murmuraba el abogado; nunca pude enseñarle latin.

—Me parece que le reconozco, decia Diana; he soñado tanto con él!...

—¡Oh! no mas que yo, añadía Elena.

—Yo, exclamaba Roger, si no viene iré á burcarle aunque sea al cabo del mundo.

Las hijas del tío Juan hubieran querido ser tambien hombres para hacer lo que Roger de Launoy anunciaba.

Y mientras que todas estas palabras se cruzaban, causaba extrañeza ver la silenciosa y triste inmovilidad del señor de Penhoel y de la Señora.

Roberto respondia con corta diferencia lo mismo que lo había hecho á maese Geraud en la habitacion del Carnero Coronado.

—Mañana será de día, añadió, y os daré cuantos detalles gustéis. Unicamente sé que ha habido cartas perdidas, cuyo contenido no podré deciros.

—¿Eran para mí? preguntó Penhoel.

—Una para vos, contestó Roberto.

—¿Y para mí? preguntó tímidamente el tío Juan.

—Tambien otra.

—¿Y alguna otra? añadió Penhoel.

Roberto aparentó dudar. La respiracion de la Señora se detuvo de pronto hasta el momento en que el joven Mr. de Blois respondió al fin:

—No había mas.

Alguna sangre afluyó entonces á las pálidas mejillas de Marta de Penhoel. Temblaron sus párpacos.

dos y bajo sus largas pestañas se hubiera podido ver brillar una lágrima.

Roberto replicó:

—Es tarde y estoy muy cansado; pero no quería descansar sin saber los sentimientos que aquí se guardaban hácia mi pobre amigo Penhoel. Lo que he visto me ha alborozado el corazón, y la carta en que hable de su hermano, de su tío, de todos, añadió volviéndose ligeramente hácia Marta, le hará muy feliz. Ahora, mi querido huésped, os pido permiso para retirarme, y antes de subir á mi habitación, si eso no es abusar de vuestra amabilidad, os suplico me concedais algunos minutos.

Penhoel se levantó vivamente, como si aquella súplica le hubiese respondido á un secreto deseo.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo.

Roberto de Blois habia vuelto á encontrar su graciosa sonrisa.

Saludó á todos los convidados con la mayor galantería estrechando cordialmente la mano del tío Juan.

Pero lo que aceptó las simpatías de las jóvenes y de Roger de Lannoy, fué la manera respetuosa que tuvo de llevar á sus labios la mano de la Señora.

Sin embargo, ni las dos jóvenes ni Roger podían apreciar el mérito de aquel besamano.

Roberto al tocar con sus labios los blancos dedos de la Señora del castillo, habia pronunciado algunas palabras en voz tan baja, que apenas pudo oír las distintamente la Señora.

—Señora, habia murmurado, habia tres cartas.

El rostro de Marta no cambió, pero su mano se quedó helada, y largo tiempo despues que Roberto hubo desaparecido con el señor de Penhoel, permanecía Marta sin movimiento y como petrificada.

En torno de la mesa era la conversacion animada, sin escatimar los elogios al joven Mr. de Blois. Unicamente Vicente protestaba con su silencio contra aquel concierto de alabanzas.

Esperóse al señor del castillo, pero sin impaciencia. Las diez sonaron en el reloj encerrado en su caja de caoba y luego las once.

Era una vela inusitada.

Sin embargo, Penhoel no parecia, y los convidados debieron separarse antes de su vuelta.

Las dos niñas, Roger y Vicente fueron sucesivamente á presentar sus frentes para que las besara la Señora, que se quedaba sola con el tío Juan.

El anciano se sentó á su lado en el puesto ocupado antes por el extranjero.

Así permanecieron largo tiempo sin cambiar una palabra.

Los grandes ojos azules del tío Juan, fijos en su sobrina con melancolía, expresaban una piedad profunda y un amor de padre.

Al cabo de algunos minutos rodaron dos silenciosas lágrimas por las mejillas de Marta.

El anciano le tomó la mano, oprimiéndosela con el corazón.

—¡Martal murmuró, mi pobre Marta, ¡cuánta felicidad perdida!

—¡Para siempre!... balbuceó la joven llorando. El anciano pareció buscar una palabra de consuelo; pero tal vez no hubiese consuelo posible. Apoyó su frente desanimada sobre la mano.

—¡Y cuántas amenazas en el porvenir! replicó Marta con desesperación.

El tío la miró con inquietud.

—¿No sabeis? replicó Marta; ese hombre me causa temor.

—¿Por qué?

—Me ha hablado bajo y tal vez sepa....

El anciano se sonrió con confianza.

El corazón de Luis es muy noble, dijo, y hay secretos que no se dicen mas que á Dios.....

Era mas de media noche cuando el joven Mr. Roberto de Blois puso fin á su entrevista con el señor de Penhoel para retirarse á la estancia que le habia sido preparada.

En un gabinete inmediato á esa habitación se habia puesto un lecho para Blas, que dormia tranquilamente.

Roberto en lugar de acostarse se puso á recorrer la habitación á grandes pasos. Su imaginación trabajaba: trascurrían las horas de la noche sin que él lo notara.

Los primeros rayos del sol iluminaron con su té-

ne claridad los vidrios de la ventana. La luz de la lámpara palideció....

Llegaba el día.

Roberto no dejaba de meditar.

Preciso fué para distraerle de sus reflexiones mas profundas la risueña vista del sol naciente, que fué á iluminar las elevadas cortinas de la ventana.

Roberto abrió la ventana; su pecho fatigado respiró con avidez el aire fresco.

Era una magnífica mañana de otoño: Roberto tenia delante de sí el gran jardín de Penhoel, que se unia á ricas campiñas, bosques y praderas que se extendían á lo largo de la colina hasta la aldea de Glenac.

Mas allá de la ribera extendían los pantanos su inmensa sábana de agua, que estaba entonces tranquila y unida como un espejo. A lo lejos doraba el sol la cima de las colinas de San Vicente y de Jonjays.

Sobre el último pico de la mas elevada de estas colinas, en medio de un antiguo bosque majestuosamente ordenado, se elevaba el antiguo castillo de Penhoel, perteneciente entonces á la familia Pontalés.

La hermosa luz de la mañana inundaba el opulento paisaje. Imposible seria soñar un golpe de vista mas gracioso y mas rico á la vez.

Roberto sonreía: contaba los bosquecillos, los árboles, las praderas, y paseaba sus miradas como un conquistador por la comarca.

Entró en el gabinete de Blas, que proseguía durmiendo como un bienaventurado.

—¡Levántate! dijo sacudiéndole bruscamente.

El Zalamero se frotó los ojos, saltando de la cama.

—¡Diablo! murmuró Blas; soñaba que habíamos robado toda la plata del castillo y que Bibandier, disfrazado de gendarme, nos llevaba a la cárcel.

Roberto lo cogió por el brazo, encogiéndose de hombros, y lo arrastró hasta la ventana.

—¡Mira! dijo con tono enfático.

—¡Calla, calla! exclamó Blas, cuya vista se había fijado de pronto en el pantano: no era por cierto para reírnos; bastante agua había para habernos ahogado en ese estanque!

—Mirad, Roberto; apenas se distinguen los árboles á que estábamos agarrados... Recuerdo que en aquel instante prometiste al cielo hacerte hombre honrado.

Roberto hizo un gesto de impaciencia.

—Se trata justamente de eso, dijo; lo que te digo es que mires por aquí.

—¡Hermosa campiña!

—Sí, contestó Roberto, dejando correr su imaginación y su entusiasmo; hermosa campiña, hijo mío! Desde el pié del castillo hasta la mitad del camino de esta aldea que distingues allá abajo, forma parte de los dominios de Penhoell.

—Nuestro patrimonio, dijo Blas, es bastante bueno. Pero ¿y ese magnífico castillo? añadió señalando con el dedo la casa de Pontalés.

Roberto bajó la cabeza con aire misterioso.

—Esos son nuestros naturales aliados, replicó, y no pasará el día sin que haga una visita á esas buenas gentes. Entre tanto pensemos en nuestros negocios.

Sacó de su bolsillo un bolsón lleno de monedas de oro y puso unas veinte en la mano de Blas, que al verlas se quedó asombrado.

—¿Dónde has pescado esto? murmuró.

—Mientras tú roncabas trabajaba yo, compañero. Ya te lo explicaré en otra ocasión si tengo tiempo. Vas á ir á Redon hoy por la mañana con objeto de pagar el gasto que háyamos hecho nosotros y Lola.

—¡Ah! dijo el Zalamero. ¡Viene también ella!

—La llevarás á todas las tiendas de Redon, replicó Roberto, para que escoja un traje magnífico. No repares en el precio. En cuanto haya acabado sus preparativos la harás entrar en el mejor carruaje que puedas encontrar y me la traerás al momento. Comprendes... Quiero que venga como si fuese una princesa.

Detrás de esas negras rocas hay una población que vive de los naufragios, y que según el teatro de la puerta de San Martín, habita inmensas galerías subterráneas donde suceden infinito número de cosas dramáticas.

En aquellas sorprendentes grutas que forman una vistosa decoración todo actor que represente á un breton debe arrastrarse ó saltar, pero nunca andar; aullar, no hablar nunca... Esos bretones son salvajes ó caníbales. Nuestros romanceros les darían con gusto la maza y el feroz ojo de Polifemo: nuestros dibujantes para mejorar un poco su color local, los dibujarían velludos de los pies á la cabeza como orangutanes.

Su reputación está sobradamente formada, y cualquier día y en cualquier teatro los veremos comerse mujeres y niños con gran satisfacción de nuestro público parisiense.

¡Pobre Bretaña! Sin embargo, tiene prefectos, y maires y consejeros municipales. En conciencia ¿tiene nadie el derecho de calumniar así sin pudor á gentes que han prestado juramento y forman parte de la guardia nacional? ¡Ah! como la baja Bretaña supiera únicamente leer, los señores melodramatargos tendrían que dar cuenta de sus antiguas necesidades y de sus vergonzosas mentiras.

Al extremo de ese agudo cabo donde termina la Francia, camina tal vez la civilización más despacio que entre nosotros; pero al menos no retrocede



Estamos en los confines del antiguo mundo, sobre una especie de plataforma, que tiende hasta la playa los tortuosos peldaños de una escalera de rocas.

El mar está delante de nosotros. A derecha é izquierda las costas del Finisterre cortan sus elegantes festones de negro granito, sobre los que se estrella como una hilera sin fin de dientes blancos, la espuma del Océano en una tormenta.

Según los escritores formales y dignos de fe, cuando brama la tempestad en aquel mar oleante y terrible es día de gran fiesta para las gentes del país.

ni huye, como sucede en las cercanías de nuestras barreras.

Marcha... Oaco no es mas fabuloso que los pretendidos fabricantes de naufragios de la bahía de Trepasés. Los que esplotan estas escentricidades se engañan muy cándidamente: mas fácilmente hubieran podido hacer en nuestro Paris actual la carta de los Milagros ó el palacio del rey de los Pillos.

Preciso nos ha sido sentar estas premisas para tener el derecho de decir que el dia á que se refiere nuestra historia estaban las márgenes del Ouessant y las costas llenas de una fila de curiosos entre los que no se hubiera encontrado uno solo de aquellos feroces pescadores que beben tibia la sangre de los ricos negociantes sorprendidos por un naufragio, ni una sola sacerdotisa de la isla de Sem, y menos la sombra de un druida.

Eran todas buenas gentes que trabajaban en tierra ó en el mar, manteniéndose con el pescado cogido en la terrible bahía ó con pan negro regado con su sudor, aldeanos como muchos de los que habeis visto, excepto que los rostros estaban enérgicamente señalados por esa tinta melancólica y á la vez agradable, particular á la raza bretona.

Los hombres con sus largos cabellos incultos, y las mujeres con sus cofias blancas, miraban con la mayor atencion un espectáculo que no se parecía á nada de lo que recordaban haber visto desde Sain-Pol hasta Donarnenez.

Entre la playa, defendida por innumerables rocas, y el sol, que se inclinaba mas y mas hácia el nivel del mar, dando á la cresta de cada ola mil reflejos movibles, se veia una cosa desconocida é inesperada, una especie de mónstruo navegando sin remo ni velas en medio de aquel onduloso mar y dejando flotar á su espalda como una enorme cabellera de humo.

Las gentes colocadas en los mas elevados picos del continente, veian esto confusamente y á mucha distancia; pero los de las márgenes del Ouessant mas próximos, podian distinguir cuando se ocultaba el sol tras alguna densa nube el casco negro y bajo de un buque, de un verdadero navío deslizándose por las aguas con una velocidad del infierno.

Sus mástiles delgados y desnudos tenian las velas con los rizos cogidos, no presentando al viento ni la menor cantidad de lona.

Y sin embargo, corria, corria. Su costado parecia vomitar una inmensa cantidad de espuma, sin que los rayos del sol pudieran penetrar á través de aquel negro penacho de humo que se evaporaba en lontananza detrás de él.

¿Qué era aquello?... Todos se persignaban con terror desde lo alto de las rocas y á lo largo de la costa. Preguntábase á los ancianos, que no sabian qué responder; y como la idea de las cosas del otro mundo acude al momento á las imaginaciones bretonas, decian por lo bajo, que aquel barco, impelli-

do por una fuerza misteriosa, era el Buque-Fantasma de que tanto hablaban los marineros en las veladas y que nadie había visto nunca.

La embarcacion no tiene timon ni velas, y que remolcada por la mano de Satanás va mas veloz que el viento de las tempestades.

Era sin duda ninguna el presagio de una gran desgracia. Las que tenian á sus hijos y hermanos en el Océano á la gracia de Dios, se arrodillaban y oraban....

El buque sin embargo se deslizaba por el mar brillante, y parecia burlarse de los mil escollos sembrados á lo largo de su carrera.

Seguia una línea casi paralela á la costa, y su marcha evitaba las rocas submarinas como si el ser que manejaba el timon uviera el don de ver en el fondo del agua.

De cerca el misterioso barco presentaba un aspecto tan extraño por lo menos como de lejos, y si las gentes de la costa hubieran podido dirigir una escrutadora mirada á la cubierta, no hubieran cambiado de opinion con respecto á la naturaleza diabólica del barco.

Delante y en la basa del palo mayor, cuya elevacion no estaba acorde con las proporciones del barco, trabajaban algunos marineros, y ningun marino hubiera sabido dar nombre á su operacion. En la popa además del timonel, no se veia mas que un grupo compuesto únicamente de tres hombres de un aspecto verdaderamente extraordinario.

Estaban resguardados de los rayos del sol poniente por una especie de tienda, cuya cubierta estaba formada por un gran pañuelo de cachemir de vivos y animados colores.

Uno de los tres hombres estaba acostado sobre unos cuantos cojines, teniendo entre sus labios la boquilla de una larga pipa india.

Los ingleses llaman nabab á una especie de aventureros enriquecidos en la India que vuelven á Europa con fortunas, la mayor parte de las veces inmensas, que derrochan segun las costumbres asiáticas.

En realidad, nuestro desconocido no era otra cosa que un nabab pero las buenas guntas de la costa le hubieran tomado seguramente por el rey de los infiernos en persona.

Era un hombre jóven todavía, de elevada estatura, robusto y elegante á la vez, pero que parecia entregado á las costumbres de una indolente pereza. Sus facciones, maravillosamente delicadas y regulares en su generalidad, habían sufrido notablemente la influencia del sol de los trópicos; pero la tez de bronce que cubria su rostro sentaba bien á sus ojos negros, adornados de largas y sedosas pestañas.

Sus mal peinados cabellos se ocultaban casi bajo un gorro de cachemir; su barba, cortada á la moda de los persas, caia sobre su pecho en masas flexibles y brillantes. Llevaba una bata de seda

que unos elegantes y largos cordones sujetaban á la cintura.

Fumaba lentamente, aspirando el humo de su tabaco de perlada ceniza, cuyos vapores embalsamaban la tienda. Sus miradas se perdían en el vacío. Hubiérase dicho que le mecía un sueño divino.

En la profunda molición de ese reposo había también fuerza: bajo aquel pesado sueño se adivinaban la inteligencia y la audacia adormidas. Pero lo que más llamaba la atención en ese hombre era su belleza.

Lejos de velar esa belleza altiva la lasitud en que dormía á placer, le era como uno de esos arrogantes mantos que encubriendo la lengua antigua la acusan y hacen saltar á los ojos sus perfecciones.

Uno de los dos compañeros, arrodillado á sus pies, mantenía el fuego en el cincelado receptáculo de su pipa, ofreciéndole á intervalos una tacita del Japon llena de helado: el otro en pié detrás de los cojines agitaba sobre su frente un abanico de plumas.

Ambos eran negros como estatuas de ébano, pero sus facciones no presentaban esas líneas obtusas que distinguen de los demás á los negros de la costa de Guinea. Eran dos perfiles griegos esculpidos en mármol negro, y bajo su luciente tez era fácil conocer el tipo puro de la raza cáncasa.

Los marineros diseminados sobre el puente, pa-

recían temer franquear la línea que dividía en dos partes la embarcación. El nabab y sus sombríos servidores escitaban constantemente la atención curiosa de la tripulación, pero sin que se les dirigiesen más que tímidas miradas.

El capitán, inglés y de fisonomía fría y franca, se paseaba por la popa. Al otro lado del barco estaba sentado con los brazos cruzados sobre la banda, un joven marinero. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y su rostro desaparecía casi completamente bajo sus largos y esparcidos cabellos. A pesar de ese velo se distinguía hasta cierto punto un dolor mudo en sus pálidas facciones. En aquella postura libre y descuidada había desesperación balanceándose con indiferencia y conservándose en equilibrio sobre el abismo.

A pesar de haber allí un peligro inminente, no se inquietaba nada el americano. A veces se inclinaba más fuera de la balaustrada, y sus ojos, en que brillaba un fuego súbito, parecían mirar con envidia la transparencia de las aguas.

Ninguno fijaba la atención en él. Todas las miradas estaban fijas en el nabab. Para no turbar su reposo se daban las órdenes casi en voz baja, ejecutándose la maniobra sin ruido, surcando tranquilamente las aguas el buque.

Si algún barco pescador llegaba á cortar la línea blanca que dejaba tras sí la tripulación bretona, envuelta repentinamente en una nube de humo, se perseguía temblando como las gentes de la costa,

procurando leer en la 7^{ta} popa del extraño buque las letras de oro que componían la desconocida palabra

EREBUS.

Depuesta toda idea supersticiosa, los pescadores de la costa y los aldeanos reunidos en la orilla veían allí una de las mas raras maravillas que le ha sido dado contemplar al hombre. Los menos ignorantes y los menos crédulos hubieran experimentado á aquel aspecto una sorpresa semejante.

La atrevida y milagrosa obra del génio humano les aparecía de improviso.

El *Erebo* era el primer vapor que habia hendido las aguas del Océano.

En aquel tiempo se negaba el vapor no solamente por el pueblo, sino hasta por las clases mas instruidas, como se podria negar en nuestros dias la posibilidad de la navegacion aérea.

El *Erebo* habia sido ensayado en el Támesis y luego fletado por nuestro nabab para la travesía de Londres á Burdeos.

Teníase entonces una opinion muy exagerada de los peligros de semejante navegacion, y tal vez fuera por esto por lo que la emprendió nuestro nabab.

Hay hombres que no gustan ceñir las cinchas mas que á caballos que ningun lacayo ha podido montar.

Este nabab era un personaje notable: aparte de

sus riquezas y de sus estrañas costumbres, merecía por mas de un título la curiosa atencion que escitaba á los tripulantes del *Erebo*.

A bordo se tenían algunas noticias de su historia.

Llamábase Berry de Montalt y poseía el título de mayor. Pero esto era un efecto de pura modestia suya, porque no se ignoraba que habia sido general en jefe de las tropas del iman de Mascat, príncipe soberano de aquel comarca que confina con el Asia y que mide mas estension que la Francia y la Inglaterra reunidas.

Habia llegado á Londres siete ú ocho meses antes, acompañado de una comitiva verdaderamente régia. Habia comprado uno de esos raros castillos que eseluyen ordinariamente la monótona uniformidad de Londres, y que estaba situado al extremo de Portland-Place, enfrente del parque del Regente.

Su hijo habia asombrado á la poblacion, acostumbrada á no asombrarse de nada.

En esa lucha de desenfrenada magnificencia que comienza todos los años el mes de marzo para terminar hácia fines de junio, y que se llama la *temporada*, habia vencido á los mas ricos y á los mas locos. A los pocos dias sabia ya Londres su nombre, y algunos despues fué proclamado el rey de la moda, el dandy, el dios.

Hablábase con admiracion de la estraña novela en que consistía su vida. Montalt habia ganado batallas y restablecido y conquistado reinos. No fal-

taban personas que citaban los estrambóticos nombres de su victoria, supliendo así la falta de periódicos que tanto se hacía sentir en el imperio del iman de Mascat.

Antes de vencer á los hombres segun se decia habia tenido una existencia solitaria y salvaje en el interior del Africa. Habia vencido los grandes tigres del Soldan y luchado cuerpo á cuerpo con los leones del Atlas.

Era un héroe.

Su gloria, conocida ó no, crecia cada vez mas. La invencion se adicionaba á la realidad para formarle un romántico y extraño renombre.

Y como pasaba siempre indiferente y desdeñoso por medio de la multitud, crecia la invencion hasta rayar en el entusiasmo, porque la gente, semejante á una mujer coqueta, prodiga sus favores á quien no los quiere,



XI.

MONTALT.

Montalt era hermoso, jóven y noble. Tenia en el mas alto grado ese prestigio que dan las aventuras. Esto era bastante ya, y sin embargo, no era todo. Su fortuna era colosal, segun los noticieros, sin que consistiera en lo que constituye la fortuna en nuestros países europeos.

No poseia campos, ni castillos, ni acciones de minas, ni créditos contra el tesoro.

Su riqueza era tan escéntrica como él mismo. Sus millones cabian en el hueco de su mano.

Poseia una caja cuyo contenido nadie podido habia ver.

taban personas que citaban los estrambóticos nombres de su victoria, supliendo así la falta de periódicos que tanto se hacía sentir en el imperio del iman de Mascat.

Antes de vencer á los hombres segun se decia habia tenido una existencia solitaria y salvaje en el interior del Africa. Habia vencido los grandes tigres del Soldan y luchado cuerpo á cuerpo con los leones del Atlas.

Era un héroe.

Su gloria, conocida ó no, crecia cada vez mas. La invencion se adicionaba á la realidad para formarle un romántico y extraño renombre.

Y como pasaba siempre indiferente y desdeñoso por medio de la multitud, crecia la invencion hasta rayar en el entusiasmo, porque la gente, semejante á una mujer coqueta, prodiga sus favores á quien no los quiere,



XI.

MONTALT.

Montalt era hermoso, jóven y noble. Tenia en el mas alto grado ese prestigio que dan las aventuras. Esto era bastante ya, y sin embargo, no era todo. Su fortuna era colosal, segun los noticieros, sin que consistiera en lo que constituye la fortuna en nuestros países europeos.

No poseia campos, ni castillos, ni acciones de minas, ni créditos contra el tesoro.

Su riqueza era tan escéntrica como él mismo. Sus millones cabian en el hueco de su mano.

Poseia una caja cuyo contenido nadie podido habia ver.

Esta caja, que el rey Jorge tal vez no hubiera podido comprar, era de palo de sándalo engarzado en diamantes grandes y pequeños dispuestos sin simetría.

En la tapadera de la caja había unos huecos ya vacíos, porque tan pronto como faltaba el oro en las cajas del nabab arrancaba Montalt uno de los diamantes pequeños, vendiendo como un pródigo regalo una tras otra las posesiones que constituían su herencia.

Pero creíase que aun quedaban bastantes para satisfacer la mas loca prodigalidad durante la mas larga de todas las vidas.

Así pues, no se molestaba; su palacio de Portland Place se asemejaba al de un soberano de las Mil y una noches.

Decíase que tenía cincuenta caballos de inestimable valor en sus cuadras, un ejército de esclavos y un serrallo de cincuenta mujeres.

Esto, así debemos reconocerlo, no había sido probado suficientemente; pero pasaba como muy cierto y nadie pensaba ponerlo en duda.

¿De qué no era capaz Montalt?

Su lujo, cualquiera que fuese, carecía de ejemplo en la historia de la elegancia británica. Las ladies escandalizadas, se vengaban del nabab. El harem de Montalt era el objeto de conversacion en los tés de la nobleza y del *gentry* en el precioso West-End.

¡Cincuenta mujeres! bellezas asiáticas y africanas, hurís de Circasia, Vénus de Madagascar.

Y también bellas jóvenes de Londres, sílfides de París, italianas y españolas. Formaban á Dios gracias una coleccion completa.

Por complemento se añadía que Berry Montalt se aburría profundamente en el seno de sus delicias. Los que pretendían saber mas, decían que nunca pasaba las cerradas puertas de su paraíso.

¡Qué inagotable asunto de conversacion! ¡Qué placer se hubiera tenido en descubrir los secretos de aquel corazón! Daba tantos deseos de saber mas de lo que ya se sabía!

Algunos pretendían que el nabab tenía el alma tan dura como los diamantes de su caja de sándalo, y que experimentaba un placer cruel en destrozár á sus piés la felicidad de una mujer: otros afirmaban que amaba á un sér misterioso, oculto á todas las miradas.

Para unos era frio como un Antinóo de mármol; para otros era celoso como un Otelo.

En el capítulo de las mujeres tenía para todos el secreto de su existencia, algo de sombría y terrible.

¡Pero además había otro enigma! Aquellas mujeres, aquellas mismas que podía retener encerradas en un país libre.

¿Era avidez ó amor?

En cuanto á la moralidad de ese fantástico lujo, había una cosa desoladora. Montalt no tenía ni

aun para su serrallo la escusa de la religion. No conocía á Mahoma, y se declaraba tan buena calvinista como el dean de Saint-Paul.

Las ladys gritaban enérgicamente, declarándose *ofendidas*, lo que es el supremo placer de las ladys; pero se ocupaban sobre toda ponderacion de Berry Montalt, y cada una de ellas por persuadirse *in petto* que si el nabab hubiese tenido la felicidad de poseer señoría por cincuenta y una monedas, hubiese despedido al momento á las demás.

No bastaría un volúmen para referir todo lo que se decia de absurdo ó de razonable acerca del mayor Berry Montalt.

Tan pronto eran desmedidas alabanzas como locas calumnias. Aquí se ensalzaba su pródiga caridad que deramaba en torno suyo el oro á manos llenas; allí se pretendía que un gran crimen pesaba sobre su vida pasada, y que su opulencia tenia olor á sangre.

Al decir de los unos, era orgulloso y reservado hasta el punto de rehusar orgullosamente su mano á un miembro de la cámara alta; al decir de los otros, se le habia visto sentado á la mesa de una taberna de los alrededores de Convent-Garden fraternizando con los bogadores y borrachos.

Los ecélticos concluian que todo esto era muy cierto.

Montalt era generoso y criminal como los héroicos bandidos de los dramas; era á la vez soberbio y curioso de las estrañas alegrías del pueblo. ¿Aro-

un-al-Raschid y su visir Giafar no iban á correr aventuras á las tabernas de Bagdad? Lo cierto era que Montalt era el mas caprichoso de los nababs.

Esto concediendo que los nababs son los mas caprichosos de los hombres.

Berry Montalt abandonó á Lóndres como habia entrado, de improvisó, y de una manera deslumbrante.

El día de su llegada se le habia visto en litera india seguida de trenes dignos de un rey, subir lentamente Regent-Street en medio de una muchedumbre de *cocheney*s para llegar á su palacio de Portland-Place.

El día de su partida se le vió en magnifico carruaje rodeado de negros á caballo, dirigirse hacia el Támesis, donde le esperaba el *Erebo*, fletado por él solo.

Una circunstancia debió en parte derrotar á los glosadores que habian referido tan buenas historias respecto al harem de Portland-Place.

Montalt no llevaba consigo mas que una mujer, cuyo rostro estaba cubierto por un largo y espeso velo.

Pero definitivamente esto no probaba nada absolutamente. Las otras sultanas del nabab habian sido sin duda despedidas con ricos presentes.

Y las ladys se escandalizaban, confesando que el serrallo de Montalt era una quimera.

Cuando salieron las primeras nubes de humo de la chimenea del *Erebo*, la multitud de curiosos que

se oprimian en London-Bridge impedía que se viera el suelo.

En el momento en que las aguas del Támesis, batidas por las ruedas, comenzaron á trocarse en espumas, resonó por todas partes un grito de aclamación.

Saludábase á la vez el primer steamer que afrontaba los peligros del Océano y al rey de los nababs.

Berry-Montalt había entrado con su comitiva bajo la tienda de cachemira que ocupaba la popa del *Erebo*. El buque comenzó á hendir las aguas. Durante algunos instantes se distinguió la negra cabellera de humo, oponiendo al sol sus vagas nubes, y luego desapareció completamente en dirección de Greenwich. Londres se quedaba sin su rico nabab.....

Hacia cuarenta y ocho horas que los marineros del *Erebo* habían perdido las torres gemelas de Westminster: ningún accidente había hecho hasta entonces el viaje notable: á pesar de las dudas de la maniobra insuperable de un primer ensayo, todo hacía creer que la travesía sería completamente feliz, y que el *Erebo* triunfante haría al día siguiente su entrada solemne en el puerto de Burdeos.

El mar tranquilo y hermoso, parecía sonreír á ese nuevo huésped que iba á experimentar sus azarés. Las tres cuartas partes de los marineros es-

taban ociosos, empleando el tiempo en hablar con el nabab.

Todo cuanto acabamos de decir era contado por los mas sábios, pero con gran número de adiciones y variantes.

Los marineros de todos los países son intrépidos romanceros. La vida de Montalt, tan estraña ya en realidad, tomaba al pasar por su boca un color por demás sobrenatural.

Y cuanto mas ganaba la historia maravillosa, mas curiosas y tímidas se hacían las miradas de los marineros, fijas sin cesar en Montalt.

Había para ellos en torno de su tranquilo rostro como una aureola fantástica. En el pensamiento de una reunión de marineros no podía estar sin influencia sobre la suerte del barco que conducía tal sér.

Unos creían firmemente que Berry-Montalt era la felicidad del marino; otros bajaban la cabeza, deslizando una ojeada temerosa hácia los dos negros hijos de Madagascar y decían:

—¡Dios nos proteja!

Un solo marinero sobre el puente del *Erebo* permanecía completamente estraño á estas preocupaciones: era el jóven de larga cabellera, que estaba separado de los grupos, apoyado en la banda. Nada de cuanto pasaba en torno suyo veía, y sin el estremecimiento doloroso que agitaba á veces su barba, se hubiera podido creer que le había sorprendido el sueño.

Berry-Montalt no se había dignado conceder una sola ojeada á los marineros, que consideraban su vida como una sencilla epopeya; pero sus miradas se habían fijado por casualidad una ó dos veces en el jóven marinero, que no se ocupaba de él.

Preciso era seguramente alguna cosa mas grave para alterar la perezosa meditacion del nabab. Sin embargo, una vez en el momento en que miraba al jóven marinero, habia echado atrás éste su espesa y larga cabellera, descubriendo repentinamente las facciones pálidas y tristes de su rostro.

Los ojos de Montalt se habian animado un momento, manifestando su rostro cierta especie de interés.

¿Hacia renacer en el aquel rostro desconocido un lejano recuerdo?

El sol se ocultaba entre los sonrosados vapores del horizonte; el aire era calmoso y el cielo estaba límpido.

Las miradas de Montalt no tardaron en perderse de nuevo en el vacío.

Habiase doblado el Quessant, y la isla Molena mostró, al Sud-Este, su frágosa costa.

El nabab rechazó la boquilla de su pipa, haciendo un gesto de fastidio.

—Es largo, murmuró habiéndose á sí mismo, y no hay objeto alguno en el término de este viaje.

Su cabeza se ocultó entre los cojines y se cerraron sus ojos.

—¡Seid! dijo.

El negro que tenia el abanico se irguió, permaneciendo inmóvil á los pies de su señor.

—Vés á buscarme á Mirza, replicó el nabab sin abrir los ojos.

Seid se lanzó hácia la escalera que conducia á las cámaras.

Sus desnudos piés tocaban apenas el brillante piso del puente.

En el momento que tocaba la escotilla se dejó oír de nuevo la voz del nabab:

—¡Seid!

El negro, dócil, volvió.

Montalt murmuraba.

—¿Qué le diré? No la amo... ¡Oh! esos á quienes se llaman desgraciados tienen al menos un deseo y á veces una esperanza.

Por sus labios vagaba una sonrisa amarga.

Los marineros decian:

—¡Es muy feliz!

—Nada, prosiguió Montalt, esta es la vida. ¿Y qué hay despues de la muerte?

Abrió los ojos y vió á Seid que esperaba sus órdenes.

—Llama al capitán, dijo.

Seid obedeció silenciosamente como siempre.

El capitán llegó con el sombrero en la mano.

—¿Dónde estamos? preguntó Berry.

—En las costas del Finisterre, milord, respondió el inglés con respeto.

—¡La Bretaña! murmuró Montalt; otra vez la

Bretaña.... Siempre hemos de estar viendo ese odiado país!

El capitán era uno de esos ingleses amables, pacientes, hemáticos, tercos, que se encuentran á veces, y cuyo agradable trato contrasta con el impertinente humor del sajón de pura sangre. No se incomodaba por hablar con su millonario pasajero.

—Con el permiso de vuestra señoría, respondió estaremos viendo la Bretaña hasta la noche, que no tardará mucho en llegar, y mañana entraremos en la ría de Burdeos.

—¡Es largol.... dijo Montalt.

—No mucho, sobre todo para vuestra señoría, que ha dado la vuelta al Africa!.... Pero, milord, no es muy comun encontrar personas que se fastidian mirando las costas del Finisterre.

Hace diez años que hago la travesía de Londres á Burdeos dos veces á la semana en los antiguos paquebotes de vela y siempre he visto á los gentilemans estasiarse al considerar la belleza del paisaje. Pero milord tendrá tal vez sus razones para no amar la Bretaña.

Montalt se incorporó sobre el codo; estaban fruncidas sus cejas.

—¡La Bretaña! repitió, la Bretaña!.... Hay cosas que sin conocerlas se detestan. Anhele dejar de ver esta costa árida, que no puede animar el azul del cielo ni el sol con sus brillantes rayos.

Dirigió hácia la ribera una mirada en que se ma-

nifestaba un odio verdadero; luego volvieron sus ojos á fijarse en alta mar.

—Todo eso depende de los gustos, murmuró filosóficamente el inglés: á mí me son indiferentes la Normandía, la Bretaña, la Guiena y la Vendée.

Cambiando de dirección habían encontrado las miradas del nabab las del joven marinero, inmóvil siempre y en el mismo punto.

—¿Qué niño es aquel? dijo.

—El breton, respondió el capitán.

Las cejas de Montalt se arquearon mas.

—¡Todavía!.... exclamó.... Es demasiado; en todas partes se les halla.... como el judío han renegado de Dios.

—Decididamente milord no ama la Bretaña, dijo el capitán.

—Orza, añadió dirigiéndose al timonel, y vosotros, echad combustible.... Milord, vamos á bogar con mas velocidad para dar gusto á vuestra señoría.... La bruma se levanta ya por la parte de tierra y dentro de veinte minutos no veremos otra cosa que cielo y agua.

Oyóse rechinar los muelles del timon y la chimenea vomitó un humo aun mas negro. El buque cambió de dirección, poniendo la proa hácia alta mar.

Pero en el momento en que se lanzaban por aquella nueva línea se dejó oír un fuerte estallido en el costado derecho del barco, experimentando todos en el puente una fuerte sacudida. Casi al mismo instante giró el *Erebo* con rapidez sobre sí mismo

La rueda izquierda, movida por un vapor mas intenso, hacia levantarse el agua espumosa, pero la derecha no funcionaba.

El *Erebo* habia chocado contra uno de esos numerosos escollos á flor de agua que impiden la proximidad á Ouessant.

— ¡Stop! gritó el capitán sin moverse.

El vapor silbó en la chimenea. El *Erebo* cesó de girar.

— ¿Qué hay? preguntó Montalt.

— Si vuestra señoría no dispone otra cosa, respondió el inglés tranquilamente, es que no gira mas que una sola rueda, pues la de estribo se ha roto, y vamos á vernos obligados á disminuir la velocidad.

Lo siento infinito por vos, milord, pero tendremos que hacer arribada al puerto de Brest.

— Me opongo, dijo secamente Montalt.

El inglés saludó.

— Milord, replicó humildemente, el buque me está confiado y complaceré á vuestra señoría virando de bordo.

— Nunca pondré el pié en esa maldita tierra, interrumpió Montalt, cuya frente palidecía bajo su bronceada tez. . . . mientras viva nunca, nunca.

En su rostro tan frío ordinariamente, se advertía entonces una emoción extraordinaria.

— Milord, quiso decir el capitán.

Montalt le interrumpió otra vez.

— ¡Yo pisar el suelo de Bretaña! añadió con cesar-

saltacion creciente, ¡yo! . . . ¡yo! . . . ¡Vos no sabeis! . . . Soy enemigo de cuanto lleva el nombre de breton. . . . ¡Un breton! ¿es un hombre? Yo que tiro el oro á manos llenas, veria un breton pedirme de rodillas limosna sin darle un pedazo de pan. . . . Mirad, añadió mostrando el mar con un gesto de temible energía; veria perecer á un breton, perecer, ¿comprendeis? y no lo tenderia la mano para que se salvase.

El capitán miraba á Montalt con admiración. A los ojos de los hombres frios, esas repentinas cóleras cuyo motivo no se adivian son una gran prueba de debilidad.

El capitán se volvía hácia el grupo de los marineros, que esperaban indecisos cerca de la máquina, muda entonces é inmóvil.

— Soltad los rizos, dijo; hace un mes, si me hubiérais hecho el honor de comprarme mi antiguo paquebot, os hubiera garantizado con toda seguridad no sufrir estas incomodidades. . . . pero se quiere estar inventando siempre y hacer cosas mejores de las que existen! El *Erebo* es un barco de vapor. . . . A pesar del deseo que tengo de mostraros mi respeto, no puedo llevar sin velas á Buerdeos.

Los ojos negros del nabab no tenian ya aquel ardiente brillo que antes despedian sus pupilas: aquel poderoso enojo que parecia querer romper todo obstáculo, iba disminuyendo poco á poco bajo el peso de su pereza.

— Cuando he puesto el pié en la cubierta, dijo

sin embargo, me habeis afirmado que el señor aquí era yo; hasta ahora nada he mandado.

—Milord, replicó el inglés, respondo ante Dios de vuestra vida y de la tripulación.

Los dos negros escuchaban y miraban. Sus sombríos rostros manifestaban sencillamente la sorpresa que experimentaban al ver una criatura humana resistir á su señor.

El nabab había colocado de nuevo la cabeza en los cojines.

—Si os dan mil libras, dijo, ¿iréis directamente a Burdeos?

—¿Mil libras? replicó el inglés; aun cuando estuviera la peste en las costas de Bretaña, no daría un paso mas.

—Dos mil libras, dijo el nabab cerrando á medias sus ojos.

—Imposible, milord.

Las cejas de Montalt se frunciéron ligeramente. Esto fué todo. Despidió al capitán con un gesto enojoso y poco satisfecho.

Luego cerró en seguida los ojos, pidiendo la pipa.

Una aromática nube ocupó inmediatamente todo el ámbito de la tienda de cachemir, y algunos segundos despues parecia que el nabab había caído en su habitual indolencia.

Los dos negros estaban allí, fijas las miradas y dispuestos á adivinar sus menores deseos. Seid sostenía la pipa de ámbar mientras, que su compañero

agitaba blandamente las plumas flexibles del abanico.

Imposible es figurarse un grado mas absoluto de molicie.

Al ver á aquel hombre se pensaba en el soñoliento egoismo dela Sibaris antigua. La apatía del cuerpo y del pensamiento estendia como un pesado velo sobre su noble nobleza. Preciso hubiera sido el rayo para sacarlo de aquel letárgico sueño. Debía decirse que todo estaba muerto en él, y que sin moverse hubiera visto el fin del mundo.

Todo en él estaba muerto, escepto aquel extraño ódio contra un país desconocido, la Bretaña.

Desde que habían tocado la tierra de Europa no se había enrojecido su frente mas que una sola vez aquella había sido á la idea de poner el pié sobre la costa de Bretaña.

Esto era una locura. ¿Y Dios castigaba así á aquella arrogante naturaleza que parecia anonadarse en la inercia, despues sin duda de haber gustado todas las delicias, agotado todos los placeres?

La bruma iba estendiéndose. Las gentes de Ousant no habían podido ver la metamórfosis que cambiaba al brillante steamer en una pobre barca.

El *Erebo* navegaba con lentitud entre los escollos y las corrientes que se encuentran al Oeste de Molena. Dirigiáse lo mejor que podía hácia Brest.

El sol se había puesto en alta mar. La noche comenzaba á cubrir la superficie de las aguas con su manto de tinieblas.

En el cielo, resplandeciente de estrellas, tampoco brillaba la luna.

Montalt, perdido en su letargo, veía deslizarse en torno suyo á los marineros como otras tantas sombras silenciosas.

De pronto le pareció que una de esas sombras se elevaba sobre las demás á estribor para desaparecer en seguida en medio de la noche.

La mar devolvió un sordo ruido.

Al mismo tiempo se oyó un grito.

—¡Hombre al mar!

Otros decían:

—¡El breton! ¡el breton!

Montalt estaba ya de pié. Hubiéranse asombrado los que momentos antes le habían visto inanimado, por decirlo así, en medio de su pesada inercia, admirando entonces el elástico vigor de su estatura.

Habiérase dicho que era uno de esos hermosos leones del desierto que despertándose repentinamente de su soberbia pereza, se lanzan de un solo salto, trasponiendo enormes distancias.

Antes que el capitán hubiese dado las órdenes de costumbre en semejantes casos, tocaba al primer salto el pié de Montalt la banda, desapareciendo momentos despues entre las olas.

Al mismo tiempo que el ruido de su caída se oyeron otros dos semejantes: eran Seid y su negro compañero que acababan de imitar á su señor.

A favor de la calma que reinaba no había costado trabajo poner en facha el barco. Apenas ha-

bían trascurrido dos minutos, cuando Montalt, ayudado de sus negros, sacaba á flor de agua al jóven breton, que no habia llegado á perder el conocimiento.

El capitán tendió la mano á Montalt para ayudarle á subir al puente.

Las facciones del valiente inglés respiraban una verdadera emocion.

—Milord, quiso decir, se avergüenza vuestra señoría de su corazón generoso y no. . . . Hace un momento decíais. . . .

Montalt le impuso silencio con un gesto brusco y frió; luego se dirigió á su cámara, dando órden de que le llevaran al jóven marinero.

La habitacion que durante la travesía debia pertenecer al nabab, se habia decorado con un gusto y lujo esquisitos.

En medio de un saloncillo perfumado segun la costumbre asiática, y vestido de seda de alto abajo como esos elegantes cofrecillos destinados á encerrar objetos preciosos, habia una mujer jóven y bella, acostada tambien sobre cojines, y que parecia meditar tristemente. A la entrada de Montalt acudió á sus lábios una sonrisa que á pesar suyo se impregnó de melancolia.

—¡Al fin! murmuró; en todo el dia no os he visto Berry, y cuando no os veo soy muy desgraciada.

Montalt la besó en la frente, y en el momento en que la jóven se ruborizaba de placer, dijo friamente:

—Quiero estar solo, Mirza; déjame.
La pobre Mirza bajó la cabeza y se retiró obediente.

Seid introducía en aquel momento al marinero breton.

Este hacia echado á la espalda las empapadas mechadas de su larga cabellera. Descubriase entonces su rostro, que anunciaba mucha juventud, á pesar de lo pálido y delgado que estaba por el sufrimiento.

Era una fisonomía pensativa y altiva en que se adivinaba un corazón recto, pero desconfiado, y con una ignorancia salvaje de la vida.

—Respondedme francamente ó no abrais vuestra boca, le dijo Montalt despues de haber hecho con un gesto que se alejara el negro; ¿habeis caído al mar por efecto de vuestra voluntad?

—Sí, contestó el breton, que tenia erguida la cabeza y bajos los ojos.

Montalt le consideraba con creciente atención, y su mirada llegaba á expresar un grado de interés extraordinario.

Hubiérase dicho que en el fondo de su adormecida alma se despertaban vivos recuerdos.

—Sois muy jóven, replicó, para estar cansado de la vida.

—Tengo veinte años.

—¡Veinte años!... murmuró Montalt como si aquellas palabras le recordasen lo pasado.

Luego añadió:

—¿Por qué queréis morir?

El breton guardó silencio.

—¿Acaso es porque sois pobre? preguntó Montalt, cuya vez se suavizaba hasta hacerse paternal.

Las mejillas del marinero se tiñeron de carmin.

—Me habeis salvado la vida, dijo, como para excusar lo desagradable que para él podia tener aquel interrogatorio.

Sus ojos no se levantaron, pero su fisonomía era un libro abierto en que estaba escrito su pensamiento.

Como Montalt no repetía su pregunta, respondió al fin en voz baja:

—¡Nadie se mata por eso!

—Es verdad, dijo Montalt... ¿Pero por qué?

La cabeza del marinero se inclinó sobre su pecho.

Montalt esperó un instante y luego prosiguió:

—¿Sois breton?

—Sí.

—Dicen que los bretones aman á su país, y hace muy poco tiempo que la Francia está en paz con la Inglaterra... ¿cómo se comprende que os encontráis á bordo de un buque inglés?

Esta vez respondió sin dudar el marinero:

—Cuando me separé de mi padre fué para servir al rey... hacia mi aprendizaje á bordo de una fragata; me insultó un oficial un dia en el puerto de Brest y lo maté.

—¿En duelo?

—Soy caballero.

En los labios del nabab vagó una sonrisa amarga.
—¡Ah!... dijo; ¡sois caballero!... Yo no lo soy. ¿Y serian los remordimientos de haber cometido un asesinato los que os impulsaban hácia el suicidio?

El breton movió la cabeza.

—¿No queréis confiaros á mí? replicó Montalt; estais en vuestro derecho.... el mio es hablaros como un padre.... Jóven, no quiero á vuestro pais ni á vuestra raza, pero vuestra fisonomia es como el espejo de un buen corazon.... me agradais.... A vuestra edad no puede estar sin remedio una desgracia, cualquiera que sea: es preciso que me prometáis vivir.

El breton levantó hácia Montalt su mirada, en la que habia una desconfianza feroz y mucha gratitud.

—Desde que he abandonado á mi pobre y anciano padre, añadió, no he encontrado por todas partes mas que indiferencia y dureza.... Gracias, mi lord; no os olvidaré nunca y pediré á Dios por vos. En cuanto á la promesa que me pedís, ya me la tengo hecha á mi mismo: matarse, segun dicen, es un acto propio únicamente de un infame ó de un cobarde; yo soy cristiano y tengo corazon.

Montalt adelantó involuntariamente su mano, que el jóven marinero tocó con respeto.

Hubo un momento de silencio. La emocion que respiraba el rostro del nabab iba disminuyendo poco á poco para cambiar en aquella frialdad del hombre que no cree en nada y que no espera.

—Tambien yo tenia veinte años, murmuró al fin sin saber que sus palabras eran oidas.... ¡sufria tanto! pensé en el suicidio; pero era tambien cristiano y tenia corazon.

—¡Oh! exclamó con efusion el marinero; responderia ante Dios de que aun conservais lo uno y lo otro.

La mirada que Montalt le dirigió heló su efusion haciéndole casi arrepentirse de sus palabras.

—¿Lo sé yo?... pronunció el nabab con tono áspero y fino, que parecia ocultar un desaliento profundo.

Luego cambiando de tono repentinamente, preguntó de pronto:

—¿Cómo os llamais?

—Vicente.

—¿Vicente qué?...

Un momento antes hubiera tal vez respondido el jóven marinero; pero la mirada de Montalt le habia devuelto su sombría desconfianza.

—Soy el primero de mi familia, dijo, que ha servido al extranjero. Me avergonzaria de pronunciar aquí el nombre de mi padre.

El nabab sofocó una palabra, y sus ojos recobraron aquella laxitud enojosa que parecia serle tan familiar.

—Caballero, dijo, cada uno es libre de colocar su confianza á su modo; dispensadme que os haya dirigido esta última pregunta.... ¿puedo hacer algo por vos?

lo que me daña es que me he enamorado de una mujer que me ama.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Montalt.

—¿Montalt? ¿Esa es la hija de Montalt?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se llama su padre?

—Se llama Montalt.

—¿Y cómo se llama su madre?

—Se llama Montalt.

—¿Y cómo se llama su abuelo?

—Se llama Montalt.

XII

EL EREBO.

(CONTINUACION).

Los extraños furios de ese no menos extraño hombre nacian con igual rapidez. Antes que Vicente hubiese vuelto de su sorpresa habia recobrado su habitual indiferencia la fisonomía del nabab.

Tendióse cómodamente sobre el divan y replicó al cabo de algunos minutos.

—Mr. Vicente, nada mas tenemos que decirnos. os deseo la mas completa felicidad.

Aunque fuera difícil encontrar una forma de despedida menos ambigua; el jóven marinero no se movio. Habia hecho su resolucion durante aquel último minuto explicándole su honrado corazon la causa de la cólera de Montalt.

—Milord, replicó dominando su embarazo, puede ser muy bien que vos no tengáis nada mas que decirme, pero yo no estoy en el mismo caso: he comprendido que mi silencio era ingratitud....

—Os declaro, Mr. Vicente, que no tengo el mas mínimo deseo de saber vuestra historia.

Valor se necesitaba para seguir.

Vicente atravesó á pasos lentos la distancia que le separaba del nabab y tomó su mano con respetuoso atrevimiento.

—Me habeis hecho una reprension cruel, dijo dulcemente; os suplico que me escuchéis breves momentos: creo que habeis encontrado en vuestra vida hombres malos, y quiero que si alguna vez os acordais de mí, digais que hay en Bretaña un corazon confiado y reconocido.

—¡Orgullo!... dijo en voz alta Montalt, cuya voz sin embargo era dulce; decid lo que querais; ya os escucho.

El jóven marino guardó silencio por un momento, y á medida que iba retrocediendo a lo pasado velaba su frente una nube de profundo dolor.

—Somos una familia poderosa en Bretaña en otro tiempo, dijo; su nombre es el que os ocultaré ahora, milord. La rama directa de esa familia es la que ha permanecido rica, aunque algo decaída: los demás deciros que yo soy uno, somos indigentes hasta vernos obligados á comer el pan de los primeros.

Montalt apoyó su cabeza en los cojines, cerrando

los ojos como tenia de costumbre. Vicente habia hecho la resolucion de expiar su falta pretendida y de referirlo todo.

—Mis hermanas, mi padre y yo, prosiguió, habitamos el castillo de mi primo segundo, que yo llamo mi tio á causa de las diferencias de edades..... Era bueno para nosotros y mi padre nos aconsejaba siempre que le quisiéramos.

Mi tio tiene una hija que se llama Blanca.... Antes de saber lo que es el amor la amaba ya.

—Un idilio breton, murmuró el nabab.

—La amaba, prosiguió Vicente, que pareció no hacer caso de la interrupcion; ignoro si habreis amado así en vuestra vida. Milord, yo no tenia mas que un pensamiento, bien de dia ó de noche.... ¿Sé acaso lo que por ella hubiera hecho? Cuando la pobre niña estaba triste se desgarraba mi corazon. Cuando sonreia mi corazon se estremecia de placer.

Sin embargo, no confiaba, porque Blanca era el único heredero de los bienes de la familia y yo nada poseia. Nunca me preguntaba cuál sería el porvenir.... La veia y era feliz....

Aun cuando hubiera poseido todos los bienes de la tierra, tampoco hubiese confiado. Habia tanto respeto en mi amor!

Vicente tenia la cabeza inclinada sobre el pecho. Temblaba su voz y estaban húmedos sus ojos.

No era el fastidio el que se retrataba en la fisonomia de Montalt.

Un amargo pensamiento arrugaba su frente, y la

narracion de Vicente le causaba una sensacion penosa.

El jóven marinero pasó el dorso de su mano por la frente, donde brillaban algunas gotas de sudor.

—No puedo deciros, milord, replicó bruscamente cuánto tímido respeto habia en el fondo de mi corazon. Mirarla únicamente me parecia una audacia, y cuando en mis sueños me veia ajar su suave mano con un beso, se me helaban las veras como á la idea de un crimen.

¡Oh! preciso ha sido que Dios me arrebatase mi razon.... Estaba loco, mas loco mil veces que los desgraciados que se encadenan en la tarima con duros y pesados anillos de hierro.

El nabab escuchaba entonces con creciente atencion.

Vicente al contrario, dudaba proseguir. Despues de haberse detenido un instante, replicó sin embarazo con lentitud, haciendo sobre sí mismo un esfuerzo visible:

—Un dia se daba una fiesta en el castillo; ya hace de esto seis meses.

Era uno de esos hermosos dias que adelantan la estacion, y que prestan abrasadores rayos de sol á la primavera.

La atmósfera era pesada; ni el menor soplo de viento agitaba las flores ni el ramaje.

Hacia muchas semanas que estaba malo, y cada noche temblaba presa de esa fiebre tenaz que parecen exhalar nuestros pantanos de Ille-et-Vilaine.

—¡Ahl dijo Montalt, ¿sois de Ille-et-Vilaine?

—Sí.... Aquel día recuerdo que sufría mas que nunca. Apenas había podido permanecer en mi silla durante la comida.

—Vamos, Vicente, dijo mi tío, no tengas esa cara de hospital entre alegres convidados. Bebe como un hombre, ó vas á acostarte.

Casi estuve para retirarme; pero Blanca estaba enfrente de mí, al lado de su madre; sufría ella también un mal semejante al mío; su angelical rostro tenía como un velo de palidez. ¡Dios mío! ¡si supiéseis cuán bella estaba!

¡Me quedé! No podía privarme voluntariamente de su vista.... Y para tener el derecho de quedarme, pedí un vaso y bebí con mas frecuencia que lo que tenía de costumbre.

Quando todos se levantaron de la mesa, había una especie de bruma delante de mis pesados ojos, y veía los objetos dar vueltas confusamente en torno mío.

Declinaba el día.

Salí de la casa y vagué durante una hora por las solitarias calles del jardín.

Huí de la multitud; abrasábaseme la cabeza; llenábase mi cerebro de sueños insensatos, sueños como los que nunca había tenido antes de aquel día, como no los he tenido despues.

Los huéspedes de mi tío hablaban y jugaban por los bosquecillos: cuando oí el ruido de sus voces me alejé, porque su alegría me destrozaba el corazón.

A una de las estremidades del jardín de mi tío había una canastilla donde Blanca solía retirarse durante los grandes calores del día.

Frecuentemente pasaba yo largas horas contemplando su hermoso sueño á través del ramaje que rodeaba el canastillo.

Por instinto y sin saberlo me había dirigido hacia aquella parte.

La noche era sombría y pesada. Quando llegué al kiosco que encerraba el lecho de la niña, ví una forma blanca tendida sobre las flores que ocupaban el centro.

El jóven marinero se detuvo otra vez.

Las palabras salían una á una y como entrecortadas de sus lábios.

Lo extraño era que el nabab parecía seguir luchando con él en cuanto á la profunda emoción. ¡Bajo la máscara de bronce que cubria su rostro tenía Montalt una lívida palidez.

Durante los cortos momentos de silencio que reinaron, hubiérase podido oír su respiración penosa y sofocada.

Quando Vicente volvió á proseguir su voz sordavelada, llegaba apenas á los oídos de Montalt.

—No había en mí ni razón ni pensamiento, dijo: entré en el kiosco, me arrodillé cerca de Blanca, dormida, y la adoré silenciosamente.

Oía perfectamente su respiración igual y suave, contaba los latidos de su corazón.

Trascurría el tiempo; la noche avanzaba. Las ri-

suenas voces de los convidados no llegaban ya hasta nosotros.

Estábamos solos: la sangre me hervía en las venas.

Blanca continuaba durmiendo, y mis ojos, habituados á la oscuridad, la veían sonreír en medio de su sueño.

Ignoro si me engañó mi oído. Nunca le había declarado mi amor, y sin embargo, me pareció oírle pronunciar mi nombre entre dientes.

Vicente temblaba, y sus piernas apenas podían mantener el peso de su cuerpo.

El nabab permanecía inmóvil, pero gruesas gotas de sudor marcaban su frente y sus sienes.

Vicente á nada prestaba atención.

—¡El demonio! ¡el demonio! murmuró con frenesí; el demonio se apoderó de mi alma: Dios me abandonó; me levanté....

Blanca seguía durmiendo.

¡Oh! ¡por qué no me hirió el rayo en aquel momento!

La pobre niña se despertó y lanzó un grito.

Los remordimientos habían reemplazado á la embriaguez.... huí como pudiera haberlo hecho un criminal.

Toda la noche anduve errante por el campo.... El infierno estaba en el fondo de mi corazón.

Montalt no se movía, pero en su rostro se pintaba una indecible tortura. No escuchaba al jóven marinero, que terminaba su narración con entrecorrida voz.

t

—Al siguiente día la volví á ver.... decía; los ángeles no adivinan el mal. No me había reconocido.... no sabía.... y á sus lábios asomaba una dulce sonrisa.

Vicente se cubrió el rostro con las manos y un sollozo desgarró su pecho.

Hubo un momento de silencio.

De pronto el jóven marinero sintió una mano de hierro que le sujetaba el brazo; dejó caer las dos manos cruzadas delante de sus ojos, y vió la elevada estatura del nabab de pié, inmóvil y á su lado.

Montalt estaba tan pálido que parecía un fantasma. Una sonrisa llena de amargura y de dolor levantaba los extremos de sus lábios. Leíase en su mirada una especie de locura fría y terrible.

—¿Dónde has aprendido esa historia? preguntó con voz baja y aterradora.

Vicente abrió los ojos admirado.

—Respondedme, respondedme, dijo el nabab sacudiendo su brazo con una violencia terrible: ¿sabes á lo que te espones viniendo á decirme que soy un cobarde y un infame?

—¿Vos? balbuceó Vicente estupefacto.

—¡Yol! ¡yol! repitió Montalt con fuerza.

Luego se debilitó su voz mientras añadía:

—¡Todo eso es verdad!.... ¡todo eso es muy cierto!....

Era muy bella y el demonio se apoderó de mí robándome la razón.... ¿Pero no he sufrido bastante para expiar mi crimen?

Vicente creía soñar: cuanto mas se esforzaba por comprender, mas se confundían las ideas en su imaginación.

Montalt le soltó el brazo de pronto, dejándose caer anonadado sobre el diván.

Permaneció allí sin movimiento mas de un minuto; luego se estremeció como si hubiera despertado sobresaltado.

—Déjame, dijo á Vicente.

El jóven marino se alejó.

Cuando hubo partido puso Montalt sus dos manos sobre el corazón, que desfallecía; un sordo gemido salió de su pecho.

Luego hizo un esfuerzo para levantarse y llegó vacilando á un mueble de extraña forma, que abrió con ayuda de una llavecita suspendida de su cuello por una cadena de oro.

Tomó una caja un poco mas ancha que la mano, y cuya tapa desaparecía bajo un adorno de brillantes de mas luces maravillosas.

Sus dedos temblaban mientras dudaba levantar la tapa de la caja.

Cualquiera que hubiese asistido á esa escena solitaria, se hubiera preguntado qué tesoro era bastante precioso para merecer semejante adorno.

Porque en el adorno de la caja habia muchos millones.

Montalt la abrió al fin; no contenía mas que un bucle de rubios cabellos, finos y suaves como los de un niño ó una niña.

Las facciones de Montalt pintaron un recogimiento grave y profundo. Contempló durante mas de un minuto el bucle.

Le absorbía una especie de religioso éxtasis.

Agitáronse sus párpados.

El murmurio de un nombre suavemente pronunciado se escapó de sus labios.

Un nombre de mujer....

Cayó de rodillas rodando dos lágrimas por sus mejillas.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

El río Ouest corría silenciosamente entre las dos colinas en el paso de Port-Corbeau.

El cielo estaba negro.

Llegaba la noche, pesada y calorosa después de un día abrasador.

A medida que iban aumentándose las sombras, veíase á lo lejos encenderse las luces de ese cordón de pequeñas montañas que forman como una especie de aureola á los pantanos de Glenac.

Aquellas luces podían contarse por el número de aldeas próximas á los pantanos. Cada parroquia tenía la suya. Un extranjero que llegara de Redon por el camino de Gacilly, hubiera podido creer que se habían prendido cinco ó seis fuegos á la vez en todas las aldeas del cantón.

Peró para las gentes del país aquellos lejanos resplandores no tenían nada de siniestro. Al contrario, significaban alegría y contento para los hombres, y para las muchachas concierto solemne y danza en la plaza del ayuntamiento.

Para todos el tonel de sidra adornado de frescos ramajes de castaño colocado delante de la puerta de la iglesia.

Era el 26 de agosto de 1820.

Se festejaba á San Luis en honor del rey Luis XVIII.

De todos los fuegos artificiales, el mejor y más brillante era sin contradicción el de la parroquia de Glenac, prendido en los establos de Penhoel debajo del castillo.



LA FIESTA.

Habían trascurrido tres años desde la noche de la tempestad, en que el joven Mr. Roberto de Blois y su criado Blas habían pasado por primera vez los umbrales del castillo de Penhoel.

Declinaba el día.

Los pantanos ocultaban ya su vasta verdura, cortada en diferentes puntos por pacíficos arroyos.

En el mismo sitio en que hemos visto la barca de Benito Haligan arrastrada por la inundación furiosa, pacían tranquilamente por el césped los flacos ganados de Glenac.

Habia por lo menos cincuenta cohetes y una docena de petardos. René de Penhoel, *maire* de Glenac, en persona, había prendido fuego con ayuda de la antorcha azul ferrada de plata. La llama subía hacia el cielo, alumbrando á la vez el castillo nuevo, las antiguas murallas góticas y la torre del primogénito.

En torno reían los aldeanos bebiendo y bailando. Poco mas lejos, en las jardines iluminados del castillo, bullía la parte noble y la clase media de la comarca. La *sociedad* tenía tambien su fiesta.

Penhoel al hacer colocar una mesa al aire libre para los aldeanos de sus granjas, había abierto sus salones á los caballeros de las cercanías.

Había allí festín é iba á comenzar el baile.

No se veían en las calles del jardín mas que trajes deseda antiguos y hermosos trajes de campesinos. El vino de Penhoel era bueno, la sidra excelente; losnobles huéspedes del jardín rivalizaban en buen humor con los convidados que estaban al aire libre lo mismo que los brindis prodigados luchando en brillantez con el fuego.

Era un buen dia para todo el mundo, y nadie dudaba que el señor de Penhoel hacía bien las cosas cuando se ponía á hacerlas.

Todas aquellas luces estendidas con profusion por la parte en que se elevaba el castillo, contrastaban con las terribles tinieblas, iluminado la colina en una noche aun mas profunda que de ordinario.

La puerta que bajaba á Port-Corbeau estaba sumida en completa oscuridad.

Los retoños de los castaños parecían un gran tapiz negro, á cuyos bordes colocaba el Oust una estrecha y argentada franja.

La pendiente cuesta que terminaba en la falda de la montaña, estaba en la mayor oscuridad; ningún reflejo llegaba á ella, y apenas algunas veces bajaban allí como un murmullo perdido los ecos lejanos de la fiesta.

En medio de aquellas tinieblas y del silencio, se veía sin embargo, á través de las ramas de los castaños, una pequeña luz rojiza, oyéndose á largos intervalos como un grito sordo.

El resplandor y el grito salían ambos de la cabaña de Benito Haligan el brujo, cuya gran puerta estaba abierta.

Piedad hubiera causado ver tan cerca de aquella brillante alegría la escena solitaria y desolada que tenía lugar en la habitación del pobre barquero.

El interior de la cabaña estaba tal cual la hemos visto en la primera parte de esta historia; un mal lecho entre paredes desnudas y húmedas, de que pendían en diferentes partes algunos instrumentos de pesca.

Pero la cama parecía aun mas miserable que otras veces.

Las paredes se habían llenado de grietas y las redes colgaban hechas pedazos.

Benito Haligan parecía haber sufrido el efecto

del tiempo mas cruelmente todavía que su arruinada cabaña.

Estaba tendido en la cama, estenuado como un espectro, abierta la boca y fijos los ojos. Su aliento sonaba en la garganta, y gruesas gotas de sudor frío brillaban en sus pálidas mejillas á través de los largos y canosos cabellos de su barba.

No se movía. Únicamente cuando estallaba un petardo en lo alto de la montaña, se movían sus labios lentamente.

Murmuraba una oracion por los azules que habian muerto en los campos durante la guerra de la chuanería.

Hacia muchos meses que el pobre barquero yacía en su lecho de sufrimiento. Desde mas de dos años no habia puesto el pié en la barca, cuya llave estaba entonces en el castillo.

Su agonía, demasiado larga, habia gastado á la vez la compasion y el terror supersticioso de las buenas gentes del país.

Ya no se le temía, á pesar de que pasara siempre por brujo, habiendo olvidado sus vecinos el camino de su cabaña.

Se moría solo, triste y lentamente. Sin las dos niñas del tío Juan, Diana y Elena de Penhoel, que iban diariamente á sentarse á la cabecera de su cama, hubieran trascurrido semanas enteras sin que un ser humano pasara el dintel de la puerta de su cabaña.

A veces, al verlas aparecer bellas y cariñosas co-

mo un rayo de consuelo divino, recobraba el barquero su sonrisa.

Pero otras vecesse bajaban sus párpados, cubriendo su rostro un velo de dolor triste y silencioso.

Sus facciones inmóviles adquirían entonces como una espresion de piedad.

Oraba en voz baja, y en medio de su plegaria se escapaban de sus labios estrañas palabras. Hubiérase dicho que veía ya á las dos jóvenes muertas y en el mismo ataud, porque en lugar de pedir á Dios su felicidad en el mundo, le rogaba por el reposo de sus almas durante la eternidad.

Unía sus enflaquecidas manos, pronosticando desgracia á todo lo que llevaba el nombre de Penhoel.

Pero el viejo Benito Haligan estaba loco desde hacia mucho tiempo; todos sabían esto.

Nadie se habia quedado sin oírle decir que su enfermedad provenia del jóven Mr. Roberto de Blois, y de su criado Blas.

Desde aquella noche de tempestad en que habia subido á la barca por no abandonar al Sr. de Penhoel, no se habia vuelto á levantar.

A Dios gracias, el señor de Penhoel, que hubiera debido compartir el mismo mal, se sentía perfectamente, y nunca se habia visto entenderse mejor dos amigos que él y el jóven Mr. Roberto de Blois.

Dejaban hablar al anciano brujo, que iba muriéndose de vejez.

Puede asegurarse que no habia uno entre los ale-

gres bailarines que danzaban y se mezclaban cerca de la sidra, que se acordara de él.

El fuego ardía, se apuraba la sidra.... ¡Viva el rey y las muchachas bonitas!

Y viva también el ausente, porque esta fiesta de Luis no era únicamente para el rey.

El primogénito de Penhoel se llamaba Luis como el rey, y había allí ancianos aldeanos que vaciaban los vasos á su memoria con mucha más frecuencia que en honor de su majestad.

Delante de la puerta de la cerca, un grupo de graves ancianos, presidido por maese Geraud, posadero de Redon, hablaba de Mr. Luis sin cansarse, con esa melancolía feliz de las gentes que aman y sienten.

No se pronunciaba una vez el nombre de Luis de Penhoel que no fuera con voz conmovida.

Cada uno reunía sus recuerdos: referíase una anécdota contada cien veces, un rasgo de valor, una prueba de buen corazón, una alegre calaverada....

Era el día de San Luis.

Aquel pertenecía á Penhoel mucho antes que el rey de Francia hubiera recobrado su trono. Hacía diez y ocho años que el joven señor había partido, y aquel día estaba consagrado á su recuerdo. Los antiguos marineros que habían servido á las órdenes del comandante, los antiguos compañeros de Mr. Luis, se reunían todos los años para hablar del buen tiempo pasado.

¡Qué gran cazador!.... Conociáse el sonido de

su trompa desde lo largo de los pantanos hasta la confluencia del Oust y del Vilaine. Corría más que los andarines de San Vicente. En la lucha hacía medir el suelo á los que habían conseguido el triunfo en Saint-Pern y en Questembert.

Era el que lanzaba la barra más alto y más lejos: siempre él en el *papegault* era la bala de su escopeta la que daba siempre en el blanco.

Y cuando había ganado el premio de la lucha, el de la carrera, el del blanco y hasta el de la barra.... ¡ah! nadie había olvidado aquello.

—Toma, maese Geraud el pañuelo, de cuello; es para tu mujer.... Maturino, tú eres pobre y te pertenece el carnero.

Y la bolsa bordada de lana encarnada para uno, el alfilerero de acero para otro, para la más hermosa la gorra de seda.

¡Oh querido señor!....

A medida que se hablaba se hacía más y más numeroso el grupo. Se aproximaban algunas mujeres; también ellas tenían sus recuerdos. Los jóvenes iban á escuchar la narración de los ancianos, y cuando maese Geraud, húmedos los ojos y trémula la voz, levantaba su vaso á la memoria de Luis de Penhoel, preguntaban los jóvenes:

—¿Tenía Mr. Luis el puño más vigoroso que Vicente? ¿el pié más ligero, más segura la mano y el corazón más generoso?

¡Ay! también Vicente había abandonado la casa de su padre. Decíase que había marchado para ha-

cerse morinero á bordo de un buque real.

¡Vicente, el sobrino del comandante de Penhoel, marinero como el hijo de un pobre hombre!

Todos anhelaban cerrar los ojos y querer andar, pues habia en torno de aquella familia tan querida como una desgracia. René de Penhoel permanecía en el castillo, rico todavía y respetado; pero los que habian conocido al ausente, decian, aunque en voz baja, que la verdadera gloria de Penhoel habia muerto.

XIV.

LA FIESTA.

(CONTINUACION.)

En el momento en que habian encendido los fuegos artificiales, se habian desdeñado los nobles huéspedes del castillo de mezclarse, siguiendo la costumbre, á las danzas aldeanas: luego se habia separado la fiesta en dos campos: aldeanos y aldeanas habian continuado saltando al aire libre, mientras que los caballeros de ilustre cuna proseguian el baile con sus damas en un salon de césped preparado en medio del jardin.

Nuestro amigo Blas, adornado y con cara grave, presidia la fiesta de los aldeanos. Todo el mundo llamaba Mr. Blas respetuosamente: llevaba un

cerse morinero á bordo de un buque real.

¡Vicente, el sobrino del comandante de Penhoel, marinero como el hijo de un pobre hombre!

Todos anhelaban cerrar los ojos y querer andar, pues habia en torno de aquella familia tan querida como una desgracia. René de Penhoel permanecía en el castillo, rico todavía y respetado; pero los que habian conocido al ausente, decian, aunque en voz baja, que la verdadera gloria de Penhoel habia muerto.

XIV.

LA FIESTA.

(CONTINUACION.)

En el momento en que habian encendido los fuegos artificiales, se habian desdeñado los nobles huéspedes del castillo de mezclarse, siguiendo la costumbre, á las danzas aldeanas: luego se habia separado la fiesta en dos campos: aldeanos y aldeanas habian continuado saltando al aire libre, mientras que los caballeros de ilustre cuna proseguian el baile con sus damas en un salon de césped preparado en medio del jardin.

Nuestro amigo Blas, adornado y con cara grave, presidia la fiesta de los aldeanos. Todo el mundo llamaba Mr. Blas respetuosamente: llevaba un

traje de ceremonia que se asemejaba mas al de un elegante que á la librea de un criado. Mientras que dominaba á los aldeanos con toda la altivez de su importancia, su amo Mr. Roberto de Blois era en el jardin el rey del baile.

Nadie en verdad podia luchar con él en elegancia y buenos modales. El daba las órdenes y hacia los honores. René de Penhoel no parecia, y nadie pensaba en inquietarse por su falta.

Mr. de Blois estaba allí: ¿podia desearse otro anfitrión?

Se multiplicaba, se mostraba gracioso para todos y por todos; era el amigo íntimo de la casa hasta el extremo de que bien hubiera podido tomársele por el dueño de ella.

La reunion estaba compuesta de una manera extraña. Habia encantadoras jóvenes y señoritas de un ridiculo excesivo. Entre las primeras se distinguia á Blanca de Penhoel, que sobresalia por su belleza.

Tenia entonces quince años. Su juventud realizaba completamente lo que su infancia habia prometido. Imposible es hallar una belleza mas dulce y armoniosa.

Su tímida mirada habia conservado aquella expresion tierna y casi celeste que le habia valido de parte de las buenas gentes del país el sobrenombre del Angel de Penhoel.

Llevaba un vestido de muselina blanca adornado con una guirnalda de flores azules. Este toca-

do sentaba muy bien á su rostro y á la linda gracia de su talle.

Cuando á veces dejaba el salon de césped para ir á buscar á su madre al jardin, y se le veia perderse entre la opaca luz de las largas calles de árboles, se asemejaba á esas pálidas visiones que encantan la poesia de los bardos bretones.

Habia momentos en que el rostro de Blanca expresaba el sencillo placer de la niña que se siente hacer jóven, la alegría desconocida del primer baile.

Sus facciones radiaban entonces; se encendia un rayo en el azul de sus grandes ojos.

Luego volvian á caer sus párpados tristes, la sonrisa espiraba en sus labios. ¿Habia algun dolor oculto en aquel corazon de quince años?

Roberto de Blois estaba siempre obsequiándola, haciendo esto con una especie de ostentacion. No cedia el honor de tomar su mano para la contradanza mas que á un solo rival para quien sus maneras tenian una especie de cordialidad fingida y de inquietud disimulada.

Este rival no era otro que el jóven conde Alain de Pontalés, único heredero de la fortuna de los Pontalés.

Porque no debemos tardar en decirlo; aquel ódio de familia que antes existia entre Penhoel y Pontalés, habia terminado gracias á la intervencion de Roberto.

El castillo viejo y el nuevo estaban entonces en

relaciones. René se había resignado á ver ocupados los dominios de sus padres por los extranjeros.

En conclusion, el anciano Pontalés era un buen hombre, capaz de hacer cualquier servicio en ocasiones.

Nadie ignoraba que Penhoel había tomado dinero hacia tres años de su bolsa, siempre repleta. Así pues, pasaban los dos por los mejores amigos del universo.

Penhoel, como ya hemos dicho, poseía por sí y por su hermano, el jefe de la familia, unas cuarenta mil libras de renta. Era mas de lo que se necesitaba para sostener decorosamente el boato adoptado por la familia. Pero desde hacia tres años habían cambiado mucho las cosas.

La hospitalidad grande y sencilla se había cambiado en un lujo pródigo, y las cuarenta mil libras de renta dobladas repentinamente por un milagro, no hubieran bastado á los supérfluos gastos y al despilfarro de Penhoel.

Además, cada vez que los despilfarros de un hombre rico esceden con mucho á sus rentas, se le ocurre algun diabólico espediente. Preciso es estar seguro que este hombre bajo pretesto de temer el desastre precipitará su ruina.

Penhoel se había hecho jugador.

La causa de estos nuevos desórdenes era una mujer jóven y notablemente bella que se paseaba en aquel momento del brazo del jóven Pontalés en el

salon de césped, y cuyo rico traje escitaba los celos de toda la parte femenina de la asamblea.

En esta mujer orgullosa y llevando con la mayor gracia su rico traje, hubiéramos podido conocer difícilmente á la pobre muchacha que en otra época hemos visto llegar á la posada del Carnero Coronado con un vestido lleno de lodo y los zapatos hechos pedazos.

Sin embargo, era Lola la dormilona, á quien Blas rehusaba un pedazo de queso, y que entonces tenía bastantes perlas en sus negros cabellos para comprar toda la posada del buen maese Geraud.

El señor de Penhoel la amaba con ciega pasión, arruinándose por ella.

La amaba cual un esclavo: una mirada de Lola le hubiera hecho correr hasta el extremo del mundo. Y sin embargo, su amor estaba lleno de remordimientos.

La vida de su mujer, que sufría sin quejarse, le perseguía como una reprension terrible. Su hija sobre todo, que por tanto tiempo había sido su adoracion y su orgullo, hubiera sido muy fuerte contra este amor si no hubiese existido en el fondo del corazon del señor de Penhoel una de esas dudas tanaces que emponzoñan la vida.

Se había lanzado en la pasión que le absorbía entonces con furor, y muchas veces se embriagaba para ahogar los gritos de la conciencia.

La provincia tiene anatemas muy amargos para las costumbres parisienses. Se parecía á esas muje-

res feas, á caballo en su virtud inatacable, que aturden á las gentes con el desagradable estruendo de su austeridad.

Pero cuando la provincia se pone á ser viciosa, va mucho mas lejos que Paris, que al menos guarda el pudor y no arroja nunca el velo.

La provincia no toma tantas precauciones; sigue siempre su camino y sucede siempre lo siguiente: si el vicio es pobre se lo destruye; si es rico se le acepta.

No hay término medio.

La provincia no sabe cerrar los ojos ni volver la cabeza; ve todo porque sus curiosas miradas penetran hasta por las cerraduras: cuanto ha visto cuenta.

Siguiendo el resultado del cálculo, va á levantar el pié para destruir al culpable, ó á bajar la cabeza para tocar casi al suelo al saludar.

René de Penhoel era rico; tenia derecho al escándalo. Entre los pobres indigentes y los aldeanos que componian la sociedad, no habia una sola persona que desconociese su conducta, y sin embargo, nadie pensaba en escomulgarle. Se iba á su casa, se consideraban sus invitaciones como un gran honor; pero por una mitad menos se hubiera apreado á un pobre diablo.

Unicamente comenzaban á circular por las cercanías ciertos rumores que atacaban, no al honor de Penhoel, sino al estado de su fortuna, y la *sociedad*, conservando todas las apariencias de respeto, le criticaba, y aun algo mas á su sabor.

Era un descargo de conciencia. La parte prudente de la asamblea, los maridos graves, las damas escesivamente pesadas para bailar, y las señoritas disgustadas por un celibato cuyo término no se acercaba, tenian vagos remordimientos de visitar á aquel pescador y pensaban disculpar su falta exagerando sus errores.

Mientras que los jóvenes se oprimian en el césped, glosaba esta galería Dios sabe cómo. La calumnia es una penitencia grata; en su favor de expiacion envenenaban estos señores el bien y el mal sin el menor escrúpulo de envolver á muchos inocentes en su anatema.

En aquel momento estaban libres. El baile habia alejado del pequeño círculo grave á todos los profanos.

René de Penhoel habia abandonado el baile para encerrarse con Mr. de Pontalés, padre y abogado. En cuanto á la Señora, se paseaba aparte, del brazo del buen tío Juan.

Era el momento de morder y se mordió. Roberto, Lola, Penhoel, la misma Señora, á todos los tocaba su parte.

Entre los huéspedes del castillo no habia mas que un solo hombre infalible é impecable; era el anciano marqués de Pontalés, el cual poseia sesenta mil libras de renta en fincas.

La influencia de este honrado cenáculo no se extendia hasta el baile, que proseguia risueño y ale-

gre. La orquesta campestre tocaba á mas no poder y el tapiz de césped no descansaba un momento.

Habia sobre todo dos parejas cuya alegría comunicativa y jóven reanimaba á cada instante el placer, encargándose de dar impulso á la fiesta: eran Diana y Elena de Penhoel, las bellas hijas del tío Juan, con sus caballeros, dos niños como ellas, dos bellos y hermosos niños, cuya sonrisa hubiera vivificado el corazón.

Elena bailaba con Roger de Launoy, que se habia hecho un caballero completo, pero de rostro audaz y sentimental al propio tiempo.

Diana daba su pequeña y blanca mano á un jóven cuyo resuelto semblante y espiritual languidez hubieran sido advertidos por todo el país.

Era un pintor parisiense que Penhoel habia hecho venir para adornar dignamente las habitaciones de Lola.

Desde los dos años que hacia que estaba en Bretaña, habia ejecutado el jóven pintor gran número de frescos retratos. Nadie en la sociedad se habia ocupado de saber si tenia ó no talento artístico. Quizá lo ignorase él mismo.

Pintaba cuanto queria, y sobre todo, cuanto no queria: tomaba las cosas con la mayor indiferencia y pasaba la vida riendo sin acordarse de que se pudiera pensar en el siguiente dia.

Roger y él eran amigos íntimos, á pesar de no haberse hecho grandes protestas de cariño.

Llamábase Enrique Moreau. Cuando no le en-

cargaban que adornase la sala de billar ó cuadros conocidos con el nombre de cocinas, cuando desesperaba de encontrar á Diana en el jardín y se cansaba de recorrer la campiña con Roger, se retiraba á veces solo á su habitacion. Esto era muy raras veces. En su habitacion no tenia mas que un solo lienzo comenzado.

La mayor parte del tiempo, cuando un rayo de sol iba á dorar los cristales de su ventana, cogia de pronto los pinceles y añadía algunos toques al comenzado cuadro.

Este no se asemejaba en nada á los cuadros pintados en la sala de billar ó á las cocinas, que pintaba con una fecundidad tan obediente para el Sr. de Penhoel. Era un cuadro atrevido y de extraño estilo.

El lienzo representaba á una jóven vestida de aldeana y tocando el arpa. Era el retrato de Diana.

En su vida habia soñado Enrique hasta aquel momento en que las facciones de Diana de Penhoel habian surgido vivas del lienzo bajo su pincel tímido y como incierto. Entonces cuando estaba solo con su cuadro, soñaba. Amaba á Diana y ésta á él, pero nunca se hablaban de amor.

En las largas conversaciones que tenian y que los hacian felices, no se ocupaban mas que de un solo asunto: era una eleccion estraña. Hablaban de Paris.

El artista enseñaba á la jóven de Bretaña la gran ciudad.

La jóven le escuchaba curiosa, conmovida. Nunca era ella la que cambiaba de conversacion, y si la que volvía á pronunciar el nombre de Paris para interrogar, para saber.

Animábanse sus brillantes ojos. Habia en ella un secreto desconocido para Enrique.

¡Paris! Era un cuento de hadas, la ciudad en que la mujer es reina, donde se realizan los sueños, donde la realidad toca en lo maravilloso, donde no es loca ninguna esperanzal....

Enrique solia decir concluyendo:

—Allí se sufre como en cualquier otra parte, Diana, mas que en ninguna otra... y Dios quiera que no lleguéis á salir nunca de vuestra tranquila Breñaña!

Diana no respondía. Volvía al lado de su hermana, cuya naturaleza menos reflexiva tenía menos audacia, pero que sin embargo, se dejaba seducir por la fogosa imaginacion de Diana.

¡Paris! ¡Paris! era su ilusion querida.....

Pero también, si repentinamente les hubiesen mostrado libre el camino y la silla de posta dispuesta, ¿se hubieran atrevido? ¿hubieran querido? Habiera sido preciso abandonar á la Señora.... á Blanca! ¡el pobre Angel!....

Roger de Launoy, su compañero de infancia, pensaba también en Paris. Era orgulloso. La dulzura de su carácter no le impedía sentir profundamente la frialdad con que le trataba Penhoel desde la llegada de los forasteros al castillo.

Reberto y Lola se habian apoderado de René, que no veía mas que por sus ojos.

Todos aquellos á quienes antes de esto amaba, le eran entonces indiferentes, por no decir otra cosa. Sin la Señora, á quien profesaba una ternura respetuosa y sin límites, sin Elena, á quien amaba apasionadamente, hubiera dejado hacia ya mucho tiempo el castillo Roger de Launoy.

¿Qué hubiera sido de él? Lo ignoraba, pero tenía talento y corazon.

Hoy se hubiera prescindido de estas preocupaciones. Estaban en la fiesta; se reian juzgándose felices.

Las dos jóvenes llevaban constantemente sus trajes de aldeanas, pero se hubiera podido creer que era por pura coquetería: ¡tan bien les sentaba el corpiño y el jubon listado!

Sus esbeltos y elegantes talles lucian sin embargo; sus gruesos zapatos adornados con lazos no podian agrandar sus diminutos piés, y el mismo estrecho gorro que dejaba escapar con profusion las rizadas melenas de sus cabellos castaños, servia á su frente como de corona virginal, mezclando á la distincion noble y leal de sus facciones la sencilla seducccion de sus rústicas bellezas.

Placer causaba verlas saltar sobre la yerba graciosas y ligeras como hadas.

Nacia de ellas una alegría viva y dulce á la vez, que iba seduciendo poco á poco á los concurrentes al baile.

Cada uno á su modo se resentía de su contacto; la misma Blanca, tan pálida y tan débil, sonreía obligada por sus sonrisas.

Había sin embargo momentos en que la alegría de las dos jóvenes parecía velarse de repente; entonces era cuando sus ojos se volvían hácia la Señora, que proseguía lentamente su paseo del brazo de Juan de Penhoel.

Aquellos tres últimos años parecían haber pesado cruelmente sobre Marta.

Su hermosa cabeza se inclinaba entonces fatigada, y la silenciosa resignación que respiraba su fisonomía se asemejaba mucho al desaliento.

El tío Juan la contemplaba con paternal cariño. En los grandes ojos azules del anciano, bajados melancólicamente hácia su querida sobrina, se leía el inmenso deseo de aliviarla y consolarla.

Pero el consuelo era imposible sin duda, porque el tío Juan callaba como si no hubiera encontrado palabras que pronunciar.

Diana y Elena veían esto, y la furtiva mirada que entonces cambiaban, hacia creer que sus placeres y alegrías de niñas no tenían otra cosa que las apariencias de la franqueza.

Además, veían otra cosa muy extraña.

Roberto de Blois, que no cesaba de bailar con Blanca, se volvía de cuando en cuando á la Señora, haciéndole algunos signos.

Diana y Elena habían creído antes engañarse; pe-

ro ya no tenían la menor duda. La Señora había respondido diferentes veces con la mirada y el gesto á los signos de Roberto de Blois.

El hombre cuya presencia en el castillo envenenaba su vida amenazando el porvenir de Blanca....

Era inesplicable.

Pero el baile estaba encantador aquella templada noche bajo los copudos árboles.

A escepcion de Diana y Elena, nadie se inquietaba por aquellos pequeños misterios que se agitaban sordamente bajo la superficie tranquila de la vida del castillo.

Si la parte grave de la reunión preveía, íbamos á decir esperaba, alguna desgracia, era en un porvenir lejano todavía. El único accidente que se hubiera podido temer aquella noche era algun indiscreto chaparrón que terminara la fiesta en el mejor momento.

Así pues, todos se estremecieron de sorpresa y espanto cuando se dejaron oír en medio del baile algunos de esos gritos que arrancan el sufrimiento repentino é intolerable.

La orquesta calló, cesaron las danzas y todas las personas se levantaron á la vez, cual si hubiesen estado sujetas á un resorte.

Todas las miradas temerosas, ó únicamente curiosas, se dirigieron á la vez al sitio de donde había salido el quejido.

Vióse á Blanca de Penhoel inmóvil y como muerta tendida sobre la yerba.

Roberto de Blois estaba de rodillas á su lado apoyando la mano sobre el corazón.

Roger, Diana y Elena se lanzaron á aquel sitio casi al mismo tiempo; pero la Señora fué la primera que llegó al lado de su hija.

Es preciso renunciar á pintar todos los sentimientos que en aquel momento espresaba el rostro de Marta de Penhoel.

A la palidez de sus mejillas habia reemplazado el mas subido carmin.

El terror que helaba su alma de madre estaba pintado en sus ojos.

Su mano, fuerte en aquel instante como la de un hombre, rechazó bruscamente á Roberto de Blois, á quien el choque hizo vacilar.

Levantó á Blanca sin esfuerzo aparente y la sostuvo desmayada entre los brazos.

Blanca no respiraba.

Como Elena y Diana vagaban inquietas en torno de la Señora, ésta las alejó con un gesto imperioso.

Roberto se acercó, é inclinándose hasta tocar su oído:

—¡Acordaos!... murmuró friamente.

Un rayo de odio brilló en medio de la desesperada tristeza que velaba la mirada de Marta de Penhoel.

Pero hizo un esfuerzo extraordinario y pudo sonreír violentándose.

—¡Nada olvidol dijo en voz baja.

—Divertíos, hijas mias... Blanca, abre ya los ojos... y no tardaré en traérosla completamente repuesta.



apellidos poniendo un *de* delante de ellos porque tenían mil escudos de renta, y de un número sobre poco mas ó menos igual de señoras antiguas, llevando con una solemnidad imposible de describir el orgulloso ridículo de sus trajes y la escogida fealdad de sus rostros.

Advertíanse sobre todo tres personas igualmente amarillas, secas, arrugadas y con trajes de seda color violeta, de una ancianidad incontestable. Sin embargo de que perteneciesen al estado honesto á pesar de sus cincuenta años, lo que no da gran valor ni precio, imprimian el tono á la *sociedad* porque su talento de murmurar estaba fuera de toda comparacion, puesto que cada una de sus espresiones robaba una reputacion ó un nombre.

Sus mismas rivales, Mad. la señora de Kervichel, esposa del agregado al maire de Glenac, y Mad. Clara Lebeisihic, jóven viuda que apenas frisaba en los cuarenta y cinco y por quien suspiraban todos los vizcondes, se veian obligadas á reconocer la imperiosidad de las señoritas Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang.

Preciso es decir que tenían todo para sí. La mayor, Mlle. Amaranto, cantaba acompañándose á la guitarra, las arias; la segunda, Mlle. Eglantina, las romanzas; la tercera, Mlle. Eloisa, ejecutaba tambien con la guitarra piezas de carácter.

Con este motivo el jóven Pontalés, á quien era permitido todo por ser el heredero de su padre, habia puesto de apodo á esas tres gracias los nombres de *Aria, Romanza y Cavatina*.



La parte grave y discreta de la asamblea, que se respetaba demasiado para tomar parte en el baile, comenzaba á encontrar á éste monótono y largo. Languidecian los cuchicheos porque se habian murmurado de todo el mundo. El desmayo de Blanca proporcionó al naciente fastidio una diversion agradable, haciendo revivir la conversacion.

Ese círculo respetable se componia de tres vizcondes que en su juventud habian sido hombres de auerte y de provecho en el tiempo de los Estados de Bretaña, de media docena de personas oscuras que no habian tenido el menor escrúpulo en triturar sus

Tenían un hermanito, Mr. Numa Babour-les-Roseaux-de-l'Etang, que permanecía al amparo de su gloria, pero que sin embargo, pasaba por un gran jugador de révesino.

Cuando la Señora, ayudada por el tío Juan, hubo conducido á Blanca, volvió á tomar asiento la impaciente reunion. Sus miembros se miraron en silencio durante algunos segundos.

—Ya va de dos veces hoy que se indispono esa pobre y hermosa niña, dijo el padre Chauvette, que solo entre aquella gente sarcástica y burlona representaba el elemento caritativo.

—No quisiera decir nada inconveniente, murmuró Mad. Clara Lebesibic; pero exactamente como ella me encontraba yo el primer año de mi casamiento.

Las tres gracias bajaron los ojos.

Los tres vizecondes se sonrieron.

—¿Habeis advertido, replicó el agregado caballero de Kerbichel, habeis advertido cómo ha guiñado los ojos Pontalés hijo á Roberto de Blois cuando se desmayó la chicuela esa?

—¡Es muy bonita figura! replicó la Romanza.

—Un hombre muy calavera, añadieron Aria y Cayatina, dando á esta palabra una acepcion lisonjera.

—Lo que yo quisiera saber, añadió la Romanza, es el sentimiento de Mr. de Penhoel hácia las atenciones de Pontalés hijo para con Lola.

Todos sonrieron.

—¡Lola! ¡Lola! repitió el caballero de Kerbichel: esas criaturas tienen nombres tan....

—En cuanto á eso, replicó la Romanza, que se creyó aludida por su nombre de Eglantina, todos no están obligados á llamarse Suzon ó Fanchette como las hijas de la inclusa.

Mad. de Kerbichel se llamaba Fanchon. El círculo rió otra vez, escepto el caballero agregado, que golpeó su caja de tabaco con ademán de disgusto.

—Todo eso no implica nada, replicó Aria, por mas que en esta casa pasen cosas nada comunes. Los dueños hacen los honores. Dios sabe cómo... Ya se han marchado la Señora y el señor; ¿dónde están?

—Conferenciando con el marqués de Pontalés, respondió el joven Numa.

—En buena conciencia, quiso decir el padre Chauvette, se pueden tener negocios que....

Pero nadie tenía la candidez de prestar ninguna atencion al pobre maestro de escuela.

—Siempre con el marqués, prosiguió Aria.

—Y con el abogado, añadió Cavatina.

—¡Ah! dijo la Romanza con tono doctoral; personas bien informadas pretenden que Penhoel hace cosas muy propias únicamente de esa canalla de pueblo..... Recibe continuamente dinero del marqués de Pontalés, y el abogado Le-Hivain sabe ciertas particularidades que asombrarían al mas despreocupado.

—Es que Mad. Lola gusta demasiado de encajes, observó uno de los vizcondes.

—¿Y los pañuelos de cachemir? añadió el segundo vizconde.

—¿Y los diamantes? dijo el tercero.

—¿Y todo esto cuesta mucho dinero! hizo observar Mad. Clara Lebisihic; mi chal de boda, que á la verdad no era de la India, costó ciento cincuenta escudos, de modo que...

—¿Y luego tantas cargas! replicó la esposa del caballero Kerbichel.

Este castillo parece un arca sin fondo... Todo el día lo pasan comiendo y bebiendo: ¿no sois de mi opinion que es una gran majadería estar alimentando á ese poltron Roger de Launoy?

—¿Y ese embadurnador que ha venido de Paris para pintar las paredes de añil y almazarrón? dijo la Romanza.

—Permitidme, querida hermana, observó Numa, que era infame siempre que se le presentaba la ocasion; esos señores no son tan absolutamente inútiles como quereis suponer.

—¿Pues de qué sirven?

—¿De qué? yo no sé nada; pero si me preguntais de qué sirven...

—¡Ah! ¡ah! exclamaron á la vez Eglantina, Eloisa y Amaranto, encantadas con el talento de su hermano; eso es adorable.

Y como una parte del círculo no comprendiese,

la Romanza añadió, bajando públicamente sus párpados amarillos y despoblados:

—Quiere decir mi hermano que son útiles á las dos hijas del tío Juan.

Trueno de aplausos de vizcondes, fuertes risas de la asamblea en coro: el dicho valia esto y mucho mas.

—¡Ah! ¡señorita, señorita! comenzó el maestro de escuela con tono de reprension.

Pero su voz fué dominada por la del caballero agregado de Kerbichel, que tenía una inteligencia tardía y que veia siempre del mismo modo.

Numa Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, alentado por el éxito que acababa de obtener, deseó otro nuevo triunfo.

...¿Podriais decirme, señora, preguntó con cierta apariencia de candidez, si es á la Señora ó á su hija Blanca hácia quien Roberto dirige sus atenciones?

—A la hija, respondió Mda. Kerbichel.

—A la madre, contestaron los vizcondes.

—Ciertamente, dijo la Romanza; esta es una buena ocasion: ignoro si como yo habreis visto que Mr. Roberto de Blois cambiaba ciertos signos con la Señora durante la contradanza.

—Lo he visto, dijo Kerbichel.

—Y yo.

—Y yo.

—¿Y habeis advertido la manera con que la Seño-

ra ha rechazado á Mr. de Blois cuando éste ha querido levantar á Blanca desmayada?

Todos respondieron afirmativamente.

La Romanza prosiguió, bajando la voz y tomando ese aire tímido que anunciaba siempre alguna negra infamia:

—Cuando se rechaza de esa manera á un hombre, es porque se le conoce mucho.... mucho.... mucho.

—¡Es verdad!... dijo con cierto tono la parte masculina de la asamblea.

—¿Cómo es que Mlle. Eglantine sabe esas cosas? murmuró la dama del caballero Kerbichel, que tenía una venganza que tomar.

—Además, prosiguió la Romanza, ¿cómo explicar ese movimiento tan brusco sino por un pequeño arrebato de celos?

—¡Es verdad! opinó acorde la asamblea, convencida.... es verdad.

El pobre maestro de escuela no intentó siquiera protestar: ¡tan débil se sentía contra el sentimiento general!

—Así es el mundo, replicó de nuevo la Romanza. Mr. de Penhoel compra pañuelos y vestidos para Lola.... hace pintar su castillo de alto á bajo solo por Lola: siembra salones de césped y viste de seda las antiguas habitaciones que sus padres frecuentaban desnudas.

Entre tanto la Señora se aburre.... y sin embargo, es preciso confesar que está muy conservada.

—Es aún bella.

—¿Qué hacer cuando se ve abandonada?... .

—Mirar á un buen mozo.... pero no vayais á creer... yo no afirmo nada! No soy yo á Dios gracias la que quiero murmurar de una familia honrada y respetable; pero digo que si llegara á suceder....

—En fin, dejemos ¡esto á un lado; todo es posible....

—No debería ser uno severo con la pobre Señora....

—No tal, no, replicaron los vizcondes.

El baile proseguía, pero languideciendo cada vez mas, y triste sobremanera.

Diana y Elena, que hace un momento saltaban con tanta jovialidad, no podían ocultar su tristeza. Sin embargo, procuraban y parecían escitarse mutuamente á sonreír.

A cada momento se volvían sus inquietos ojos hácia la entrada del salón de verdor.

Hubiérase podido decir que permanecían allí muy contra su voluntad, y que una misión secreta las llamaba lejos del baile.

El anuncio del accidente sucedido á Blanca de Penhoel había pasado las puertas del castillo, produciendo quizá mas efecto en los bailarines del salón al aire libre que en los privilegiados que ocupaban el de césped.

La rústica danza había cesado desde el momento en que los fuegos artificiales terminaron: hombres

y mujeres se habían reunido con los viejos, que formando círculo se habían sentado.

Nadie quedaba ya en donde antes era algazara y bullicio mas que Mr. Blas, que se paseaba con las manos metidas en los bolsillos, afectando no querer mezclar su importante persona á todo aquel populacho.

En el grupo de aldeanos se hablaba en voz baja justamente por causa de Mr. Blas, que pasaba por tener el oído mas fino aún que un tísico.

Maese Geraud ocupaba el centro del grupo preguntando á un muchachuelo que acababa de salir del jardín, donde habia servido los refrescos á los huéspedes de Penhoel.

—Cuéntanos lo que has visto, Francin, decia el buen posadero del Carnero coronado.

—Todo el mundo miraba á Lola, respondió el muchacho.... ¡Qué guapa es!.... Yo no sé lo que lleva en el cuello que brilla aun mas que si fueran carbones encendidos.... pero las señoras y caballeros decian que aquello valia mucho dinero, y que con ello se podría comprar el bosque nuevo....

De pronto gritó la señorita, el Angel.... miré como todos y la ví tendida en el suelo.... A su lado no habia nadie mas que Mr. Roberto de Blois... Cuando quiso éste levantarla ¡oh! si hubiéseis visto cómo se echó la Señora sobre éll!.... creí que lo iba á ahogar....

—¿Y nada le dijo? preguntó maese Geraud.

—No.... pero se conocía que tenia su proyecto.

—Se puede jurar que Mr. de Blois fué el que hizo daño al Angel.

Un murmullo amenazador se dejó oír entre los aldeanos.

Maese Geraud pasó por la frente el dorso de su mano.

—Sí,.... sí.... dijo en alta voz.... ese hombre es la desgracia de Penhoel, y fui yo el que le enseñé el camino del castillo.... ¿Qué hubiérais hecho vosotros? añadió bruscamente, dirigiéndose á cuantos le rodeaban.... Llegó á mi casa.... me habló del primogénito.

—Ya comprendéis que esas cosas no se adivinan.... Cuando me dijo que era el amigo de Penhoel hubiera dado hasta el último escudo de mi bolsa.

Y ocultó su cabeza cana entre las manos, exhalando un profundo suspiro.

—Vamos, vamos, maese Geraud, dijo el arrendador de Port-Corbeau; los tiempos son malos para nuestros señores, pero podrá suceder que cambien. En cuanto á lo que tienen relacion con vos, todo el mundo sabe que sois un hombre honrado. Y luego Penhoel es rico.

—¿Rico? interrumpió el posadero de Redon; si supiéseis....

Todos se acercaron curiosamente.

Pero el pobre hombre no queria decir nada.

—Yo fui el que le mostré el camino del castillo, repitió, como si esta idea le persiguiera continua-

mente; yo fuí... Escuchad: antes de llegar aquí he entrado en la cabaña de Benito Haligan, que está agonizando, porque cuantos quieren á Penhoel se van unos tras otros! El pobre Benito tiene el estertor y en su rostro se advierten señales nada favorables.

No fué ayer cuando dijo por primera vez que el Angel y las dos hijas del tío Juan harían tres hermosas Hijas de la Luna antes de la inundación del invierno (que viene).

Me ha dicho también, prosiguió maese Geraud bajando la voz más, que nuestro Mr. Luis volverá algún día, pero que vendrá demasiado tarde.

Maese Geraud se calló y un silencio profundo reinó en torno suyo.

Todos tenían oprimido el corazón.

Esta fiesta, comenzada con la mayor alegría, acababa silenciosa y lúgubre.

La mayor parte de los aldeanos reunidos en la pradera no había prestado gran atención hasta entonces á las vagas amenazas que pesaban sobre la casa de Penhoel; pero aquel día nadie dudaba de ellas: sentíase en parte el peso de la desgracia sobre el castillo.

Los enamorados olvidaban hablar de amor á sus prometidas, y el tonel de sidra, lleno aún hasta más de tres cuartas partes, no alimentaba ya los vasos que en semejantes circunstancias daban la vuelta á la asamblea.

Una sola persona permanecía fiel al tonel, un po-

bre diablo flaco como un clavo que bebía con entusiasmo acostado en la yerba.

Nadie se dignaba hablar con él, ni aun el mismo Zalamero, á pesar de que aquel pobre diablo fuese su antiguo conocido, el ex-bandido Bibandier.

Este fumaba en pipa cual un filósofo, aparentando asociarse bastante al desprecio general.

Fumaba y bebía como si hubiera apostado que él solo vaciaba el tonel de sidra.

En el grupo formado á la puerta de la granja, rompió el silencio Francin.

—¡Mr. Blas! dijo de repente.

El criado de Roberto de Blois avanzaba en efecto lentamente hacia el grupo de aldeanos.

—Y bien, hijos míos, exclamó desde lejos; ¿no se bebe ya á la salud de su majestad el rey, del señor maire?

Nadie respondió.

Maese Geraud se había levantado.

—Francin, murmuró rápidamente, vuélvete al jardín y ven luego á decirnos lo que haya de nuevo.

Luego añadió, volviéndose hacia los aldeanos sentados junto á él:

—A vosotros os hablaré después, cuando se haya terminado la velada. Nadie podrá decir que se ha quedado sin moverse y sin dar un escudo para salvar á Penhoel.

Francin subió corriendo el camino que conducía al castillo.

La parte seria de la asamblea era en aquel mo-

mento dueña del terreno. Las tres señoritas, Ba bouin des-Roseaux-de-l'Etang y los otros miembros de la sociedad habían abandonado sus puestos para invadir el césped, ocupado antes por los bailarines.

La orquesta seguía.

Algunas gentes previsoras veían llegar el momento en que Eglantina, Eloisa ó Amaranto iban á pedir su temible guitarra bajo el pretexto de reanimar la fiesta.

La esperanza secreta que alimentaban esas amables personas de hacer oír á Amaranto su aria Eglantina su romanza y Eloisa su cavatina les hacía estar un poco más graves, impidiéndoles dirigir inectivas demasiado punzantes á Penhoel, que abandonaba así á sus huéspedes en lo mejor del sarao.

En efecto, ningún representante de la familia había en el salon de césped. El señor del castillo seguía en su gabinete, la Señora no había vuelto á aparecer y lo mismo el tío Juan.

En fin, Elena y Diana, que por tanto tiempo habían estado presidiendo la danza, se habían eclipsado de repente y con una especie de misterio, puesto que sus caballeros las habían buscado en vano entre la concurrencia.

Enrique y Roger habían desertado también á su vez para explorar las calles del jardín.

Lola y Roberto eran los que entonces en calidad de huéspedes del castillo hacían los honores.

El jardín estaba iluminado como hemos dicho de un extremo á otro, sin que hubiese un solo sitio donde se pudiera ocultar nadie.

Enrique y Roger habían salido del salon de baile sin prevenirse mutuamente.

Al extremo de una calle se encontraron frente á frente.

Enrique estaba pensativo.

Los cabellos de Roger estaban húmedos de sudor.

Se detuvo delante de su amigo.

—¿No las has encontrado? le preguntó vivamente.

—No, contestó Enrique.

—Voy á buscarlas otra vez, añadió Roger, que quería recomenzar sus pesquisas.

El joven pintor lo detuvo.

—No las encontrarás, le dijo: mientras buscabas tú por la izquierda lo hacía yo por la derecha y entrambos hemos recorrido todo el jardín. No están aquí.

—¿Entonces dónde se hallan?

—No sé.

La agitacion de Launoy parecía crecer á cada instante. Enrique al contrario, permanecía sereno, á pesar de que su voz, tan alegre ordinariamente, tuviese entonces un vago acento de tristeza.

—¿Dónde están? repitió Roger.... ¡Dios mío!.. ¡qué extraño es esto!....

—¡Estrañol.... interrumpió Enrique sonriendo;

¿por qué?... ¿Tienen obligacion de darnos cuenta de sus acciones?

—¡Tú no amas!... murmuró Roger.

El pintor guardó silencio, pero su mano estrechó fuertemente el brazo de su amigo.

—Yo amo, replicó Roger.... como un pobre loco! Cuando estoy á su lado no sé qué admirar ni creer.... Es tan pura su sonrisa y se retrata tan bien su corazon en su rostro!... Me avergüenzo de mis sospechas!...

—¿Tienes sospechas? preguntó bajo Enrique.

Roger bajó los ojos y no respondió.

—¡Que sé yo! exclamó á poco rato, apoyando la mano en su frente, bañada de sudor.... No soy un loco y tampoco soñaba.... Vi.... ¡Dudo!

—¿Qué? preguntó Enrique.

Y como Roger callara de nuevo añadió con acento triste y lento:

—¡Quieres hablar!... tambien yo he visto.

Roger le miró con una especie de espanto. Hubiérase dicho que conservaba una vaga esperanza de haberse engañado, y que temia con estremo la realidad.

—No hablo de Elena, respondió el pintor; pero Diana tiene un secreto.... Hace mucho tiempo que lo sé.

—¿Y ese secreto?

—Tengo confianza porque amo. Nunca he intentado sorprenderlo.

—¡Oh! exclamó Roger; justamente porque amo

desconfío.... Es toda mi felicidad y mi esperanza.... Si llegara á figurarme que Elena amaba á otro!...

Se detuvo, replicando con amargura:

—¡Dios mío! esta idea cruza por mi imaginación con demasiada frecuencia! ¿Y cómo no ha de suceder así? Dices que tambien has visto.... Lo que yo he visto es de tal modo extraño, que dudo confiarlo aun á mi mejor amigo.

—Y sin embargo, prosiguió Roger, despues de haber oido una pregunta siento un peso sobre el corazon! ¿Te acuerdas, Enrique, de aquella noche que pasamos hablando de ellas junto á los pantanos, al otro lado de Glenac? Nos sorprendió la noche. Cuando entramos en el castillo habian concluido de comer mucho tiempo hacia y todos estaban ya durmiendo.... Así lo creimos al menos, y cada uno nos retiramos en silencio á nuestra habitación.

La lámpara del corredor grande estaba apagada.... Me pareció oír delante de mí el ruido de unos pasos ligeros y tímidos.... me adelanté con los brazos tendidos y tocando á las dos paredes del corredor....

Al acercarme habia cesado el ruido. Creia haberme engañado, cuando bajo mis dedos sentí dos coñas de lienzo que se deslizaron en silencio á mi contacto, y que en la sombra no pude volver á encontrar. Los pasos se dejaban oír de nuevo ligeros y rápidos en la parte del corredor que yo aca-

baba de pasar... Huian; pero en el momento en que se habia cerrado mi mano habia dejado una de las cofias entre mis dedos uno de sus lazos... Yo me reia al abrir la puerta de mi habitacion, porque me decia: Ya tengo aquí con qué saber cuál de las criadas de Penhoel se entretiene de noche en jugar al escondito.

Encendí mi bujía y reconocí la cinta de seda azul que habia visto de día en la cofia de Elena...

Roger de Launoy se calló, esperando ávidamente una palabra de admiracion; pero el pintor no desplegó sus labios.

Permanecía pensativo con la cabeza inclinada.

—¡Y bien! dijo Roger.

—¿Es eso todo lo que has visto? preguntó friamente Enrique.

Roger estaba asombrado al ver el poco efecto que su narracion habia hecho.

—¿Te parece poco? exclamó.

—Eso no es nada.

—¿Has visto algo mas extraordinario?

—Tú juzgarás, respondió el pintor.

—Habla pues.

—Ahora continúa tú.

—Escucha, replicó Roger. Algunos días despues volvía yo á pié de Redon; llegaría á la altura de la aldea de Bains, en medio de la pradera; hacia una luna muy clara; oí á lo lejos sobre el césped el galope de dos caballos; no presté atencion ninguna y proseguí mi camino.

En el momento en que los dos caballos pasaban junto á mí con toda la velocidad de su carrera, levanté la cabeza: los caballos estaban montados por dos mujeres! Grité: ¡Diana! ¡Elena!... ninguna voz me respondió.

Quise correr, pero las dos mujeres se perdian ya en la sombra, y los pasos de sus caballos se perdian á lo lejos en el llano.

—¿Era tarde? preguntó Enrique.

—Las once de la noche.

—¿Y estaban aquel día los Pontalés en Redon?

Roger se dió una palmada en la frente.

—Me haces reflexionar... exclamó; los Pontalés estaban en Redon.

—¿Pero eran ellas? preguntó el pintor.

—Vas á convencerte. No habia mas que un solo medio de poder alcanzarlas. Despues de haber dado algunos pasos corriendo como un loco, tomé otra vez el camino de Penhoel. Al llegar á la barca, pregunté al anciano Benito si álguien habia pasado antes.

Me respondió: Nadie.

Esto me hizo mucho bien; creí haber soñado. Sin embargo, una vez llegado al castillo, me quedaban algunas dudas; en lugar de acostarme en seguida, me dirigí sin tener la conciencia de lo que hacia, hácia la habitacion de Diana y Elena.

Apliqué el oído á la cerradura: no se oía el menor ruido.

Tal vez estén durmiendo, me decía: ¡Pobre Elena mía, soy un miserable loco!

Y sin embargo, se apoyó mi mano á pesar mio en el picaporte. La puerta se abrió.... entonces se trocedí asustado de mi accion.

Luego recorrieron mis ojos la estancia. Los rayos de la luna caian á plomo sobre dos techos blancos que estaban vacios.

—¿Es eso todo? preguntó Enrique, mientras Roger pasaba el dorso de su mano por su frente, donde brillaban algunas gotas de sudor.

—¿Si es eso todo? murmuró Roger; ¿pues qué mas quieres?

—Creo en ella, dijo el pintor.

—Tambien yo, tambien yo, exclamó Roger, ¡creo en ella! la amo tanto.... Cuando á mi lado la veo sonreír no dudo ya.... me parece un sueño terrible y penoso que me atormenta. Pero cuando me encuentro solo, frente á frente conmigo mismo, lo recuerdo y sufro.

Repetidas veces he querido hablar y provocar una explicacion; pero parecia que lo adivinaba; sonreía su mirada, fijándose en mí tan tranquila, tan pura! Estoy convencido de que no me atreveré á interrogarla.

Hablando así, marchaban á lo largo de la calle de árboles del jardín.

Se alejaban por instinto del salon de césped, donde los huéspedes de Penhoel proseguían reunidos.

Roger iba con la cabeza baja y el aire consternado. Enrique llevaba en su rostro, que queria sonreír, las huellas de una emocion contenida. Tal vez se hacia mas fuerte de lo que efectivamente era.

—Lo que tú has visto es extraño, dijo al fin; pero lo que he visto yo es mas extraño aún. Ese misterio que las rodea hubiera podido penetrarlo tal vez; pero no he querido. Tambien yo he encontrado una vez á Diana y Elena en los corredores del cassillo en medio de la noche.

Estaba oculto en uno de los huecos de la puerta y no podian verme. Las ví atravesar sin ruido la galeria; pasaron tu cuarto y el de Penhoel, y creí que iban á entrar en el de la Señora; pero pasaron tambien aquella puerta. Mas allá no hay otra que la de la habitacion ocupada por Mr. Roberto de Blois.

—¿Fué allí donde entraron? preguntó Roger vivamente.

—No sé, replicó el pintor; la galeria hace un recodo.... desaparecieron.

—¿Y no las seguiste?

—No.

—Ese Roberto, á quien tanto parecen despreciar y detestar! murmuró Roger de Lannoy.

—Tambien desprecian y detestan á los Pontalés, dijo Enrique, cuya voz se apagaba involuntariamente, y sin embargo, las he visto introducirse en el castillo despues de haber dado las doce de la noche.

—¿En el castillo de Pontalés? exclamó Roger estupefacto.

—¿En el castillo de Pontalés! Aquella vez era la noche sombría y no hubiera podido reconocerlas á no ser porque oí la voz dulce de Diana al extremo del bosque.

Ayúdame, decía.

Las dos se acercaron á la tapia del parque: Elena apoyó sus dos manos en el muro, y con su auxilio franqueó Diana el caballete.

—¿Luego? dijo Roger con angustia.

—Volvía yo de la Gacilly á caballo, replicó el pintor; palpitábame el corazón y se me abrasaba la frente: pero no soy como tú, Roger, y nunca hubiera abierto la puerta de la habitación de las hijas de Juan de Penhoel. Escondía las espuelas en el vientre de mi caballo, que me llevaba á través de las malezas.

—¡Oh! dijo Roger, ¡tú no amas, tú no amas!

—Si Diana no es mi mujer, dijo el pintor, no me casaré nunca. Otras veces me ha sucedido pensar en el porvenir; ahora pienso siempre es él porque el porvenir es ella.

—Tú, Roger, te tranquilizas cuando las ves reír; pero yo si pudiera dudar alguna ocasión, sería precisamente ahora. ¡Pero cuántas veces en medio de su alegría fingida, cuántas veces he sorprendido lágrimas en los ojos de Diana! ¡Es un valiente corazón contra el sufrimiento!

Bajo esa débil belleza de jóven he adivinado el

valor de un hombre. Bendigo y admiro esas furtivas lágrimas que oprimen el corazón. ¡Oh! ¡qué Diana guarde su secreto! En el fondo de un alma como la suya, no puede haber más que rasgos nobles y pensamientos santos.

La cabeza de Roger no se levantaba.

Guardaba silencio.

—Todos en el país saben esto, replicó el pintor, tanto los pobres como los ricos.... Sobre la casa de Penhoel pesa una gran desgracia... Dios se sirve á veces del débil valor de un niño para combatir la fuerza de los infames.

Enrique le interrumpió bruscamente, y su voz, que era lenta, se hizo breve y decidida repentinamente.

—¡Y luego, qué me importa todo eso! exclamó. Tenía un sueño encantador, y he despertado..... Que Diana sea buena ó mala, un ángel ó una pecadora, la veré mañana por última vez.

—¿Qué dices? preguntó Roger estremeciéndose.

Habían llegado á la terraza que terminaba la cuesta que descendía á Port-Corbean. Detuviéronse de común acuerdo, y el pintor apoyó los codos sobre la balaustrada de piedra.

—Esta mañana, replicó, Mr. Roberto de Blois, que parece ser ahora el dueño del castillo, me ha pagado mi trabajo, manifestándome que ya no tienen necesidad de mí.

—¡Pero Penhoel... exclamó Roger, que cogió la mano de su amigo; hubieras debido ver á Penhoel.

—He visto á Penhoel, replicó Enrique, cuyo acen-
to melancólico tomó una tinta de amargura, y salgo
mañana para Paris.

En el momento en que el jóven pintor pronuncia-
ba estas últimas palabras, se dejó oír un débil gri-
to al pié de la terraza.

Los dos amigos se inclinaron al mismo tiempo
sobre la balaustrada y vieron dos formas blancas
deslizarse entre los castaños.

—Ellas son, exclamó Roger.

Quiso precipitarse, pero Enrique lo detuvo.

—Tú te quedas, dijo; eres feliz.... créeme; vála
por ellas para protegerlas y no para espiarlas.

XVII.

MADRE E HIJA.

Era la habitacion del Angel de Penhoel: un pe-
queño lecho rodeado de cortinas blancas cuya tras-
parente muselina dejaba ver una imágen de la san-
ta Virgen adornada de un laurel bendito, algunas
sillas bordadas por la Señora y que representaban
asuntos infantiles y graciosos, bellas estampas de
la vida de los santos y una pequeña biblioteca de
palo de rosa llena de libros.

En esa reducida estancia se presentaba pocas ve-
ces la jóven: mostrábase la niña, la niña cándida é
inocente.

—He visto á Penhoel, replicó Enrique, cuyo acen-
to melancólico tomó una tinta de amargura, y salgo
mañana para Paris.

En el momento en que el jóven pintor pronuncia-
ba estas últimas palabras, se dejó oír un débil gri-
to al pié de la terraza.

Los dos amigos se inclinaron al mismo tiempo
sobre la balaustrada y vieron dos formas blancas
deslizarse entre los castaños.

—Ellas son, exclamó Roger.

Quiso precipitarse, pero Enrique lo detuvo.

—Tú te quedas, dijo; eres feliz.... créeme; vála
por ellas para protegerlas y no para espiarlas.

MADRE E HIJA.

Era la habitacion del Angel de Penhoel: un pe-
queño lecho rodeado de cortinas blancas cuya tras-
parente muselina dejaba ver una imágen de la san-
ta Virgen adornada de un laurel bendito, algunas
sillas bordadas por la Señora y que representaban
asuntos infantiles y graciosos, bellas estampas de
la vida de los santos y una pequeña biblioteca de
palo de rosa llena de libros.

En esa reducida estancia se presentaba pocas ve-
ces la jóven: mostrábase la niña, la niña cándida é
inocente.

Alguna cosa indicaba en aquel lecho tranquilo que ignoraba hasta esos ensueños vagos que mecen á los quince años el sueño de la vírgen. Todo era risueño, pero frío. La niña gozaba feliz en medio de la pubertad. Tardaba en ser mujer.

Y lo que sonreía en aquella gentil estancia, lo que era fresco, gracioso, coqueto, no pertenecía á Blanca sola; Marta de Penhoel era la que habia adornado con el amor el gabinete de su hija. Al pensar en su hija se habia rejuvenecido, y si á veces un poco de esperanza consolaba la tristeza de su noche solitaria, era que pensaba que entre aquellas blancas colgaduras dormía su dulce Angel, ignorando á la vez las angustias de lo pasado y las amenazas del porvenir.

Cada uno, por desgraciado que sea, posee tambien en el fondo de su corazon una especie de asilo donde abrigar su pensamiento. En el alma hay siempre un rincón donde Dios clemente deja un rayo de esperanza.

Marta de Penhoel sufría. Acumulábanse en torno suyo las amenazas. Su pobre corazon, herido hacia muchos años, destilaba sangre. El pasado no tenia para ella mas que amargos pesares, el presente un martirio terrible, el porvenir....

¡Ay! Había allí tan crueles torturas, que valía mas cerrar los ojos y esperar como el condenado á quien la suprema piedad de la ley pone una venda sobre los ojos.

Eran algunos instantes despues del accidente que

habia turbado el baile en el salon de verdor. El buen tío Juan, la Señora y Blanca, acababan de llegar á la habitacion de esta última.

Blanca estaba todavía pálida y parecia pronta á perder de nuevo los sentidos.

La Señora, que la habia sentado en una butaca, la rodeaba con sus brazos. La pobre mujer procuraba sonreír, pero habia en su fisonomía un desaliento mortal.

El tío Juan se habia detenido en el dintel de lo puerta. El esfuerzo que habia hecho para sostener á la jóven habia traído á sus mejillas las mechas ligeras y blancas de su cabellera. La melancolía dulce que habia ordinariamente en sus facciones, cedía ante un profundo desconsuelo.

Miraba á las dos mujeres y sus mejillas estaban húmedas.

El desmayo no podia por sí solo haber producido aquellas terribles emociones, y detrás del azar de este acontecimiento, debia haber otros dolores antiguos y ocultos.

Blanca apoyaba sobre el respaldo de la butaca su encantadora cabeza, cuyos delicados y puros contornos parecían tallados.

—No será nada, murmuró la Señora con voz que queria ser alegre, pero en que se adivinaban reprimidos sollozos: ¿dónde te duele, pobre hija mia?

Blanca llevó la mano á la cintura.

—¡Me ahogo!... dijo.

Bajo la forzada sonrisa de la Señora se ocultaba un estremecimiento de angustia.

Repetió sin embargo con acento triste:

—No será nada.

Después se volvió hacia el tío Juan, que se apoyaba inmóvil en el picaporte de la puerta, haciéndole señas de que se retirara.

El anciano salió inmediatamente sin decir una palabra. A través de la puerta cerrada se oyó un instante el ruido de sus albarcas al atravesar el corredor.

Iba con paso lento y encorvada la cabeza. Cuando pasaba delante de una de las ventanas y las luces diseminadas por el jardín llegaban hasta él, se hubiera podido verle oprimir la frente con sus trémulas manos.

Blanca estaba sola con su madre.

No era por la presencia del tío Juan por lo que Marta se esforzaba por sonreír, porque su mirada se fué haciendo cada vez más cariñosa.

—Levántate un poco, murmuró; quizá te oprima demasiado el vestido.

—¡Oh no! dijo el Ángel; bien sabes, madre mía, que lo han ensanchado hace algunos días.

—¿Qué importa si padeces?

—No es eso, no es eso, replicó la jóven, que se sublevaba sencillamente contra la evidencia.

Voy creciendo y engruesando, madre mía; pero en cuatro días no ha podido ensancharse tanto mi

cintura. ¿No has tenido tú esta enfermedad cuando eras jóven?

Los párpados de la Señora se bajaron; no respondió.

—¡Dios mío! replicó Blanca apoyando sus dos manos contra su pecho oprimido; creo que tienes razón... Me ahoga el corsé. Si esto continúa, preciso será hacerme los vestidos con el cuerpo tan ancho como si fueran para Mme. Kerbichel... Soy muy desgraciada.

—¡Locuelal dijo Marta; para hacerse una niña bella y esbelta, es preciso sufrir algo.

—Mis primas Diana y Elena son ya grandes y bellas, y nunca las he visto sufrir así.

—Es que no lo recuerdas, mi pobre Blanca.

La jóven exhaló un suspiro en que tenía más parte su infantil coquetería que los dolores agudos de su mal.

Hizo un esfuerzo para levantarse á medias, y la Señora colocándose detrás, quitó los corchetes del vestido.

En esa posición, en que no podía ser vista, Marta de Penhoel no disimuló. Aquella sonrisa sostenida penosamente que embellecía entonces su rostro, dejó paso á una tristeza silenciosa y desanimada.

El vestido de Blanca tenía en efecto las huellas del trabajo de la costurera; pero no era una sola vez como ella creía, la que lo había ensanchado. Tres pliegues faltaban, tres pliegues deshechos uno

á uno, y los dos primeros por la propia mano de su madre.

Los corchetes quitados dejaban ver entonces el corsé: había un ancho espacio vacío.

—Ensancha pronto, madre mía; me ahogo, murmuraba el Angel, cuya respiración se iba haciendo cada vez mas penosa.

Los dedos de la Señora temblaban mientras que procuraba deshacer el nudo de la trenquilla.

—¡Pronto! oh! pronto! te lo ruego, decía la niña con pena.

Las manos de Marta, torpes y como impedidas, apretaban el nudo en vez de aflojarlo. Cuanto mas se esforzaba por conseguirlo, mas nudos nuevos se hacían en la trenquilla de seda.

Temó de la chimenea unas tijeras y la cortó.

Desembarazadas de la presión que las sujetaba, se ensancharon las caderas del Angel.

Lanzó un grito de bienestar.

El corsé abierto se había retirado á derecha é izquierda, y ocultaba entonces sus ballenas hasta bajo la tela del vestido.

—¡Oh! tenías razón, madre mía, dijo Blanca, aliviada repentinamente; este pícaro corsé era el que me hacía daño.... Me parece estar ahora en la gloria.

Respiraba con delicia.

Las miradas de la Señora se fijaron ávidamente en las caderas de su hija, donde los pliegues de la camisa permanecían aplastados y sujetos hasta cier-

to punto á la carne, dolorida por la reciente presión de las ballenas.

Luego su mirada midió la separación de las dos partes del corsé, como si hubiera querido darse cuenta de la repentina fuerza que las había separado.

Antes, cuando su traje estaba cerrado, conservaba Blanca la cintura de una joven; pero esta apariencia juvenil de flexibilidad era debida completamente al molde elástico que modelaba sus caderas.

El muelle estaba roto; el talle de Blanca aparecía disforme.

Los ojos de la Señora se elevaron al cielo: una lágrima rodó por su mejilla; hubiérase dicho que un pensamiento odioso y siempre combatido penetraba á pesar suyo en su alma.

—¿Qué haces? preguntó Blanca.

Marta enjugó ávidamente sus párpados húmedos, y separó dulcemente los hermosos cabellos rubios del Angel, para darle en la frente un beso lleno de ardiente amor.

—Bien decía yo, hija mía, murmuró, que esto no sería nada.... Las jóvenes tienen enfermedades extrañas como esta.... No hay que pensar mas en ello.

Blanca le devolvía sus caricias diciendo:

—Buena madre.... tú siempre eres la que me cura y consuela. Sin tí cuántos, cuántos sufrimientos se apoderarían de mí Tendría miedo de morir!

—¡Morir! repitió Marta de Penhoel, que se sentó al lado de su hija, atrayéndola sobre sus rodillas.

—Si tú supieses.... replicó el Angel: otras veces, durante mi infancia, estaba mala con mucha frecuencia; pero lo que entonces sentía era muy diferente de lo que padezco hoy.... De pronto se conmueve en mí una cosa, se pára mi respiración y me falta el corazón....

Se detuvo para ocultar su encantadora cabeza en el regazo de su madre, y añadió en voz baja:

—¡Oh! algunas veces tengo miedo.... mucho miedo!....

La mirada de la Señora se perdía en el vacío. Las palabras del Angel se deslizaban por su inatenta imaginación. No escuchaba.

Durante el corto silencio que siguió, el color y la palidez se sucedieron muchas veces en sus mejillas. Dos ó tres veces abrió la boca como si una pregunta estuviera para salir de sus labios.

No se atrevía....

Al cabo de algunos segundos estrechó á su hija contra su pecho con una especie de frenesí. Un esfuerzo repentino que hizo sobre sí misma dió una apariencia de alegría á su fisonomía.

—¡Hablemos!.... dijo... ¿Te acuerdas de cuando gustabas dormirte así por las tardes?

—¡Se está tan bien al lado de tu corazón!.... murmuró el Angel medio cerrando los ojos y fijando su linda pupila en los de su madre.

—Antes de dormirte, prosiguió la Señora, me de-

cias lo que habías hecho durante el día.... En aquel tiempo no tenías secretos para mí....

—¿Los tengo acaso ahora? preguntó Blanca admirada.

La duda de Marta se hizo aun mayor. Evidentemente quería interrogar, y algun escrúpulo detenía sus preguntas en los labios.

—No sé.... dije; las jóvenes gustan de hacer misterios....

—Yo gusto estar á tu lado, interrumpió el Angel, que sonreía cándida como la misma verdad; gusto mostrarte mi alma.... No podría ocultarte mi conciencia mas que á Dios.

Esta vez brilló en el rostro de Marta de Penhoel una verdadera alegría. Prosiguió, teniendo su boca unida al rostro de Blanca é interrumpiendo sus palabras para darle un beso:

—Te creo; ¿podría ser acaso de otra manera?... ¿No sabes cuánto te amo?... Y sin embargo....

Se interrumpió: una nube había cubierto su alegría.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!.... pensaba la Señora, cuya serenidad ocultaba mal su nueva angustia: haced que yo me haya engañado, y aumentad el peso de mis penas!....

—Quería decir, replicó en alta voz, que no tienes tú la culpa, hija mía, mi pobre Blanca.... Los niños no saben leer claro en el fondo de su propio corazón.... Recuerdo el tiempo en que tenía yo tu edad....

—¡Qué hermosa debías ser y cuán amada! murmuró Blanca, que miraba á su madre con la admiración del amor filial.

—Era como tú, Blanca mía, menos bella aún, y habia perdido á mi madre..... ¡Oh! me parece que si la hubiera tenido á mi lado como á tí, pobre hija mía..... ¡Pero qué iba á decir!..... replicó recobrando en todo su valor la fuerza de seguir sonriendo: ¡te haria creer que soy desgraciada!

Blanca, que se habia incorporado un momento con inquietud, colocó de nuevo su pesada cabeza sobre el rostro de su madre. En aquel momento, en que el sufrimiento daba treguas, sentia el efecto de las fatigas del día. Movíanse sus párpados con palidez y el sueño iba pesando ya sobre su hermosa frente.

La Señora veia esto, y sin embargo, no podia renunciar á formular al fin la pregunta que tantas veces habia estado para escapársele.

Para cualquiera que hubiera podido observar aquella alma desgarrada por una angustia suprema la escena tan inocente en apariencia, hubiérase tomado por de un carácter terrible.

Sobre aquella dulce niña que se dormia sonriendo habia una fatalidad misteriosa. Su madre habia adivinado su terrible secreto, una cosa cruel, aterradora, inesperada, extraordinaria hasta aparecer imposible.

Pero en el pasado de Marta de Penhoel habia

tambien un misterio del mismo género que la hacia crédula, pudiéndole dar fe de la imposibilidad.

Sin embargo, habia dudado. ¿Cómo no dudar delante de aquella faz tan pura y radiante de inocencia? El candor del Angel revelaba algo de mas elevado que la misma evidencia.

Desde que comenzaba la bienhechora duda, la acogia Marta con ardor. Esperaba: parecíanle entonces insensatos sus temores.

Luego sus propios recuerdos acudian en auxilio de la evidencia, creia de nuevo y volvía á caer en el mas profundo desaliento.

Hacia algunos dias que se pasaba su vida en estas alternativas.

Sus restantes sufrimientos cesaban y los demás temores callaban.

En aquel momento volvía á recobrar sus derechos la evidencia. Marta de Penhoel acababa de ver y tocar, por decirlo así. Pero delante de la verdad dura é implacable se colocaba el tranquilo rostro de la niña; aquella frente serena era el espejo sin mancha donde se reflejaba su alma ignorante de todo mal.

La pregunta que estaba en sus lábios hacia tanto tiempo, hubiera puesto fin á su incertidumbre; pero la Señora no encontraba palabras para expresarla á su gusto. El pudor de las madres es entre todos los pudores el mas delicado y el mas tímido. A veces se enseña preguntando....

Marta buscaba un medio.

Los hermosos ojos azules del Angel desaparecian casi bajo sus pesados párpados.

—¿No vas á volver al baile?... le preguntó repentinamente afectando gran alegría.

Al mismo tiempo abrió los brazos como para invitar á Blanca á levantarse.

La niña se apoyó mas perezosa contra el seno de su madre.

—¡Estoy cansada! murmuró.

—Otras veces, cuando se trataba de un baile, nunca decias que lo estabas aun cuando así fuese.

—¡Era una niña! replicó Blanca.

—¿No te divierten ya?

Blanca abrió los ojos.

—¡Oh! ¡sí, siempre!

—Entre los jóvenes que hay en Penhoel, replicó la Señora, cuya voz tembló ligeramente a pesar de su precaucion, ¿á quién quieres mas?

Blanca no respondió en seguida; luego repitió lentamente:

—¿Entre los que están en Penhoel?

—Sí.

—No sé.

La Señora recobraba ánimo á medida que avanzaba en su interrogatorio, empeñado con tantos temores.

—Veamos, prosiguió; ¿á Roger de Lannoy?

—Quiero á Roger.

—¿A Enrique Moreau?

—Es bueno.... pero....

—¿A Mr. Alain de Pontalés?

—¡No! es orgulloso, es malvado.

—¿A Mr. Roberto de Blois? preguntó la Señora bajando la voz involuntariamente.

Blanca abrió los ojos de pronto, mirándola admirada.

—¡Oh! dijo con tono de reconvencion; ¡qué ideal

—¡Mr. Roberto de Blois!

Marta suspiró y la besó.

Otra vez olvidó el reciente testimonio de sus ojos.

—Y bien, replicó haciéndole caricias, ¿no quieres decirme á quién amas?

—El que yo quiero no está en Penhoel, respondió el Angel, cuya mejilla se coloreó; desde que mi primo Vicente está en el mar, he pensado en él y lo echo de menos.

Hago mal en echarle de menos, añadió como incomodada, porque no se despidió de mí antes de marchar.

La Señora se habia puesto á reflexionar; sus sospechas no habian nunca recaido en aquel. Sus recuerdos, despertados bruscamente, le mostraron el pálido rostro de Vicente con sus grandes ojos fijos siempre en Blanca.

Permaneció muda por un momento y con el corazón oprimido.

—¡Vicente! murmuró sin saber que hablaba; ¿te has encontrado alguna vez sola con él?

Blanca se sonrió.

—Todos los días, dijo.

—¡Todos los días!... repitió maquinalmente Marta de Penhoel. ¿Y te dijo alguna vez que te quería?

—No se atrevió....

—¿Y no te lo ha dicho nunca?

—No.

La Señora había visto un momento la explicación del misterio; pero el misterio se hacía más impenetrable que nunca, porque Blanca no podía mentir.

A medida que avanzaba el interrogatorio, sentía su madre la dificultad de llevarlo más lejos.

Hasta entonces Blanca no había adivinado los motivos que dictaban estas preguntas, hechas en un tono de ligera alegría; pero una palabra más hubiera podido hacérselas comprender.

Sin embargo, era preciso saber más.

—¡Pobre Vicente! dijo la Señora, buscando una transición; mucho tiempo hace que no tenemos noticias suyas.

—¡Oh! ¡sí, suspiró Blanca!... ¡cinco meses!... es mucho tiempo.

Había contado los meses.

La Señora la examinó á hurtadillas. Su bello rostro permanecía tranquilo, impregnándose apenas de una ligera tinta de melancolía.

No se podía engañar: si el corazón de Blanca palpitaba más dulcemente al nombre de Vicente

de Penhoel, era una preferencia de niña, una ternura sencilla é inocente.

Esta podría cambiar y ser después otro sentimiento, pero aun no era amor.

—Ya ves, dijo Marta, pasando sus dedos por entre los sedosos cabellos rubios del Angel; tenías un secreto que yo ignoraba.

—Si yo hubiera sabido que eso era un secreto, respondió Blanca, que volvía á dormirse, te lo hubiera confiado al momento.

La Señora dudó otra vez: luego un ligero encarnado fué á colorear sus mejillas mientras que murmuraba esta última pregunta:

—¿Y otros que Vicente no te han dicho que te amaban?

—Si otros que él me lo hubiesen dicho, replicó Blanca, me hubiese incomodado.

—¿De modo que no tienes otro secreto?

—No.

Los ojos del Angel se cerraron en aquel momento. Las miradas de Marta estaban fijas en ella, más tiernas y maternales mientras que la mecía dulcemente contra su corazón como á una niña que se quiere dormir.

Durante algunos segundos que duró el silencio se adormeció el pensamiento de Marta de Penhoel al contacto del sueño de su hija. Retardaba cuanto podía la pobre mujer que despertara su conciencia.

—Madre, balbuceó Blanca sin abrir los ojos y con

esa voz lenta de las personas que se duermen, me he engañado. Tengo un secreto y voy á decirte-lo.... No sé por qué no te lo he dicho antes.... Era hácia la primavera de este año....

Hacia como hoy mucho calor, y me habia dormido por la tarde en el canastillo de flores que hay en el jardín. ¿Me escuchas, madre mía?

La Señora se habia incorporado inquieta y atenta. No respondió á la pregunta de su hija sino con la presión mas fuerte de sus brazos.

Blanca prosiguió:

—Tuve un sueño terrible! Me pareció que á mi lado habia un hombre.... muy cerca de mí, mucho, y que me estrechaba con toda su fuerza. Me ahogaba; sentí su abrasador aliento cerca de mi boca. ¿Me escuchas, madre mía?

La palidez de Marta de Penhoel se habia convertido en lividez; sus grandes ojos, abiertos y fijos, espresaban una angustia profunda.

La niña prosiguió con su voz lenta y tranquila:

—¡Son tan malos esos sueños! Yo sabia que dormia, y sin embargo, no podia despertar. Pasaba en mí alguna cosa estraña, y nunca he experimentado otra cosa semejante ni antes ni despues. Pero he aquí lo que todavia es mas estraño....

Quando al fin me desperté, no sabré decir si era la consecuencia de mi sueño, me pareció ver distintamente á un hombre que huia por entre la espesura.

—¿Y le conociste? preguntó Marta con voz sorda.

—No; únicamente como me volvia al castillo encontré en mi camino á Mr. Roberto de Blois.

—¡Roberto de Blois! repitió la Señora, en cuyos ojos brilló un fuego sombrío.

—Es admirable.... ¿no es cierto? repitió otra vez Blanca, cuyos párpados se abrieron á medias para cerrarse de nuevo.

Su aliento se dejó oír regular.

Dormia.

Pero habia dicho bastante. Marta de Penhoel no tenia ya que saber mas.

Permaneció un instante como aterrada; luego por un movimiento instintivo y violento tocó su trémula mano las caderas de la jóven, que gimió en medio de su sueño al sentir la presión.

—¡Perdida! dijo, pronunciando por primera vez esta palabra, que hacia tanto tiempo estaba en el fondo de su pensamiento. ¡Perdida como yo! ¡Qué he hecho, Dios mio, para ser castigada en mi hijal

Lavató al Angel entre sus brazos, tendiéndola dormida sobre el lecho.

Luego se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

Así permaneció largo tiempo.

Sus ojos estaban secos y abrasados; los sollozos desgarraban su pecho.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo al fin con voz ahogada: hace mucho tiempo que sufro; desde los primeros dias de mi juventud me robásteis la feli-

ciudad y no he murmurado; he visto caer vuestra mano severa sobre la casa de Penhoel, he visto á esa aventurera sentarse en mi sitio; he sentido la mortal amenaza suspendida sobre mi cabeza y ni siquiera he murmurado; ¡pero mi hija! ¡Dios mío, mi hija!....

Sus lágrimas corrían á través de los dedos.

—¡Mi hija! repitió con desesperación; soy muy débil contra este último golpe.

—Tened piedad de mí, Dios mío, porque soy una pobre abandonada. No tengo una voz amiga que me consuele ni una mano que me defienda.

Le pareció que en aquel momento respondía á su queja un doble suspiro.

Abrió los ojos.

Elena y Diana, arrodilladas á su lado, cubrían sus dulces manos de besos.

XVIII.

DIANA Y ELENA.

Elena y Diana no eran tratadas en el castillo como hijas de la casa.

Eran efectivamente de la familia, pero entre ellas y su prima Blanca se dejaba una distancia tan grande, que no podían creerse colocadas en el mismo grado de la escala social.

Blanca era la heredera, la verdadera señorita de Penhoel.

Muy raras veces se designaba con este nombre á las dos hijas del tío Juan, que los aldeanos llamaban las señoritas pequeñas, y la sociedad simplemente las pequeñas.

ciudad y no he murmurado; he visto caer vuestra mano severa sobre la casa de Penhoel, he visto á esa aventurera sentarse en mi sitio; he sentido la mortal amenaza suspendida sobre mi cabeza y ni siquiera he murmurado; ¡pero mi hija! ¡Dios mío, mi hija!....

Sus lágrimas corrían á través de los dedos.

—¡Mi hija! repitió con desesperación; soy muy débil contra este último golpe.

—Tened piedad de mí, Dios mío, porque soy una pobre abandonada. No tengo una voz amiga que me consuele ni una mano que me defienda.

Le pareció que en aquel momento respondía á su queja un doble suspiro.

Abrió los ojos.

Elena y Diana, arrodilladas á su lado, cubrían sus dulces manos de besos.

XVIII.

DIANA Y ELENA.

Elena y Diana no eran tratadas en el castillo como hijas de la casa.

Eran efectivamente de la familia, pero entre ellas y su prima Blanca se dejaba una distancia tan grande, que no podían creerse colocadas en el mismo grado de la escala social.

Blanca era la heredera, la verdadera señorita de Penhoel.

Muy raras veces se designaba con este nombre á las dos hijas del tío Juan, que los aldeanos llamaban las señoritas pequeñas, y la sociedad simplemente las pequeñas.

El mismo tío Juan había contribuido á señalar mas la línea que separaba á sus hijas de su prima. Desde su infancia las había habituado á mirar la cuna de Blanca con una especie de respeto.

No había querido que se vistieran como Blanca, y nunca les había permitido otro traje que el de las aldeanas del Morbihan.

Hacia mucho tiempo que el tío Juan vivía á expensas de sus parientes de la rama directa. En otra época, en su juventud, había llevado la espada y había sido, segun se decia, un valiente soldado; pero mientras se batía al otro extremo de la Francia, las celosas gentes que representaban la república en el distrito de Redon vendían en pública subasta su modesta herencia.

Cuando había vuelto al país, había encontrado un asilo en casa del anciano comandante de Penhoel, padre de Luis y René. Desde entonces no había abandonado el castillo.

Era su corazón bueno y tierno, poseyendo por instinto toda clase de delicadeza.

El recuerdo reconocido del bienhechor era en él una religion; dió el primer puesto de sus afecciones á los dos hijos de su bienhechor.

Y si les profesó gran cariño fué para su pesar. ¡Tenia Luis un alma tan grande y tan noble! Su ausencia dejaba un vacío tan profundo en el corazón de cuantos le habían conocido!

Antes de ser soldado había sido el tío Juan un

pobre caballero, contando apenas por riqueza la única granja de su padre.

No sabia gran cosa, y la única educacion que había podido dar á sus hijas se reducía á este doble principio, regla fundamental de su propia vida:

Adorad á Dios, amad á Penhoel.

Elena y Diana amaban á Penhoel como adoraban á Dios.

Respetaban á René conociendo mejor que nadie las miserias de su naturaleza y las faltas de su vida: profesaban á Blanca una ternura protectora y casi maternal.

En cuanto á la Señora, escedían á todos los mandatos del padre: la adoraban.

Marta parecia estar muy lejos de corresponder con una ternura semejante al amor expansivo y respetuoso á la vez que la profesaban Elena y Diana. Era buena y amable para con ellas como para todo el mundo; á esto se ceñía todo.

Y un buen observador hubiera podido distinguir en ella con respecto á las niñas una especie de frialdad que no le era natural.

Esto era tanto mas extraño cuanto que Marta trataba al tío Juan como á su padre, poniendo el mayor cuidado en no molestarle y combatir los motivos de queja á que Penhoel daba motivo con sus bruscos arranques.

Pero Marta sin duda profesaba á su hija un amor exclusivo.

En aquel corazón ocupado totalmente no quedaba hueco para ningún otro sentimiento secundario.

Diana y Elena no se quejaban: había en ellas el mismo deseo de agradar y el mismo ardor. A veces se hubiera podido decir, tal era el empeño que ponían en amar á la Señora, á pesar de su frialdad inflexible, que creían que esta era una ficción.

Apenas habían conocido á su madre, que murió poco tiempo después de darlas á luz.

Niñas habían sido libres y hasta un poco abandonadas; jóvenes eran también libres.

Nadie en el castillo se ocupaba de oponerse á sus deseos ni acciones.

El tío Juan tenía en ellas una confianza ciega. El señor de Penhoel no exigía de ellas otra cosa sino que por las noches y á raros y largos intervalos cantasen algunas canciones bretonas que ejecutaban acompañándose con sus arpas.

La Señora aparentaba fingir no pedirles nunca cuenta de su conducta.

Iban y venían siempre solas ó acompañadas por Enrique y Roger, que pasaban los días persiguiéndolas, no encontrándolas siempre, porque la existencia de Diana y Elena tenía también su parte misteriosa.

No tenían compañeras de su edad. Nada les llamaba la atención más en un punto que en otro; nada las retenía en el castillo á no ser el deseo de hacer compañía á Blanca, que las amaba tiernamente con todo el amor que ellas le manifestaban.

Eran los ídolos de las buenas gentes del país entre Redon y Carentoite. Se amaba á Blanca, pero en aquel cariño había más respeto que amor.

Nunca se la veía bastantes veces ni bastante cerca, mientras que no pasaba día sin que las gentes de las aldeas vecinas tuviesen ocasión de saludar á Diana y Elena.

Y Dios sabe que aquellos saludos eran de buen corazón, á pesar de llevar las niñas su traje de aldeanas.

Se las encontraba de día, y algunos decían que también de noche, cuando los pálidos rayos de la luna reflejaban en los argentados arroyos que serpaban por la llanura.

Pero estos eran cuentos de viejas en que entraba por mayor lo fantástico y lo imposible.

Lo que sí era cierto es que eran muy buenas, como su padre, el mejor de los hombres, y como su difunta madre, de quien nadie podía olvidarse, que eran más bellas que los ángeles que se veían sonreír en los cuadros de la iglesia, que en fin, se parecían mucho, según afirmaban los ancianos, á aquel hijo primogénito de Penhoel, hermoso y valiente como los héroes de las tradiciones antiguas.

En cambio Elena y Diana no habían sabido agradecer á ninguno de los de la *sociedad*.

El caballero y la señora Kerbichel, los tres vizcondes, la viuda Clara Sebinihic, las señoritas Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, su joven hermano

Numa y otros notables las consideraban con el mayor desden y desprecio.

La Romanza, Aria y Cavatina declaraban á cuantos querian oírsele, que aquellas pequeñas pordioseras sin casa ni hogar eran la verguenza del país.

Bailaban como endemoniados con sus jubones de cinco cuartos y sus gorros de percal. Montaban á caballo y galopaban como muchachos. Rascaban el arpa; en fin, y gracias á Dios, destrozaban antiguas canciones bretonas anteriores al diluvio.

Odio de artistas.

Las dos hermanas habian alzaprimado á las personas graves, que se callaban aguardando. El abogado Lehivain, llamado Macrocéfalo, las aborrecia por instinto. Mr. Roberto de Blois y su criado Blas las detestaban cordialmente: no habia una persona, incluso el mismo marques de Pontales, que no tuviese hacia ellas una aversion decidida.

Poco las inquietaba todo esto al parecer. Continuaban su vida solitaria, que se hubiera podido creer se ocupaba en alguna obra misteriosa, si la frivolidad de su edad y su inalterable alegría no hubiesen rechazado muy lejos esta sospecha.

Veíaseles en efecto siempre alegres, como si su conciencia hubiese sonreido sobre la bella frente de sus jóvenes fisonomías.

Enrique y Roger habian podido ver á veces en ocasiones muy raras nubladas sus frentes.

Tenian entonces poco mas de diez y ocho años. Ambas eran de esas naturalezas que es preciso es-

plicar porque no se las adivina. A pesar de su estremada juventud, llevaban una máscara sólidamente adherida al rostro. Esta máscara era su misma alegría.

En el tiempo en que las hemos visto en el salon de Penhoel proseguir con Roger de Launoy su infantil conversacion, no tenia nada de fingida su alegría viva y franca.

La familia era entonces feliz. La Señora tenia sin embargo alguna pena oculta: René mostraba á veces inquietudes y sospechas inesplicables; pero en suma, el único mal que conocian los huéspedes del castillo era el fastidio monótono y austero.

Sin embargo, todo habia cambiado. A aquella calma de la vida campestre en que la existencia es una larga apatía y en que se llega á la vejez antes de haber vivido, habia sucedido como una sorda tempestad.

Aparentemente no parecia excesivo este cambio. Apenas algunos vagos sintomas dejaban adivinar á las buenas gentes de los contornos la mortal fiebre á que caminaba la raza de Penhoel.

Pero tampoco se comprendia del todo la gravedad del mal.

Elena y Diana habian sorprendido por casualidad primero y luego por efecto de su voluntad terribles secretos.

Veian empeñada á su lado una lucha tenebrosa, cuyo resultado debia ser la ruina y la deshonor de los Penhoel.

Por una parte se reunían ligados por el interés Roberto de Blois, Mr. Le-Hivain, el anciano marqués de Pontalés y otros aliados subalternos, gentes todas activas, hábiles, audaces y con grandes ventajas ya conseguidas.

Por otra parte Mr. de Penhoel y la Señora. El señor del castillo no había sido nunca hombre de gran capacidad; pero estos tres años pesaban sobre él cual si fueran medio siglo. No era mas que la sombra de sí mismo.

La poca energía que en otras épocas conservaba se había gastado por el desaliento, y tambien por la costumbre de embriagarse, vicio en que se echaba con avidez cual si fuera un refugio contra la amargura de sus pensamientos.

Marta de Penhoel era al contrario un corazón altivo y valiente. En el primer momento se había colocado entre René y sus enemigos; pero en un momento dado había roto su resistencia repentinamente un golpe misterioso.

Hubiérase dicho que había cedido su valor ante un talismán irresistible.

No se defendía ya.

De manera que los golpes de los enemigos ligados contra Penhoel caían sobre un desarmado adversario.

La ruina avanzaba, avanzaba.

Era por demás extraño que el combate pudiese durar aún, y la caída de la casa de Penhoel se hu-

biera consumado mucho tiempo antes si una mano misteriosa, desconocida igualmente para vencedores como para vencidos, no hubiera ido á retardar mas de una vez el desenlace fatal del drama.

Elena y Diana se esforzaban en secreto. Eran jóvenes, estaban aisladas é ignoraban la vida; pero bajo su belleza graciosa había un valor viril.

Trabajaban infatigables y alerta en una obra que hubiera acobardado á los hombres mas esforzados.

Adivinaban el odio que en torno suyo derramaban; no les habían faltado los consejos, porque una voz profética en que tenían entera confianza les había dicho que al final de aquel combate desesperado se encontraba la muerte.

¡Tan jóvenes, tan encantadoras y morir!... ¡ellas que comenzaban á amar!...

Seguían su obra, hollando con sus plantas los temores.

A veces ¿qué joven no tiene sus horas en que el sueño querido va á acariciar su alma y á adormecerla?

A veces, entreveía Diana el porvenir dichoso con Enrique, y Elena con Roger: la debilidad de la mujer recobraba entonces su imperio; deslizábase una lágrima por entre las pestañas de sus hermosos ojos. Pero esto duraba poco; se abrazaban silenciosamente y aquel beso quería decir:

¡Pobre hermana! eres como yo; ¡le amas y no llevarás nunca á pertenecerle!

Entonces las hubiérais visto mudas, con la cabeza inclinada, pensativas y con los brazos estrechados.

Cuando se erguían, radiaba en sus infantiles frentes una intrepidez serena y tranquila. Se habían comprendido: era preciso combatir, y combatir solas, porque amaban demasiado para mezclar á Roger ó Enrique en aquellas sordas batallas en que se trataba de morir.

Y si hubiesen amado cien veces mas no se les hubiera ocurrido la idea de abandonar su obra.

Además, había momentos en que esperaban conseguir la victoria.

¡Cuánto placer entonces! Haber salvado á René, que había sido tan bueno para ellas, y que daba su pan al pobre anciano sin asilo; haber salvado á la Señora, que se moría sufriendo una angustia desconocida.

La Señora, su profundo y tierno amor! Haber salvado á Blanca, la pobre niña, el dulce ángel de Penhoel, sobre quien pesaba la amenaza común.

Cuando sentían esta esperanza no veían los inmensos obstáculos que era preciso vencer, y su corazón, embriagado, saltaba de alegría.

Esto era lo que las sostenía.

El valor, tan grande como puede suponerse, no hubiera bastado; necesitaban ilusiones y esperanza.

Y aquí su completa ignorancia de la vida y la sencillez que les mostraba en lontananza un camino abierto á través de lo imposible estaban pode-

rosamente ayudadas por la romántica naturaleza de su espíritu.

Todo desde su infancia había aumentado aquella predisposición que tenían á contar con lo maravilloso.

Eran de ese país en que las tradiciones son preciosos cuentos de hadas, y donde las imaginaciones tristes y poéticas procuran sin cesar levantar el velo que cubre las cosas sobrenaturales. Sus primeras noches habían sido mecidas por esas extrañas narraciones que aterran y encantan las cabañas bretonas. Ninguna demostración razonada había arrancado aquellos gérmenes, que al contrario, habían crecido en la libre soledad en que habían pasado su infancia.

Habían aprendido á leer en los antiguos libros de la biblioteca del castillo, que se componía casi en su totalidad de antiguos poemas y romances olvidados en el polvo. Benito Haligan las había tenido con mucha frecuencia en sus rodillas cuando eran pequeñas, habiéndoles referido con su voz profunda y su melancólica sonrisa las extrañas leyendas que ocupaban su memoria.

En fin, no había un solo recuerdo, hasta el de su tío, el primogénito de Penhoel, que no hubiese escotado extraordinariamente su joven imaginación.

Hablábase de aquella desaparición misteriosa, y se hablaba sin cesar. Para Diana y Elena era todavía una novela, pero una novela real que le estaba muy de cerca, sirviéndoles de puente hasta

cierto punto para llegar á creer todo cuanto decian los antiguos libros de la biblioteca.

A medida que habian pasado los años, se habia no obstante modificado su fe. El elemento inteligente y justo que habia en ellas habia rechazado poco á poco parte de lo imposible y de lo absurdo; pero el cariño á lo sobrenatural habia sobrevivido.

Habia un lugar en que el mundo se les aparecia en lontananza rodeado de un radiante prestigio. Habian soñado con él de dia y de noche. Veianlo á través de ese prisma fantástico que mostraba ya á los crédulos marineros de España los prodigios del Eldorado. Ese lugar era Paris.

No se podría decir con seguridad de dónde habian nacido aquellas ideas que de Paris se habian formado. Las habian adquirido en diferentes partes, recogiendo de uno una reseña y de otro una mentira. Habian escuchado además á las buenas gentes de los contornos, para quienes la gran ciudad era un pueblo mas lejano y mas inverosímil que la América en tiempo de Cristóbal Colon: habian interrogado á la biblioteca, cuyos manuscritos un poco exagerados les prestaban algunos datos. Además, entre los arrieros de los contornos habia dos ó tres que se enorgullecian de haber pasado quince dias de su vida en la capital del mundo civilizado.

Además, los arrieros que han hecho el gran viaje, tienen una manera especial de exagerar sus impresiones y de desfigurar la verdad.

Elena y Diana hubieran podido adquirir esactos pormenores de Roberto de Blois, de Blas y de los dos Pontalés; pero una repulsion enérgica las alejaba de estos últimos, y Roberto, á quien se veian obligadas á ver todos los dias, gustaba de inventar fábulas y mas fábulas.

Tambien el jóven pintor Enrique de Moreau acostumbraba hacer lo mismo; pero no era por flujo de mentir ó por espíritu de engañar: desde que se trataba de Paris brillaba y se animaba la mirada de las dos hermanas. Enrique las veia escuchar con una atencion tan apasionada, que á su vez se entusiasmaba hablando.

Los colores del cuadro se pintaban entonces bajo las palabras del jóven. Tambien él amaba a Paris, y su recuerdo tenia ojos de veinte años. A pesar suyo, desaparecia la verdad bajo un manto de poesía.

Tantas nociones diversas se mezclaban y confundian en la memoria de Diana y Elena. No olvidaban ninguna, conservándolas celosamente como un tesoro.

Ningun medio tenian de distinguir lo verdadero de lo falso. Por mucho que pudieran penetrar sus miradas, no existía en torno suyo ningun punto de comparacion.

La ciudad mas grande que en su vida habian visto era Redon, ciudad de dos mil almas.

Preciso era que su imaginacion saltara por sobre todas las cosas conocidas para llegar á la idea de

Paris, y esactamente en estas condiciones particulares es cuando se exalta la imaginacion, pudiendo ensancharse hasta lo infinito en el horizonte de los sueños.

Paris era para ellas el infierno y el paraíso; en él eran posibles todos los milagros.

Aquel era el gran tesoro del mundo, donde cada uno iba á agotar, en proporcion á sus fuerzas, su génio y su belleza.

Lo que en cambio se pedia al génio, la belleza y la fuerza, era lo que ignoraban, pues nunca se habian cuidado de aprenderlo.

Sus ojos se deslumbraban contemplando aquel mágico reino de gloria y de riqueza.

Con no poca frecuencia pensaban en la felicidad de los que podian luchar y vencer en aquella espléndida arena. Allí se hacian las gentes ricas, poderosas; se podian acercar al rey, de quien oian hablar con religioso énfasis, y cuyo poder les parecia igual al de un Dios.

Se llegaba pobre y se salia cargado de oro.

Y se estremecian sus manos de envidia al pensamiento de aquel oro, conquistado no para ellas, pobres niñas, sino para Penhoel, á quien nunca olvidaban sus leales almas.

¡Ay! habia tanta distancia desde Glenac á Paris! Y luego hubiera sido preciso abandonar su empresa, desertar del puesto que se habian señalado, dejar á su padre, á Marta, al Angel, á quien querian defender y proteger.

¡Era imposible!

Sin embargo, no dejaban de pensar en ello nu momento, porque á su edad no detiene ni la imposibilidad el deseo; alimentaban con cariño aquellas locas ideas, y les parecian ser el colmo de la sabiduría: sobre bases sencillamente insensatas construian hermosos planos razonables.

Y como habian oido decir que el arte era un medio seguro de vencer en aquel gran torneo, tan confuso y tan brillante á su parecer, abandonaban sus lechos mucho antes de despuntar el alba, para deslizarse en el salon de Penhoel y buscar con ardor en sus arpas una voz acorde.

—¡Pobres niñas!.... Las provincias están llenas de aspiraciones con menos candor ignorante y algunas nociones mas sobre los misterios de la vida parisiense.

Y los cien caminos que desembocan en la ciudad inmensa conducen diariamente muchas vírgenes arrastradas por la ardiente y vaga esperanza. Son jóvenes hermosas; el porvenir es inmenso, la vida sonrie delante de ellas. ¡Cuántas van á quedar muertas en el campo de batalla! ¡Cuántas volverán sobre sus pasos destrozadas con la verguenza en la frente y en el corazon!

Tienen razon las madres cuando en las aldeas dicen trémulas y pálidas:

“Paris es un mónstruo que devora á las jóvenes.”

.....

Elena y Diana habian entrado sin causar ruido en la habitacion del Angel; iban á saber é informarse si el accidente del baile habia tenido consecuencias.

Nada vieron al trasponer el dintel de la puerta, porque la habitacion estaba únicamente alumbrada por los reflejos de la iluminacion del jardin; pero mientras que avanzaban apoyadas en las puntas de los piés, habian oido la respiracion penosa y oprimida de la Señora.

Se habian detenido cerca del sillón en que Marta de Penhoel se habia dejado caer despues de haber dejado dormida en el lecho á Blanca.

Marta se creia sola y no detenia las desoladas palabras que salian de su boca entre los sollozos.

Elena y Diana tenian los ojos llenos de lágrimas. Escuchaban, no atreviéndose á retirarse ni á sacarla de su doloroso desvarío.

Habíanse arrodillado, y únicamente cuando Marta se descubrió el rostro fué cuando anunciaron su presencia posando los labios sobre sus manos pálidas y frias.

El primer movimiento de Marta de Penhoel fué de espanto.

Se estremeció, dando un grito ahogado.

—¿Hace mucho tiempo que estais aquí? murmuró; ¿he hablado?

Las dos hijas del tio Juan oprimieron sus manos contra su corazon

—Dios nos libre de sorprender vuestros secre-

tos, señora, respondió Diana con voz triste y dulce; únicamente hemos oido que deciais: Estoy sola, no tengo nadie que me ame ni que me defienda. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡vos nunca pensais que estamos nosotras, que os amamos tanto que quiéramos dar por vos nuestra vida!





LA PUNTA DEL VELO.

Elena y Diana fijaban sobre la Señora sus ojos húmedos. Su alma toda entera se reflejaba en aquella mirada.

Habia al contrario sobre el rostro de Marta de Penhoel duda y temor.

Cualquiera que hubiese asistido á aquella escena sin conocer el fondo del corazón de Marta, se hubiese preguntado seguramente por qué había tan obstinada frialdad en aquella mujer tan generosa y tan buena para con las dos pobres niñas que parecían implorar cada día de rodillas un poco de ternura.

Que Marta prefiriese su hija á ellas no podía extrañarlo nadie; pero también amaba al tío Juan: ¿por qué aquella frente se ponía severa y helada siempre que las hijas del buen anciano se aproximaban á ella?

Esto no podía ser un mero capricho. Las buenas lenguas de la sociedad decían que la Señora estaba celosa, y que rabiaba, según la expresión de las tres gracias Babuin, al ver á las *pequeñas pordioseras* exceder en belleza á la heredera de Penhoel: era el medio de sospechar un sentimiento tan bajo en la elevada y digna alma de Marta.

Sin embargo, había motivo para estar celosa; el Ángel de Penhoel merecía efectivamente su nombre. Imposible sería soñar un rostro más original y celeste. Pero en la regularidad misma de aquella fisonomía exquisita se engendraba un poco de monotonía. El conjunto de aquellas facciones revelaba una languidez perezosa que se encontraba en el paso, en las posturas, en todo.

En las hijas del tío Juan por el contrario, todo era fuerza, movimiento, vida, juventud. Sus talles esbeltos y finos tenían una elasticidad llena de vigor. Eran vírgenes robustas y atrevidas que podían sentarse de un salto en la grupa de un caballo del país y correr saltando matas y empalizadas sin otro freno que la salvaje crin de sus monturas. Eran también vírgenes tímidas, vivas á sonreír y prontas á ruborizarse, burlonas á veces, amantes siempre, fogosas en buscar el placer.

y ardientes en perseguir el misterio desconocido de la vida.

Románticas y alegres á la vez, sensibles hasta el exceso é impávidas en ocasiones dadas como el hombre mas valoroso, buenas hijas, sencillas, francas, con el corazon en la mano y dignas sin embargo quanto debian serlo, verdaderas Penhoel, sabiendo erguir sus cabezas arrogantes y poner no sé qué desden victorioso en sus encantadoras sonrisas.

¡Y si las hubiéseis visto! ¡Qué verdadera y escogida elegancia en sus sencillos trajes de aldeanas! A pesar de sus jubones cortos, de sus zapatos de lazo, á pesar de sus gorritas de percal sin cintas ni encajes que podian apenas contener la pródiga riqueza de sus cabelleras, era imposible desconfiar de ellas. Eran señoritas. ¿Dónde habian adquirido aquella gracia noble y elegante, aquel encanto indecible que se respira como un perfume, y que no se puede definir, aquellas maneras, para usar otra vez el lenguaje de las tres señoritas de Babouin?

No se sabia.

Preciso era cerrar los ojos ó confesar que eran adorables, y que ninguna jóven habia poseído nunca mas francas seducciones, atractivos mas castos, ni mas brillante y sencillo poder de seducir los corazones.

Y sin embargo, no habia en torno suyo esa multitud de adoradores que rodea á las bellas. Roger amaba á Elena, Enrique á Diana; á esto se reducía

todo. Los otros jóvenes de la comarca eran buenos muchachos que querian casarse con *algunos escudos* para vivir y envejecer cual honrados crustáceos en los gruesos zapatos de sus abuelos.

Además, Elena y Diana no poseian una pulgada de tierra: por consecuencia, no podian aspirar á los señores de Glenac, de Carentoir y de Bains, que tenian derecho á exigir algunas.

En todo lo que acabamos de decir hemos hablado de ellas colectivamente; sin embargo, existian grandes diferencias; parecianse en cuanto al corazon, pero sus rostros y su imaginacion diferian mucho.

Diana era mayor que su hermana, mas seria y tal vez mas bella. Sus hermosos cabellos de castaño oscuro se rizaban en torno de su frente arrogante y pensativa, que adquiria una aureola de gracia irresistible á la menor sonrisa. Sus grandes ojos pardos, que la alegría hacia dulces, perdian en el vacío su velada mirada. Habia en sus facciones entre los indicios de una sencillez casi infantil, una inteligencia viva y fuerte, y sobre todo, una voluntad viril.

Elena reflexionaba menos y reía mas. Tenia esos ojos de un azul oscuro que alegran y animan la vista. Su fisonomía espresaba la alegría unida á una petulancia fogosa.

Cuando se las veia separadas advertia la vista una semejanza extraordinaria; cuando se encontraba á una despues de la otra desaparecia esta semejanza,

admirándose de buscar en vano lo que se creía haber visto antes. Es que estaban en cierto modo, como ya lo hemos dicho, separadas por un tipo común al que se acercaban por diversos lados de sus rostros. Y no se podía compararlas á aquel tipo, que no existía.

Arrodilladas como estaban en aquel momento á los lados del sillón de la Señora, hubiera buscado inútilmente la imaginación en las hermosas facciones de Marta ese lazo misterioso de que hablamos; pero Marta no se parecía á ninguna de las dos jóvenes: no era Penhoel mas que por la alianza.

Diana y Elena tenían siempre sus manos estrechadas contra su pecho: la señora guardaba silencio; sus ojos permanecían bajos y su frío continente no la abandonaba.

—Seríamos tan felices sacrificándonos por vos! . . . replicó Diana.

—¡Morir! . . . ¡sacrificaros! . . . murmuró Marta de Penhoel: ¡qué ideas tan estrañas teneis, hijas mías!

Y añadió, procurando dar á su voz un acento de broma:

—Cualquiera diría que os criáis en alguno de esos antiguos castillos en que los terribles caballeros de vuestras novelas encadenan y atormentan á sus pobres víctimas.

—Os vemos llorar con tanta frecuencia. . . . interrumpió Diana.

La Señora retiró su mano.

—Sois muy curiosas, hijas mías, dijo con sequedad, y advierto que veis muchas cosas que no debierais.

Elena se ruborizó herida; la frente de Diana palideció.

—Es preciso que nos perdoneis, dijo ésta con tono sumiso: cuando estais triste, creemos que nos pertenece vuestro sufrimiento. . . . ¡Ah! ojalá fuerais feliz; respetariamos vuestra felicidad! . . .

La emoción comenzó á dejarse ver bajo la frialdad de Marta. La mirada se deslizó á pesar suyo por entre sus párpados medio cerrados, repartiendo entre las dos jóvenes una furtiva ojeada.

Diana y Elena no se atrevían á levantar sus ojos. La bella frente de Elena se turbó otra vez con ese vivo encarnado que sube del corazón.

La fisonomía de Diana no espresaba mas que respeto y dulzura.

Pero cualquiera que fuese la diferencia de sus impresiones presentes, el cariño igual y profundo que habia en el fondo de su alma se leía á través del rencor infantil de Elena como sobre la bella paciencia de Diana.

Elena no habia hablado todavía. Diana, que adivinaba en los lábios de su hermana una palabra de queja pronta á salir de ellos, la detuvo con un gesto y dijo:

—Si nos engañamos, señora, lo que Dios quiera, os suplico que no os enfadeis con nosotras.

Mientras que tenían los ojos bajos, se inclinó há-

cia ellas Marta de Penhoel y las besó en la frente.

Se estremecieron: Elena no pudo detener un grito de alegría.

—Pobres niñas.... dijo Marta.... Pero, creedme, gozad en paz de los placeres de vuestra edad. A veces los años de ventura son muy cortos y escasos para nosotras las mujeres!....

¿Quién sabe si mañana comenzareis a pensar y a sufrir?....

Hasta entonces, pobres hijas mías, no intentéis adivinar una pena que no podríais aliviar.... Su día llegará para vosotras como para todos, hijas mías, añadió con mas tristeza; ¿por qué adelantarlo? ¿teneis tanta prisa por sufrir?

—Os amamos, respondió Diana.

Marta retiró aquella de sus manos que la joven estrechaba, para llevarla lentamente á su frente, como se hace cuando la jaqueca aguda y pesada molesta la cabeza.

—Os amamos, repitió Diana, y por esa razon ha llegado para nosotras la hora de pensar y sufrir.

Sus párpados no se bajaban ya, y sus grandes ojos se fijaban húmedos en Marta de Penhoel.

Elena dejaba hablar á Diana porque le parecia que era su propio corazón el que hablaba.

Conocía que era muy aturdida para arriesgar una palabra ante aquella pobre mujer que hacia sombría y glacial el peso de su desgracia; pero interiormente envidiaba á su hermana, compensando

su silencio la celosa con tener sus labios pegados á la mano de la Señora.

Esta no habia querido sostener la mirada de Diana, que era una pregunta muda.

—Me ereeis muy desgraciada!.... murmuró bajando á su vez los ojos.

Y como Diana tardase en responder, repitió en voz muy baja Elena:

—¡Sí, muy desgraciada!

La Señora le retiró su mano.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó, recobrando su acento frio y seco.

La pobre Elena se sonrojó y siguió guardando silencio.

—¡Me espiais!.... replicó Marta.... he creído advertirlo mas de una vez.... Os prohibo que me espieis.

Una lágrima surcó las mejillas de Elena.

Diana proseguia mirando á la Señora con sus grandes ojos tristes y dulces.

—Si me amais, prosiguió Marta, que cambió otra vez de tono, os suplico, hijas mías, que no intentéis averiguar!....

—¡Oh! señora, señora.... interrumpió Elena anegada en llanto.... quereis quitarnos hasta la posibilidad de defenderos!....

Marta se irguió mas inquieta.

—¡Y Blanca! prosiguió Elena, que no veía las señas que su hermana le estaba haciendo; nuestro pobre Angell.... ¡Ay! ¿Se tiene necesidad de es-

piar cuando todo aquí amenaza y habla de desgracia?

Marta dirigió una mirada furtiva hácia el lecho en que dormitaba tranquilamente Blanca.

—¿Sabeis pues algo? pronunció en tono tan bajo que apenas pudieron entenderlo las jóvenes; ¿sabeis algo acerca de Blanca de Penhoel?

—Sí... respondió Elena.

—No, replicó Diana con acento algo imperativo.

Elena detuvo las palabras que iban á escaparse de sus lábios. Las dos hermanas se amaban demasiado para que entre ellas no hubiese una igualdad perfecta: sin embargo, á causa de esa misma ternura, reconocia gustosa Elena la prudencia superior de Diana, no negándose nunca á dejarse guiar por ella.

Cuando Elena se dejaba arrastrar por la viveza de su naturaleza, bastaba siempre una palabra de Diana para contenerla.

La atencion de la Señora estaba sin embargo excitada vivamente. Esperaba con los ojos fijos en Elena. Como ésta guardase silencio, volvió Marta hácia Diana su mirada, en que habia desconfianza mezclada de reprension.

—Vuestra hermana iba á confesarme la verdad... dijo... sois muy esperta en buenas protestas, Diana... pero es preciso no creeros siempre...

Elena, que proseguia de rodillas, se levantó coloreada la frente. Arqueáronse sus hermosas cejas.

—¡Oh!... dijo conteniendo su voz; si otra que vos acusara á mi hermana de mentira...

Marta de Penhoel se sonrió ligeramente al ver el entusiasmo de aquel ardiente afecto.

—¡He hecho mall murmuró... y teneis razon en acusarme, hijas mias.

Tendió sus manos á las dos hermanas. Elena se habia vuelto á poner de rodillas.

La delicada inteligencia de Diana le decia que era preciso, sin embargo, una explicacion á aquel sí y á aquel no salidos al mismo tiempo de sus lábios y de los de su hermana.

—¡Qué hermoso es el rostro de nuestro Angel en su sueño! dijo, dirigiendo á su prima una mirada amiga y tiernamente protectora. Nosotros no tenemos derecho á decir que la amamos tanto como vos, puesto que sois su madre... pero Elena, que calla ahora tímida, sabe hablar mejor que yo cuando estamos las dos solas... ¡Cuántas veces ha deseado que Dios dividiese en dos partes nuestro porvenir, y que para nuestra querida Blanca pudiese guardar todas las felicidades y todos los placeres... Hace poco nos preguntábais si sabiamos algo acerca de ella... mi hermana ha respondido que sí... Es que nuestros oidos escuchan desde muy lejos cuando se habla de Blanca de Penhoel... ¡Ah! creednos, señora; esto no es vana curiosidad: cuando se habla del Angel ó de su madre, es nuestro corazon el que escucha... Nosotras no sabemos otra cosa mas que lo que se dice entre las bue-

nas gentes del país y aun en el mismo salón de Penhoel.

—¿Y qué se dice? preguntó Marta.

—Se dice que el Ángel es una niña hermosa, dulce y tan buena como el nombre que se le ha puesto; pero se habla de una desgracia misteriosa que pesa sobre la cabeza de Penhoel. En los salones se murmura, en las granjas se entristecen, porque las buenas gentes recuerdan todos los beneficios hechos al país por las manos de Penhoel desde nuestros más remotos antepasados, que poseían toda la comarca, hasta nuestro tío Luis, á quien Dios proteja en su desierto!

—El porvenir no pertenece á nadie, murmuró Marta; ¿pero en la actualidad no se dice que la hija de René de Penhoel es rica y feliz?

Diana movió la cabeza lentamente, guardando silencio.

—¡Responded! replicó la Señora. . . . Os lo suplico. . . . ¡lo quiero!

—Son vagos rumores, replicó al fin Diana: se dice que el porvenir oscurece ya el presente. . . . se dice en efecto que Blanca es hoy rica y feliz. al menos se sabe con seguridad que lo era ayer. . . . y todos se preguntaban si lo será mañana.

Marta estaba pálida.

Su voz temblaba cuando preguntó de nuevo:

—¿Y en qué se fundan esos rumores, hija mía?

—En los salones nadie lo dice, contestó Diana:

en las granjas se repite que el día en que los estraños penetraron en el castillo fué un día de maldición y desgracia.

—¿Lo que pasa aquí se ha hecho ya la fábula del país? murmuró Marta, mientras que la vergüenza coloreaba fugitivamente sus mejillas.

—Somos vuestras sobrinas, respondió la joven, y todos nos hablan con respeto únicamente por vos. . . Se limitan á decirnos que ese hombre y esa mujer son la causa de todo el mal. Ella es la que arrastra á nuestro tío á su ruina, él quien ha traído al castillo al enemigo mortal de nuestros padres. . . . Pontalés, cuyo hijo hablaba cual si fuera poseedor de los bienes de Penhoel!

Diana se detuvo.

Marta parecía dudar y hacer sobre sí un esfuerzo penoso.

—¿Y el nombre de ese hombre? dijo bajando los ojos. ¿No sabéis si ha pronunciado alguna vez á la par el mio?

—En el salón tal vez. . . . ¿entre los antiguos vasallos de Penhoel? ¿quién se atrevería á adunar el nombre de un hombre detestado como el demonio al de la mujer que todos veneran al igual de una santa?

Otra pregunta quería salir de los labios de la Señora. Diana lo adivinó, respondiendo en voz baja:

—Acerca de esto nunca he oído nada. . . . pero Elena. . . .

Marta se volvió vivamente hácia esta última.

—¡Son calumniadores! exclamó la joven, calumniadores é infames. No he podido comprender bien sus palabras, pero he aquí todo lo que dicen.... El señor de Penhoel no puede negar nada á Mr. Roberto, y Mr. Roberto quiere que el Angel sea su mujer.... Hasta aquí he podido comprender; pero añadan.... la Señora se encuentra en el mismo caso que su esposo y no puede decir que no. Sin embargo, como es orgullosa y las mujeres desafían todo algunas veces cuando se trata de sus hijos, se ha compuesto Mr. Roberto de modo que Marta de Penhoel no pueda hacer otra cosa que poner entre las manos de Mr. de Blois la de Mlle. Blanca.

—El es, murmuró Marta sin saber lo que hablaba.

Sus ojos estaban fijos y sus frias manos temblaban entre las de las dos jóvenes.

Levantóse bruscamente, acercándose al lecho de Blanca.

Por un momento contempló el rostro tranquilo y puro de la niña, que parecia sonreír.

—Venid, dijo con voz breve y sorda.

Elena y Diana se levantaron obedientes.

—¡De rodillas! replicó Marta.

Las dos hermanas se arrodillaron.

Marta añadió:

—¡Orad!....

Luego dijo con exaltacion:

—Orad desde el fondo del corazon y de una manera que no háyais rezado nunca! Decís que me amais.... ¡que querriais dar por mi vuestra sangre y vuestra felicidad!... Pues bien; pedid á Dios que tome vuestra vida y vuestra felicidad con tal que mi hija sea feliz.

Diana y Elena unieron sus manos, repitiendo desde el fondo del corazon la plegaria que les habia dictado Marta.

Esta apoyaba su frente, bañada de sudor, en la colcha del lecho, murmurando en medio de sus desgarrados sollozos:

—¡Todo por ella! ¡Dios mio! ¡Todo por ella!... ¡Tened piedad de mi hija!

Cuando se levantó estaban sus ojos secos y un vivo carmin coloreaba su rostro.

Diana y Elena la examinaban con inquietud á hurtadillas.

Parecíales ver en sus ojos una especie de enajenacion mental.

La Señora seguia contemplando á Blanca, pero friamente y como si no supiera lo que se hacia.

—Vuestra vida!.... dijo al fin con voz conmovida, vuestra sangre y vuestra felicidad!.... ¡Todo por ella!.... Todo.... ¿Y por qué?

—¡Porque es vuestra hija! murmuró Elena.

—¡Mi hija!... repitió Marta, que parecia no comprender.

—Porque es amada, añadió Diana con tristeza, y porque nosotros no lo somos.

Marta le dirigió una mirada tan estraña y brillante, que las dos jóvenes se estremecieron hasta el fondo del alma.

—¡No sois amadas!.. pronunció Marta con acento de queja y dulce á la par: es verdad; pobres niñas.... ¡no sois amadas!

Una sonrisa indefinible acudió á sus rojos labios; las atraj de pronto hácia sí con ternura; luego con un gesto de vehemente pasión estrechó á las dos contra su pecho.

—¡Oh!... ¡oh!... dijo cubriendo de besos sus frentes unidas.

Luego añadió á pesar suyo:

—¡No sois amadas! exclamó con locura, ¡no sois amadas! ¡oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgraciada me habeis hecho!...

Diana y Elena permanecieron mudas de admiración. Abrian sus grandes ojos para mirar á Marta, cuyas mejillas se cubrian de un carmin ardiente y cuyos ojos despedian fuego.

En su sorpresa habia terror como tambien vagas esperanzas.

Sentian palpar con violencia el corazón de la señora, cuyos brazos temblaban.

—¡Escuchadme!... replicó Marta.... ha llegado el momento. Es preciso decirlo todo.... ¿Se sabe cuál de las tres niñas de Penhoel es la mas querida?

¡Escuchad!... ¡escuchad!... los ojos de la pobre mujer han derramado lágrimas, y sangre su cora-

zon. ¿Cuando dormís habeis visto alguna vez á vuestra madre en sueños?

Diana procuraba comprender.

Elena escuchaba como si oyera una fantasía....

Antes que hubiesen podido responder replicó Marta con voz sorda y perdiéndose cada vez mas sus miradas en el vacío:

—¡Pobre mujer!.. ¡pobre mujer!.. escuchad....

Se interrumpió: su boca permaneció entreabierta. Las dos jóvenes, que esperaban, la sintieron vacilar. Su rostro se cubrió de pronto de una palidez lívida.

Las jóvenes no tuvieron mas tiempo que el preciso para sostenerla.

Se dejó caer débil y privada de sentimiento entre sus brazos.

Diana y Elena la colocaron en un sillón. No habia perdido la respiración, pero hubiera podido decirse que estaba muerta; hasta tal extremo estaba su cuerpo inmóvil y helado.

Durante algunos minutos le prestaron toda clase de socorros las dos hijas del tío Juan. Al cabo de este tiempo exhaló el pecho de la señora un prolongado suspiro y se fijaron sus ojos en Diana y Elena, que interrogaron con espanto su rostro.

—Estais aquí.... dijo; ¿por qué no habeis ido á bailar?

Su voz era tranquila y fria.

Las dos jóvenes no sabian qué responder.

—¿Se ha concluido ya el baile? preguntó.

Entre la frialdad presente y la fiebre que antes había sufrido, había un contraste extraño. Evidentemente no recordaba nada.

Diana hizo un esfuerzo; tomó la mano de Marta y la besó respetuosamente.

—Hace mucho tiempo que estamos aquí.... murmuró.... hablábamos de vos y del peligro que amenaza a vuestra hija.

Marta sonrió con incredulidad.

—¿Hablábamos de eso?.... repitió.... ¿un peligro á Blanca?... ¿Quién será tan cruel que haga daño á una pobre niña?

Volvióse hácia el lecho del Angel, cuyo tranquilo sueño no había sido interrumpido.

—¡Peligros!.... repitió tocando con el dedo la mejilla de Diana con una sonrisa protectora y distraída.... Las jóvenes se forman siempre ideas inverosímiles.... Id á reír y bailar, hijas mías.... Solo en vuestras cabezas hay peligros y misterios!....

Ya está curada nuestra Blanca.... Id á decir á los músicos que toquen las danzas mas alegres.... Puesto que Penhoel da el baile, es preciso que se diviertan sus huéspedes.

XX.

BAJO LA TORRE DEL PRIMOGENITO.

Elena y Diana acababan de abandonar la habitación del Angel. Marchaban juntas sin hablar, á lo largo de los corredores del castillo. El menor soplo del viento agitaba el follaje y las iluminaciones del jardín permanecían intactas.

Desde las ventanas de la galería se podía ver prolongadas líneas de luces que señalaban las calles de árboles y el círculo mas brillante del salon de césped.

Oíase en esta última direccion como un ruido de gorgoritos desafinados dominado por gritos desgaradores é insensatos.

Entre la frialdad presente y la fiebre que antes había sufrido, había un contraste extraño. Evidentemente no recordaba nada.

Diana hizo un esfuerzo; tomó la mano de Marta y la besó respetuosamente.

—Hace mucho tiempo que estamos aquí.... murmuró.... hablábamos de vos y del peligro que amenaza a vuestra hija.

Marta sonrió con incredulidad.

—¿Hablábamos de eso?.... repitió.... ¿un peligro á Blanca?... ¿Quién será tan cruel que haga daño á una pobre niña?

Volvióse hácia el lecho del Angel, cuyo tranquilo sueño no había sido interrumpido.

—¡Peligros!.... repitió tocando con el dedo la mejilla de Diana con una sonrisa protectora y distraída.... Las jóvenes se forman siempre ideas inverosímiles.... Id á reír y bailar, hijas mías.... Solo en vuestras cabezas hay peligros y misterios!....

Ya está curada nuestra Blanca.... Id á decir á los músicos que toquen las danzas mas alegres.... Puesto que Penhoel da el baile, es preciso que se diviertan sus huéspedes.

XX.

BAJO LA TORRE DEL PRIMOGENITO.

Elena y Diana acababan de abandonar la habitación del Angel. Marchaban juntas sin hablar, á lo largo de los corredores del castillo. El menor soplo del viento agitaba el follaje y las iluminaciones del jardín permanecían intactas.

Desde las ventanas de la galería se podía ver prolongadas líneas de luces que señalaban las calles de árboles y el círculo mas brillante del salon de césped.

Oíase en esta última direccion como un ruido de gorgoritos desafinados dominado por gritos desgaradores é insensatos.

Era Mite. Eloisa Babouin--des--Roseaux--de--l'Etang, que cantaba su gran trozo de ópera con acompañamiento de guitarra.

Al escuchar estos prodigiosos clamores no hubiera podido menos de concebir un extraño ideas siniestras, y creer en algun atentado cometido en las cereanias; pero las dos hijas del tio Juan no podian desconocerlos: conocian demasiado la voz de la mas joven, de la mas tímida de las gracias....

En lugar de obedecer las órdenes de la Señora, regresando al jardín para volver al baile, bajaron la escalera que conducia al patio: los criados estaban en la pradera; la cocina y el zaguan se encontraban desiertos.

Diana y Elena salieron del castillo sin ser apercebidas por la puerta del patio.

Esta salida daba solo al camino accesible á los carruajes y podia conducir desde Port-Corbeau á Penhoel. Bajaba la montaña haciendo revueltas para evitar la pendiente, y cortaba en dos puntos diferentes la espesura de los castaños.

Diana y Elena siguieron el camino, que costaba durante unos cien pasos aquella robusta y gótica muralla que terminaba por una parte en la torre del Primogénito, y por la otra servia de terrado á los jardines de Penhoel.

Gaminaban lentamente perdidas en sus profundas reflexiones. Ninguna de ellas habia interrumpido todavía el silencio.

Pensaban en lo que acababa de suceder en la ha-

bitacion del Angel. Muchas veces ya habian sorprendido el dolor de Marta de Penhoel; pero habia mucha distancia entre lo que hasta entonces habian visto y lo que acababan de oír y ver.

¡Cuánta distancia habia de las lagrimas silenciosas y resignadas de Marta á aquel súbito trasporte, á aquellas vehementes palabras, á aquel delirio!

¿Y qué significaban aquellas palabras?

¿Qué habia en el fondo de aquella misteriosa desesperacion, cuyo objeto aparente no era ni el peligro de Blanca ni la próxima ruina de Penhoel?

Por un momento habian podido creer que aquella angustia tenia relacion con ellas, con Elena y Diana.

¿No habia sido al estrecharlas contra su corazón con frenesí cuando Marta habia pronunciado aquellas extrañas palabras?

Las pobres niñas, que mendigaban diariamente de rodillas alguna caricia, habian podido creerse un instante adoradas con la pasion de la misma Blanca.

Pero no habia sido mas que un instante. Despues de aquel ardiente beso que las habia renido en el palpitante seno de Marta, ¡qué palabras tan frias, qué sonrisa tan glacial!

Por muy acostumbradas que estuviesen á la indiferencia, pareciales que aquella vez habian sido despedidas con mas desden que de ordinario.

¿Qué creer? Elena habia comenzado á dar tortura á su imaginacion, pero en vano: la misma Dia-

na perdía el esfuerzo de su inteligencia precoz y clara al querer levantar el velo.

A veces creía entrever la palabra del enigma; pero era una cosa tan inverosímil, tan imposible!...

Diana rechazaba la suposición admitida, caía en la mas profunda de sus dudas, y se encontraba enfrente del problema insoluble.

¿Qué pensar?

Nada ¡ay! sino que la Señora además de los dolores que ellas habían ya adivinado, tenía otra tortura mas misteriosa todavía y de que no esperaban podería curar.

Marchaban con la cabeza inclinada; sus manos estaban unidas, y á pesar de que no hablaban una sola palabra, se respondían sus pensamientos.

En el momento que llegaban bajo la parte de las antiguas fortificaciones que servían entonces de terraza a los jardines del castillo, se detuvieron ambas por un movimiento brusco y comun.

Escucharon.

Varias voces se dejaban oír sobre la terraza y llegaban hasta ellas algunas palabras.

Levantaron la cabeza.

La inclinación de la muralla les ocultaba las iluminaciones del jardín; los mil fuegos encendidos á lo largo de las calles de árboles iluminaban la atmósfera espesa y pesada.

Había como un fondo luminoso detrás de la línea negra de la terraza.

Sobre aquel fondo vieron Elena y Diana desta-

carse dos cabezas conocidas. Eran Enrique y Roger, que proseguían la conversacion comenzada en el jardín.

Ya sabemos que los nombres de las dos hijas del tío Juan mediaban con mucha frecuencia en su diálogo.

Diana y Elena no pudieron escuchar el sentido de las palabras, pero oían pronunciar sus nombres.

Eran muy jóvenes. A la edad que tenían se necesita muy poco para hacer una decepcion de las cosas mas graves.

Al verse así escuchando por casualidad, volvió á apoderarse de ellas su natural alegría. Cuando el que hablaba era Roger, asomaba á los labios de Elena una sonrisa. Cuando se dejaba oír la voz de Enrique se reanimaba á su vez la fisonomía de Diana.

Ambas amaban. Tal vez amaban mas de lo que ellas mismas creían.

Hacia ya muchos minutos que estaban allí escuchando y procurando coordinar con la mayor alegría las palabras y frases que hasta ellas llegaban, cuando Enrique y Roger apoyaron los codos sobre la balaustrada de la terraza.

Las dos jóvenes se acercaron mas al muro, ocultándose entre las ramas de espinos y malezas que adornaban los cimientos. Desde esa nueva posición podían oírlo todo.

Cuando Enrique anunció su partida para París,

un grito doloroso de admiración se escapó del pecho de Diana.

Este grito fué oído por Enrique y Roger, que se inclinaron con presteza sobre la balaustrada: pero ya se perdían las dos jóvenes tras las ramas de la espesura.

Diana corría arrastrando tras sí á su hermana á través de los grupos de castaños. Hubiérase podido creer que tenía un objeto, objeto á que necesitaba llegar á todo trance.

Sin embargo, no sabía á dónde iba.

Elena la seguía en silencio.

Fué atravesando la espesura en pocos momentos.

Las dos hermanas se encontraban al otro extremo de la casa, al final de la antigua muralla y bajo la torre del Primogénito, cuyos terreones se destacaban sobre sus cabezas.

Diana se detuvo falta de aliento. Llevó la mano á su abrasada frente y luego al corazón, que latía dolorosamente.

—¿Has oído? murmuró.

—Sí, respondió Elena; ¡pobre hermana mía!

Quiso tomarle la mano; Diana se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Mañana! decía anegada en llanto.... dentro de algunas horas le veré por última vez. ¡Oh! ¡cómo le amo! Ayer hubiera creído poder sonreír al hablar de su partida.

—Si le dijeras que se quedase, murmuró Elena, se quedaría.

Diana guardó silencio.

Las dos hermanas permanecieron abrazadas un instante; luego se irguió Diana repentinamente. Enjugó sus hermosos ojos, en que brillaban algunas lágrimas.

—¡No! ¡no! dijo.... no le pediré que se quede.... En torno nuestro no hay mas que desgracia.... y eso nos pertenece exclusivamente por ser las hijas de Penhoel.... ¿Por qué hemos de hacérsela compartir á los que amamos?... ¡Que parta!.. ¡debe olvidarme! ¡Si Dios oye mis ruegos será muy feliz!....

Mientras que así hablaba, su hermosa cabeza inteligente y pensativa se apoyaba sobre su pecho. Había en su voz un acento profundo de tristeza.

Sentía entonces tal vez por la primera vez que había entregado gustosa todo su corazón.

Elena pensaba también en sí, reflexionando que Roger á su vez podría también partir.

Buscaba en vano alguna buena palabra de esperanza y de consuelo. Diana rompió la primera el silencio.

Había cambiado su voz. Una firmeza grave reemplazaba su anterior melancolía.

—No estamos aquí para ocuparnos de nosotras, dijo. Enrique es joven y fuerte.... el porvenir se abre ante él. ¡Dios le asista!.... cerca de nosotros hay débiles que proteger y defender..... pensemos en Penhoel, hermana mía, y apresuré-

monos, porque no sé qué me dice que se acerca la hora mortal.

Elena estrechó contra su seno la mano de su hermana.

—Sin embargo, le amas!... murmuró... te suplico que busquemos un medio para detenerle!

—Busquemos un medio de salvar á Penhoel! respondió Diana, cuyos grandes ojos se elevaban al cielo con resignación angélica; busquemos un medio de salvar á la Señora y á la pobre Blanca.

El lugar en que ellas se encontraban en aquel momento cerraba el extremo de la colina. Hacia el Oriente, mas allá de la torre del Primogénito, no había mas que una cuesta llena de rocas que bajaba á la pradera.

Entre esa cuesta y el camino que costaba la muralla había junto á los cimientos de la torre una especie de garita medio oculta que encubría un postigo de salida.

En aquel sitio era mas espeso el ramaje, formando de la garita un asilo de verdura impenetrable.

Como la vista era magnífica desde aquel punto culminante, se había formado bajo los castaños una plazoleta con su banco.

Los aldeanos ancianos recordaban que el difunto comandante de Penhoel gustaba particularmente de aquel sitio.

Con mucha frecuencia durante las hermosas noches de verano se le veía subir la cuesta apoyado

en el brazo de su hijo Luis, el favorito de su ancianidad.

Desaparecían los dos detrás de la espesa muralla de follaje, y los que entonces pasaban por el camino podían oír la voz grave del anciano marino enseñando al primogénito de su casa los nobles sentimientos que habían guiado su propia vida.

La memoria del comandante de Penhoel había sido venerada como la de un santo. De año en año cuando se hacía la poda en los bosques se respetaban siempre algunos castaños agrupados en torno de la garita. Los árboles se habían ya hecho grandes y sus troncos robustos se elevaban por cima de la barrera de verdor que rodeaba constantemente sus pies.

Desde la muerte del comandante parecía que René temía todo lo que recordaba aquellos tiempos tan felices para todos. Ni una sola vez por cierto fué á visitar aquel lugar, donde hubiera vuelto á ver las imágenes de su padre muerto y de su hermano ausente.

El paso que conducía del camino á la plazoleta desaparecía ahora cubierto por las malezas y los retenos de los castaños.

En cambio se hubiera podido advertir otro paso practicando en la dirección opuesta y dando á un pequeño sendero abierto á pico que bajaba hasta la orilla del río.

La torre del Primogénito se elevaba inmediatamente sobre la cabeza de Benito Haligan, el ban-

quero. Este había sido el que había practicado aquel camino á través de las malezas para ir casi todas las tardes á arrodillarse en el sitio ocupado en otra época por su anciano señor.

Benito encontraba allí lo que amaba, una naturaleza grande y sombría, recuerdos tristes é ideas de muerte.

Entonces que la enfermedad y la vejez le sujetaban á su lecho, lo que sentía más en el mundo era la hora que antes pasaba todas las tardes de rodillas al pié de la torre del Primogénito.

Elena y Diana acababan de entrar en aquel recinto de follaje. Estaban sentadas en el banco.

—Dios es testigo, decía Elena, de que nunca he tenido idea de retroceder; pero somos escesivamente débiles, pobre hermana mía, y nuestros enemigos muy poderosos. Por un momento he creído que habíamos conseguido amedrentarlos haciendo correr la voz de que nuestro tío Luis estaba de vuelta.

El cariño que todo el país profesa al primogénito de Penhoel es tan grandel... Se han detenido, han vacilado por algunos días... ¡Ay! nuestro tío Luis no ha vuelto y ellos han olvidado su terror. ¿Qué haremos ahora? Hemos agotado cuantos recursos teníamos á la mano; nuestros esfuerzos pueden retardar algo el golpe que amenaza á Penhoel; pero á medida que destruimos una arma pronta á herir, van forjando y amenazando otras: tienden otros lazos, y dos pobres niñas como nos-

otras no pueden defenderse eternamente: el hombre no se defiende á sí mismo.

—Son gentes muy hábiles, replicó Diana con amargura; han comenzado por empozoñar su corazón y cegar su inteligencia; luego se han apoderado de su fuerza.

Diariamente se le sienta á una mesa de juego entre esa criatura sin alma á quien profesa una pasión insensata, y el frasco de aguardiente, que le roba lentamente su razón.

Están allí los infames acechando aquella presa inofensiva!... ¡Oh! cuando veo sonrojarse la frente de Penhoel, apagarse sus miradas y temblar su voz!... me parece que nos abandona la justicia de Dios.

—Cuando veo eso, exclamó impetuosamente Elena, reflexiono que si fuera hombre no habria á estas horas tantos miserables en torno de aquel odioso tapete verde. ¿Por qué ha abandonado el castillo nuestro hermano Vicente?

—Bendito sea el cielo, replicó Diana, si es feliz nuestro hermano. ¿No hay aquí bastantes corazones que sufran? Hermana mía, vale mas que estemos solas en esta desesperada lucha; si acaso nos fueren precisos brazos y corazones valientes ¿no tenemos los de Enrique y Roger?

Elena bajó la cabeza.

—Sí, sí, murmuró; vale mas que estemos solas... Enrique y Roger querrían combatir francamente,

y demasiado sabemos que esos hombres no retrocederían ante el asesinato.

Y besó á Diana en la frente, añadiendo con una especie de alegría:

—¡Perdóname, hermana mía! Ya sabes que soy valiente á pesar de mis momentos de debilidad.

—Sé que tienes un corazón noble y generoso, mi pobre Elena, respondió Diana devolviéndole el beso con la ternura de una madre; sé que estás dispuesta á dar tu vida por los que amamos; eres tan joven y tan bella... cuando podrías ser tan feliz con el marido que eligiera tu corazón... Escucha. Pocos obstáculos nos quedan que vencer, y lo que haremos las dos pudiera hacerlo una sola; si me amas, si sigues siendo mi hermana querida...

—Te dejaré sola delante de esos malditos, ¿no es así? exclamó Elena indignada, procuraría cerrar los ojos para no ver que morías de sentimiento.

—¿No basta una victoria? preguntó Diana.

Elena le cerró la boca con un gesto de cólera en que se mezclaba el cariño por partes iguales.

—Liberta una víctima, hermana mía, dijo. Enrique parte, Enrique te ama; ¿por qué no te vas á París con él?

Pasó su brazo en torno del talle de Diana.

—No, no, replicó; ¡oh! no, no me abandones: ¿qué había yo de hacer sin tí? Pero cuando te quedas tú no me hables mas de huir, te lo suplico.

Diana la estrechó contra su corazón.

—No te volveré á hablar de eso, dijo; perdóname.

me. Te quiero tanto... ¡me produciría tal placer verte feliz!... Y además, hermana mía, ¿ignoras que empiezan á combatirnos como si fuésemos hombres? Si te llegasen á asesinar delante de mí!

—¡Asesinarme! dijo Elena.

—Ayer en nuestra habitación, prosiguió Diana, te tapé la boca en el momento en que ibas á darme cuenta de lo que por la noche habías hecho. Yo misma no te comuniqué nada de lo que hice, y fué porque nuestro cuarto no es seguro. Somos espías también y he visto la figura de Blas que nos seguía como la sombra al cuerpo en los alrededores que conducen á las habitaciones de Penhoel.

—Al verte quedar en silencio, dijo Elena, creí que no habías conseguido nada.

—Nada pude hacer. Mr. Le-Hivain estaba escribiendo en su mesa. Creo saber en qué cajón de su bufete están los papeles que pueden perder á Penhoel.

—Entonces es preciso volver allí esta noche, porque me consta que redoblan sus ataques con Penhoel, y que cuando mas solo podrá resistir otro día.

—Volveré, dijo Diana.

—Tú no, exclamó vivamente Elena; me toca á mí.

—¡Pero yo sé dónde están los papeles!

Elena apoyó su linda cabeza en el hombro de su hermana.

—¿Crees que no te he comprendido? Allí hay un peligro mayor que los de costumbre y quieres afrontarlo sola.

—¡Tú eres la que piensas por las dos, hermana mía! En la guerra que hacemos no soy más que un simple soldado y tú el capitán: al menos déjame mi parte de trabajo.

La cabeza de Diana, que se inclinaba pensativa, se irguió de repente, cobrando su voz una especie de alegría.

—Sea, dijo, señor soldado.... tú harás esta noche un reconocimiento en el campo enemigo..... Sé que eres valiente como la pólvora, pero sin embargo, debo prevenirte algunas cosas.... Ayer en una escaramuza semejante á la que tú vas á empeñar esta noche, tuvo que sostener tu pobre capitán rudos asaltos.... anoche me dispararon dos tiros y sentí caer muerto mi caballo.

Diana sintió estremecerse á su hermana entre sus brazos; no era por temor.

Al contrario, el corazón impetuoso de la joven se exaltaba á este nuevo peligro.

—¡Y querías volver sola! exclamó.

Luego replicó con petulancia:

—Mira; yo tomaré esta noche las pistolas de Roger, tú las de Enrique, y los infames que anoche te hicieron fuego se verán contestados.

Diana se sonreía. Pero al cabo de algunos minutos movió la cabeza, prosiguiendo con tono más grave:

—Tampoco seríamos los más fuertes en este género de combate, pobre hermana mía, dijo. Lo que necesitamos es destreza y la ayuda de Dios.

Elena no replicó, pero se podía ver que renunciaba con sentimiento á la idea de hacer fuego.

—Y tú, replicó Diana, ¿qué has hecho ayer?

—Lo que diariamente hacemos cada una, respondió Elena. He representado mi papel de aparición..... He dicho á Penhoel con voz de fantasma que velaba por su casa un buen genio y que era preciso que resistiera con energía..... Pero Penhoel carece de fuerza. No sabe ya más que temblar y cerrar los oídos.... Será preciso salvarlo á pesar suyo.... En cuanto á los que le rodean encarnizados en su pérdida, triunfan, hermana mía.... y ayer les oí decirse unos á otros que esta misma noche les abandonaría Penhoel el último pedazo de pan de su mujer y de su hija!

—¡El castillo!

—Ha vendido la semana última lo que quedaba de los bienes que habían tocado en las particiones á nuestro tío Luis... Ya no le resta nada más que el castillo, y á la hora en que hablamos le estarán rodeando todos, Roberto, Pontalés y esa mujer que le ha hechizado. Le asedian, le amenazaban con esos papeles que entre sus manos son un arma tan terrible!

Diana se levantó.

—Necesitamos esos papeles, dijo: ¿habremos de

quedarnos ahora en inaccion?... Partamos, hermana mía.

Elena estaba siempre dispuesta cuando se trataba de obrar. Las dos jóvenes bajaron juntas el escarpado sendero que conducía á la orilla del río.

A medida que bajaban llegaba á sus oídos una especie de canto bronco y lúgubre. Cuando comenzaron á descubrir á través de la espesura el débil resplandor que salía de la cabaña de Benito Haligan, reconocieron al punto la voz y el canto.

Era el anciano barquero en persona que salmodiaba lentamente y con trabajo los versículos del *De profundis*.

Diana y Elena continuaron su camino. En el momento que pasaban por delante de la cabaña interrumpió el canto la voz débil del barquero para pronunciar sus nombres.

Elena dudó.

—Hermana mía, cuando veo á ese hombre y escucho sus sombrías amenazas, me falta el valor.

—Ha servido fielmente á Penhoel, replicó Diana, y le abandonan todos....

La cavernosa voz del anciano comenzó de nuevo á cantar: no era el *De profundis*, sino una triste estrofa de Las hijas de la Luna.

Este canto, melodioso y agradable cuando se oía á Elena y Diana, adquiría al pasar por los labios del anciano modulaciones fúnebres.

Elena temblaba.

—Está solo y padece.... dijo Diana; entremos.

En la cima de la colima cerca del sitio donde se sentaban antes las dos niñas se detuvieron junto á los castaños dos hombres.

Si las dos hermanas hubiesen tardado un minuto no hubieran bajado la cuesta, porque hubiesen oído pronunciar á los recién llegados en voz baja en medio de una conversacion animada, el nombre de la Señora de René de Penhoel.

ra antes que los fuegos artificiales hubiesen sido encendidos, estaban allí Roberto de Blois, Lola, los dos Pontalés y Mr. Le-Hivain.

La tertulia tenia lugar en la alcoba de Penhoel, como si de ella se hubiese querido hacer un misterio para los demás huéspedes.

Gran lujo reinaba entonces en las habitaciones de René.

El mueblaje, todo nuevo, era de la última moda de Paris. Si tres años antes hubiésemos penetrado en esa estancia sencilla y modestamente adornada, hubiésemos encontrado los retratos del comandante de Penhoel, de su hijo Luis y de Marta.

Entonces no habia mas que uno solo en un lujoso marco, el de Lola.

Detrás del lecho se abria una puerta marcada mejor que cubierta por magníficas colgaduras de terciopelo: era la puerta de la habitacion de Lola.

Ninguno se tomaba allí la molestia de disimular.

El desorden se habia apoderado del castillo, y Penhoel haciendo de su apatía una especie de broquel, no se inquietaba por saber si su conducta era un escandalo ó pasaba desapercibida.

Era el año.

Su manifiesta degradacion se abrigaba tras aquella grande y hermosa autoridad de jefe de familia que debia á la austera virtud de sus antepasados.

Jugaba contra Mr. Roberto de Blois, junto á quien estaban sentados los dos Pontalés.

A su derecha la encantadora Lola, en traje de

XXI

Mr. LE-HIVAIN.

Los dos hombres que acababan de detenerse al extremo de la muralla gótica bajo la torre del Primogénito, salian de la habitacion de René de Penhoel.

Eran Mr. Protasio Le-Hivain, llamado Macrocéfalo, abogado de las aldeas de Baises y Glenac, y el señor marqués de Pontalés.

Mientras que en el salon de césped se bailaba una parte de los huéspedes se habia retirado, siguiendo la costumbre, á la habitacion del señor de Penhoel.

Era hácia la caída del dia: poco mas de una ho-

baile, se reclinaba perezosamente en una cómoda butaca: á su izquierda Mr. Protasio Le-Hivain, haciendo sobre sus narices grandes anteojos de acero, seguía el juego con avidez.

Pontalés y su hijo se abstendian de dar ninguna clase de consejo. El abogado prodigaba los suyos con notable generosidad.

En cuanto á Lola, no abandonaba su puesto, cómodo por demás, sino para llenar con su linda mano, cubierta de sortijas, un vaso colocado sobre la mesa al lado de Penhoel.

Penhoel bebía, bebía.

Aquellos tres años habian pasado sobre él de una manera verdaderamente extraordinaria. Sin embargo de que apenas tenia treinta y ocho años, era ya un anciano: su espesa cabellera rubia habia blanqueado enteramente; su frente estaba arrugada; su elevada estatura era ya encorvada.

No habia ni voluntad ni inteligencia en su mirada, apagada y estúpida por una embriaguez diaria.

Apenas se hubiera podido reconocer en aquella fisonomía muerta, indiferente, las animadas facciones de René de Penhoel.

El efecto producido en su naturaleza moral por aquellos destrozos de tan corto tiempo, era aun mas desastroso todavía. El señor de Penhoel no habia sido nunca un talento privilegiado; pero al menos poseía en otro tiempo una parte de ese valor enérgico que venia á ser como una herencia de familia.

Ahora nada. De aquel hombre jóven y fuerte que ya hemos visto saltar á la descuadrada barca de Benito, y desafiar sobre tan débil puente la violencia de la tempestad, no quedaba mas que una especie de cadáver, un anciano impotente y pesado, sin fuerza ni imaginacion.

El aguardiente, el amor y el juego, esas tres cosas de las que una sola basta para exaltar al hombre, podían apenas rennidias galvanizar su silenciosa inercia.

Sostenia sus cartas con mano trémula. A medida que iba adelantando la partida, gruesas gotas de sudor surcaban las arrugas de su frente, encendiéndose mas y mas las manchas que habia en su lívido rostro.

Enfrente de él Roberto sonreía tranquilo hablando con Pontalés, interesado sin duda en el juego.

El jóven conde Alain de Pontalés era una figura bastante regular, que no cuidaba de ocultarse para lanzar á Lola ojeadas suficientemente significativas.

Su padre, el marqués, era un anciano de no elevada estatura, cabellos blancos como la nieve, ojos vivos, sonrisa dulce y de ingenio. A juzgar al hombre únicamente por las apariencias, debia ser este el marqués mas amable del universo.

Las gentes que miran muy de cerca y pretenden ver mas que la generalidad de las personas, habieran podido descubrir bajo su amable sonrisa un fondo de sequedad y burla. Pero esto no era na-

da, y además alguna ligera nube de escepticismo volteriano se aliaba maravillosamente á la risueña benevolencia de esos ancianos caballeros.

Lo que dominaba en la fisonomía del marques eran la finura, la bondad. Debía ser un hombre severamente diestro, y su bondad debía impedir á su destreza ser peligrosa.

Sus enemigos (y tenia pocos declarados por causa de disfrutar setenta mil libras de renta) pretendían que era aun mas fino de lo que aparentaba, pero que su bondad no valia cosa mayor.

Eran sin duda envidiosos.

En, todo caso en aquel país patriarcal en que la estimacion pública está en razon directa de la suma satisfecha en pago de la contribucion, la maledicencia no conseguia gran éxito contra el marqués de Pontalés.

La sociedad le reconocia por rey. Poseía la estimacion manifiesta del caballero agregado y de Mad. de Kerbichel; gozaba de la admiracion de los tres vizcondes codiciosos, de la viuda Clara-Tebínichic; las tres gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang hubieran empleado gustosísimas su juventud en cantar sus alabanzas al universo con acompañamiento de guitarra.

Lo que por lo demás hubiera militado seriamente en su favor para con todo hombre desprevenido en contra, hubiese sido la diligencia que ponía en terminar aquel prolongado odio que había separado ya el castillo grande del pequeño. Pontalés se

habia prestado muy gustoso á aquella reconciliacion; la empresa del jóven Mr. Roberto de Blois se habia limitado á un sencillo paso, despues de lo cual el marqués de Pontalés, aunque de mayor edad, mas rico y de título mas elevado, habia hecho inmediatamente las primeras gestiones.

Desde la reconciliacion Penhoel se habia aprovechado mas de una vez de la amabilidad de aquel, como sabian todos. Ese excelente marqués manifestaba una bondad infinita. Para no dar mas que un ejemplo y manifestar de una sola vez la prueba de su benevolencia, diremos que la habia llevado hasta el extremo de renunciar el título de maire de Glenac para dar á la vanidad de Penhoel esta codiciada satisfaccion.

Hacia mas de una hora que duraba la partida.

Penhoel perdía.

Rodeado como estaba, por un lado de Macrocéfalo, que tenia toda la probidad de un abogado campesino, por el otro de una mujer con derecho al título de aventurera, hubiera podido parecer que no era natural su constante desgracia. Lola estaba situada admirablemente para hacer señas, y la larga fisonomía de Mr. Protasio Le-Hivain podia decir muchas cosas.

Pero el jóven Roberto de Blois no estaba de humor de usar de esos fraudes elementales. ¡Era todo un caballero! Si engañaba, empleaba al menos al hacerlo una gracia encantadera y una habilidad de primer orden.

Dios sabe que el joven Mr. Roberto de Blois no se mostraba muy entusiasmado con el juego. Nunca era él el que empeñaba la partida, y preciso era que Penhoel le rogase diariamente con la mayor insistencia para que el joven Mr. de Blois quisiera consentir en ganarle sus dobles luises.

Esta constante ganancia le fastidiaba en lugar de serle agradable: ¡tanto era su generoso desinterés! Cada vez que se veía obligado por la suerte á guardarse el dinero de René, no podía contener las pruebas de su mal humor.

Penhoel se obstinaba con la terquedad sombría del jugador que pierde. En tres años había perdido sumas enormes. Quería recuperarlas. Sobre aquel tapete habían pasado sucesivamente las granjas, los molinos, los bosques que componían la herencia de su padre. Pretendía cambiar la mala suerte y recuperar lo perdido.

Diariamente se estrellaba su esperanza contra el decreto de la inflexible suerte; pero nada mata la esperanza tenaz del jugador.

Penhoel volvía al día siguiente á sentarse en el mismo sitio que la víspera. Su ávida mano temblaba interrogando al oráculo, constantemente contrario.

Perdía.

Durante algunas horas permanecía allí abrasado el pecho y con el sudor en la frente hasta que Roberto, movido de compasión, el tierno y buen joven, le negaba la última revancha.

Roberto acababa de ganar una partida y Penhoel buscaba en el fondo de su bolsillo, lleno un momento antes, algunas piezas de oro que le quedaban.

—Daría veinte luises por no ganaros esta partida, dijo el joven Mr. Roberto; una suerte como la mía no se comprende y concluye por hacerse fastidiosa.

Penhoel presentó el vaso, que Lola se apresuró á llenar.

—Dice un refrán que no se puede ser á la vez afortunado en el juego y en amores, murmuró Pontalés hijo, fijando en René una mirada en que se leía el mayor desprecio y burla.

El marqués le respondió con un gesto.

El joven tomó un aire grave.

—Yo voy á apostar por Mr. de Blois, dijo el marqués con la amabilidad dulce que distinguía sus maneras; todos mis votos sin embargo son por Mr. de Penhoel. . . . Es una suerte que nunca se ha visto; separad un poco vuestra silla, vizconde; dicea que esas cosas cambian muchas veces el juego.

Penhoel hizo correr hácia atrás su silla con esa docilidad supersticiosa y estúpida del jugador vencido cuya cabeza se estravía.

Luego tomó las cartas con aire sombrío.

Sus cejas estaban arqueadas violentamente, su respiración era anhelosa y oprimida.

No pronunciaba una sola palabra.

—Treinta luises bajo mi palabra, dijo con voz cauterbosa.

Era la primera palabra que pronunciaba despues de una hora. Los dos Pontalés y Mr. de Blois cambiaron una mirada rápida.

—Escuchad, Penhoel, replicó Roberto; ya sabeis que no quisiera rehusar vuestra proposicion... jugaria de palabra aun cuando fueran dos millones; pero en este momento seria robaros el dinero... Permaneceremos aquí hasta mañana y no por eso dejareis de perder.

—¡Treinta luises! repitió Penhoel, cuya mano trémula estrechaba el vaso lleno de aguardiente.

Roberto barajó con visible repugnancia.

En el momento en que Penhoel levantaba entrea-brió un criado la puerta de la habitacion.

—Se espera al señor maire, dijo, para encender los fuegos artificiales.

—¡Que esperen!... quiso responder Penhoel.

Pero Roberto y los dos Pontalés se habian levantado ya.

Cuando René vió escapársele de esta manera su adversario, se coloreó su frente, temblando de cólera sus lábios.

Murmuró algunas quejas ininteligibles.

Roberto y Pontalés lo cogieron cada uno de un brazo mientras que Loïa se eclipsaba con el joven vizeconde Alain.

Mr. Le-Hivain guardaba sus anteojos en la caja.



Mr. LE-HIVAIN.

(Continuación.)

No contento el caballeroso marqués con haber dado á su huésped un generoso consejo, cambió las dos bujías y movió un poco la mesa.

Gracias á estas maniobras clásicas, era muy difícil que no cambiara la suerte totalmente.

Penhoel siguió perdiendo.

El anciano marqués miró sus manos con desahiento.

—Cuando el diablo toma cartas en el juego, es una locura seguir luchando, murmuró.

Sin embargo, Penhoel rebuscaba en sus bolsillos, que estaban completamente vacíos.

—Vamos, vamos, Penhoel, decía sin embargo el marqués con aquel acento paternal que se toma con los niños enfadados; no queráis hacer que se alborote toda esa gente que está esperando... en media hora podéis cumplir vuestro deber y despues os daremos cuantas revanchas queráis.

—¡Puesto que os obstináis tanto!... añadió Roberto, conduciéndolo fuera de la estancia.

Antes de salir hizo señas á Mr. Le-Hivain para que no se alejara mucho.

Los aldeanos esperaban en la pradera. Los fuegas artificiales se encendieron y hubo el conveniente número de salvas y aclamaciones entre los pe-tardos.

Mientras que el resplandor azulado ó rojizo se extendía por todas partes, Penhoel, que habia echado su antorcha, vagaba por entre la multitud buscando en vano á sus compañeros de vicio.

Por todas partes le saludaban respetuosamente los aldeanos sin que él los viera.

Cuando el buen maese Geraud, posadero del Carnero Coronado, fué á hacerle una reverencia, le preguntó René como absorto:

—¿No has visto á Mr. Roberto de Blois?

Luego se volvió sin esperar la respuesta del anciano posadero, que movió la cabeza murmurando:

—Ese hombre le ha hechizado... ¡Yo fui el que le enseñó el camino del castillo!

A falta de Roberto y de los Pontalés, que se ha-

cian entonces invisibles, encontraba Penhoel por todas partes á Mr. Protasio Le-Hivain.

Este se mantenía á respetuosa distancia, pero nunca perdía de vista á René de Penhoel, y parecía que espíaba la ocasion de acercársele.

—¿Dónde están?... ¿dónde están?... le gritó al fin René, agotada ya su paciencia.

Macrocéfalo se acercó entonces.

—Creo que el señor vizconde quiere hablar de esos señores, dijo. Sin duda habrán esperado al señor vizconde en su habitacion.

—Es cierto, dijo René; voy allá.

El abogado le presentó el brazo, en que René apoyó el suyo, andando con paso tardo y pesado.

Al pasar por delante del salon de césped se detuvo, y un murmullo sordo salió apenas de sus labios. La orquesta tocaba entonces una húngara que Lola bailaba con la cabeza apoyada en el hombro de Alain de Pontalés.

—Mas gustaria ella estar á vuestro lado que ahí, señor vizconde, murmuró Macrocéfalo: cuando no os encontráis á su lado, parece que la pobre jóven se aburre.

—¿Hablais de veras? preguntó Penhoel.

—¡Mirad!

Esto era muy audaz, porque aparentaba estar en el paraíso. Pero René se sonrió de una manera estraña, siguiendo contento el camino de su habitacion.

En ésta no encontró á Pontalés ni á Roberto de Blois.

—Van á venir, dijo Macrocéfalo, instalando á René en su sillón con los solícitos cuidados de un verdadero ayuda de cámara. Si fuese permitido espresarme en ciertos términos, diría: ¡Ay! desgraciadamente vendrán demasiado pronto! ¡Dios mío! esos hombres han ganado todo el dinero á Penhoel!

—Dadme un vaso, Mr. Le Hivain, dijo aquel agradeciendo con el gesto esta muestra de respetuoso afecto; ya ha habido tiempo para que varíe la suerte....

—Si yo fuera brujo ó hada, exclamó Macrocéfalo, hace mucho tiempo que hubiese cambiado. Mirad, Penhoel; yo no sé espresarme en términos muy pomposos, pero entre todos los caballeros del país, el único á quien verdadera y sinceramente aprecio sois vos. ¡Ah! y me dejaría hacer cuartos por vos tan cierto como hay Dios en el cielo!

—¡No vendrán!... exclamó Penhoel.

El abogado se sentó en una silla junto á él.

—Antes que vengan, replicó, podríamos hablar algo de negocios.

Una espresion de espanto y repugnancia invencible se pintó en el rostro de Penhoel.

—No, hoy no, replicó.

—Es que estamos muy apurados.

—¿Y qué remedio? murmuró René fatigado; ¿vais á reprenderme lo que he hecho? Ya sé que

llegará un día en que no tendré otro recurso que un pistoletazo.

—Llegará un día, repitió el abogado con tono que quería decir: "Ese día está más próximo de lo que pensáis."

Luego añadió:

—A lo hecho pecho, Penhoel; no os hablaré de esas escrituras falsas. Nada temais; nadie nos escucha.... Quisiera únicamente preguntaros si os queda mucho dinero sobre el precio del bosque de Quintana.

Penhoel inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¡Oh! la suerte!... ¡la suerte!... murmuró, crispando sus dedos en torno de los brazos de su sillón: acabo de perder el último luis que me quedaba.

—¡Y sin embargo queréis jugar más!

—Quiero ganar.

—¿Y si perdeis?

—Quiero ganar os digo, exclamó el señor del castillo, irguiéndose repentinamente. ¿Ha nacido Blanca de Penhoel para mendigar un pedazo de pan, caballero? Quiero ganar mis bosques, mis estanques, mis granjas!... y con todo esto los bienes que Pontalés ha robado á mi padre.

—Daría el brazo derecho porque no llegara á suceder, Penhoel... ¡Pero si ya no teneis dinero!

—¡Necesitaré vender!... Además, Lola quiere que le traigan de Rennes cierto tocado....

—¡Vender! replicó el abogado, que puso una cara

mas larga aún que la de costumbre: para vender se necesita poseer.

René se estremeció, mirándole de frente.

—¿Qué quiero decir eso? exclamó; ¿no poseo ya nada?

—Si tal, replicó Macrocéfalo; el señor vizconde posee todavía su castillo de Penhoel, prescindiendo de la hipoteca.

—¿Y además?

—¡Nada!... dijo en voz baja Macrocéfalo.

Penhoel permaneció un momento inmóvil y mudo. Hubiérase podido decir que era un hombre aterrado. Luego se cubrió el rostro con las manos.

—El castillo de Penhoel, replicó sin embargo el abogado, es una magnífica propiedad; encontráramos quien á buen precio... seguro estoy de que el marqués de Pontales...

—Nunca, interrumpió René con angustia... Aquí fué donde murió mi padre... ¡Nunca!...

—No es esto que aconseje yo al señor vizconde que venda el castillo, prosiguió Macrocéfalo dando á su voz una expresión mas humilde y mas insinuante; pero teniendo el honor de ser el consejero del señor vizconde, me permitirá hacerle observar que el castillo es para él una carga pesada... una mansión tan preciosa exige rentas...

—¿Y no tengo ninguna! murmuró Penhoel.

—Si hemos de hablar francamente, no son muchas... Por otra parte, como acabais de decir

puede cambiar la suerte de un momento á otro, y con fondos....

Penhoel dejó caer sus dos manos sobre las rodillas. El profundo dolor que experimentaba despertó su apatía. La tortura había encontrado un hueco en su corazón adormido.

Aquellos tres años trascurridos pasaban por delante de sus ojos como una visión.

—¡Yo era feliz! pensó en voz alta; era rico... ¡El nombre de mi padre permanecía puro! ¡Oh! ¡Haligan tenía razón! Ese hombre ha venido á robarme la salvación de mi alma y la vida de mi cuerpo.

—Una observación que es menos importante, prosiguió el abogado, me resta que hacer; todas las ventas autorizadas por vos hasta el día son condicionales y tienen una cláusula de espera. En el caso en que volvais á hacer cualquier negocio con el marqués ó con otro, se podrian obtener condiciones semejantes.

—¿Es igual el término para todo e cuanto he enajenado? preguntó Penhoel.

—¡El mismo! Concluye en primero de noviembre del presente año.

—¿Y estamos á fines de agosto!

—En dos meses y once días se pueden hacer muchas cosas. En el caso de que queráis vender el castillo, podré explorar el ánimo de Pontales esta misma noche.

René de Penhoel permaneció algunos momentos

sin responder. Cuando al fin usó de la palabra, fué con la cabeza erguida y en voz alta. Parecía que se había despertado en él una chispa de su antigua energía.

—Os prohibo que me habéis nunca de eso, dijo. No sé lo que Dios decidirá de mi suerte; pero la casa en que ha nacido mi hija única, no será vendida nunca por mí ni con mi consentimiento.

—¡Bien dicho! exclamó Macrocéfalo con braseo enternecimiento; sois un verdadero caballero, Penhoel, y estoy seguro de que veremos el desenlace de todo esto....

—Dejadme.

Macrocéfalo se levantó en seguida para obedecer. Pero antes de abandonar la estancia tuvo tiempo de decir:

—Si supiéseis la pena que se apodera de mi corazón cada vez que los dominios de Penhoel pasan á manos extrañas! Nada tengo que decir contra Pontalés, á Dios gracias, ni tampoco contra nadie.... Pero ante todo soy el servidor y el amigo de Penhoel.... Si yo tuviera tesoros, ya sé en qué los haría de emplear.

Hizo un saludo respetuoso y se despidió de René, que había vuelto á caer en su estúpida melancolía.

Al pié de la escalera que daba al jardín encontró á Roberto de Blois, que sin duda le esperaba, y que enlazó inmediatamente su brazo con el del abogado.

—¡Y bien! ¿Sois de los diplomáticos? preguntó Roberto; ¿qué hemos hecho?

Mr. Le-Hivain movió la cabeza.

—¡Psil! psil! dijo: nadie vende tan fácilmente y sin gruñir antes un poco su última camisa.

—¿Acepta sin embargo?

—Rehusa.

—¡Diablol! murmuró Roberto; eso hace que tardemos.... ¿Habeis hecho cuanto habeis podido?

—Mr. de Blois, dijo Macrocéfalo con acento penetrante, nadie puede responder del resultado de semejantes comisiones.... No os conozco mas que desde hace tres años, pero os quiero cual si fuérais hijo mio.

—Os lo agradezco, contestó Roberto.

El abogado le interrumpió.

—Quisiera que me pusiérais á prueba, dijo. Tan cierto como hay un Dios en el cielo consentiría en que me hicieran cuartos por vos. Nada puedo decir contra Penhoel ni contra Pontalés, pero no hay punto de comparacion; ante todo vos.

—A su debido tiempo, Mr. Le-Hivain, contestó Roberto, vereis que no tratáis con un ingrato.... Para empezar consultaré vuestra esperiencia desde mañana sobre algunas insignificantes disputas que pudieran dividirnos á Pontalés y á mí en lo sucesivo.

—Estoy á vuestras órdenes, mi querido Mr. Roberto.

—Pero volviendo al negocio de que tratábamos, ¿no veis la posibilidad?

—No, respondió Macrocéfalo.

—Entonces será preciso apelar á los recursos fuertes, ¿no es así?

—Tal es mi opinion... y si me fuera permitido daros un consejo....

—Podéis hablar.

Hacia algunos minutos que sin embargo de seguir la conversacion, reflexionaba. En aquel momento parecia que acariciaba una idea excelente.

—El consejo que me permitiré daros, prosiguió el abogado, será este. La encantadora Mad. Lola posee sobre Penhoel una influencia sin limites.

—Mr. Le-Hivain, interrumpió Roberto, sois un observador estremadamente ingenioso. Lola la pobre niña nos ha servido casi tanto como el juego y el aguardiente.... pero hoy deseo una cosa mas influyente, mas poderosa.

—¿Mejor que esa? repitió Macrocéfalo con aire incrédulo sobremanera.

Roberto separó su brazo del del abogado.

—Aquí se está muy mal para hablar de negocios, dijo; ¿quereis buscar al señor marqués de Pontalés y esperarme con él en alguna parte donde se pueda hablar sin testigos?

El abogado reflexionó.

—Hacia la torre del Primogénito si os parece bien.

—¡Seal replicó Roberto. El sitio es excelente y

no me esperéis allí mucho tiempo. Antes de media hora podreis juzgar las ventajas de mis recursos.

Roberto tenia retratado en su fisonomia el triunfo. Se separaron.

El abogado bajó la calle de árboles que conducia al salen de césped para buscar al marqués de Pontalés, y Roberto de Blois subió con precipitacion la escalera del castillo.

En lugar de entrar en la habitacion del señor de Penhoel, cuya puerta se encontraba la primera en el corredor, se dirigió sin dudar hacia la estancia de Marta.



Pontalés y el abogado hablaban siguiendo el sendero que conducía á la torre.

—¿Aparentaba estar seguro de su negocio? preguntó Pontalés.

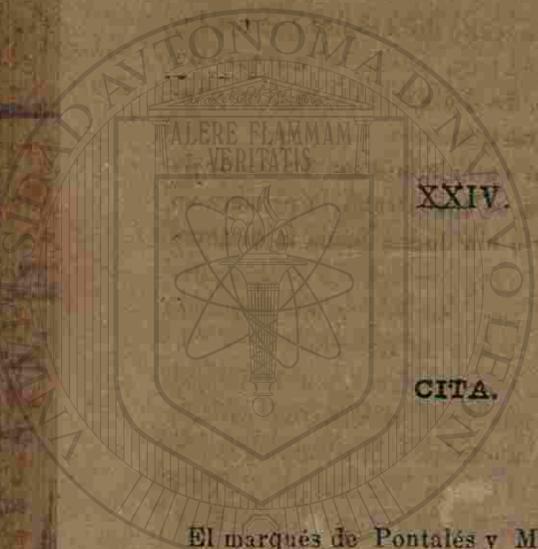
Macrocéfalo se encogió de hombros, haciendo una mueca de desden.

—Ya sabeis que no sospecho nada, replicó. Porque sabe hacer correr las cartas y amarrar el rey; barajando se cree el hombre mas hábil del universo! ¡Eh! señor marqués, sin el profundo afecto que os profeso me hubiera alejado ya de semejantes asuntos.... Ese Roberto, como podeis comprender, es un aventurero de baja estofa y yo no gusto mas que de las personas finas y de alcurnia.

Vos, por ejemplo, señor marqués, y el jóven conde Alain.... ¡vos sois unos verdaderos caballeros!.... Os hablo francamente; lo mismo me importa ese Roberto que el mismo Penhoel..... Pero por lo que tiene relacion con vos, me dejaria hacer cuartos.

El anciano marqués escuchaba con su sonrisa de bondad, apreciando todas esas protestas en su justo valor.

—Ya sé que sois un buen amigo, Mr. Le-Hivain, dijo; además, sois hombre de un talento muy claro y pensais muy bien con respecto á ese Mr. Roberto de Blois. Pero hasta que terminen todas estas cosas tenemos mucha necesidad de él. Cuando sea tiempo, y apoyó su mano en el hombro de Macrocéfalo, podeis estar seguro de que sabré apreciar y



El marqués de Pontalés y Mr. Protasio Le-Hivain llegaron bajo la torre del Primogénito para esperar á Roberto de Blois que les había señalado aquel sitio como punto de reunion.

La noche estaba ya bastante entrada y el salon de césped, abandonado sucesivamente por todos los que podían dirigir la fiesta, permanecia decididamente presa de las tres gracias Babonin-des-Roseaux-de-l'Etan, que se pasaban de mano en mano la temible guitarra, haciendo beber hasta las heces á los desventurados convidados el cáliz de su antiguo repertorio.

distinguir á mis verdaderos amigos. Hay en el país muchas personas que maldita la cosa que valen, Mr. Le-Hivain, y sin embargo, son miradas como grandes capacidades ó personas muy respetables. Sucedan los acontecimientos que preparamos y os prometo que os envidiará mas de uno entre Redon y Corentoir.

Estas palabras eran tan dulces como la miel á las desmesuradas orejas de Macrocéfalo; escuchaba y formaba ya mil proyectos, pensando en su próxima importancia.

—Pero antes es preciso que desaparezca Penhoel, prosiguió el marqués bajando la voz; ya veis que os hablo con toda franqueza.

No se trata de apoderarse de la mitad de su fortuna, las dos ó tres cuartas partes; es preciso que se vea obligado á huir, y que nunca se vuelva á oír hablar de él: sin esto no conseguimos nada.

Macrocéfalo se frotó las manos.

—¡En hora buena! exclamó; así me gusta á mí comprender los negocios; eso se llama cortar por lo sano.

Pues bien, señor marqués, marchemos; ¡qué diablos! Me parece que ya estamos casi tocando el término de nuestra empresa.

Llegaban al final del camino y tocaban á aquellos grandes castaños tras los que conversaban antes escondidas Elena y Diana.

Pontalés se detuvo.

—Mas bajo, dijo, dirigiendo en torno suyo una

mirada inquieta; ¿os aquí donde debe venir Roberto?

—Aquí mismo.

—¿Se está al abrigo de indiscretos oídos?

—A menos de escoger el centro de la llanura de Glenac ó de los pantanos, no conozco otro sitio mejor que este para hablar tranquilamente de negocios. El muro es alto y por otra parte la espesura aleja toda posibilidad de poder ser escuchados. Detrás de nosotros está decubierto el camino.

—Pero ¿y delante? preguntó Pontalés señalando con el dedo los unidos castaños.

Macrocéfalo se sonrió.

—Eso es diferente, replicó con la intencion evidente de burlarse; detrás de esos árboles bien pudiera suceder que se encontrase alguno que nos esviera escuchando.

—¿Qué quereis decir?

—Pido perdon al señor marqués por hablar con tanta ligereza en su presencia. El hecho es que detrás de nosotros hay un espacio de unos cuantos piés cuadrados donde no se atreveria á entrar el mas valiente y decidido de los contornos despues de entrada la noche, porque es donde el anciano comandante de Penhoel se aparece.

—Es igual, dijo Pontalés; nunca perjudica un exceso de prudencia, y quisiera ver....

—Hacedlo.

Macrocéfalo, siempre complaciente, separó con

las manos las ramas de castaños que ocultaban la entrada en la especie de cueva, abriéndose así paso.

—¿Quereis tomaros el trabajo de entrar, señor marqués, dijo, puesto que no teneis miedo á los aparecidos?

Y desapareció tras la valla de follaje.

Pontalés le siguió.

La noche era oscura. El espeso follaje hacia aun mas profunda la oscuridad bajo los castaños. Sin esta circunstancia, el abogado y Pontalés hubieran podido ver que estaban muy pálidos y que no aparentaban estar muy tranquilos.

A pesar de la espesa sombra, se distinguían vagamente la garita y el banco cubierto de larga yerba.

—¿Cómo se ocultaria aqui? murmuró el marqués con voz ligeramente conmovida.

—¡Oh! ¡oh! replicó Macrocéfalo, procurando tomar un acento fanfarron; me parece temblona vuestra voz: serenaos. El anciano Penhoel está bien muerto, y maldito si los difuntos tienen pensamiento de venir á visitar su gabinete.

Una hoja seca se rompió bajo el pié del marqués de Pontalés.

Mr. Protasio Le-Hivain se interrumpió para lanzar un grito de terror.

—¿Habeis oido? preguntó conteniendo su respiracion.

Pontalés habia reconocido que la plazoleta y la garita estaban ambas igualmente desiertas.

—Por Cristo, replicó el abogado, avergonzado

de su temor; he creído.... me he figurado.... sobre todo mi oficio no es el de ser valiente.... Ahora que hemos inspeccionado perfectamente los lugares, señor marqués, voto porque nos volvamos al camino.

—¿No será posible, preguntó el marqués, llegar aqui por otro sitio que por el camino?

—Mirad por todas partes, contestó Macrocéfalo. Una muralla de treinta piés y espantosas simas. Propongo levantar la sesion.

Separó de nuevo las ramas de follaje y exhaló un prolongado suspiro de bienestar cuando volvió á ver el cielo sobre su cabeza.

Pontalés visitó por última vez todos los rincones de aquel recinto de follaje, y salió á su vez al camino.

Le-Hivain habia recobrado su valor.

—Preseindiendo de los aparecidos, dijo, hay sin embargo un hombre que gusta ocultarse en ese agujero, negro como el fondo de un tintero.

—¿Quién?

—El viejo loco Beuito Haligan, antiguo barquero de Port-Corbeau.... Pero creo que no volviera otra vez á hacerlo, porque está agonizando.... ¡Ah señor marqués, lo que somos! Cuando el anciano comandante venia á sentarse sobre ese mismo banco de césped, era el jefe de una familia poderosa.... ahora el pobre Protasio Le-Hivain no querria cambiar de sitio con el señor de Penhoel.

—El pobre Protasio Le-Hivain, dijo Mr. de Pon-

talés, se encontrará pronto en el caso de no cambiar su suerte por la de ninguna persona....

—Pero hablemos algo del presente.. Desde que esas miserables chiquillas han ido á mi propio castillo de Pontalés á robar á diez pasos de mí, en mi habitación, esos papeles que no hubiera dado nunca por cincuenta mil escudos, ignoro completamente cuáles sean las armas que contra Penhoel poseamos.

Mr. Le-Hivain guiñó un ojo.

—Aun tenemos otras muy buenas, replicó.... cada vez que Penhoel ha vendido un pedazo de tierra perteneciente al primogénito, ha tenido que hacer una firma falsa.... Por esa razón es que yo he aconsejado las ventas y multiplicado los contratos.

—¡Sois un tesoro!

—Conozco regularmente mi profesión, y sin hablar de otra cosa al principio, no he dejado de sentir escrúpulo en constituir á ese aventurero de Roberto, que ha llegado desnudo de piés á cabeza, en constituirle, digo, por algunas semanas en acreedor de Penhoel por una suma tan considerable.... Es cierto que ese tunante de Roberto había emprendido el negocio con un acierto y decisión admirables! Si le habiéseis visto cuando llegó al castillo hace tres años acompañado de su criado Blas!.... Por mi parte hubiera jurado que era un potentado.... y luego tuvo dos magníficos auxiliares, el tal criado y la jóven!....

Macrocéfalo se sonrió.

—Comprendereis, añadió, que me refiero á esa Lola!.... Prescindiendo de todo. Roberto es muy listo y diestro.... Despues que ha tenido algo que perder, ha añorado mucho; pero el día en que se vuelva á encontrar aventurero sin casa ni hogar, librenos Dios de él.... Francamente, señor marqués, aun cuando se logre echar á Penhoel, no seréis tampoco el dueño del castillo.

—A su debido tiempo recurriré á vuestros excelentes consejos, mi buen amigo, replicó Pontalés.... No me tengo yo por un diplomático muy hábil.... Sin vos me hubiera quedado seguramente á la mitad del camino.... Pero volvamos á los títulos que están en vuestro poder.... espero que los tendréis en sitio seguro!....

—Mi casa no es quizá tan fuerte ni está tan bien guardada como vuestro magnífico castillo de Pontalés, respondió Macrocéfalo; sin embargo, se hace cuanto se puede. Yo os respondo de los documentos con mi cabeza.... ¡Ehl ¡ehl las chicleas rondan mi casa como antes han rondado la vuestra.

Son unos diablós encarnizados las tales hermanitas!.... Antes de conocer sus mañas y cuando aun no había tomado mis precauciones, las dejaba que se burlaran de mí.... Me han robado muchas obligaciones suscritas por Penhoel.... Y sin sus maniobras no se hubiera prolongado tanto el negocio.... Pero ahora está guardada mi casa como plaza fuerte que tiene delante al enemigo, y creo

que no querrán probar por segunda vez el plato que anoche mismo se las sirvió.

—He oído hablar de un tiro....

—¡Dios! Uno por cierto tocó muy cerca del blanco, porque esta mañana se ha encontrado en el campo un caballo muerto de un balazo en la cabeza.

—Esos son medios muy violentos, Mr. Le-Hivain, y si antes me hubiésteis consultado....

—Señor marqués, creía tener algún derecho para aspirar á la reputacion de hombre prudente.

.. Nuestros campos ocultan bastantes bandidos para que un honrado propietario tenga algún derecho para armar sus gentes.... La ley es dura, pero positiva.... Cualquiera que se atreva á forzar una cerradura puede estar seguro de encontrar tras de la puerta de la casa al propietario dispuesto á defender sus bienes.

Si pasamos á la cuestion de utilidad, prosiguió, tomando el tono de un abogado ante el tribunal, no me costará trabajo establecer por razones imposibles de destruir, que además de los obstaculos que nos impiden el paso, esos dos demonios son á la vez los mas perjudiciales y peligrosos.... Mejor quisiera tener que habérnoslas con media docena de hombres.... No creais otra cosa.... Leen todos nuestros secretos tan bien como nosotros mismos, y si la casualidad les proporciona un día ú jetro un apoyo, os prometo que tendremos, á pe-

sar de ser muchos, querabiar mas de lo que creais.

—No digo que no.... sin embargo....

—¡Escuchad!.... Soy el enemigo declarado de los medios violentos en los casos ordinarios; pero en las presentes circunstancias, señor marqués, podeis estar persuadido de que es vuestro interés el que me anima.. Habeis gastado tres años de vuestra vida y enormes sumas para llegar á un punto puramente legal....

Resulta que vuestros adversarios os atacan y me atacan á mí, vuestro consejero, de una manera incalificable.... No me salgo de la legalidad, pero echo mano del arma mas extrema que la ley puede dar á un ciudadano y me sirvo de ella.

Pontalés guardaba silencio.

—Cuando digo.... me sirvo de ella, prosiguió Macrocéfalo, empleo una figura, porque la descarga no la hice yo mismo. No conozco el manejo de las armas, pero os debo prevenir que Roberto de Blois quiere ir todavía mas lejos. Los diablillos le atormentan de día y noche. Entran en su habitacion cuando está cerrada por el ojo de la llave. Se disfrazan de fantasmas y van á prevenir á Penhoel de cuanto hacemos en contra suya. Se agitan, des hacen cuanto hacemos, y Roberto está decidido á tomar la ofensiva.

—Si hay un medio conveniente, dijo Pontalés buscando una palabra, un giro, ¿comprendeis? una cosa cierta y segura.

Se interrumpió para prestar de pronto atencion.

En el camino y en la dirección del castillo oíase un ruido sordo de pasos.

Pontalés y el abogado se alejaron un poco del camino con objeto de ocultarse detrás de las primeras ramas de los castaños.

Los pasos se acercaban; pronto se pudo distinguir en la sombra á dos personas que avanzaban lentamente.

—El es, dijo Pontalés.

—Con una mujer, añadió el abogado.

—Lola sin duda.

Macrocefalo adelantó su larga cabeza por entre las rmas para distinguir mejor.

—¡No! dijo con acento admirado; es la señora Marta de Penhoel.....

Cuando Roberto y la mujer que le acompañaba hubieron llegado cerca de la torre del Primogénito, llegaron algunas palabras de la conversacion que seguian á los oídos del marqués de Pontalés y de monsieur Le-Hivain.

Era efectivamente Marta de Penhoel.

A pesar de la oscuridad, era imposible ya desconocerla.

Daba su brazo á Roberto, que la sostenia, y marchaba con paso lento y tardo.

Cuando hablaba Marta no oían mas que un murmullo Pontalés y el abogado; cuando al contrario era el jóven Mr. Roberto el que tenia la palabra, no perdían una sílaba.

La voz de Roberto era fuerte, alegre y denotando muy buen humor.

—Bella señora, decia, Penhoel no ha sido esta noche mas feliz que las anteriores. Es admirable; la suerte no se causa de perseguir á ese pobre amigo. Antes de arrojar la antorcha que ha servido de señal para encender los fuegos artificiales, ha perdido su última moneda de veinte francos. Debeis usar de vuestra influencia, hermosa dama, para curarle de esa detestable pasion.

—Hace tres años, respondió Marta, que al juego que jugaba Penhoel no se podía perder un luis de oro en toda la noche.

—¡Ah! ¡ah! dijo Roberto; las cosas han cambiado mucho desde esa fecha. Nada es mas fácil al juego que juega ahora Penhoel que perder en un momento un buen canastillo de monedas ó una granja de gran precio.

—¡Qué tono! murmuró Pontalés; en ese Roberto hay tan pronto algo de aldeano como de caballero.

—¿Pero cómo diablos consiente la Señora en pasearse con él en este lugar y á tales horas? replicó Mr. Le-Hivain.

Marta habia respondido algunas palabras con voz débil y quebrada.

Roberto replicó:

—No me acuseis, hermosa señora. Veinte veces le he dicho que tenia los dos vicios peores del universo; puédesse tener pasion por el juego y la bebi

da; pero si él juega como un tahur y bebe como un carretero!

Hablando así dirigia sus miradas Roberto á derecha é izquierda; buscaba algun oyente visible.

—No quiero ocultaros, hermosa dama, prosiguió, que os he traído aquí para hablaros de algunos negocios de interés; pero antes permitidme que os pregunte si la indisposicion de esa encantadora Blanca no ha tenido mas consecuencias.

Roberto pudo sentir estremecerse el brazo de Marta sobre el suyo.

—¿Qué tenia? preguntó de nuevo.

Marta cesó de andar; vacilaban sus piernas.

—¿Qué tenia? pronunció con voz penosa y sorda; ¿no lo sabeis?

Roberto dudó un instante; luego respondió con tono resuelto, pero tal vez á la ventura:

—Tal vez no lo ignore.

Marta separó bruscamente su brazo, que antes se apoyaba en el de Roberto.

—¡Ah! dijo con tan extraño tono, que Mr. de Blois se inclinó para examinar su rostro.

Pero la noche era muy negra para que le fuese posible distinguir nada en su fisonomía.

Marta no decia nada; permanecía inmóvil con los brazos caídos y la cabeza inclinada.

Oíase su respiracion corta y anhelosa.

Roberto comprendia vagamente que habia allí un misterio. Tenia deseos de interrogar; pero para una confidencia de tal naturaleza podian estar

demasiado abiertos los oídos que él suponía entre el follaje.

—Querida señora, exclamó, supongo por vuestra fisonomía que estais muy enfadada.... No creo que haya una razon justificada.... Uno de estos dias quiero tener con vos una entrevista acerca de vuestra hija Blanca.

—¡A hora mismo! interrumpió Marta con impetu: en nombre del cielo, caballero....

—Hermosa señora, siento en el alma verme precisado á no complaceros.... No creo esta la ocasion mas oportuna.... y si lo permitis voy á hablaros del motivo de nuestra entrevista.

—¡Ah! murmuró Macrocéfalo: ¿será preciso dar crédito á lo que dicen las Babouin y la Kerbichel? ¿Existió á alguna cosa formal entre la señora de Penhoel! y Mr. Roberto de Blois?

—Vosotros, que teneis unos oídos mejores que los míos, Mr. Le Hivain, ¿ois lo que dicen?

—Oiged á Roberto, y Dios me confunda si no hablan de todo excepto de la venta del castillo.

Como si hubiera podido escuchar esta reprension, abordaba justamente el joven Mr. de Blois en aquel momento el capítulo de la venta, probablemente sería la respuesta de Marta una negativa, cuando él replicó sin abandonar su acento de alegre galantería y un poco burlon:

—Hermosa señora, no me esperaba por cierto esa contestacion; habia contado con vos; desde hace

tres años que me debéis toda clase de gratitud, no os he pedido el menor favor.

—¿No es bastante haberme cerrado la boca cuando veía un abismo delante de los pasos que daba mi marido?

—Eso no es más que silencio... un buen oficio puramente negativo. Para todo lo que exigía cualquier esfuerzo me he dirigido siempre á esa pobre Lola. ¡Vamos! La primera vez que pongo á prueba vuestro agradecimiento me contestáis con una negativa.

Pontalés y Le-Hivain oyeron aquel débil murmullo que anunciaba la respuesta de Marta.

Era sin duda otra negativa, porque Roberto dejó escapar una exclamación de impaciencia.

Tomó de nuevo el brazo de la Señora, y si a pronunciar palabra emprendió el camino que conducía al castillo.

Con aquel movimiento se alejaron los dos del marqués y del abogado, que no podían observar si hablaban ó no.

—Vamos, la conversacion tendrá buen desenlace, dijo Macrocéfalo. Habrá sabido hacer caer á la dama en algun diabólico lazo.

—Sí, sí, dijo en voz alta Pontalés; es un hombre hábil á la manera que lo son los intrigantes de teatro. Tiene una docena de muchachos que hace agitarse con el mismo arte; es un fanfarrón de astucia, un charlatan.

Los hombres de buen juicio como vos y yo, mon-

sieur Le-Hivain, dejan caminar los sucesos, esperan la ocasion y se comen los peones cuando es preciso, como hacen los jugadores de damas.

—Hermosa señora, decia Roberto, volviendo segunda vez hácia donde se encontraban el abogado y el marqués, es un proyecto acordado y será inútil cuanto hagais para entorpecerlo. Es preciso que esta noche quede hecho.

La voz de Marta era suplicante.

—Es el único recurso de mi pobre hija, murmuraba: caballero, caballero, tened piedad de nosotros.

—Bien quisiera, pero es imposible. Por última vez, ¿consentís?

—Ya sabéis que no puedo.

Roberto se detuvo; tocaba casi el árbol que ocultaba á Pontalés y al abogado.

Estos le vieron esconder la mano en el bolsillo y sacar un objeto de cortas dimensiones, cuya naturaleza les impidió ver la oscuridad de la noche.

Era una cartera.

Roberto la acercó á los ojos de Marta, que se cubrió el rostro con las manos.

—Muy sensible es tener que llegar á estos extremos, señora, prosiguió Roberto bajando la voz; pero me poneis en el caso de tener que hacer uso de ellos. Por lo tanto, ya sabéis que puedo hacer os mucho daño.

Y golpeó el tafilete de la cartera.

Marta permanecía impasible.

—Vamos, prosiguió Roberto, no me obligueis á dar un golpe terrible. Ya sabeis que durante estos tres años he sido escesivamente discreto; no seais cruel conmigo. Si continuais negándoos, á pesar de mi repugnancia, que es muy grande, me decidiré á hacer uso de esta arma. Si como lo espero, consentis, podeis contar tanto como en lo pasado, con mi discrecion á toda prueba.

Marta dudó todavía un instante. La noche ocultaba la mortal angustia que se retrataba en su rostro.

—No puedo resistir, caballero, dijo al fin con voz apenas inteligible; haré cuanto ordeneis.

—¡En buen hora! exclamó alegremente Roberto, que depositó la cartera en su bolsillo; con mujeres de tanto talento como vos, siempre se concluye por una absoluta conformidad.

Luego añadió:

—¡Holal ¿no hay nadie aquí?

Mr. Le-Hivain salió del escondite.

A su vista retrocedió asustada Marta.

—Tengo el honor de presentaros mis humildes respetos, señora, dijo Macrocéfalo con su tono mas amable y cariñoso; nada he oido, y aun cuando así hubiera sido, añadió inclinándose al oido de Marta humillada y trémula, ya sabeis que teneis en mí un servidor fiel que se dejaría hacer cuartos por vos.

—Mr. Le-Hivain, dijo Roberto, vais á tener la bondad de acompañar á la señora al castillo; entrareis con ella en la habitacion de su marido, que

á instancias suyas os entregará un poder escrito para vender el castillo y sus dependencias.

Besó la mano de Marta de una manera muy galante, y añadió:

—Despachad cuanto antes os sea posible, Mr. Le-Hivain; os espero.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

que tenía colocado sobre su pecho el Crucifijo de madera negra que preserva de las influencias malignas el glacial lecho de los difuntos.

Un hachon de resina delgado y humcante estaba en la pared á la cabecera un poco mas arriba que el lecho; sus delgadas facciones se iluminaban y las prominencias huesosas de su rostro formaban sombrías cavidades.

Elena estaba pálida y temblaba al mirarle.

La luz de la resina no alumbraba mas que la cama y un pedazo de madera sobre el cual estaba un jarro de agua bendita.

Lo demás de la habitacion se perdía en una semi-oscuridad, de donde salian cuando la resina arrojaba alguna luz mas sobre los miserables objetos que componian el moviliario del barquero.

El aire era muy sofocante: en lo estancia se respiraba con trabajo; la atmósfera se cargaba de tibios miasmas que parecian exhalar la agonía.

Diana estaba en pié junto al lecho de Benito Haligan.

Elena se habia sentado algo separada y preparaba un brevaie en una escudilla.

—Y bien, Benito, decia Diana, ¿uo quereis responderme esta noche? Hace un momento os hemos oido cantar; ¿por qué callais ahora?

El anciano no respondió.

Su respiracion, de ordinario anhelosa, era en aquel momento tan débil que no se oia.

—¡Hermana mia! ¡hermana mia! murmuraba ater-



Hacia algunos momentos que estaban en la cabina del barquero de Port-Corbeau Elena y Diana.

A su entrada habia cesado Benito de cantar, incorporándose sobre el codo con el objeto de saludar con respeto á las niñas de Penhoel.

Desde entonces permanecia inmóvil sobre el destrozado lecho, con los ojos fijos y vueltos á las maderas almenadas que componian la techumbre de su cabina.

Al verle así, tan demagrado, hundidas las mejillas, entreabierta la boca, se hubiera podido creer que era un sér del otro mundo, tanto mas cuanto

rada Elena; vamos á buscar un sacerdote. Estamos tal vez en la habitacion de un moribundo.

Ningun movimiento del pobre barquero protestó contra este temor.

Proseguia tendido con la boca y los ojos abiertos y cruzados los brazos sobre su pecho, semejante á esas estátuas acostadas que se acostumbraba poner en los sepuleros antiguos.

—¡Benito! ¡mi pobre Benito!... replicó Diana; ya sabeis cuanto os queremos; ¿por qué nos asustais de esta manera? Hemos venido tarde esta noche, pero no hemos tenido nosotras la culpa. Benito, os suplico, respondednos.

Igual silencio.

Elena tenia heladas las venas y se doblegaban sus piernas bajo el ligero peso de su cuerpo.

Diana se acercó mas á la cabecera de Benito y prosiguió:

—Tal vez tengais sed y no habreis podido levantaros para beber: pobre hombre... nos habeis llamado; ha pasado la hora á que acostumbramos venir á veros, y habeis creido que os hemos olvidado.

Siempre el mismo silencio.

Unicamente comenzó á oscilar la llama de la resina, y las oscilaciones, haciendo cambiar las sombras, dieron una especie de vida ficticia al rostro del anciano.

Elena, abandonada ya por el valor, tuvo idea de huir. Diana al contrario, se acercó algo mas al

lecho del barquero, apoderándose de un brazo con objeto de tomarle el pulso.

Al contacto de los dedos de la jóven se estremeció débilmente Benito. Un suspiro salió de sus descoloridos lábios, y agitáronse sus párpados como si el encanto que los tenia inmóviles se hubiera roto de pronto.

—¿Los fuegos artificiales han ardido bien? dijo cerrando los ojos con fatiga; he visto un rojo resplandor á través de la puerta de mi cabaña. Niñas, es un dia de alegrías! Se baila en la pradera y en el salon de césped de Penhoel: el pobre Benito está solol....

Tarda mucho tiempo en morirse.

Diana tomó la escudilla de las manos de Elena y se la presentó.

Benito movió la cabeza en señal de negativa.

—He visto el tiempo, contestó, en que Penhoel iba á despedirse de sus servidores moribundos. Entonces no se olvidaba Penhoel de hacer nada de lo que era bueno y noble; pero tiene otra agonía que la del cuerpo, y no quiero que el lujo de un señor...

—Bebed, repitió Diana; esto os aliviará.

—Solo hay una cosa que pueda aliviarme en el mundo, replicó el anciano, cuyas estenuadas facciones espresaron como un movimiento de alegría; es oír vuestra voz suave y dulce cerca de mi oído, Diana de Penhoel. Hay un hombre á quien quiero mas que un padre puede amar á su hijo único y adorado.

A medida que me acercó mas á mi último día, ven mas lejos los ojos de mi espíritu. No ha muerto; volverá tal vez cuando ya no sea tiempo. Hijas mías, teneis sus grandes ojos de fuego con su buen corazón; cuando voy á ir allá arriba á la puerta del paraíso, antes de hablar por mí mismo pediré á Dios por él y por vosotras.

Su voz se animaba poco á poco, y su cabeza, escondida entre las largas mechuras de sus cabellos grises, parecia pronta á abandonar la almohada.

—¡No, no!... replicó, respondiendo á las palabras que antes habia oído cuando estaba inmóvil y como muerto; no estoy enfadado con vosotras, hijas mías; sabia que vendrías hoy; pero mañana... Se detuvo.

—Os prometo venir, quiso decir Diana.

El barquero se levantó lentamente y con trabajo.

—Acercaos aquí las dos, prosiguió con voz mas lenta y llena de emoción; que os vea al menos una vez, mi hermosa Diana, mi bella Elena... bellas flores del castillo. ¡Oh, si el primogénito de Penhoel habiese vuelto, gozaría días muy felices aún la antigua sangre; pero tarda, tarda!... Creo que Dios no quiere.

Echó á la espalda sus largos cabellos canos. Sus ojos comenzaban á brillar en medio de su faz pálida, surcada por profundas arrugas.

Las dos hermanas le escuchaban con muda atención.

—Veo tambien otras muchas cosas, prosiguió el anciano... ¿Por qué ha de ser estéril mi voluntad?...

—Hijas, si mañana no venis estaré solo... porque todo el mundo abandonaría mi lecho de sufrimiento. Dios me habrá privado del último placer que tengo sobre la tierra.

—Vendremos, interrumpió Diana.

Elena añadió sonriendo:

—¿No tengo que venir á preparar vuestra tisana, mi buen Benito, yo que soy vuestro médico?

—Por lo que hace á mí, respondió el barquero, no tengo necesidad de nada, hijas mías... abandonado ó no, tengo contadas las horas de mi existencia. El hambre, la sed y los padecimientos no podrán matarme, puesto que Dios ha señalado ya la manera de que debo morir..... sé el número de los días que me restan de vida... Son muchos...

Elena de Penhoel, antes quería ir á buscar un sacerdote que me dijera la oracion de los agonizantes; pero antes que yo la necesitais vos, hija mía.

Elena bajó la cabeza temblando.

Estaba habituada á creer las palabras del anciano como si fueran de un oráculo.

—¡No digais eso!... murmuró Diana; ya sabeis que necesitamos conservar nuestro valor!

Pero Benito Haligan parecia ceder á un poder irresistible.

No era el mismo hombre.

Habíase erguido y aparecía su rostro como inspirado; una llama singular brillaba en el fondo de sus ojos.

—Y vos también, Diana de Penhoel.... continuó. ¡Ambas, ambas juntas!

No me interrumpais, porque este momento de fuerza que me concede Dios será corto, y cuando calle quizá sea mucho tiempo... ¡Estoy solo!.... ¡no tengo hijos!.... No amo á nadie en este mundo á no ser vosotras y el ausente....

Desde hace sesenta años que dura mi vida, soy un hombre pobre.... Y sin embargo, he reunido un pequeño tesoro que está enterrado al pié del gran sauce que baña sus ramas en el río, y al que sujeta mi barca en los tiempos que aun podía atravesar con ella las aguas.... Escuchad esto, porque ninguna criatura humana es infalible y tal vez sean mis profecías los delirios de un anciano que muere.

¡Dios lo quiere, hijas, Dios lo quiere!

Bajo el sauce hay cien monedas de seis libras dentro de un jarro de barro.... las he puesto una á una, y para conseguir esto he necesitado muchos años de fatiga.

Cuando Penhoel era feliz y rico, hacia ánimo de dar mi dinero á los sacerdotes despues de mi muerte con objeto de que dijeran misas por el reposo de mi alma.... y también por los azules á

quienes he muerto en el campo de batalla durante la guerra.

Desde que Penhoel es pobre.... no me interrumpais, sé lo que digo, no tienen derecho sus servidores á pensar en sí mismos.

Me decia: mi dinero será para la Señora, para el ausente, que tal vez vuelva y se encuentre sin patrimonio, ó para las hijas de Juan de Penhoel.

Tened cuidado de no olvidarlo, porque nunca os volveré á hablar de ello.... Suceda lo que suceda, bien vivo ó muerto, ya ahora ó dentro de diez años, os nombro mis herederos, y las cien monedas de seis libras os pertenecen desde este momento....

Elena y Diana lloraban.

—¡Pobre Benito!.... dijeron al mismo tiempo. El anciano sonreía amarga y tristemente.

—No me lo agradezcáis, replicó, á menos que os neguéis á seguir mi consejo.

—¿Cuál?

—Hoy, en este momento que os hablo, despedíos de mí hasta la eternidad, y sin perder tiempo ninguno en volver al castillo, id á buscar el dinero que yace enterrado bajo el sauce.... Cuando lo tengais pasad el río y huid, hijas mías, tan lejos como pueda ocultaros la tierra.

Diana y Elena movieron le cabeza.

—Y nuestro padre.... murmuraron al mismo tiempo. Y la señora.... y el Angel?

—¿Qué puede un anciano contra la voluntad de Dios?... dijo en voz alta Benito Haligan.

Luego guardó algunos momentos de silencio, los brazos cruzados sobre su pecho y fijos los ojos en el cielo.

Diana y Elena estaban agarradas de la mano. Sus encantadores rostros, iluminados débilmente por la luz de la resina trémula, espresaban una resignación melancólica.

Ambas tenían igual fe en las palabras proféticas del barquero, ambas creían en aquel anuncio de una muerte violenta y próxima. Entregaban sus almas á Dios y no querían huir.

El sacrificio estaba consumado en el fondo de su corazón sin fausto y con piadosa calma. Veían delante el martirio.

Al cabo de algunos segundos comenzó Benito á hablar consigo mismo, espresándose así:

—¡Dios mío! ¿Por qué mostrais el porvenir á los que son demasiado débiles para prever el mal ó combatirlo?... Desde que ese hombre ha puesto el pié sobre mi barca en una noche de tempestad... desde que un relámpago me mostró por la primera vez su fisonomía, se ha elevado en el fondo de mi conciencia una voz...

Hace tres años que mis sueños me lo muestran día y noche, y siempre, siempre veo lo mismo.... ¡Fatalidad!... ¡nada mas que fatalidad!...

Un poco de sangre invadió sus pálidas mejillas; sus ojos brillaron mas.

—¡Oh! ¡si conservara aún mi brazo la fuerza de un hombre!... exclamó; pero no soy mas que un cadáver. Llegó con una inundación la noche en que el molino de las Houssayes fué arrastrado por la impetuosidad de las aguas... Han llegado con él los desastres y la destrucción. Una inundación se lo llevará, una inundación y una tempestad. Pero antes de que llegue ese día privará de la existencia á mas de uno y á mas de una en el castillo de Penhoel... De todas las bellas hijas de Penhoel hará Hijas de la Luna, y esa hora está muy próxima, Diana.... ¡muy próxima, Elena!... Esta tarde miraba cómo trasponía la colina el hermoso sol de otoño y me decía: las hijas de Juan de Penhoel son jóvenes, bellas y amadas!... Mañana volverá el sol á dorar con sus brillantes rayos mi cabaña: ¿dónde se encontrarán entonces las hijas de Juan de Penhoel?

Elena y Diana se estremecieron.

—¡Cómolo!... ¡tan pronto! pronunció Diana en voz baja.

—El pantano es profundo, murmuró el barquero. y por muy bajas que estén las aguas, habrá bastantes para que las dos pobres niñas se ahoguen en la cascada de la *Dama Blanca*.

Elena apoyó su cabeza en el seno de Diana, que la estrechó en silencio contra su corazón.

—Después de esto, prosiguió Benito Haligan, se apoderará del castillo el genio del mal... ¡Po-

bre Marta!.. cómo la veo llorar llamando á su hijal

—¡Tambien Blanca! dijo Diana, que no habia llorado por sí y que derramaba una lágrima por la suerte del Angel.

—¡Y Penhoell exclamó el barquero agitando las blancas mechass de su larga cabellera. ¡Y Penhoell Los ojos del anciano se inyectaron de sangre y su voz quedó paralizada en la garganta.

—Penhoel, replicó buscando un fantasma en el vacío.... ¡Piedad!.... ¡es vuestro hermano!

Sus brazos cayeron sobre la sábana.

—Lo habia dicho, prosiguió con desaliento; su cuerpo y su alma!

Calló.

Elena y Diana permanecian sobrecogidas de terror.

Durante algunos minutos reinó en la habitacion un silencio lúgubre; luego pareció animarse una estrella en los ojos del anciano.

—¡Escuchad! dijo con voz grave y baja, ¡escuchad! Su gesto recomendaba el silencio como si hubiera querido oír un ruido leve y lejano.

—Escuchad, repitió por tercera vez; ¡no oís que se habla de vosotras allá abajo, bajo la torre del Primogénito?

Las dos hermanas se miraron asombradas. La distancia que separaba la torre de la cabaña era tal, que hubiera sido preciso gritar muy fuerte para hacerse oír de una en otra parte.

—Allí están, prosiguió sin embargo Benito, los

cobardes é infames asesinos!... huid, huid, hijas mías.

Aun es tiempo.

Y como Elena y Diana permanecieron inmóviles, prosiguió lentamente Benito:

—Allí están, os digo; si no queréis huir, id al menos á saber la suerte que os está reservada.

Habia en el barquero un acento tan profundo de conviccion, que Elena y Diana no pensaron mas en la distancia que las separaba de la torre.

Lanzáronse fuera de la cabaña como si hubiera bastado salir para oír aquellas voces que pronunciaban su sentencia.

El silencio reinaba en el campo. La atmósfera pesada dejaba inmóvil el follaje y las malezas. Las dos hermanas comenzaron á subir el sendero abierto á pico que conducia á la torre del Primogénito.

No se ocupaban de esplicarse su accion, y su espíritu permanecia absorto en los fúnebres pensamientos que Benito Haligan acababa de evocar ante ellas.

Pero como se acercaran ya á lo alto de la cuesta, se detuvo Diana de pronto, estrechando fuertemente el brazo de Elena.

Benito Haligan no las habia engañado. Oían muchas voces bajo la torre del Primogénito, y les parecia escuchar á lo lejos sus nombres repetidos diferentes veces.

y pusieron sus cabezas entre el follaje. Nada vieron aun, pero las guiaba el eco de las voces, y á fuerza de interrogar la oscuridad apercibieron tres hombres que se movian á algunos pasos de ellas.

Reconocieron al marqués de Pontalés, Roberto de Blois y Blas, criado de este último.

Blas era el que repetidas veces habia pronunciado el nombre de las dos hermanas.

El *Zalamero* no era entonces el jovial tunante que hemos visto en la posada de Redon. Habia esperado tres años en el zaguan, mientras que su compañero, apellidado el *Americano*, se solazaba soberbiamente en el salon. Aquella larga espera lo habia hecho de carácter brusco y atrabillario. Habia aprendido sobremanera los vicios de la antecámara, porque nadie es criado en vano, hasta el extremo de poder enseñarlos.

Blas se habia hecho insolente, infame, importante, embustero, sin dejar por esto de ser ladrón.

Escusado nos parece decir que detestaba á su pretendido amo y detestaba tambien con exceso á Pontalés por razon de su fortuna; detestaba al tío Juan, á quien sus gruesas albarcas y su pobreza no escusaban sentarse en la ruesa de los caballeros; detestaba á Peñuel y á la Señora y á la *sociedad* entera, desde las tres Gracias Babouin-des-Roseaux-de-Petarig, hasta el más insignificante de los tres vizcondes; detestaba á los criados, que tenian la imprudente pretension de no deberle más que un mediano respeto, á los aldeanos que no le salu-

XXVI.

CONCILIABULO.

Elena y Diana estaban á unos veinte pasos del paseo de césped donde se habian sentado antes de bajar á la cabaña de Benito Haligan. Franquearon sin ruido y con precaucion la corta distancia que las separaba de la torre del Primogénito, porque ignoraban entonces si las voces se dejaban oír delante ó detrás del recinto del follaje.

Este estaba vacío como cuando ellas lo dejaran; pero los invisibles interlocutores no estaban separados de ellas mas que por las bajas ramas de los castaños.

Las dos jóvenes separaron suavemente las rama

daban con la mayor ceremonia, y á Mr. Le-Hivain, que le agobiaba con cumplimientos y sonrisas.

A pesar de esta misantropía universal, vivía bien y no dejaba que se apoderase de él la tristeza.

Era un buen muchacho, siempre bastante grueso, y sus envidiosas aversiones no se elevaban hasta el odio, á escepcion de una.

Mr. Blas, como se hacía llamar, había creído advertir con demasiada frecuencia que los hermosos ojos de Diana y Elena estaban siempre fijos en él con una espresion de desprecio y burla.

Estas niñas habían tenido el valor de burlarse más de una vez de su arrogante importancia. Las odiaba con tal motivo con mayor encarnizamiento y con preferencia á todos.

A pesar de su mal humor y de las disposiciones hostiles que tenía hacia su pretendido amo, desempeñaba Blas su cometido con conciencia. Su comision no era la de un criado ordinario. Téngase así entendido: tenía encargo de observar, escuchar á las puertas y espiar, para lo que era cual ningun otro.

En suma, trabajaba por su propio interés, porque llegada á ganar la batalla, Mr. Blas se prometía descansar sobre sus laureles.

Hacia ya algunos minutos que se había unido al marqués de Pontalés y á Mr. Roberto de Blois.

El fruto de sus observaciones del dia era sin duda más importante que de costumbre, porque Blas

había tomado una fisonomía grave, usando ese tono que se emplea para anunciar grandes noticias.

—Y bien, amigo Blas, dijo al momento Roberto acercándose á él, ¿sabemos alguna cosa buena?

Blas movió la cabeza con lentitud.

—Sabemos algo, respondió; sabemos muchas cosas... pero no sabemos nada de bueno.

—¿Qué hay?

—Hay que parece que caminais con paso de tortuga, y que de esa manera pudiera suceder que abortase vuestra empresa, Mr. Roberto.

—¡Explicaos!

—Os aseguro que he oido hoy tantas y tantas historias, que no sé por dónde comenzar. ¿Habeis pensado alguna vez en lo peligroso que seria el dia en que los aldeanos de Glenac y de Bains enarbolasen sus garrotes, puesto que no tendrían necesidad de escopetas, para venir á defender á Penhoel á pesar suyo y librarlo de nuestra campaña?

—¿Qué idea!

—Teneis mil razones; es una idea, y no me lisonjeo por cierto de ser el único que la ha tenido.

—Siempre os quedará el castillo de Pontalés, mi querido Mr. Blois, dijo el marqués; espero que no dudareis del placer que experimentaria al ofreceros hospitalidad.

Roberto saludó.

Blas prosiguió:

—Pontalés es un bueno y hermoso castillo....

y se le pegan fuego quedarán en pié los muros, porque son de piedra.

—¡Fuegol balbuceó el marqués; ¿qué os impulsa á hablar así?

—Es otra idea que tampoco me pertenece.

—¿Habrá algun complot? preguntó Pontalés con voz alterada.

—Sí, señor marques... replicó Blas con la sangre fría de un cómico; hay un complot... y si no os despachais me veré precisado á apostar en favor de las aldeas de Glenac y Bains.

Pontalés procuró sonreír.

—Queréis asustarnos, mi querido Mr. Blas, murmuró.

—¡Vamos! dijo Roberto; no se trata aquí de hacer enigmáticamente.

—Voy á procurar hacerme entender. Repetidas veces he dicho: Mucho cuidado con las hijas del tío de las albarcas, porque os van á jugar alguna mala pasada. Me habeis respondido: Son unas niñas. Pues bien esas niñas han levantado contra nosotros un ejército formidable.

—Si como yo hubiéseis oido lo que ahora mismo decian en la pradera durante los fuegos artificiales... Mucho habeis degradado á Penhoel... pero su nombre conserva aun prestigio, porque jóvenes y ancianos hablan de morir por él como una cosa muy sencilla.

Saben aunque vagamente cuanto sucede... Pronuncian vuestro nombre, señor marqués, el vuestro,

Mr. Roberto, y el de Lola, y os quisieran descuartizar... Para estar instruidos de todo es preciso que los hayan aleccionado... ¿y quién sino esas malditas chiquillas ha podido encargarse de semejante trabajo?

—Es verdad, dijo Roberto.

Pontalés guardó silencio.

—He hecho cuanto ha estado en mi mano, prosiguió Blas, para ponernos á cubierto de todo; pero no me ayuda nadie... Volviendo á esos imbéciles de Glenac y de Bains, es una cosa mas que sería... Ya los conocéis tan bien como yo, Mr. de Pontalés; si llega una vez á metérseles en la cabeza la idea de jugarnos una mala partida, maldito si podrán protegernos la justicia y los gendarmes.

—¡Bah! dijo Roberto, hace mucho tiempo que gruñen.

—Esta tarde hacian mas que eso... han escogido un jefe... nuestro antiguo conocido, Mr. Roberto, maese Geraud, el del Carnero Coronado... Y ese personaje aparenta no ser mas que el teniente de un ser invisible.

—¿Quién?

—Tal vez esos diablos, las hijas del tío de las albarcas, contestó Blas.

En este momento era cuando Elena y Diana se deslizaban á paso de lobo por detrás de los castaños.

Blas prosiguió:

—Maese Geraud habla de ellas con un respeto

extraño.... Aparenta atribuirles una virtud sobrenatural; pero tal vez no sean ellas tampoco ese jefe.

—¿Pues quién? preguntaron á la vez Roberto y Pontalés.

Las dos jóvenes eran todo oídos; desde entonces no se les escapaba una sola palabra.

—Hablan enigmáticamente, respondió Blas, cuya voz bajó involuntariamente; se conoce que aluden á una noticia muy nueva y todavía incierta.... Pero he adivinado su esperanza y temo mucho que esté de vuelta el ausente.

Pontalés y Roberto se estremecieron como si su cuerpo hubiese experimentado un choque material.

Detrás del follaje procuraban moderar los latidos de su corazón Elena y Diana. Ellas eran las que habían estendido por todo el país á la ventura y como un recurso supremo, la falsa noticia de la vuelta de Luis de Penhoel. Sin embargo, esta noticia repetida por bocas enemigas hacía nacer de ellas una vaga esperanza.

La emoción que experimentaban al nombre del primogénito de Penhoel les hacía olvidar que ellas mismas habían inventado la mentira de su vuelta.

—¡Si llegara á venir!.... Ya van dos veces que oigo hablar de esto.... murmuró Pontalés.

—Teniendo presente cuanto se dice de ese hombre, añadió Roberto, se comprende que es una tontería y nada más.... Alguna mentira que las

chicuelas ó ese viejo marrullero de Redon inventan para levantar contra nosotros unos cuantos garrotes de esos aldeanos. ¿No lo habeis conocido, señor marqués?

—Lo he conocido, replicó Pontalés. Entonces era un niño, y si no ha cambiado librenos Dios de encontrarnos algun día frente á frente con él.

—¡Bah! exclamó Blas; ¿tan fuerte es que solo su sombra pueda causarnos miedo? ¡Ya estais desconcertados!.... Tal vez sea alguna paradoja. Si el hombre en cuestion está de vuelta y es tan terrible como decís, ¿nos hubiera dejado seguir tranquilamente nuestro proyecto?

Yo, señores, tengo algunas interesés en el negocio y me creo con derecho á manifestar mi opinión....

Habeis tardado demasiado y es preciso recuperar de un solo golpe el tiempo perdido.

—Nos hemos adelantado á vuestro parecer, amigo Blas, respondió Roberto. Dentro de algunos minutos será propietario del castillo de Penhoel Mr. de Pontalés.

—¿Teneis ya la firma?

—La esperamos.

Blas se frotó las manos.

—Está vez está bien jugado, exclamó; el mejor abogado no podría conseguir gran cosa apoyándonos en ese documento.... En cuanto llegue el caso de que Penhoel no posea una pulgada de terrono, reflexionarán los aldeanos.... Por un caballero

medio arruinado puede sacrificarse cualquiera; pero por un mendigo....

—Además, Penhoel no podrá permanecer en el país, añadió Pontalés.

—Con los documentos falsificados, objetó Roberto, podremos hacer que se vaya al fin del mundo.

—Y alejado una vez, prosiguió Pontalés, caminará todo á las mil maravillas; no tendremos que temer ya á las hijas del tío de las albarcas, lo que por cierto no es cosa insignificante. En seguida, además, ese maese Geraud tan bribon, que se ha arruinado á fuerza de prestar dinero á Penhoel, podremos alejarle comprando los créditos que contra él haya. Que firme Penhoel esta noche y respondo de todo lo demás.

Diana y Elena escuchaban. Mil confusos pensamientos atravesaban su imaginación. Delante de aquella próxima é inevitable ruina conservaban la voluntad de luchar, pero sentían muy débiles sus manos, viéndose además desarmadas.

¿Qué hacer?

Tuvieron la idea de correr al castillo y arrojarle á las plantas de René, declarándole el peligro en que se hallaba.

Tal vez no era ya tiempo.

Permanecieron en el mismo sitio indecisas y como anonadadas por el desaliento.

—Hay sin embargo en el castillo una persona, decía en aquel momento Roberto, que no partirá, y con este motivo deseo, Mr. de Pontalés, tener una

explicación con vos. Vuestro hijo está muy asiduo con Blanca.

Blas se encogió de hombros.

—Eso me desagrade, continuó Roberto con tono seco y casi imperioso.

Pontalés le presentó la mano.

—Mi excelente amigo, dijo con cordialidad, quisiera poder daros las mayores pruebas de afecto posibles. Confiad en que mi hijo será reprendido severamente. Sabrá para lo sucesivo que entre vos y él, mi querido Mr. de Blois, no dudo un solo momento. Sentado esto, ¿me será permitido preguntaros qué pretendéis hacer con Mlle. de Penhoel?

—La amo, respondió Roberto, y tal vez me case con ella.

Blas soltó la carejada.

—Buen partido, exclamó; pero me parece que oigo venir el poder....

Con efecto, se oía por el camino un ruido de pasos, y un momento despues se vió llegar á Mr. Protasio Le-Hivain.

—¡Al fin!... exclamaron los tres compañeros.

Pontalés añadió:

—¿Está en toda regla?

Macrocéfalo se quitó el sombrero y sacó de su bolsillo un pañuelo de cuadros inmenso para enjugar el sudor que corría por su puntiaguda frente. Había corrido con toda la velocidad de sus piernas.

—¡Hablad! dijo impaciente Roberto; ¿se ha debatido mucho?

Un profundo suspiro se escapó del pecho del abogado: nadie se inquietó por esto, creyéndose seguro del resultado al recordar la promesa de la Señora.

Macrocéfalo miró á los tres interlocutores.

—¡Hablad! murmuró mirando simultáneamente á Blas y á Pontalés: ¿sé yo acaso si debo hablar de esto delante de todo el mundo?

—¡Y bien! dijo Roberto.

—Señor marqués, comenzó Macrocéfalo.

—Mr. Le-Hivain, interrumpió secamente Pontalés; con solo haber oído á Mr. Roberto que os decía que habláseis, bastaba. Mr. de Blois y yo no somos mas que una sola persona, ya os lo he dicho mas de veinte veces.

—En buen hora, señor marqués; teneis mucha razon; me lo habeis dicho mas de veinte veces, y... voy á hablar.

El abogado cesó de enjugar su frente y exhaló otro profundo suspiro.

—¡Diablo de hombre! ¡diablo de hombre!... dijo con tono lamentable; tiene aún unos puños capaces de romperos la cabeza con la misma facilidad que si fuera una almendra. Me preguntais si se ha debatido! Me ha batido, y demasiado rudamente por cierto.

—¿Y el acta? preguntaron los tres.

—Me ha dado un puñetazo en el pecho; ¡pero qué puñetazo! Me ha cogido por los hombros con furor y me ha arrojado á la escalera á riesgo de cometer un homicidio.

—¡Pobre Mr. Le-Hivain! ¿Pero y el documento?

—El documento, repitió Macrocéfalo desdoblado de nuevo su desmesurado pañuelo: os hubiera querido ver! Os digo que estaba esta noche tan furioso como nunca lo he visto.

Los tres compañeros se miraron; ninguno de ellos esperaba aquel resultado.

Elena y Diana se estrecharon la mano en silencio, dando gracias á Dios con toda la fuerza de su corazón.

Pontalés habló el primero.

—¿Se ha negado Penhoel á firmar? dijo.

—Formalmente.

—¿Y la Señora? preguntó Roberto con afe amenazador; ¿me habrá engañado?

—La Señora ha hecho cuanto ha podido; pero esta noche estaba mas arrogante que Artaban, y no queria escuchar nada; nunca lo he visto en semejante disposicion: se diria que no comprende bien su situacion, ó que el diablo le ha facilitado medios para hacernos frente.

—La vuelta del primogénito, dijo Pontalés. Tal vez esté mas enterado de ello que nosotros.

Roberto dió una patada.

—¡Ah! no quiere firmar! pronunció con voz ahogada por la cólera; tanto peor para él!

—Desde la primera palabra que quise aventurar, replicó Macrocéfalo, me cerró la boca. El mismo Dios, dijo dos ó tres veces, se opone á vender la posesion de mi nombre.

—¡Todavía esos diablos encarnizados!.... esclamó Blas: ya sabía yo que olvidaba deciros alguna cosa importante.

No es Dios quien se opone á la venta del castillo; son simplemente esas chiclelas; se aprovechan de los momentos en que Penhoel, medio beodo, cae diariamente como una masa sobre su lecho, para ir á representar todas las noches el papel de apariciones.

—¡Siempre ellas! murmuró Roberto, que buscaba sobre quien descargar la cólera.

—Eso es, añadió Macrocéfalo; ya hace mucho tiempo que Penhoel me habla de apariciones y órdenes emanadas del cielo.

Elena y Diana continuaban estrechadas una contra otra: lágrimas de alegría inundaban sus rostros. Cada una de las palabras que oían resonaban en su corazón, queriendo decir:

"Niñas, habeis salvado á Penhoel."

Mientras que triunfaban las pobres niñas, dejaban campo abierto á sus esperanzas: de pronto hirió sus oídos una palabra terrible.

Roberto era el que hablaba.

—A todo trance, decía con voz breve y resuelta, es preciso que mueran esas muchachas.

—Si se trata de un asesinato, murmuró Pontalés, me retiro.

—Nada importa.

—Si se pasan los límites legales, dijo á su vez Macrocéfalo, me abstengo de tomar parte.

—Señor abogado, nos privaremos de vuestros servicios. Pero no se podrá decir que dos miserables chiquillas nos han impedido el camino impunemente. ¿Dónde está Bibandier?

Esta pregunta se dirigía á Blas.

—Junto al tonel de sidra, respondió el criado; bebe á la salud del rey.

—¿Se puede contar con él?

—Hace tres años que le estoy dando de almorzar para que recobre fuerzas, cont está Blas. Está delgado y hambriento como un perro de caza.

Roberto se volvió hacia Pontalés.

—Señor marqués, dijo, todos del hemos tener esta noche nuestra coronación: es preciso que mañana temprano esté todo hecho, porque hay un misterio amenazador en torno nuestro, y tal vez tuviéramos que arrepentirnos toda nuestra vida de haber perdido algunas horas en las circunstancias en que nos encontramos. Yo me encargo de esas chicas.

—¿Dónde las hallareis? preguntó Pontalés.

—Bibandier es un Zalamero de primer orden, respondió Blas.

—En cuanto á vos, señor marqués, prosiguió Roberto, os encargareis de Penhoel. . . . Mr. Le-Hivain, ¿conservais aún en vuestro poder los papeles?

—Siempre, contestó Macrocéfalo, únicamente que desde que esos demonios rondan mi casa durante la noche, he quitado la cartera del cajón donde la había puesto para ocultarla debajo de los ladrillos

de mi gabinete de estudio.... Separad un sillón, levantad una baldosa y allí están.

Elena y Diana, que contenían su respiración para escuchar mejor, cambiaron un signo de muda inteligencia.

—Nada se ha perdido entonces, prosiguió Roberto, y yo os respondo que esta misma noche tendremos la firma de Penhoel. Mr. Le-Hivain irá á traernos los documentos..... Cuando Penhoel vea que se le ponen delante con una pistola amarillada, veremos si tiene valor para resistir todavía.

—En marcha, Mr. Le-Hivain, dijo Pontalés; hagamos el último esfuerzo.

Diana y Elena habían dejado su puesto de observación. Cayeron en los brazos una de otra.

—Hermana mía, dijo en voz baja Diana, es preciso que lleguemos antes que ellos á casa de Mr. Le-Hivain. Ahora ya sabemos dónde se ocultan los papeles que amenazan á Penhoel.

—¡Corramos! respondió Elena.

Cambiaron el último beso y luego Diana añadió con tono de resignación:

—Hermana mía, vamos á arriesgar nuestra vida... Si muere alguna de nosotras, prosiga la otra la obra empezada. Si morimos ambas, pediremos á Dios en el cielo por Penhoel.

Diana se lanzó la primera por el sendero que conducía á la orilla del agua, dejándose deslizar por él sin causar ruido; pero en el momento en que Elena

iba á su vez á bajar, se enganchó la tela de su vestido en uno de las ramas del follaje.

El vestido se rompió.

Las dos jóvenes precipitaron su fuga.

Roberto, Pontalés y sus dos compañeros se separaban cuando el ruido ligero producido por el desgarrado traje llegó á sus oídos.

—¿Habeis oído? dijo Macrocéfalo.

Nadie respondió.

Pontalés, Roberto y Blas se habían ya lanzado á la otra parte de la valla de verdor.

El recinto fué reconocido de una sola ojeada.

Estaba vacío.

—Sin embargo, ¡aquí había alguien! dijo Pontalés con voz alterada.

Blas agitaba el eslabon y Macrocéfalo abría la pequeña linterna que alumbraba su paso en los caminos cuando volvía á su casa despues de cerrada la noche.

Encendióse la linterna. Nuestros cuatro compañeros vieron entonces sus rostros pálidos y alterados por el terror.

Luego cada uno de ellos reconoció hasta el menor escondite.

—No hay nada, dijo Macrocéfalo, que acababa de mirar la garita y aquel lugar sin salida.

—Será alguna liebre, objetó Blas.

La voz de Pontalés le interrumpió.

—Aquí hay una salida, dijo, un verdadero sendero que baja al río.

Y añadió, inclinándose de pronto para recoger una cosa:

—¿Qué es esto?

Los otros tres se acercaron.

Pontalés tenía en la mano un pedazo del vestido de Elena, que se había quedado enganchado entre las espinas de las ramas.

Todos reconocieron la tela.

Habo un silencio aterrador.

—Me había equivocado, dijo al fin Pontalés con voz baja y breve, y vos teniais razon, Mr. de Blois.... Tienen demasiadas picardías, y es preciso que mueran, no importa cómo ni dónde.... que mueran, y esta misma noche.

—Apostaría diez contra uno, dijo Roberto, á que están en casa de Mr. Le-Hivain.

—Adelante, exclamó Blas: sin salir de los términos respetables de la legalidad, vamos á hacerlas entablar relaciones muy íntimas con ese buen Bibandier.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII.

DIABLILLOS.

Roberto y Pontalés se dirigian hácia el río no por el estrecho sendero abierto á pico donde acababan de internarse las jóvenes, sino por el camino que costeaba las fortificaciones.

Durante este tiempo Mr. Le-Hivain volvía á toda prisa al castillo para tomar la llave de la barca, y Blas volvía también á la pradera para buscar á Bibandier.

Bibandier iba algunas veces á pasearse solitariamente por los campos ó por los senderos del bosque nuevo, cuando las noches eran oscuras, pero no con el mismo entusiasmo que en otra época.

Y añadió, inclinándose de pronto para recoger una cosa:

—¿Qué es esto?

Los otros tres se acercaron.

Pontalés tenía en la mano un pedazo del vestido de Elena, que se había quedado enganchado entre las espinas de las ramas.

Todos reconocieron la tela.

Habo un silencio aterrador.

—Me había equivocado, dijo al fin Pontalés con voz baja y breve, y vos teniais razon, Mr. de Blois.... Tienen demasiadas picardías, y es preciso que mueran, no importa cómo ni dónde.... que mueran, y esta misma noche.

—Apostaría diez contra uno, dijo Roberto, á que están en casa de Mr. Le-Hivain.

—Adelante, exclamó Blas: sin salir de los términos respetables de la legalidad, vamos á hacerlas entablar relaciones muy íntimas con ese buen Bibandier.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII.

DIABLILLOS.

Roberto y Pontalés se dirigian hácia el río no por el estrecho sendero abierto á pico donde acababan de internarse las jóvenes, sino por el camino que costeaba las fortificaciones.

Durante este tiempo Mr. Le-Hivain volvía á toda prisa al castillo para tomar la llave de la barca, y Blas volvía también á la pradera para buscar á Bibandier.

Bibandier iba algunas veces á pasearse solitariamente por los campos ó por los senderos del bosque nuevo, cuando las noches eran oscuras, pero no con el mismo entusiasmo que en otra época.

Habia dejado en las malezas de Bains su ejército de palos cubiertos de harapos; su perro había muerto de hambre hacía mucho tiempo, y si él mismo seguía su oficio de paseante nocturno, era por vocación irresistible, puesto que nunca había premiado sus esfuerzos la casualidad.

¿Qué hacer en un país donde los bolsillos no contienen más que pesados cuartos, y donde los garrotes son por demás nudosos?

Bibandier había debido esperar un momento un cambio de fortuna al ver á sus dos camaradas íntimos y antiguos ocupar una buena posición en el país; pero Roberto y Blas le habían tenido sistemáticamente á alguna distancia, y el pobre diablo no había podido reclamar mucho ni muy en alta voz, porque el presidio de Brest es un redil incesantemente abierto, donde las ovejas descarriadas como él entran á la primera palabra.

Se callaba.

Sin embargo, era un bribon bastante listo, y el rencor que conservaba á sus antiguos compañeros no parecía escesivo.

Además, le habían hecho entrever en lontananza un porvenir mucho mejor.

A pesar de no conocer detalladamente cuanto pasaba en Penhoel, podía ver, como todo el mundo, que había empeñada una lucha. Se le podía necesitar, y entonces sería preciso darle su parte de botín.

Entre tanto Blas le solía dar alguna moneda de plata con el objeto de impedir que se impacientara demasiado, y Mr. de Blois le había hecho obtener con su crédito una pequeña posición oficial.

Bibandier era enterrador de la parroquia de Glenac con el sueldo anual, además de los gajes, de doce francos.

Pero á pesar de las tercianas de los pantanos y de los médicos que poco tiempo antes se habían establecido en la aldea, no se ensañaba mucho la muerte con la aldea de Glenac. El pobre Bibandier estaba flaco hasta inspirar compasión.

Blas lo encontró, como ya había anunciado, junto al tonel de sidra que se había puesto en uno de los extremos de la pradera: Bibandier estaba echado perezosamente sobre el suelo; su cabeza reposaba sobre una de las manos, y la otra sostenía un cubilete lleno de líquido hasta la mitad. Su rostro largo, y cuyas tintas se inclinaban algo al blanco, iba coloreándose poco á poco; sus miradas vagaban por el vacío: había en su fisonomía un reposo completo y perfecto.

Permanecía allí desde por la mañana bebiendo solo y viendo la vida color de rosa.

Era un día de fiesta.

No bebía de esta manera sino una vez al año.

A la primera palabra que Blas le deslizó al oído dejó su puesto, elevándose de un salto sobre sus pies. Hubiérase podido verle entonces en toda la

elevación de su estatura con sus miembros élicos y huesosos.

—¡Oh! ¡oh! dijo con la mayor alegría; se trata de esas niñas tan queridas... eso me parece escésivamente fácil.

Había tal satisfacción en su acento y era tan expresiva la expresión de su rostro, que Blas no pudo menos de decirle:

—¿Me comprendes?

—¡Perfectamente! replicó Bibandier sin perder nada de su serena tranquilidad: cuando estorba alguna cosa se libra uno de ella; ¿no es así, hijo mío? ¿Y el Americano está en el negocio?

—El es quien me manda.

—¡Buena presa! Yo no he trabajado todavía en ese género, pero cada uno se gana la vida como puede. ¿No es verdad?

Hubiérase dicho que Blas esperaba mas resistencia, porque miraba á Bibandier como sorprendido y aun algo inquieto.

Este pareció comprender lo que pasaba en aquel momento por Blas, puesto que llenó el cubilete, presentándosele con aire cordial.

—Aquí puede uno hablar sin cuidado; dijo señalando con el dedo el grupo de aldeanos que se oprimian en torno de maese Geraud á la puerta de la granja; hace mas de dos horas que olvidan el tonel para escuchar las simplezas de ese viejo marrullero de Redon!... Bebe un trago, Zalamerot!... Ya

sabía yo que Roberto y tú vendrías algún día á mí, y por eso os esperaba.

Su mirada, que adquirió una nube de melancolía, se fijó sobre la usada tela de su ropa.

—Tenía mucha necesidad de reponerme; prosiguió... mucha necesidad!...

El Americano y tú no habeis sido muy caballeros con un antiguo camarada... Pero al que nada hace, tampoco se le debe pagar nada... Me alegro mucho de que se presente la ocasión de poder trabajar en vuestra compañía.

—He aquí un buen muchacho... esclamó Blas... Tranquilízate, serás pagado con usara.

—En cuanto á eso, replicó Bibandier, á su debido tiempo fijaré mi soldada.

—¿Dices que corre mucha prisa, hijo mío?... Pues bien, partamos.

Blas no se movió; su mirada proseguía expresando la misma desconfianza.

El hecho es que era difícil acordar las palabras de Bibandier con la expresión de paciente dulzura que respiraba su rostro flaco, pálido y cadauérico. Parecía á Blas que su antiguo camarada reía muy sencillamente al hablar de un asesinato.

—¡Ah! replicó con tono de duda, ¿estás seguro de que no te faltará el valor? Son muy jóvenes y además estremadamente bellas.

—Nada me importa eso, contestó el antiguo bandido; cada uno es cada uno... No digo que me serviré gustoso de mi cuchillo con esos pobres que

rubines... ¿Espero que se me dejará en libertad de escoger el modo?

—Con tal que lo hagas carta blanca.

—Lo haré.

—Ven, dijo Blas poniéndose en marcha.

Bibandier bebió el último trago de sidra, y no tuvo necesidad para nuirse á su compañero de mas que alargar un poco el paso de sus desmesuradas piernas.

Por el camino le esplicó Blas mas detalladamente lo que de él se exigia: Bibandier al escucharlo tarareaba con su estentórea voz una cancion desconocida.

Antes de llegar á Port-Corbean se detuvo Blas mas de una vez para decirle:

—Maldito si te entiendo, compañero; yo que por cierto no tengo el corazon muy tierno, no podria cantar á estas horas.

—Eso consiste en que tú comes todos los días, replicó Bibandier dulcemente y con la sonrisa en los labios; si hubieses estado tres años con el mismo régimen que yo, ya me dirias entonces...

Esto fué dicho con la mayor sencillez. Era la quinta esencia de la ferocidad.

Al llegar cerca de la barca cortó Bibandier la palabra á Blas, que proseguia dándole instrucciones.

—Ya está entendido todo, dijo; el negocio de esas chicuelas está arreglado y quedarás contento de mí... En cuanto á los gastos de la empresa...

són únicamente dos pañuelos y algunas varas de cuerda... Pero el Americano no está solo: ¿quién diablos está con él?

Delante de la barca, cuya amarra estaba ya suelta, habia en efecto tres hombres de pié.

Solo Mr. de Blois tenia descubierta el rostro; los otros dos ocultaban cuidadosamente sus fisonomías bajo las anchas alas de sus sombreros de aldeanos.

Bibandier, que era de una imaginacion excelente en cuanto á inventar, supuso no haberlos reconocido. Tenia su idea.

Saludó respetuosamente á Roberto y entró el primero en la barca.

—Conozco algo las costumbres de esos angelitos, murmuró; las encuentro con mucha frecuencia paseándose á los rayos de la luna cuando á las altas horas de la noche lo hago yo tambien por mi salud. Habrán pasado el rio en su batel, que debe estar amarrado bajo los sauces.

Roberto se habia acercado á Blas.

—¿Y bien? le pregunto.

—¡Un corazon de pedral replicó el rollizo muchacho... Duro como la hoja de un puñal... Nunca le hubiera creído tan fuerte.

—¡Tanto mejor! dijo Roberto.

Bibandier se habia apoderado del gancho del barquero. En lugar de dirigirse hácia el camino de Redon, que estaba en frente, siguió un poco la cor

riente para llegar á la valla de sauces que bañaban sus bajas ramas en las aguas.

Con ayuda del gancho separó el débil follaje, concluyendo por encontrar despues de dos ó tres tentativas inútiles un objeto que sonó al choque del hierro de su gancho.

—¿Qué era lo que yo decia? exclamó alegremente; inclinaos un poco si gustais, Mr. Blas, mientras que yo observo.

Abandonó el gancho y cogió en efecto la proa del batel, que escondian los espesos sauces. Oyóse un ligero ruido y luego se vió una barquilla arrastrada por la corriente hácia los pantanos.

Bibandier, que reapareció en aquel mismo momento, miró deslizarse la barca, diciendo á la par que sonreia:

—Cuando los querubines quieran volver á pasar el río... es cuando serán atrapados.

Todos los que ocupaban la barca pensaron que Bibandier valia un tesoro.....

Hacia cerca de diez minutos que Elena y Diana habian atravesado el Oust en el batel hallado por Bibandier bajo los sauces.

No era esta la primera vez que las dos hijas del tio Juan corrian un peligro próximo y terrible; pero en aquellos momentos parecian crecer sus fuerzas en proporción del riesgo.

Elena parecia luchar con un entusiasmo fogoso que se exaltaba á la idea del martirio; Diana per-

manecía mas tranquila, manifestando mayor sangre fria.

Habian escuchado la conversacion de los enemigos de Penhoel. Sabian que su sexo y su juventud no las defenderian de la cólera de aquellos hombres. No esperaban salvacion.

Poro lejos de detenerse ante la amenaza oida, redoblaban cada vez mas su valor. En su viril valentía crecia un sentimiento de infantil orgullo.

Se las temia.

Para combatir las se usaban armas que únicamente se hubieran empleado contra hombres.

Estaban orgullosas.

¿No habian oido pronunciar á aquellas bocas enemigas la confesion de su poder? Sin ellas, pobres niñas, hubiera sucumbido mucho tiempo antes Penhoel.

Su corazon palpitaba de alegría, y no de temor, porque la lucha no habia sido estéril. Gracias al esfuerzo de sus infantiles brazos, permanecian guardando el equilibrio al pié del abismo la señora René y el Angel.

La ruina que sin cesar se anunciaba, no habia llegado á tener lugar aún, y por lo que acababan de oír no quedaba á Pontalés y á Roberto mas que una solo arma contra la resistencia tardía de Penhoel.

Pero esta era una arma cruel que suspendia sobre la cabeza de René la infamia al mismo tiempo.

que la desgracia. ¡Documentos falsos! ¡firmas falsificadas!

Era sin duda el resultado de algun asedio pérfido; pero los documentos existían y no era la miseria la que únicamente amenazaba á Penhoel.

Hacia largo tiempo que Diana y Elena habían sorprendido el secreto de aquellas firmas contrahechas, arrancadas á la embriaguez cotidiana de Penhoel.

Habían reconquistado y destruído una parte, introduciéndose durante la noche en el castillo de Pontalés. La otra depositada en casa del abogado, había desafiado hasta entonces sus tentativas.

Pero ahora sabían en el sitio donde se encontraban los papeles. Con la ayuda de Dios si se les daba tiempo para obrar podían salvar aún á Penhoel.

Diana desató con mano firme la amarra del bachel, oculto entre los sauces bajo la cabaña de Benito Haligan, y Elena tomó el gancho.

El Oust no estaba desbordado, pero tenía mucha corriente, hasta el estremo de cubrir la parte baja de los pantanos.

Manejando el gancho y avanzando oían las jóvenes á favor del silencio de la noche el ruido sordo y continuo producido por la cascada de Tremulé.

En la sombra los vapores que se suspendían sobre el abismo despedían una luz pálida y débil. Veían á lo lejos la gigantesca fantasma de la *Dama*

blanca, que se mecía muellemente, descansando sobre las aguas de los pantanos.

Detrás de ellas, sobre los grupos de castaños, conservaban su brillante iluminación los jardines de Penhoel.

Algunos acordes lanzados por la campestre orquesta llegaban de cuando en cuando hasta sus oídos.

Cuando tocaron la orilla opuesta ningún movimiento se advertía todavía de la parte de la barca; que no debía tardar mucho tiempo en ponerse en movimiento para perseguirlas.

Saltaron con velocidad sobre la orilla, y en lugar de tomar el camino de Redon, que las hubiese conducido directamente á la casa de Mr. Le-Hivain, se dirigieron hácia los pantanos.

En la inmensa pradera en que por todas partes se elevaban altas y estrechas chimeneas humeantes, se apercibía un movimiento confuso en medio de las tinieblas; eran los ganados de Glenac y de San Vicente, que vagaban en libertad por los pastos.

Corriendo sobre la yerba corta y unida gritaban Elena y Diana dulcemente:

—¡Pequeñito!... ¡Juguete!...

Sus voces se perdían en la noche.

Algunas ovejas asustadas emprendían la fuga á su paso, y las otras despiertas alargaban el cuello para lanzar sus gritos disonantes y quejosos.

Las dos jóvenes proseguían llamando.

Al cabo de dos ó tres minutos se dejó oír sobre

el césped un ruido sordo y leve. Un momento después Juguete y Pequeñito, dos diminutos caballos medio salvajes, detenían su galope y permanecían inmóviles, lanzando fuertes resoplidos.

Diana y Elena se lanzaron sobre sus lomos. En pocos minutos consiguieron recuperar el tiempo perdido en correr por los pantanos.

Juguete y Pequeñito eran dos verdaderos bretones negros, ambos robustos, de esbeltas formas y pudiendo sostener durante algunas horas su vivo y agitado galope.

Marchaban juntos con igual ardor. La voz de las dos jóvenes los excitaba sin cesar y su carrera atravesando en línea recta cuantos barrancos y zanjas hallaban ante sí, se asemejaba mucho á un torbellino.

Diana y Elena, excelentes ginetes, no se inquietaban por los obstáculos del camino: cuando había una zanja ancha que pasar de un salto, escondían sus pequeñas manos blancas en la dura erin de los bretones; cuando era preciso atravesar algunos retoños, se echaban casi sobre los caballitos, y pasaban rápidas como flechas.

En la pradera se erguían:

—¡Vuela, Pequeñito!...

—¡Vuela, Juguete!...

Acariciaban dulcemente el cuello ya bañado de sudor de sus monturas.

Los dos caballos, sueltas las bridas, devoraban el espacio.

Si algun día se las hubiese encontrado deslizándose como dos sombras en medio de la noche, se hubiera persignado á no dudar con terror, encomendando su alma á Dios, y después de pasado el terror, se hubiera vanagloriado hasta el mismo día de su muerte, de haber visto una noche de otoño á las hadas trasladándose al sitio de sus reuniones.

Ciertamente que era una carrera particular. Los caballos negros desaparecían en la sombra; no se hubiese podido ver otra cosa que las jóvenes de esbelta y como aérea figura arrastradas por una fuerza misteriosa.

Parecía que se deslizaban sentadas en una nube rápida. Eran efectivamente unas hadas ligeras y graciosas. La vista no podía seguir las. Llevábanlas el viento en sus alas, dejando flotar á su espalda los sedosos bucles de sus largos cabellos.

—¡Vuela, Juguete!...

—¡Vuela, Pequeñito!...

Entre Port-Corbean y la aldea de Bains había una legua bastante larga. Algunos minutos habían bastado para franquearla. Elena y Diana bajaron de los caballos, dejando á Juguete y Pequeñito á un extremo de la pradera.

Mr. Protasio Le-Hivain ocupaba una casa aislada que se elevaba á unos cien pasos de la única calle de la aldea.

Para adquirir esta propiedad le fué preciso suscitar muchas discordias en los campos vecinos, arruinar muchos pobres colonos y lanzar mas de

un huérfano fuera de su casa. Pero allí era esta la vocacion y hasta el placer. Mr. Le-Hivain era en efecto un verdadero artista. Puede decirse que solo la vista de su amarilla y desmesuradamente larga fisonomía daba á los aldeanos el capricho de pleitear.

Elena y Diana habían rondado mucho la casa, pero la páfida vigilancia del abogado había engañado hasta entonces sus tentativas. Aquel día tenían dos nuevas noticias para llegar á conseguir su objeto: además, sabían dónde encontrarían los papeles; la criada de Mr. Protasio Le-Hivain, que de ordinario estaba vigilando, había ido también á San Luis, al otro lado del río, en la granja de Mr. de Penhoel.

Al dar este encargo á su criada Mr. Le-Hivain había contado con el efecto del tiro de la víspera á orillas del pantano, y también con el baile, que debía seguramente retener en el castillo á las dos hijas del tío Juan.

Aquella noche no había para defender su casa mas que una criada octogenaria acompañada de un perro de presa de mas que mediana edad.

La buena mujer y el perro dormían sin duda un profundo sueño, confiados en los gruesos cerrojos que cerraban todas las entradas, porque las dos hermanas pudieron escalar las tapias del jardín sin despertar el menor movimiento en la casa.

De la parte del jardín carecían las ventanas de persianas. De una ojeada y con ayuda de una es-

cala que sus lindas manos pudieron con no poco trabajo adherir al muro de la casa, consiguieron Elena y Diana entrar en el gabinete de estudio del abogado.

Ellas mismas encendieron la luz.

Preciso hubiera sido verlas en aquel momento, animadas por la carrera que acababan de dar y por la viva alegría de su primer triunfo. Coloreáronse sus mejillas de un vivo encarnado; sus ojos brillaban de impaciencia y de deseo; una vaga sonrisa asomaba á sus labios frescos, demostrando la seguridad del triunfo.

Se reían al desenladrillar el gabinete.

Su investigacion no fué larga.

Bajo el mismo sillón en que Macrocéfalo contestaba diariamente sus diabólicas consultas, había un agujero hecho con un cuchillo que encerraba una cartera ya vieja.

La vista de este objeto hizo latir con fuerza el corazón de Diana y Elena.

Ya no pensaban en reír.

Allí estaba la salvacion de Penhoel.

Permanecieron un momento de rodillas, levantando al cielo los ojos húmedos con objeto de dar gracias á Dios.

Pensaban en la Señora y en la pobre Blanca.

Pero volaba el tiempo. Diana ocultó la cartera en su pecho y ambas bajaron por la escalera.

La anciana y el perro proseguían durmiendo como dos bienaventurados.

Era un golpe completo.

—¡Vuela, Juguetel....

—¡Vuela, Pequeñito!....

¡Con cuánta rapidez palpitaba su corazón al atravesar de nuevo el camino recorrido antes!... ¡Con cuánta alegría acariciaban los cuellos de sus caballos!... ¡Cuán felices eran!....

—¡Calla! dijo Diana mientras que Pequeñito franqueaba una ancha zanja; aquí fué donde me dispararon ayer el tiro. El cuerpo del pobre Gabry está aun en el fondo de la zanja.

La velocidad de la carrera no aminoraba; pero ambas se inclinaron: enlazáronse sus brazos y sus mejillas se unieron en la sombra.

—Esta es la última vez que te ves espuesta á un peligro semejante, mi querida hermana, exclamó Elena.... ¡Están vencidos!....

—Y sabe, añadió Diana, que tal vez haya en esta cartera con que volver á Penhoel la fortuna que le han robado....

Ya estaban en la mitad del camino. Elena detuvo de pronto el galope de su caballo.

—Reflexiono, dijo.... que deben esperarnos en este camino.

—Quisiera yo saber cuál de entre ellos, replicó Diana, á quien la victoria hacia fanfarrona, es capaz de obstruir el paso á Juguetel

—¿Y si están armados?

—Pasaremos por entre ellos.

—¿Y si nos impiden el paso por Port-Corbeau?

Elena detuvo á su vez el caballo.

—No es por mí por quien tengo miedo, replicó Elena, sino porque ahora tenemos que guardar un tesoro.

—Pues bien, subamos hasta los Houssayes.... Pasaremos por el puente del molino.

La decision era buena. Las dos hermanas cambiaron inmediatamente de direccion, poniendo sus monturas al galope hácia los Houssayes.

Pero resultó que otros habian tenido antes la misma idea, porque al llegar á la orilla del agua vieron ocupada la cabeza del puente por dos hombres en quienes creyeron reconocer á Mr. Roberto de Blois y al marqués de Pontalés.

—Tomemos campo, dijo Elena, á quien nada asustaba, y pasemos.

—Intentemos mas bien pasar por Port-Corbeau, replicó Diana; siempre será tiempo de volver á poner á nadar nuestros caballos.

La carrera comenzó siguiendo la orilla.

Cuando llegaron al paso de la barca hacia apenas tres cuartos de hora que por primera vez habian montado sus pequeños y valientes caballitos.

Aun no era media noche y el jardín de Penhoel proseguia mostrando en lo alto de la colina sus intactas iluminaciones. La fiesta debia durar por lo menos una hora mas.

Nada que escitase sospechas aparecía entonces en la orilla. Las dos hermanas dieron libertad á Juguetel y Pequeñito, que caracoleando volvieron

a su lecho de césped. Creyeron que habian hecho bien en no intentar el paso del puente de los Housayes porque allí no les impedia el camino ningun obstáculo.

—¡Vamos! — Elena bajando hácia los sauces; henos a... en el puerto... aun vamos á tener tiempo de bailar una contradanza.

Diana separó las ramas del sance.

Al abrir la boca para lanzar una exclamacion de sorpresa se levantaron tres hombres que estaban acostados sobre la yerba que crecia á la orilla del agua.

Las dos jóvenes tuvieron apenas tiempo de articular un grito; tanta fué la prisa que se tuvo en anudar sólidamente dos pañuelos sobre sus bocas!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ciudad de México, 1525 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

